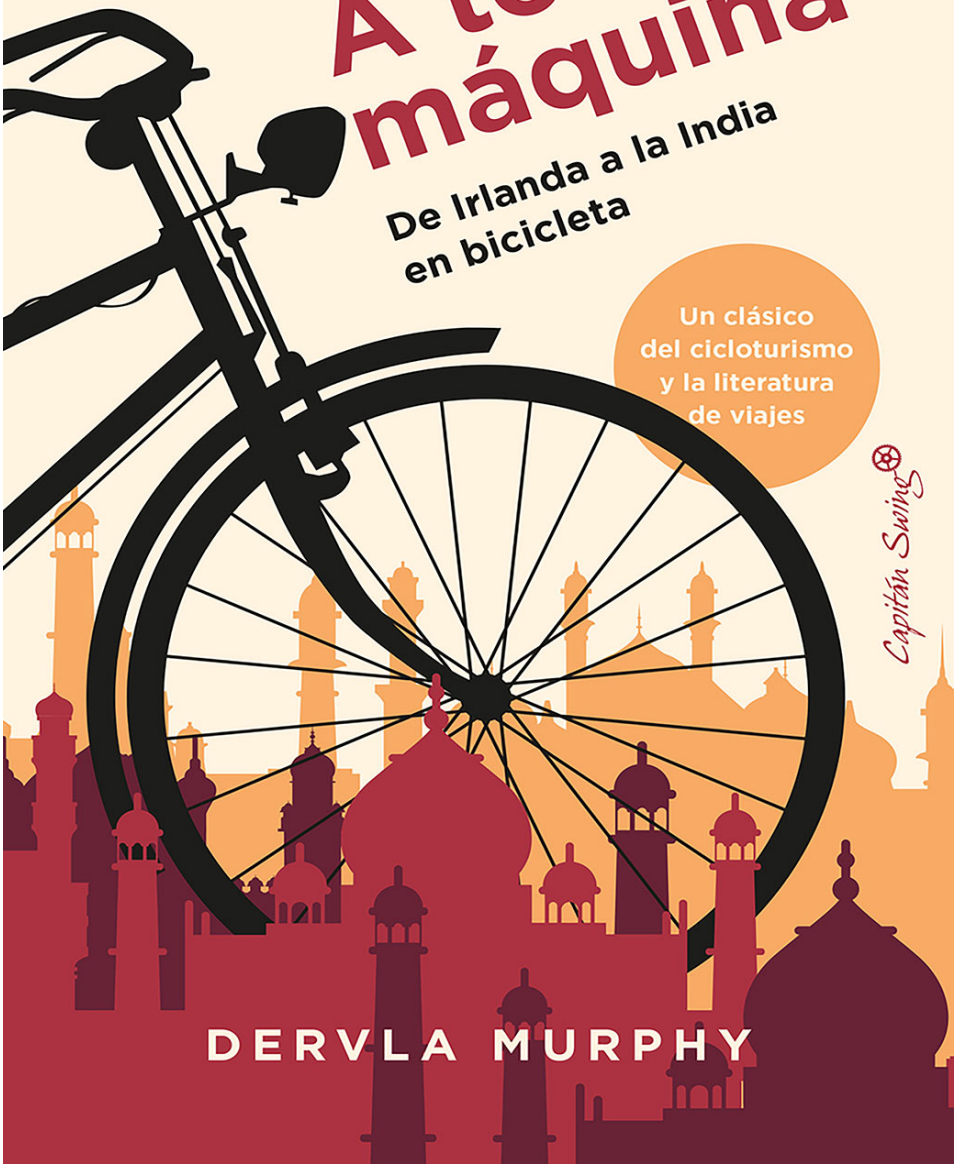
A toda máquina

De Irlanda a la India en bicicleta

Un clásico del cicloturismo y la literatura de viajes



Capitán Swing

DERVLA MURPHY

A toda máquina

De Irlanda a la India en bicicleta

DERVLA MURPHY

Traducción de
Lucía Barahona

Capitán Swing

Prólogo

En mi décimo cumpleaños me regalaron una bicicleta y un atlas, y en cuestión de días había decidido pedalear hasta la India. Jamás he olvidado el lugar exacto donde tomé la decisión (una colina cerca de mi casa en Lismore, en el condado de Waterford), y en aquel momento me pareció —como me sigue pareciendo ahora— una decisión lógica, fundamentada en el descubrimiento de que la bici era el medio de transporte más adecuado y de que (excluyendo la URSS por motivos políticos) el trayecto a la India ofrecía un menor número de obstáculos acuáticos que cualquier otro destino a una distancia similar.

Sin embargo, yo era una niña astuta y no compartí aquella ambición con nadie, evitando así la condescendencia tolerante que habría suscitado entre mis mayores. No quería escuchar sus palabras tranquilizadoras asegurándome que se trataba de un simple capricho pasajero, porque tenía muy claro que algún día viajaría hasta la India en bicicleta.

Eso fue a principios de diciembre de 1941, y el 14 de enero de 1963 comencé a rodar desde Dunkerque hacia Delhi.

Los preparativos habían sido sencillos; una de las ventajas de la bicicleta es que impide automáticamente que un viaje se convierta en una Expedición. Ya estaba en posesión de una admirable bicicleta de hombre Armstrong Cadet llamada Rozinante, aunque siempre se la conoció como Roz. La casualidad quiso que la comprara el 14 de enero de 1961, por lo que iniciamos nuestro viaje en su segundo cumpleaños. Era ideal. Para entonces formábamos un feliz equipo, tras haber cubierto miles de kilómetros juntas, y Roz era lo bastante joven para ser fiable. La única preparación que necesitó fue la supresión del cambio de marchas de tres velocidades, porque supuse que sería demasiado delicado para sobrevivir en las carreteras asiáticas. Además de los accesorios habituales —alforja, timbre, luz e hinchador—, solo cargaba soportes para alforjas a ambos lados de la rueda trasera. Sin carga, Roz pesa casi diecisiete kilos, y al inicio del viaje soportaba trece kilos de equipaje, mientras que yo asumía otros tres en una mochila pequeña. (Al final del libro encontraréis un listado completo del equipo). Antes de abandonar Irlanda envié por correo postal cuatro cubiertas de repuesto a diversas embajadas, consulados y altos comisionados británicos a lo largo de la ruta; Roz utiliza cubiertas de 27 1/2 x 1 1/4 pulgadas, una medida no estándar

en el extranjero.

En Londres, a finales de noviembre de 1962, obtuve sin problemas visados para Yugoslavia y Bulgaria. Mi plan era conseguir el visado para Persia en Estambul y el de Afganistán en Teherán. Durante la misma visita a Londres soporté vacunas e inoculaciones para la viruela, el cólera, la fiebre tifoidea y la fiebre amarilla (esta última, en caso de que decidiera volver de la India vía África).

Pasé la mayor parte del mes siguiente en Dublín encorvada sobre mapas comprados a través de la AA [Asociación del Automóvil], calculando la distancia entre ciudades con nombres de lo más insólitos. Calculé que entre Dunkerque y Peshawar había 7.153 kilómetros. Para Nochevieja conocía al dedillo dónde planeaba estar en cualquier fecha entre el 14 de enero y el 14 de mayo, que era el día que tenía previsto llegar a Peshawar. El objetivo de este ejercicio era asegurarme de que mi correo —de cuyo envío se encargarían las oficinas del British Council situadas a lo largo de la ruta— llegara a tiempo a mis manos y no se perdiera por el camino, a pesar de los múltiples cambios inevitables que sin duda sufriría mi esquema original.

En los lapsos entre mapa y mapa me dirigía a zonas alejadas en las montañas alrededor de Lismore y practicaba disparando y cargando mi pistola del calibre 25, una compra reciente que había conseguido gracias a la plena y más bien atónita colaboración de la policía local. Mis amigos tildaban esta adquisición de melodrama adolescente por mi parte, pero por suerte ignoré sus críticas y me ceñí a mi plan de llevar pistola, aunque su presencia en el bolsillo derecho de mis pantalones —donde la guardaba para acostumbrarme a la presencia de llevar un arma cargada— me asustaba bastante más que una persona. Pese a todo, aquel juego aparentemente infantil de sacarla del bolsillo y ponerle el seguro quedó de sobra justificado al mes de partir.

Llegué a Delhi el 18 de julio de 1963, casi seis meses después de dejar Irlanda. Aquellos que disponen de mentes aritméticas siempre se muestran impacientes por conocer el total exacto de kilómetros pedaleados que había completado en tal o cual fecha y cuál era mi promedio diario. Por desgracia, los dispositivos para medir el kilometraje no funcionan en las carreteras asiáticas, por lo que solo puedo estimar de manera imprecisa que Roz y yo cubrimos unos 4.800 kilómetros, incluyendo nuestros desvíos a Murree y Gilgit. A partir de aquí, los amantes de las matemáticas podrán calcular fácilmente los kilómetros diarios, pero sus hallazgos serán un tanto erróneos, pues hubo muchos días en los que no cubrimos ni un solo kilómetro juntas. Creo que nuestro trayecto más breve fue de treinta kilómetros, y el más largo, de 189, pero calculo que nuestro promedio en

un día de bicicleta normal debía de oscilar entre 96 y 128 kilómetros.

Tal vez este sea el momento de contradecir la popular falacia que afirma que una mujer que emprende este tipo de viaje en solitario debe de ser «muy valiente». Epicteto lo resumió a la perfección cuando dijo: «No es la muerte o el dolor lo que hay que temer, sino el miedo al dolor o a la muerte». Y como no suelo asustarme ante la posibilidad de un peligro físico, mi empresa no requería valentía; cuando un hombre intenta robarme o asaltarme, o cuando me descubro, al caer la noche, completamente agotada y con nieve hasta la cintura en mitad de un puerto de montaña, entonces me asusto; pero en tales circunstancias es el instinto de supervivencia, más que el coraje, el que toma las riendas.

Durante los dos primeros meses del viaje hice todo lo posible por mantener informados de mis progresos a mis cuatros amigos más cercanos por medio de cartas, pero resultaba demasiado laborioso. Por ello, a partir de Teherán adopté el método del diario que emplea la mayoría de los viajeros y enviaba fascículos a casa cada vez que en el camino aparecía una oficina de correos digna de confianza. Mis amigos los hacían circular entre ellos; el último guardaba el manuscrito para futuras consultas. Este libro es la «futura consulta».

Más allá de pulir la ortografía y la sintaxis, que son susceptibles de verse afectadas cuando una realiza entradas de diario nocturnas más o menos dormida, he dejado el diario prácticamente intacto. Se han eliminado unos cuantos comentarios o alusiones muy personales o tópicos, pero he resistido la tentación de hacerme pasar por alguien más instruida de lo que en verdad soy recabando datos y cifras de una enciclopedia e insertándolos en los lugares apropiados. Por esta razón, el lector comprobará que el relato que sigue adolece de una cierta deficiencia estadística: solo contiene la información que cualquier viajero puede reunir día tras día a lo largo de mi ruta.

Tras mi llegada a Delhi, trabajé seis meses con refugiados tibetanos en el norte de la India y después disfruté de varias excursiones más con Roz en los Himalayas y en el suroeste de Nepal antes de someterme a la humillación de tener que volar a casa el 23 de febrero de 1964, con Roz desarmada a mi lado a modo de «efectos personales».

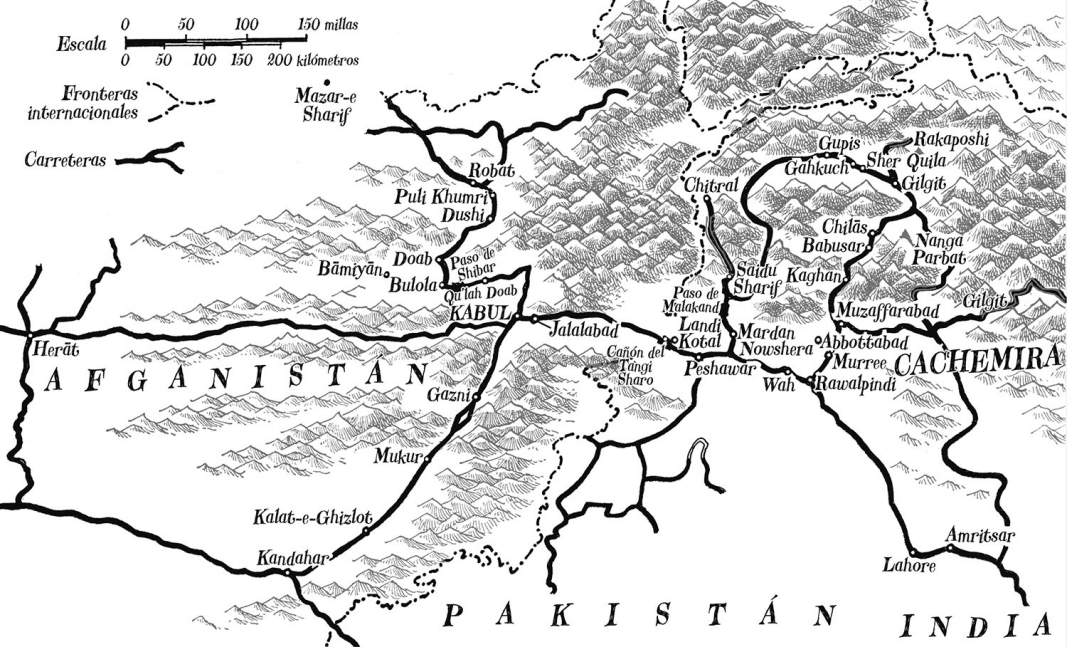
Mis agradecimientos se ramifican en muchas direcciones: a los funcionarios consulares británicos y estadounidenses en aquellos países en los que Irlanda no dispone de representación diplomática, que me adoptaron y cuidaron de mí como si fuera una de ellos; a las decenas de individuos y familias en todos los países de mi ruta cuya ilimitada hospitalidad me enseñó que, a pesar del horrible caos del escenario político contemporáneo, el mundo está lleno de bondad; a los amigos casuales que hice en lugares extraños, cuyos nombres nunca aprendí o he

olvidado, pero cuya compañía hizo mucho más agradable un viaje que en ocasiones podía resultar solitario, y, por último, aunque no por ello menos importante, a Daphne Pearce, que sugirió el título y me ofreció una ayuda inestimable en la edición del manuscrito; a Patricia Truell, que compiló el índice y me guio a través del calvario de corregir mis primeras pruebas, y a mis otros amigos en Irlanda que, con gran paciencia y lealtad, leyeron más de doscientas mil palabras en una letra execrable y cuyo interés en mis experiencias fue al mismo tiempo la inspiración y la recompensa de mantener este diario.

«Por mi parte, viajo no para ir a algún lugar, sino para ir. Viajo por el placer del viaje. La gran aventura es moverse, sentir las necesidades y los obstáculos de nuestra vida con más claridad, bajar de este lecho de plumas de la civilización y encontrar el globo de granito bajo los pies y sembrado de pedernales cortantes».

ROBERT LOUIS STEVENSON

DE IRLANDA
A LA INDIA
OSLO
DUBLÍN
(Lismore)
LONDRES
Dunkerque
BERLÍN
VARSOVIA
MOSCÚ
PARÍS
PRAGA
VIENA
Budapest
Grenoble
Turín
Venecia
Liubliana
Nova Gorica
Zagreb
BELGRADO
BUCAREST
Cuprija
Pirot
SOFÍA
LISBOA
ROMA
Doğubayazıt
Monte Ararat
Erzurum
Tabriz
Ardebil
Deh Namak
TEHERÁN
BAGDAD
BEIRUT
DAMASCO
TEL AVIV
AMMÁN
EL CAIRO
Gilgit
Rawalpindi
Sirhind
Peshawar
Lahore
DELHI
Bulola
KABUL
Gazni
Meshedi
Nishapur
Sabzevar
Herāt
Gūrīān
Kalat-e-Ghizlot
Kandahar
Shahrud
Escala
0 250 500 750 1000 millas
0 400 800 1200 1600 kilómetros


0 50 100 150 millas
Escala
0 50 100 150 200 kilómetros
Fronteras internacionales
Carreteras
Mazar-e Sharif
Robāt
Puli Khumri
Dushi
Doab
Paso de Shibar
Bāmiyān
Bulola
Qu'lah Doab
KABUL
Jalalabad
Herāt
AFGANISTÁN
Gazni
Mukur
Kalat-e-Ghizlot
Kandahar
Cañón del Tangi Sharo
Peshawār
Landi Kotal
Paso de Malakand
Saidu Sharif
Chitral
Gupis
Gahkuch
Rakaposhi
Sher Qila
Gilgit
Chilās
Babusar
Nanga Parbat
Kaghan
Mardan
Nowshera
Wah
Rawalpindi
Abbottabad
Murree
Muzaffarabad
Gilgit
CACHEMIRA
Amritsar
Lahore
PAKISTÁN
INDIA

A toda máquina

De Irlanda a la India en bicicleta

A los pueblos
de Afganistán y Pakistán,
en agradecimiento por su hospitalidad,
con admiración por sus principios
y con afecto hacia quienes
se hicieron mis amigos.

Introducción al viaje

De Dunkerque a Teherán

Había planificado mi ruta a la India a través de Francia, Italia, Yugoslavia, Bulgaria, Turquía, Persia, Afganistán y Pakistán. El Día de Partida debía haber sido el 7 de enero, pero para entonces el inusual clima de aquel año había alcanzado incluso Irlanda y pospuse una semana el «Día P», confiando, inocente de mí, en que esa situación «no podía continuar». Pero claro que lo hizo y, en mi impaciencia por marcharme, decidí que retrasar la partida de semana en semana no sería práctico (aunque, echando la vista atrás, habría sido mucho más viable que poner rumbo a Europa Central en mitad del invierno más frío en ochenta años).

Nunca olvidaré aquella oscura mañana helada cuando comencé a pedalear hacia el este desde Dunkerque; tener aparentemente al alcance de la mano la realización de una ambición de veintiún años puede resultar bastante desconcertante. Había pensado tantas veces en aquel momento que, cuando me encontré viviéndolo de verdad, sentí como si una escena favorita de alguna novela hubiera cobrado vida; no me lo podía creer. Sin embargo, al cabo de pocas semanas mi viaje había degenerado de una alegre travesía en bicicleta a una sombría lucha por avanzar *como fuera* a lo largo de carreteras que habían desaparecido hacía tiempo bajo la nieve y el hielo.

En un primer momento, mi decepción fue acuciante, pero me había propuesto disfrutar viendo mundo. No pretendía establecer ningún récord ni tampoco romper algún otro, así que no tardé en adaptarme a esas condiciones, lo

que dio lugar a unas cuantas aventuras interesantes. Además, era consciente de que «veía mundo» en unas circunstancias únicas para mi generación. Si sobrevivía hasta finales de este siglo sería impresionante rememorar que había cruzado el ancho de Europa en el invierno de 1963, cuando las condiciones climáticas envolvieron de un tenso dramatismo hasta el último detalle tedioso de la vida cotidiana, e incluso ir a hacer la compra se convirtió en una expedición a la Antártida a pequeña escala. Fue un verdadero infierno a cada instante —llegué en bicicleta al albergue juvenil de Ruan con un carámbano de más de seis milímetros firmemente adherido a la nariz y más de una vez la agonía de tener los dedos congelados hizo que se me saltaran las lágrimas, algo muy poco característico en mí—, pero pese a todo ello parecía un canje razonablemente bueno por la satisfacción de pedalear hasta la India.

Concedo la máxima calificación a Italia por la magnífica eficiencia con la que sus principales carreteras septentrionales se mantuvieron despejadas durante aquel mes de enero. Después de haberme visto obligada a cruzar los Alpes tomando un tren de Grenoble a Turín, logré recorrer en bicicleta casi todo el trayecto hasta Nova Gorica a través de una Venecia desierta, de impecable belleza.

En la ciudad fronteriza cortada en dos de Nova Gorica, los trámites para ser admitida en Yugoslavia parecían estar dotados de una diabólica complejidad. Una y otra vez me marearon de un lado a otro sin que yo pudiera entender qué narices ocurría, de la Policía a la aduanas; luego, mientras completaban un sinfín de formularios por triplicado, me quedé tiritando fuera de aquellos cálidos despachos tratando de explicar la inverosimilitud de acceder a Yugoslavia en bicicleta un 28 de enero. Y, cada vez que me quitaba un guante para firmar el enésimo documento, un viento encarnizado me abrasaba la mano como si fuese sosa cáustica.

De pronto, un policía gritó a alguien que se encontraba en otra habitación y una mujer alta y robusta vestida con el uniforme de los funcionarios de aduanas apareció a mi lado. La miré horrorizada y solo entonces me acordé de que mi pistola automática descansaba en el bolsillo derecho de mis pantalones y que el más mínimo cacheo detectaría al instante un objeto duro y siniestro. En medio del estrés y de la tensión mientras buscaba el puesto fronterizo abierto en Gorizia (en total había cuatro, pero tres estaban cerrados para los turistas), me había olvidado por completo de mi ingenioso plan para ocultar el arma. Me imaginé siendo arrojada al calabozo más cercano, del cual terminaría emergiendo demacrada y quebrantada en espíritu, tras años de negociaciones entre dos

gobiernos que, a efectos diplomáticos, no se dirigen la palabra. Pero me alarmé sin motivo. Aquella mujer formidable echó un vistazo rápido a la complicada carga de mi bicicleta, a mi mochila, de la que sobresalía una barra de pan, y a mi aspecto desaliñado. Entonces se echó de reír de buena gana —algo que no habría creído posible—, me dio una palmadita en la espalda y con un gesto señaló hacia la frontera. Eran las 18:15 cuando pasé por debajo el puente del ferrocarril con la palabra *Jugoslavija* pintada en enormes letras.

A escasos tres kilómetros de la frontera, después de haber pedaleado por una carretera sin iluminar que primero se aleja de Italia para luego dibujar una curva y volver a aproximarse, llegué a Nova Gorica, la mitad yugoslava de la ciudad. Aquí, bajo el débil resplandor de una farola, una figura solitaria caminaba varios pasos por delante de mí. Al adelantarla vi que se trataba de una chica guapa que, en respuesta a mis preguntas, dijo que «sí» hablaba alemán, pero que «no» había ninguna posada barata disponible, solo el Hotel Turístico, que era muy caro. Incluso en aquella tenue luz mi cara de consternación debió de ser palpable, porque inmediatamente me invitó a pasar la noche en su casa. Dado que había entrado en Eslovenia hacía tan solo una hora, me quedé muy sorprendida, pero pronto descubrí que esta amabilidad es habitual en la región.

Mientras caminábamos entre altos bloques de pisos obreros, Romana me explicó que compartía una habitación con otras dos mecanógrafas empleadas en una fábrica de la localidad por tres libras a la semana, pero que, como una de ellas estaba en el hospital, habría sitio de sobra para mí.

La pequeña habitación, en lo alto de tres tramos de escaleras, estaba limpia y bien amueblada, aunque el único medio para cocinar era un hornillo eléctrico, y compartían el baño y el lavabo con otras tres familias que vivían en la misma planta, en una habitación cada una. Arita, la compañera de habitación de Romana, me acogió con los brazos muy abiertos y nos dispusimos a cenar una sopa muy curiosa hecha a partir de un caldo de carne anémico en la que cocinaron unos huevos ligeramente batidos acompañados de mi pan y mi queso (importados de Italia) y de mi café (importado de Irlanda).

Fue encantador estar en compañía de aquellas jóvenes vivarachas, perfectamente educadas e inteligentes. Vestían con sencillez y era agradable contemplar sus rostros de piel clara, sin atisbo de maquillaje, y sus cabezas bien peinadas, sin permanente y con un buen corte. También advertí la impresionante hilera de libros en la pequeña estantería junto a la estufa (entre ellos, traducciones de *Dublineses*, *El revés de la trama*, *Los monederos falsos*, *Rojo y negro* y *El gatopardo)*.

Anticipando un duro trayecto montañoso a la mañana siguiente, sentí alivio

al descubrir que la hora de acostarse de aquellas chicas era las nueve y media de la noche, porque se levantaban a las cinco y media de la mañana para tomar el autobús que las llevaba la fábrica, donde entraban a trabajar a las siete.

Hacía una mañana estupenda cuando salí de Nova Gorica, pero no fue más que una ilusión. La carretera de segunda categoría pero bien cuidada que llevaba a Liubliana serpenteaba por una cordillera de montañas agrietadas cuyas laderas inferiores estaban salpicadas de pequeñas aldeas de tejados marrones y granjas destartaladas, y las superiores, de roca desnuda perpendicular, conferían al valle una apariencia extraña, como si lo hubieran amurallado artificialmente respecto del resto del mundo. Entonces, hacia el mediodía, mientras disfrutaba del aire tranquilo y fresco y del sol reluciente, se levantó un fuerte vendaval. Ya fuera por la peculiar configuración de las montañas de aquel lugar o simplemente por una nueva manifestación de su imprevisible clima, el caso es que este viento soplaba con una intensidad que nunca antes había conocido. Antes de lograr instalarme en el sillín para plantar cara a mi nuevo enemigo, de golpe salí despedida de Roz y fui a caer sobre un montón de gravilla a un lado del camino. Ni corta ni perezosa, volví a montarme, pero diez minutos después, a pesar de todos mis esfuerzos por mantener a Roz en la carretera y a mí encima de ella, el viento volvió a separarnos y esa vez caí rodando por una zanja inclinada de cuatro metros, sin posibilidad de agarrarme a algo en la margen helada para controlar mi caída. Terminé en un arroyo que, por suerte, estaba tan congelado que mi impacto no resquebrajó en absoluto el sólido hielo. Después de arrastrarme con cuidado por el arroyo durante unos veinte metros buscando la manera de volver a subir al camino con Roz, decidí que a partir de ese momento la única forma lógica de desplazamiento era a pie.

Al final del valle, el camino comenzó a escalar las montañas. Ascendía sin parar siguiendo una serie de curvas cerradas que revelaban unas vistas a cada cual más salvaje y espléndida que la anterior. En una de esas curvas, la magnitud del vendaval me asustó de verdad. Era más fuerte que yo y durante unos cuatro o cinco minutos me quedé allí quieta, doblada sobre Roz, aguantando con todas mis fuerzas para mantenernos a ambas en el camino.

Cerca de la cima del puerto, a once kilómetros de la parte más honda del valle, la situación volvió a complicarse por la reaparición de mis viejos enemigos: nieve compacta y hielo negro bajo mis pies. En el lado oeste de la cordillera no había visto mucha nieve, lo que me había resultado extraño (aunque todo lo que era propenso a helarse lo había hecho), pero ahora, cruzando el puerto, me asaltó de pronto la imagen sumamente familiar de un paisaje completamente blanco, donde cada contorno y cada ángulo están redondeados y camuflados. Entonces se

desató una nueva ventisca; los copos de nieve se arremolinaban a mi alrededor como un ejército de pequeños demonios blancos y maliciosos.

A esas alturas, la lucha cuesta arriba contra el vendaval y el sufrimiento de unas manos y unos pies congelados me habían dejado agotada. Tenía las manos demasiado entumecidas para consultar el mapa, aunque es probable que el viento me lo hubiera arrebatado o que la nieve lo hubiera vuelto ilegible. Arrastrándome por el hielo, me repetí que aquello era una ventaja, porque, a menos que apareciese alguna aldea, lo más probable era que me quedara acurrucada a orillas del camino presa de la desesperación.

En realidad, a menos de tres kilómetros por delante de donde me encontraba había un pueblito llamado Hruševje y, al llegar, di las gracias a mi ángel de la guarda mientras avanzaba dando tumbos entre montones de nieve de metro y medio de altura a ambos lados del camino en busca de algo que se pareciera a una posada. Al fin vi que dos hombres salían por una puerta y se atusaban los bigotes con el reverso de la mano. «Parece que hay esperanza», me dije, y arrastré a Roz por un montón de nieve, la dejé apoyada contra la pared y entré en la casa de piedra de dos plantas.

Por supuesto, mi primera necesidad era un brandi, pero tenía el rostro tan rígido que era incapaz de articular palabra. Me limité a señalar la botella en cuestión y me quedé junto a la estufa para descongelarme, mientras un grupo de jugadores de cartas me observaba dejando asomar esa hostilidad que muestran todos los campesinos de lugares remotos hacia los extraños inesperados. Entonces llegó un anciano corriendo e informó a la cuadrilla de mi llegada en bicicleta (y en cuanto recuperé la capacidad de hablar, establecimos sin problemas una relación cordial).

Lo más importante era la cuestión del alojamiento para esa noche, y la hostelera enseguida se puso a discutir con los parroquianos. En mitad de aquello, la puerta volvió a abrirse y entró una joven. Todos la aclamaron visiblemente aliviados. Ella se giró hacia mí y se presentó en inglés como la trabajadora social de la localidad. Me explicó que los turistas solo podían alojarse en hoteles turísticos (lo que suponía una nueva interrupción de mis planes, porque mi intención al cruzar la frontera de la costosa Italia había sido la de establecerme en algún pueblo como Hruševje y esperar allí, viviendo por poco dinero, hasta que las condiciones atmosféricas me permitieran retomar la bicicleta).

Sin embargo, y con el debido respeto hacia la normativa gubernamental, era evidente que esta turista en particular no podía alojarse en ningún otro sitio que no fuera la posada del pueblo. El siguiente paso era ponerse en contacto con el policía local para que bendijera aquella irregularidad. Una vez completada esta

formalidad, me enseñaron la que sería mi gran habitación, que contenía una cama pequeña en un rincón y nada más.

Cuando bajé a tomar algo de pan y queso junto a la estufa de la taberna, encontré a una chica joven esperándome, una que iba a convertirse en una verdadera amiga y que me proporcionó una agradable compañía en los días siguientes. Hija de los carteros del pueblo, Irena era estudiante de Psicología en la Universidad de Liubliana y había vuelto a casa durante las vacaciones de invierno, es decir, el mes de enero. Tenía que regresar a Liubliana el 31 de enero y me aconsejó que esperara en Hruševje hasta entonces, porque el camino que bajaba a la llanura habría quedado impracticable después de una ventisca como esa. Me aseguró que me metería a escondidas en su habitación en el albergue de estudiantes de la universidad, donde una de cada cinco camas estaba vacía, lo que me permitiría ahorrarme los gastos del hotel turístico.

Durante los dos días siguientes mi hostelera cuidó tan bien de mí que me senté a escribir tan jovial como si hubiera estado en mi propia casa. Es más, toda la localidad me adoptó con entusiasmo. Los hombres informaron a sus mujeres de mi llegada y estas vinieron expresamente a la posada para estrecharme la mano, darme palmaditas en la espalda, asegurarme que Eslovenia me recibía con los brazos abiertos y, en la mayoría de los casos, invitarme a comer y a quedarme en sus hogares el tiempo que quisiera.

El 31 de enero Roz y yo partimos hacia Liubliana en un camión con cadenas para la nieve, un viaje que resultó ser una de las mayores frustraciones de la expedición. La carretera descendía durante cuarenta y ocho kilómetros a través de magníficas montañas, valles y bosques de pinos que refulgían a la luz del sol como si estuvieran cubiertos de polvo de diamante y, sin embargo, ahí estaba yo, humillada, subida a un camión. De todos modos, no podía quejarme de no tener tiempo para admirar el entorno, porque el hielo era tan traicionero que tardamos tres horas en cubrir tan solo setenta y dos kilómetros.

El albergue de la universidad, emplazado en lo que había sido un antiguo convento, era un edificio de tal envergadura que apenas tuve dificultades para introducirme de manera clandestina en la habitación de Irena. En mi opinión, las autoridades, las mismas que me habían brindado una cálida bienvenida cuando me había presentado buscando a Irena, eran perfectamente conscientes de lo que ocurría y les parecía estupendo, pero era evidente que mis compañeras de cuarto disfrutaban con la conspiración, por lo que me metí de lleno en la situación con todo el entusiasmo que me permitía mi edad algo más avanzada.

A la mañana siguiente de llegar a Liubliana, Roz y yo nos despedimos de Irena y de sus compañeras, equipadas con un montón de cartas de presentación a

eslovenos que residían a lo largo de nuestra ruta, pero apenas habíamos pedaleado treinta kilómetros cuando, de nuevo, nos vimos obligadas a ser trasladadas en camión a Zagreb.

Tras una estancia de cuatro días en Zagreb, llegué a Belgrado después de un viaje espantoso en camión por los cuatrocientos kilómetros de planicie helada que extendían su implacable anonimato blanco desde Zagreb hasta la capital. Durante aquellas treinta y nueve horas en carretera no nos cruzamos con ningún otro vehículo —afortunadamente para mí, aquel camión transportaba algún tipo de carga militar vital y misteriosa— y no encontramos más tráfico que el ocasional trineo tirado por ponis desplazándose entre pueblos. El motor se rompió en tres ocasiones y, en una de ellas, en plena noche, tardaron tanto tiempo en repararlo que, cuando por fin estuvimos listos para reanudar la marcha, vimos que ante nosotros se había erigido un banco de nieve infranqueable. Pero tanto los dos conductores como yo coincidimos más tarde en que aquello había sido una bendición, porque, cuando logramos salir allí a base de afanarnos con las palas que llevaban a tal efecto, casi habíamos entrado en calor.

Más allá de estas averías, no nos deteníamos jamás, por lo que nuestra velocidad media sobre una superficie de nieve dura como una roca era de unos trece kilómetros por hora. Recuerdo a aquellos dos serbios con especial cariño, porque, a pesar de las duras dificultades que compartimos, las afrontaban con alegre coraje.

Para entonces sentía que había perdido mi papel de «viajera» y me había convertido en poco más que una desmoralizada fugitiva del clima, y solo conservo impresiones confusas e irreales tanto de Zagreb como de Belgrado.

Sin embargo, en la mañana de mi tercer día en Belgrado se produjo un aumento de las temperaturas que ayudó a relajar no solo mi cuerpo, sino también los nervios. Nunca olvidaré la felicidad de estar con la cabeza descubierta en el jardín delantero de mi anfitrión, observando el movimiento de las tenues y lechosas nubes en el cielo azul; solo entonces aprecié la peculiar tensión impuesta por la brutalidad de las últimas semanas. Aun así, el deshielo escondía sus propios peligros. Ese día, carámbanos de dos metros cayeron de los aleros a las aceras matando a al menos dos peatones en Belgrado; las calles se volvían torrentes incontrolables a medida que se iban reduciendo los muros de tres metros de nieve sucia que las revestían.

A la mañana siguiente, con el optimismo propio de la impaciencia, eché a pedalear rumbo a Niš. Pero por la noche volvió a helar y, aunque el frío había dejado de ser intolerable, una vez más tuve que admitir mi derrota frente al hielo

negro.

Antes del mediodía un conductor montenegrino nos había recogido a Roz y a mí a dieciséis kilómetros de Belgrado, pero al anochecer aún tratábamos de alcanzar Niš por la carretera que fuese. Desesperado, mi compañero finalmente decidió probar suerte y se desvió por un camino de montaña de tercera categoría que le era por completo desconocido.

Así, mientras la oscuridad se acumulaba en los valles profundos y se expandía hacia arriba cubriendo las montañas boscosas, lentamente fuimos ascendiendo por una pista sinuosa cuya superficie accidentada resultaba todavía más peligrosa debido al inicio del deshielo. Mi compañero había conducido toda la noche desde Zagreb, donde su colega había caído enfermo, lo que me hizo sentir una gran simpatía por él, y atribuyo nuestra siguiente desgracia a su fatiga extrema.

En una de las curvas, y sin que me diera tiempo a darme cuenta de lo que sucedía, el camión se salió de la carretera y quedó medio apoyado contra un árbol robusto muy oportunamente ubicado, salvándonos a buen seguro de morir a los pies del precipicio.

Tras cerciorarnos de que solo habíamos sufrido heridas leves, sacamos el mapa y vimos que había un poblado a unos tres kilómetros de distancia a través del bosque que quedaba a nuestra izquierda. Parecía poco probable que fuera a aparecer otro vehículo y era evidente que mi compañero estaba demasiado agotado y sacudido por el choque como para emprender la marcha, así que le sugerí que escribiera una nota explicando nuestra situación y yo me encargaría de entregársela al policía local.

Eran poco después de las seis de la tarde cuando, dejando a Roz en el camión, me adentré por un camino para carros a través de los árboles, donde la nieve estaba compacta por el paso de los trineos que recogían leña. Y, de pronto, al cabo de unos quince minutos, un bulto pesado se lanzó sobre mí sin previo aviso.

Me tambaleé, dejando caer la linterna que portaba, luego recuperé el equilibrio y vi a un animal agarrado con los dientes al hombro izquierdo de mi cazadora, a otro aferrado peligrosamente a mis pantalones a la altura del tobillo derecho y a un tercero a unos dos metros, mirando; la luz de las estrellas solo me permitía ver sus ojos.

Irónicamente, debo reconocer que la idea de ser devorada por lobos siempre me había parecido algo cómica, el tipo de incidente que en la vida real *nunca* ocurre... Y, en aquel momento, mientras cargaba con todo mi cuerpo contra el peso colgante, me libraba del guante y conseguía sacar del bolsillo mi pistola del

calibre 25, le quitaba el seguro y disparaba al primer animal en el cráneo, me embargó la curiosa convicción de que nada de lo que estaba pasando era real, pero, al mismo tiempo, todas mis acciones obedecían al más puro pánico.

Al sentir el disparo, y una vez que el primer animal cayó al suelo, el segundo me soltó el tobillo y estaba a punto de largarse cuando lo disparé. Mientras tanto, el tercer miembro de la manada (si es que puede decirse que tres constituyen una) había desaparecido discretamente. Recuperé la linterna y vi que una de las balas había alcanzado al segundo animal en las costillas: pura chiripa. Los dos animales (ciertas autoridades piensan que tal vez se tratara de perros salvajes) eran machos, de un tamaño similar al de un perro pastor irlandés medio, con cuerpos terriblemente demacrados.

No reaccioné hasta que me hube alejado de la escena. Además, olvidándome de que aún debía recorrer dos kilómetros y medio antes de alcanzar el pueblo, caí en la cuenta de que había vaciado generosa e innecesariamente la pistola, por lo que cualquier sonido real o imaginario me provocaba escalofríos. Sin bajar la guardia, reflexioné con morbosa fascinación sobre el papel que la suerte había desempeñado en mi huida y, cuantas más vueltas le daba, más me asustaba, hasta que, al final, convencida de que me había desviado del camino, saqué la brújula para confirmar que avanzaba en la dirección correcta.

Cuando llegué al pueblo, encontré al policía y a su mujer cenando una salchicha fría de ajo y pepinos encurtidos. Mientras el policía acudía en trineo hasta el camión, su mujer me limpió la herida que me había hecho en el cuero cabelludo al chocarnos contra el árbol y me ofreció ron caliente. Aquella noche dormí a pierna suelta; sin embargo, las pesadillas con lobos me acompañaron una semana entera.

La mañana siguiente amaneció nublada y mucho más templada, así que, reunida de nuevo con Roz, partí a las ocho para caminar los casi veinte kilómetros hasta la carretera principal, construida a baja altitud, confiando en que el deshielo estuviera suficientemente avanzado para permitirme continuar en bici.

Una extraña sensación flotaba en el aire aquel día. La temperatura era lo bastante cálida como para no sentir la necesidad de abrocharme la cazadora mientras empujaba a Roz colina arriba, pero a esa altitud no se advertían señales visibles del deshielo. Las montañas, los valles y los bosques que me rodeaban descansaban totalmente blancos y sin vida bajo un cielo bajo y gris, en la profunda quietud de un paisaje carente de toda brisa, sin casas ni pájaros a la vista, y los riachuelos permanecían en silencio bajo su cobertura helada. Me detenía a menudo para mirar a mi alrededor y saborear la inquietante sensación

de ser la única criatura viva que se movía en medio de aquella silenciosa desolación; hasta mi propia respiración resonaba.

Hasta que al otro lado del puerto se rompió el hechizo. Fueron apareciendo poblaciones que, no se sabe cómo, abrazaban las escarpadas laderas de las montañas, y me uní a un amistoso grupo de campesinos que me invitaron a sentarme en su trineo tirado por dos bueyes de color crema que avanzaban sin prisa. Uno de los hombres hablaba alemán y me contó que abajo, en las llanuras, las riadas estaban ya muy extendidas.

A mediodía alcancé el camino principal, pero los parches de hielo eran todavía muy frecuentes e impedían pedalear, aunque la superficie rebosaba de agua. No tuve más remedio que parar el siguiente camión, que me trasladó cuarenta kilómetros hasta Jagodina.

Aquí, por fin, di con una carretera completamente libre de hielo y nieve. Después de llevar semanas utilizando a Roz como un carrito para empujar el equipaje, mi alborozo por poder volver a montar en bicicleta compensó mi falta de entrenamiento y pedaleé alegremente hacia Niš, demasiado satisfecha conmigo misma para prestar atención al hecho ominoso de que en todas direcciones las inundaciones cubrían los campos llanos.

No pude mantener el ritmo por mucho tiempo. Al cabo de ocho o nueve kilómetros la carretera se hundía ligeramente y el agua la atravesaba, con unos treinta centímetros de profundidad, por lo que con cada revolución de los pedales mis pies quedaban sumergidos, primero uno y después el otro. Teniendo en cuenta que bajar de la bici no hubiera servido de nada, pedaleé despacio, adelantando a grupos nerviosos que viajaban en bueyes y carromatos, observando a los hombres que surcaban los campos en pequeñas embarcaciones para rescatar a las familias de las granjas que habían quedado aisladas por la rápida y repentina crecida de las aguas.

Fui dejando atrás esas escenas y vi que el río Morava ahora fluía a mi izquierda, en paralelo a la carretera y al mismo nivel. No muy lejos se oyeron sonidos sordos y retumbantes a medida que los soldados volaban las gigantescas acumulaciones de nieve dura que, a menos que las rompieran de manera artificial, podrían haber represado el río, que se habría desbordado sobre la cercana localidad de Ćuprija.

Era alucinante ver la rapidez con la que el amplio y enojado Morava desplazaba su tremendo lastre de hielo y nieve a través del vasto páramo de las sombrías y marrones aguas de la crecida, y mi asombro enseguida quedó justificado cuando una ola enorme rompió en mitad de la carretera y nos arrolló, separándome de Roz y revolcándome una y otra vez. Me ahogaba cada vez que

tragaba agua embarrada y jadeaba a medida que su frialdad penetraba en mi ropa. En algún momento apareció sobre mí la rama de un arbolito del arcén y, apoyándome en ella para levantarme, descubrí que, aunque el agua seguía fluyendo con fuerza, su profundidad apenas llegaba a un metro. Busqué a Roz y durante un instante aterrador pensé que había desaparecido. Entonces vi un puño de manillar amarillo en una zanja y corrí a rescatarla. Por suerte, había envuelto el equipo en fundas impermeables para evitar que la nieve derretida se filtrase entre las bolsas cuando accediéramos a edificios caldeados para pasar la noche, por lo que la mayor parte permaneció intacto.

Ćuprija se encontraba a menos de ochocientos metros, pero, teniendo en cuenta que tenía la ropa empapada y estaba casi paralizada, que debía medio cargar con Roz para mantener las alforjas fuera del agua y que el peligro de volver a ser arrastrada por la fuerza de la corriente era constante, aquellos ochocientos metros me parecieron algunos de los más interminables mi vida.

Cuando alcancé la seguridad del puente de las afueras de Ćuprija, vi a centenares de personas contemplando el amenazante río en una atmósfera de tensa excitación. Mi aparición fue la gota que colmó el vaso en su ya sobreexcitado estado y me agasajaron con una bienvenida heroica más que inmerecida, cuando en realidad tendrían que haberme entregado unas orejas de burro.

En Pirot, a veinticuatro kilómetros al norte de Bulgaria, el antagonismo recíproco entre Yugoslavia y su vecina del sur se torna exageradamente evidente hasta límites irritantes. Los yugoslavos sienten tal desprecio hacia esos primos comunistas que sencillamente ignoran la existencia de Sofía y por este motivo prescinden de mantener el alto nivel de señalización que puede encontrarse en el resto del país. Además, la gran eficacia con la que han descuidado la carretera que conduce a la ciudad fronteriza de Dimitrovgrad —con lo que solo puede considerarse alevosía— consigue disuadir a cualquier viajero cuerdo de intentar acceder por ella a Bulgaria.

Esta carretera, que al parecer forma parte de una importante ruta intercontinental, aparecía marcada en mi mapa como de primera categoría. En las afueras de Pirot, mirando del mapa al camino de cabras que tenía delante, y que los lugareños me habían asegurado repetidas veces que, en efecto, era la carretera que llevaba a Sofía, me sentí traicionada. Por muy ilustre que hubiera sido en el pasado, o que en teoría siguiera siéndolo, los cartógrafos actuales harían bien describirla como una vía de décima categoría, transitable solo para aquellos que no sienten respeto por sí mismos ni por su medio de transporte. Reconozco que la recorrí en condiciones penosas, pero en verano resultaría igual

de pésima.

Había nevado toda la noche anterior —la nieve caía y se derretía deprisa, como suele ser habitual en este periodo de deshielo— y la vía estaba cubierta de aguanieve, entre amplios y profundos cráteres rebosantes de agua amarillo-marrón. En un primer momento traté de esquivar estos lagos diminutos a base de acrobacias, a través del aguanieve, pero, dado que ocupaban como mínimo el setenta por ciento de la superficie, enseguida opté por retomar los pedales, hundiéndome y emergiendo del agua. Era «mucho más que pedalear», dada la imposibilidad de adivinar la profundidad del siguiente cráter, y siempre existía la estimulante posibilidad de que fuera lo bastante hondo como para tirarme del sillín...

Pirot y Dimitrovgrad se encuentran en extremos opuestos de un valle ovalado y plano de unos trece kilómetros de ancho y completamente rodeado por montañas bajas escasamente arboladas en sus pedregosas laderas. Por el centro de este valle, que en aquel momento era una lúgubre extensión de barro y agua, discurren la «carretera» y la línea de ferrocarril que conecta Europa y Asia. Además de los trenes, que circulaban en un número prodigioso, tanto de pasajeros como de mercancías (aunque los vagones cubiertos y descubiertos casi siempre estaban vacíos), no vi tráfico de ningún tipo, un hecho que podría obedecer a la sabiduría general del hombre o a que la riada se había llevado por delante el puente de madera sobre el Nišava a ocho kilómetros de Dimitrovgrad.

De entrada esta catástrofe me horrorizó. Había tardado dos horas en recorrer en bici los dieciséis kilómetros desde Pirot y nada me apetecía menos que tener que volver hasta allí. Entonces vi el puente ferroviario de acero y hormigón a mi izquierda y vadeé el campo anegado hasta alcanzarlo. Lo primero que hice fue asegurarme de que no venía ningún tren (una precaución al alcance de cualquiera, porque los trenes yugoslavos emiten nubes de humo volcánicas y silban sin descanso variaciones excitadas de una banda sonora irreconocible) antes de trepar con Roz hasta la vía y, tras cruzar el puente, volví a incorporarme a la carretera a través de un campo donde el agua alcanzaba un metro de profundidad. Para entonces, enfermar de neumonía parecía una preocupación fútil; llevaba días viviendo en un estado de saturación permanente de cintura para abajo, por lo que la única reacción sensata era mucho ron y poco quejarse.

Mientras pedaleaba los tres kilómetros desde Dimitrovgrad hasta la frontera búlgara, mi atención se mantuvo dividida a partes iguales entre las cosas extrañas que los cráteres de la carretera pueden causarle al almuerzo de una y la emoción de acercarme por primera vez al siniestro telón de acero. En cada curva buscaba con avidez las masas enmarañadas de alambre de púas, las torres de vigilancia

custodiadas por soldados armados con ametralladoras y prismáticos y policías alertas que vigilaban atentamente cada movimiento en kilómetros a la redonda. Pero no apareció ninguno de estos fenómenos emocionantes y, solo cuando vi una valla cerrada de un metro y medio de altura al otro lado de la carretera me di cuenta de que había llegado al lugar en cuestión.

Eché un vistazo a mi alrededor y me fijé en una casita pequeña y coqueta que, aunque no lo parecía, solo podía ser el puesto de policía y la aduana. Llamé con insistencia a la puerta abierta del vestíbulo sin obtener respuesta y entonces entré y fui llamando a cada una de las puertas que daban al pasillo, con el mismo poco éxito, hasta que finalmente abrí una de ellas a voz en grito y silbando llena de optimismo; los sellos de mi pasaporte son el único recuerdo que puedo permitirme coleccionar y no quería quedarme sin ese. Pero, aun así, no pasó nada, me quedé en la puerta mirando el escritorio y me dio por pensar que, si quisiera introducirme en el negocio del espionaje, esa era mi oportunidad de procurarme una buena colección de sellos de vital importancia. Al final salí del edificio dispuesta a investigar la posibilidad de acceder a Bulgaria por mi cuenta.

Si se le ponía el suficiente empeño, a cada lado se podía llegar a ver una tímida valla de alambre de espino a lo largo de la carretera que marcaba la frontera. Se parecía tanto a la barrera ineficaz que algunos campesinos irlandeses levantan a fin de impedir que sus ovejas se extravíen que de pronto me invadió la morriña. No fue nada difícil arrastrar a Roz por una de las numerosas aberturas que habían hecho los campesinos del lugar y, volviendo a la carretera principal, entré en la casita que hace las veces de fortaleza de la frontera norte de Bulgaria. De nuevo, nadie respondió a mi llamada, pero esa vez, cuando abrí una de las puertas que salían del vestíbulo, encontré a un policía sesteando alegremente junto a la estufa, con un gato y dos gatitos en el regazo. Lo catalogué de inmediato como policía *simpático*, una valoración que quedó confirmada cuando lo desperté con suavidad y él se hubo recuperado del estupor de ser requerido para una cuestión oficial.

En diciembre, la Embajada de Bulgaria en Londres me había expedido un visado con validez para solo para cuatro días. Y ahora este amable policía, que hablaba un inglés fluido, después de echar un vistazo al documento, dijo que aquello era ridículo y me expidió un nuevo visado que me autorizaba a permanecer en Bulgaria ¡tanto tiempo como deseara! A continuación nos sentamos junto a la estufa y, como dos buenos amigos, charlamos sobre nuestros respectivos países con sendas copas de brandi.

Al salir del puesto fronterizo búlgaro apoyé a Roz contra un árbol y volví a Yugoslavia en un nuevo intento de obtener un sello de recuerdo en mi pasaporte.

En esos momentos, un joven con cara de estar penosamente aburrido se sentaba en un escritorio tratando de resolver un crucigrama sin demasiadas ganas. Le expliqué por qué mi pasaporte había recibido un sello de entrada a Bulgaria antes que uno de salida yugoslavo y sin muchas ganas repuso que había ido a Dimitrovgrad en busca de una comida caliente. A todas luces, la actitud en ambos puestos fronterizos coincidía en que ni siquiera los espías, y muchos menos los turistas, operarían con este tiempo.

Había entrado en mi primer país comunista ortodoxo como «neutral» y desconfiaba de la propaganda procomunista tanto como de la anticomunista, pero tras una semana en Bulgaria me marché convertida en una admiradora del bien limitado que el comunismo puede lograr en menos de dos décadas.

En todas partes me recibían con una amabilidad espontánea y, si algún miembro de la policía secreta me tuvo bajo vigilancia, procedió con una discreción admirable. Mis movimientos fueron del todo libres y pasé dos noches como invitada en casa, respectivamente, de un trabajador fabril y de un agricultor perteneciente a una cooperativa, donde el nivel de vida era comparable al de los peones irlandeses de hoy en día. En mi última noche me hospedé en casa de un líder regional del partido y me llamó la atención comprobar que su nivel de vida estaba casi a la par que el de los trabajadores ordinarios. No vi muestras de pobreza extrema en ninguna parte y el ciudadano medio —un individuo alegre y de aspecto notablemente desoprimido— parecía estar adecuadamente vestido, cobijado y alimentado.

Está claro que esta mejora espectacular en el nivel de vida búlgaro se ha conseguido a costa de la libertad religiosa e intelectual, aunque, a juzgar por algunas conversaciones que mantuve con integrantes de la generación más joven, el fénix del espíritu humano individual no tardará en volver a renacer de sus cenizas.

Personalmente, me repugna la reglamentación y soy demasiado reaccionaria para creer que los «campesinos subdesarrollados» necesitan una modernización *ipso facto*. No obstante, para ser justos, debo ofrecer mi impresión personal de esa cara de la moneda comunista que no goza de popularidad entre los propagandistas occidentales.

Pude pedalear casi todo el trayecto desde Ćuprija a Estambul a través de Bulgaria y la Turquía europea. El altiplano turco aún estaba nevado y tuve que volver a depender de autobuses y camiones (siempre y cuando estos vehículos pudieran operar entre ventiscas). Afortunadamente, la temperatura no era tan baja como lo

había sido en Europa, pero la cantidad de nieve excedía todo lo que yo había experimentado hasta ese momento; era normal ver montículos de quince metros de altura que el viento había modelado de una manera tan exquisita que su recuerdo aún me deja sin aliento.

Camino a Erzurum, nuestro autobús estuvo a punto de quedar sepultado bajo la nieve. Estábamos atrapados en un montículo en una carretera de montaña estrecha y la valiente quitanieves que vino a rescatarnos derrapó por un precipicio, matando a los dos hombres que viajaban dentro. Otra quitanieves partió entonces desde la dirección opuesta, pero progresaba a un ritmo muy lento, como es lógico; entretanto se reanudó la ventisca. Mientras esperábamos, la nieve se acumulaba cada vez más a nuestro alrededor, y su suavidad silenciosa contrastaba espeluznantemente con los gemidos del vendaval que atravesaba el puerto.

En ocasiones como esta doy gracias a Dios por mi carácter optimista, que se niega a dejarme creer en la catástrofe hasta su manifestación definitiva, y aprecié que mis camaradas en aquella situación de peligro exhibieran la misma fortaleza de espíritu ante el pánico gracias a su aceptación fatalista de la voluntad de Alá. No obstante, tal vez todos fuéramos más aprensivos de lo que nos permitimos reconocer, porque rompimos a aplaudir emocionados cuando finalmente apareció la segunda quitanieves.

Una antigua leyenda judía cuenta que los kurdos descendieron de cuatrocientas vírgenes que fueron desfloradas por demonios que se dirigían a la corte del rey Salomón, y mis propias experiencias tanto turcas como en el Azerbaiyán persa me impulsan a aceptar esta genealogía como un hecho histórico.

En Doğubayazıt, el último pueblecito de la ruta hasta el puesto fronterizo persa, me alojé en el albergue de la localidad, donde mi habitación consistía en una pequeña cabina que daba al amplio espacio que acomodaba a la mayoría de los clientes del «Otel». Aquella estancia tenía una puerta endeble sin ningún tipo de cierre, y no habría podido colocar ningún mueble contra ella como medida de seguridad. La mísera ropa de cama estaba infestada por gran cantidad de enérgicas pulgas, pero desperdiciaron sus atenciones conmigo, porque enseguida me quedé profundamente dormida.

Unas horas después me desperté para encontrarme sin ropa de cama y con un kurdo de dos metros que llevaba muy poca ropa inclinando sobre mí a la luz de la luna. Dormía con la pistola guardada debajo de la almohada y un único disparo al techo puso fin al asunto. Más tarde pensé que mi pretendiente lo había hecho bastante mal; es probable que un admirador más ardiente, con un físico

parecido, me hubiera desarmado sin mucha dificultad.

De resultas de mi ruidosa reacción y de la rápida retirada de mi visitante nocturno, muchos cuerpos se revolvieron en el suelo al otro lado de mi puerta y se oyeron algunos murmullos somnolientos, hasta que volvió a reinar el silencio. Evidentemente, los disparos a altas horas de la madrugada no provocaban alarma alguna.

Para entonces ya había escapado por fin de la nieve y del hielo y a la mañana siguiente viví una de las experiencias más gloriosas de todo el viaje: un recorrido ciclista de veinticuatro kilómetros con un clima perfecto alrededor de la base del monte Ararat. Esta montaña extraordinaria, que inspira las más complejas emociones en el viajero menos imaginativo, me afectó de una manera tan profunda que desde entonces he pensado en él como si, en lugar de observar un paisaje, hubiera conocido a una personalidad.

Llegó la frontera persa, la más vigilada de cuantas habíamos cruzado hasta la fecha. Para entonces, Roz y yo habíamos cogido ritmo, pedaleando día tras día bajo un intenso cielo azul y atravesando montañas agrestes cuya soledad y belleza superaban cualquier cosa que yo hubiera imaginado. Recuerdo sobre todo la excepcional pureza de la luz, que dotaba a cada variación de color de una vitalidad única y enfatizaba con nitidez cada línea, cada curva y cada ángulo. Por primera vez fui plenamente consciente de la luz como algo positivo y no como una ayuda para percibir objetos que se da por sentada.

Entre Tabriz y la costa del mar Caspio el terreno se vuelve ferozmente escarpado y los pocos habitantes concuerdan con él. Un mediodía, cuando estaba sentada almorzando al borde del camino, cerca de una curva cerrada con vistas a un profundo valle, aparecieron tres ancianos con palas al hombro. En vista de que a unos tres kilómetros se encontraba un pueblo agrícola, aquella imagen me pareció de lo más natural, pero, cuando estaba a punto de saludar al grupo, dos de ellos agarraron a Roz, que estaba apoyada en el acantilado unos metros más allá, y se alejaron por el camino con ella mientras el tercero avanzaba hacia mí, alzando su pala con gesto intimidador. Disparé por encima de su cabeza y retrocedí rápidamente por el borde del sendero, lista para volver a disparar, pero los bandidos aficionados ya habían tenido suficiente y salieron corriendo como conejos. Por suerte, abandonaron a Roz en plena huida.

Desde entonces, muchos viajeros más experimentados que yo me han advertido de que lo más inteligente es ir desarmada por esas zonas, donde una pistola puede provocar más problemas de los que evita. Evidentemente, esto sería cierto frente a auténticos bandidos armados..., pero, aun así, un calibre 25 tiene su utilidad.

Sin embargo, en mi siguiente desventura juzgué oportuno no sacar a relucir la pistola. Mientras atravesaba Adabile a la hora de comer en un día frío (ya habíamos ascendido a una altitud considerable), me detuve y me di el gusto de ingerir algo caliente en una casa de comidas. Como de costumbre, Roz y yo llamamos la atención de una multitud curiosa y enseguida se acercó un joven agente de policía vestido con un magnífico uniforme adornado con galones para informarme de que, a causa de la proximidad de Rusia, se trataba de un área restringida y debía acompañarlo al cuartel de la policía para rellenar varios formularios. Mi confianza innata en la policía todavía no se había visto socavada y, tras el almuerzo, lo seguí inocente de mí por un laberinto de callejones entre casas de adobe. Al fin giró hacia un pequeño recinto con un pozo en medio, me hizo pasar por una puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo del pantalón. Solo entonces me di cuenta de que estábamos solos en una casa privada y a todas luces vacía.

Al principio mi captor se mostró muy amable y halagador, pero no tardó en descubrir que las mujeres europeas no son tan complacientes como él suponía y perdió los papeles, y la escena que siguió a continuación fue demasiado sórdida como para repetirla por escrito. Como mi adversario iba armado con un revólver, yo dejé mi pistola en el bolsillo y empleé tácticas impublicables hasta reducirlo a un estado de agonía pasajera. Durante este respiro, cogí sus pantalones, que había tirado al suelo, salí disparada por el pasillo, encontré la llave, abrí la puerta justo cuando mi víctima aparecía detrás de mí y atravesé corriendo los callejones de vuelta al centro de la ciudad.

Tal vez sea comprensible que, de todas las regiones que he visitado, Azerbaiyán sea la única a la que no deseo volver de visita estando sola.

Roz y yo llegamos a Teherán el 20 de marzo, la víspera del año nuevo chiita de 1342, y la celebración del Nouruz[1] supuso un retraso de cinco días. Antes de proseguir mi viaje debía obtener un visado para Afganistán, recoger una cubierta de repuesto en la aduana y cambiar un cheque de viaje a la moneda afgana: ninguna de estas transacciones sería posible hasta que concluyeran las celebraciones del Nouruz.

---

[1] El festival del Nouruz celebra el año nuevo del calendario persa. *(N. de la T.)*.

01

El visado esquivo

Teherán

Teherán, 26 de marzo

Hoy una profunda depresión se ha apoderado de Dervla. Me he presentado en la embajada afgana a las nueve de la mañana y solo he conseguido que me digan que bajo ninguna circunstancia concederían el visado a una mujer que pretende ir en bicicleta sola por Afganistán. Pero, si esto es cierto, ¿por qué no se me informó de esta decisión en la embajada afgana de Londres? Parece ser que hace unos seis años una motorista sueca fue cortada en pedazos y desde entonces está prohibido que las mujeres viajen solas, o eso es lo que me han dicho aquí. Seguramente podría conseguir un visado en Nueva Delhi, ya que en esta parte del mundo las resoluciones oficiales rara vez se confirman entre sí. Pero ahora mismo esto no supone ningún consuelo. Por supuesto, en la embajada todos han sentido mucho el haber frustrado mis planes y se han ofrecido a proporcionarme un transporte privado para desplazarme hasta Kabul. Parecían muy desconcertados cuando, armándome de paciencia, les he explicado que quiero ir en bicicleta porque me gusta ir en bicicleta, no porque no pueda costeármelo. He subrayado que las mujeres también son asesinadas en Europa con monótona regularidad y que es probable que los peligros de viajar sola por este país no superen a los de hacerlo en Gran Bretaña o en Francia. Pero se han negado a dejarse convencer por mi elocuencia, por lo que esta noche me siento derrotada. Sin embargo, desde que salí de la embajada he urdido unos cuantos planes astutos que pienso poner en práctica mañana mismo.

Esta tarde, tras abrirme paso por interminables vericuetos burocráticos, he recogido mi cubierta en la aduana. Los entendidos aseguran que he tenido mucha

suerte por haber recibido un paquete enviado desde Dublín tan solo el 8 de enero. Ayer mismo, uno de mis anfitriones recibió una carta enviada desde Bruselas por correo aéreo el 18 de noviembre, y las cartas que se envían desde Teherán a domicilios de la propia ciudad a menudo pasan una semana en ruta.

Desde hace un par de días la temperatura ronda los 22 ºC, pero esta noche de repente se ha levantado un viento frío y ha empezado a caer una lluvia pesada que me ha recordado a las de casa.

Teherán, 27 de marzo

Los afganos tienen la forma más amable de frustrar a una. Al llegar a la embajada por la mañana me han recibido como a una vieja amiga y me han informado de que habían hecho todos los arreglos pertinentes para mi traslado seguro a Kabul. Para ello han reclutado a dos motoristas alemanes (un escritor y un pintor) que han accedido muy amablemente a llevarnos a Roz y a mí, sin tan siquiera saber lo decentes que podemos o no ser cualquiera de las dos. La idea es inscribirme como una cámara o una radio en sus pasaportes, por lo que tendrían que entregarme a la policía en Kabul y yo no podría escapar a lomos de Roz una vez que hayamos cruzado la frontera sin que *ellos* se metan en líos. Verme reducida a la categoría de equipaje desde luego no ha hecho ningún bien a mi *amour propre*, pero la grata insistencia de todos para que llegue viva a la India me impide perder los estribos como es debido. Esta jugada relámpago —según los estándares locales— ha tirado por tierra una de mis artimañas y, tras agradecer profusamente a todos los implicados, les he dicho que tenía una cita importante en media hora y que volvería más tarde para rellenar el sinfín de documentos pertinentes. A continuación me he dirigido a toda prisa en taxi a la embajada de una «potencia amistosa», donde me he dispuesto a ejecutar el segundo de mis astutos planes.

Tras suplicar una y otra vez el acceso al despacho de un hombre que ostenta un cargo lo bastante alto, le he detallado mi penosa situación y le he rogado que escribiera una carta en nombre de su Gobierno solicitando al Gobierno afgano que conceda un visado al portador que le permita viajar por su cuenta y riesgo durante un mes en bicicleta por Afganistán. He añadido que nadie debía preocuparse por las consecuencias en caso de desaparición, porque ninguno de mis parientes es lo suficientemente cercano como para «presentarse». La suerte ha querido que la víctima de mis maquinaciones fuera un defensor de la libre empresa y la libertad individual. Me ha mirado en silencio un instante y después

ha dicho: «Bien, supongo que, si en 1492 hubieran hecho falta visados, no se habría descubierto el Nuevo Mundo. De acuerdo. La ayudaré. Pero recuerde que todo esto es totalmente extraoficial e impropio de mi cargo. Cuento con que llegará con vida al otro lado, por mi bien... Y algo me lleva a creer que así será». Acto seguido ha procedido a diseñar un documento de lo más impresionante, lleno de cintas rojas, sellos enormes y firmas con todo tipo de florituras, cuya preparación ha sido objeto de gran orgullo paternal por su parte. ¡Así que ahora simplemente no puedo permitir que me asesinen en Afganistán!

Media hora después había vuelto a la embajada afgana ondeando el pergamino de aspecto ruritano con un júbilo mal disimulado. Como cabría esperar, ha funcionado. A nadie le ha hecho ilusión la idea de que me concedan un visado, pero, dado que otra nación ha elegido noblemente sostener al bebé, han acordado, muy a su pesar —y en contra de su buen juicio, como han recalcado—, permitir que esta lunática haga lo que quiera. En cualquier caso, deben ponerse en contacto con Kabul, por lo que no tendré todo firmado, sellado y entregado hasta el día 30. Pero esta noche estoy demasiado eufórica para preocuparme por un par de días más de retraso.

Teherán, 28 de marzo

Ayer por la noche conocí en una fiesta a tres oficiales pakistaníes —un general, un brigadier y un coronel— que están aquí en misión militar de tres meses y que enseguida me acogieron bajo su ala colectiva. Los tres son pastunes y son las primeras personas que conozco que no creen que vayan a asesinarme en Afganistán. Esta es una de las razones por las que su compañía me resulta especialmente agradable. Que unos y otros te consideren lo más parecido a un cadáver con el tiempo se vuelve tedioso. Basándose en su conjetura felizmente original de que acabaré cruzando el puerto de Jáiber de una sola pieza, me han aconsejado las partes de Pakistán que más merece la pena visitar y me han dado una lista con direcciones de amigos y parientes a lo largo de toda mi ruta. El coronel Jahan Zeb se ha tomado la inmensa molestia de planificar un itinerario que incluye un desvío al área tribal de Gilgit, por lo que ya tengo todo listo para Pakistán. Además, me han asegurado que allí contaré con el respaldo del Ejército..., ¡lo cual no es ninguna minucia en un país que ahora está dirigido por el Ejército!

Teherán, 29 de marzo

Al marcharme de Constantinopla, donde una se gasta una pequeña fortuna en mendigos, estaba decidida a no dar nada a nadie en lo que quedaba de viaje, no fuera a ser que yo misma acabara pidiendo con un cuenco. Pero, por supuesto, Persia ha echado a perder mi determinación: es sencillamente imposible ignorar a estos pobres desgraciados (muchos de ellos, tanto en ciudades como en pueblos, son leprosos en un estado demasiado avanzado para recibir tratamiento —incluso si este estuviera disponible en su región, algo no muy habitual— y se les deja morir lentamente en casa). De modo que he ideado un sistema para hacer frente a este problema: calculo que ser una invitada en casa de alguien me permite ahorrarme una libra al día, que me dedico a repartir como *baksheesh*.[2] Evidentemente, esto es una forma indirecta de egoísmo; es imposible volver a casa después dar un paseo por Teherán y disponerse a disfrutar de los lujos del capitalismo si antes no se ha hecho nada —por nimio que sea— por aliviar la miseria circundante. Pese a todo, conviene recordar que esta miseria no es tan total ni está tan descuidada como parece. Uno de los deberes religiosos de los musulmanes —igual que sucede con los cristianos— es el de dar limosna a los necesitados, y la inmensa mayoría de los musulmanes de todas las sectas cumplen siempre con este deber en función de sus posibilidades. De hecho, los ciudadanos de estos países mantienen a sus hermanos desfavorecidos con la misma generosidad con la que los ciudadanos pagan sus impuestos en un estado del bienestar, y la disparidad entre las circunstancias de los desfavorecidos de Persia y los de Gran Bretaña no es tan grande como la que se da entre la situación de los trabajadores de ambos países: es más, puede que sea incluso menor, aunque la distribución de los recursos sea más aleatoria. Además, el método musulmán de proporcionar «servicios sociales» tiene la importante virtud de mantener un vínculo natural y humano entre los individuos. Está claro que es preferible que los ciudadanos ayuden a los mendigos de manera voluntaria, por caridad, en lugar de obligarlos a pagar impuestos a regañadientes a un gobierno impersonal que distribuye el resto —una vez que ha pagado a sus funcionarios— entre afectados desconocidos que no son más que nombres en un archivador.

Del mismo modo, el soborno —que aquí campa a sus anchas— es otra forma mucho menos deseable de impuestos indirectos. Todo el mundo recibe un salario tan inadecuado que simplemente aumentan sus ingresos oficiales lo mejor que pueden día tras día, una situación que parecen aceptar con la misma clase de resignación resentida que nosotros mostramos hacia el pago de impuestos. Los que son propietarios de una casa pagan a la policía local una suma mensual fija

para asegurar la debida vigilancia de sus hogares y vehículos, y si algún recién llegado se negase a pagar por principio, su casa será el objetivo inevitable del próximo hurto. He preguntado a varios persas capacitados por qué no se establecen impuestos oficiales y, todos han coincidido en que esto no es algo que pueda hacerse con una población mayoritariamente analfabeta, y que quienes pueden permitirse propiedades que requieren protección pueden también permitirse subvencionar a la policía. Sin embargo, esto es solo un ejemplo y el soborno es el factor determinante en todas las esferas de actividad, desde la corrección de exámenes de un profesor universitario a la recogida de basura de un basurero. Debo admitir que es difícil adaptarse a un ambiente tan fétido, donde una siempre es consciente del poder del dinero por encima de la integridad.

Teherán, 30 de marzo

Hoy he recibido Buenos Consejos al por mayor de diversas Personas Responsables. Estaba previsto que su majestad imperial el sah viajara a Mashhad esta mañana, pero los periódicos han anunciado la cancelación de su viaje a causa del «mal tiempo». Teniendo en cuenta que en estos momentos hace muy buen tiempo (23 ºC y un cielo totalmente despejado), todos piensan que el Gobierno es un poco tonto por no inventar una excusa mejor. La realidad es que los mulás están provocando graves problemas en ese territorio con respecto a la redistribución de la tierra y a la emancipación de las mujeres, porque todavía tienen un control muy fuerte en esa zona y son capaces de conseguir que ciertos sectores de la población entren en un frenesí contrario al sah. Por todo ello, se ha juzgado más prudente que su majestad imperial evite la ciudad santa por el momento. (Desde que me fui de Tabriz, dos mujeres han sido asesinadas en sendos disturbios contra la emancipación de las mujeres incitados por mulás). Como Mashhad es la siguiente —y última— ciudad persa en mi ruta, me han advertido en repetidas ocasiones que debo hacer todo lo posible por parecer un hombre en esa región. También he de ser muy precavida a la hora de usar la cámara de fotos entre ambos lugares, porque si alguna de mis fotografías incluyera por accidente una mezquita a lo lejos y la multitud por casualidad tuviera ganas, podrían apedrearme y resultaría gravemente herida, como les ocurrió hace poco a dos fotógrafos franceses demasiado entusiastas.

Del mismo modo, en las habitaciones de hotel que no disponen de cerradura hay que colocar botellas vacías encima de la puerta para evitar ser tomada por

sorpresa en caso de que mi virtud entre en los planes de lujuriosos errantes. (Puesto que generar botellas vacías es una de las pocas cosas que se me dan bien, me resulta una sugerencia apropiada). En cualquier caso, mi intención es quedarme siempre que sea posible en cuarteles de la gendarmería entre este lugar y Afganistán, ya que la gendarmería persa es una fuerza que existe principalmente para proteger a los viajeros y se supone que es más fiable que otras ramas de la policía nacional; aún está por ver cuánto más fiable.

Esta noche he disfrutado de una fiesta de despedida con mis amigos pakistaníes (aunque es difícilmente una *buena definición*, pues solo beben agua). Supongo que, si una se mezcla con buenos musulmanes cabe esperar que abran una nueva botella de Agua Pura (garantizada) cada vez que te rellenan el vaso. Lo que es seguro es que el coronel Zeb no necesita alcohol para estimular su cerebro ni para mejorar su dominio magistral del inglés: además de un notable interés hacia todo lo que tiene que decir sobre una increíble variedad de temas, el simple hecho de escuchar *cómo* lo dice es un placer. Hacía mucho que no disfrutaba tanto de una buena conversación nocturna: los cinco hemos empezado a hablar a las seis de la tarde y nos hemos ocupado de tantos aspectos fascinantes que nadie quería poner fin a la velada, ¡y no hemos empezado a cenar hasta las once menos veinte! Ahora son las dos y diez y, como tengo previsto empezar temprano, dormir un poco no parece mala idea.

---

[2] Es un término utilizado, entre otros, para referirse al acto de dar caridad. *(N. de la T.)*.

02

La hospitalidad de la policía

De Teherán a la frontera afgana

Deh Namak, 31 de marzo

Roz y yo hemos salido de Teherán a las seis y media de la mañana y hemos llegado aquí poco después de las seis de la tarde tras cubrir 173 kilómetros gracias a un fuerte viento de cola.

La carretera se ha mantenido razonable dentro de lo que son los estándares persas, aunque, si me hubiera topado con ella en Irlanda, le habría lanzado una mirada horrorizada y me habría ido por otro lado; es alucinante lo rápido que una se aclimata a todo. Hacía una temperatura tan fabulosa para ir en bici que sentía que mi energía no tenía límites, y he completado los últimos dieciséis kilómetros más fresca que una lechuga.

Persia es un país realmente hermoso y cada kilómetro desde Teherán ha sido puro gozo (tanto por el espacio y el silencio como por la belleza visual). La extravagancia de estas elegantes líneas de llanura y montaña resulta embriagadora para una isleña, y la mezcla de tonalidades en las laderas áridas es una sinfonía de color. Pero esto solo es una forma de observar la región; como trasfondo de la vida cotidiana, es un país cruel y despectivo, donde la agricultura es una lucha a brazo partido y la victoria no vale la pena.

El principal cultivo es el trigo, y la imagen de unos pocos campos frescos y verdes supone un verdadero descanso físico para los ojos después de llevar cuarenta o cincuenta kilómetros viendo cómo un desierto áspero gris parduzco se estremece en el calor del mediodía. Las aldeas de adobe de esta zona están mucho mejor diseñadas que las de Persia occidental, donde es posible encontrar casas tan primitivas como en cualquier otra parte. Aquí son más bonitas, con

techos abovedados, diminutas ventanas «góticas» y un sinfín de variaciones entre una casa y otra. Me hubiera gustado hacer alguna foto, pero los musulmanes son tan sensibles a este tema que me ha parecido más sensato no arriesgarme a estropear la buena relación que he conseguido establecer con ellos.

Hasta en dos ocasiones me he apartado de la carretera para explorar aldeas que antes pertenecían al sah y que ahora han sido entregadas a los campesinos. Esta gente es totalmente diferente de los duros azerbaiyanos: los he encontrado amables y educados y no me han pedido *baksheesh*, aunque sí se han tomado infinitas molestias para enseñarme sus granjas de arriba abajo. Puede parecer una tontería, pero estoy convencida de que tengo el instinto de conocer el temperamento de un lugar con solo haber pasado cinco minutos con sus habitantes. Por eso hoy no he tenido el más mínimo reparo en abandonar a Roz junto con todo el equipo en el centro del pueblo y, aunque a mi regreso la rodeaban no menos de cien niños sucios y en harapos, nadie había tocado nada. En mi experiencia, esta es la norma de honestidad que impera en Turquía y en Persia, por lo menos hacia los invitados; Azerbaiyán no ha sido más que la triste excepción a esta regla.

En una de estas granjas he visto mi primer tractor desde que estoy en Persia, y pertenecía colectivamente a una aldea. En otras partes, los bueyes aún tiran de arados de madera muy rudimentarios. En esta región hay muy pocos camellos, por extraño que parezca, y tampoco abundan los caballos ni el ganado. Cientos de robustos burritos se encargan del transporte tanto de personas como de mercancías y en cada aldea se pastorean unos cuantos rebaños de ovejas y cabras.

El orgullo y la alegría de esos hombres y niños de ser *propietarios* de su tierra ha sido una experiencia muy emotiva. Algunos de los jóvenes hablaban un poco de inglés y repetían sin cesar: «Esta es *nuestra* tierra», «Somos *sus* dueños», «*Nos* pertenece», mientras sonreían con cariñoso orgullo a los pocos y lastimosos acres en medio de cientos de kilómetros cuadrados de desierto. Aún no terminaban de creérselo. Muchos de ellos llevaban fotografías del sah en el bolsillo (he tenido que admirar cerca de treinta y cinco por separado) y en casi todos los hogares hay imágenes de su majestad imperial, la emperatriz y el príncipe heredero. El amor que le profesan a su sah es genuino... ¡y quién podría culparlos! Los analistas políticos pueden poner en cuestión cuanto quieran las motivaciones que esconde esta reforma agraria, pero para los campesinos ha tenido un efecto que continúa siendo totalmente positivo. Cuando pienso en esos miserables mulás que intentan convencer a los aldeanos de que es inmoral y contrario al Corán que las masas sean *propietarias* de tierras..., ¡solo porque ellos son dueños de tantas! Supongo que la analogía más próxima en la cristiandad es la Iglesia española,

aunque empleara tácticas ligeramente más sutiles. Resulta desconcertante comprobar cómo los hombres que llevan las riendas de la religión una y otra vez abusan de su autoridad espiritual en beneficio propio.

El ochenta por ciento de la tierra de este lugar no sirve para nada, pero al observar la eclosión de las parcelas de regadío, te convences de que la solución radica en unos cuantos centenares de presas más, porque la tierra cultivable es básicamente igual que el resto. Cuando he visto por primera vez la superficie blanqueada de la llanura, he pensado que había nevado un poco, aunque esta idea no tuviera ni pies ni cabeza. Entonces me he detenido para probar la sal concentrada que forma una fina capa sobre todas las cosas. Estamos justo al norte del Gran Desierto Salado.

Lo primero que he hecho al llegar a este pequeño pueblo ha sido acudir al cuartel de la gendarmería, he dejado allí a Roz y he caminado más allá de las casas de adobe bañadas por el sol para intentar hacer alguna foto de cómo encerraban a los rebaños de cabras y ovejas en corrales para que pasaran allí la noche. Me han seguido montones de niños y estaba claro que para ellos yo era una especie de espectáculo circense; no me han pedido limosna, solo querían estar conmigo. He tenido que rogar a los gendarmes para que les permitieran acompañarme, porque suelen devolver a los niños a sus casas literalmente a golpes para que no molesten a los visitantes. Lo cierto es que me ha sentado bien poder proporcionar tanta diversión inocente por el simple hecho de llegar al pueblo, y mi expedición fotográfica pronto ha dado paso a juegos colectivos en los que yo fingía ser un perro ovejero y los niños se morían de risa, y luego me he puesto a imitar a un burro (¡no es muy difícil!). Para ello me he arrastrado por la arena a cuatro patas y he rebuznado sonoramente, con dos o tres niños subidos en la espalda.

El cuartel donde voy a pasar la noche es un antiguo y enorme fuerte construido enteramente con adobe, pero de proporciones impresionantes. Me he quedado medio ciega escribiendo a la débil luz de una lámpara de aceite... ¡Cualquiera pensaría que en Persia falta el petróleo!

Goosheh, 1 de abril

Es muy raro: la idea de que una mujer viaje sola está tan alejada de la experiencia y la imaginación de cualquier persona de aquí que en todas partes dan por hecho que soy un hombre. A este práctico espejismo contribuyen el peinado cortísimo que me hice en Teherán y una camisa que desdibuja mi

contorno, un regalo del Ejército estadounidense en Andabil, en Oriente Medio. También me donaron unas botas maravillosas (el calzado más cómodo que he llevado nunca, que además es perfecto para recorrer estas sendas pedregosas). El resultado de este pequeño error de cálculo por parte de los lugareños es que llevo dos noches acostándome en el dormitorio de la gendarmería. Las camas consisten en tablones de madera con sacos de dormir acolchados encima; me han prestado la cama de uno de los patrulleros nocturnos. No he tenido ningún problema, porque «los preparativos para acostarse» consisten en quitarse las botas, la pistola, el cinturón y meterse en el saco lleno de pulgas, así que me limito a hacer lo mismo que ellos ¡y ya está! Por cierto, estos cuarteles están de un limpio impoluto: no se permite ni una sola miga ni ceniza de cigarrillo en el suelo de barro y todo está pulcro y ordenado. Yo traigo mi propia comida y los muchachos me proporcionan agua caliente para preparar café. Ahora mismo estoy sentada en el borde de la cama escribiendo con una lamparita de aceite mientras seis gendarmes duermen profundamente a mi alrededor.

Hemos dejado Deh Namak a las cinco y media de la mañana, cuando el sol acababa de salir y el aire era agradablemente fresco. Aunque la carretera era mucho peor que la de ayer, hemos cubierto 131 kilómetros y hemos llegado aquí a las siete menos veinte de la tarde. He parado a almorzar a las doce y media y he dormido una hora bajo un sol abrasador; salvo por las quemaduras (no había sombra disponible), detenerse a descansar es del todo seguro, porque en los amplios espacios abiertos entre pueblos no hay hombres, bestias, insectos ni reptiles que te molesten, pero sospecho que los brazos quemados van a darme problemas, porque durante la siesta usé mi cazadora para cubrir las ruedas de Roz. En realidad, solo se es consciente de la fuerza del sol cuando se está inmóvil, mientras que en movimiento no se tiene la sensación de que haga «demasiado calor». Creo que en Afganistán el tiempo será parecido, antes de que el calor se vuelva intolerable en Pakistán y en la India. (¡Creo que me he ganado varios meses de tiempo perfecto!).

Poco después de comer he abandonado la carretera durante más de dieciséis kilómetros y he pedaleado por el cauce seco de un río donde el barro cocido era firme y suave y los pedruscos del camino parecían una nimiedad comparados con la insoportable gravilla afilada de una carretera con la superficie inexorablemente rugosa. Solo cuando he visto que el cauce del río se desviaba demasiado hacia el sur me he apartado de él a regañadientes y he caminado por el desierto durante alrededor de un kilómetro y medio para volver a la carretera. Los últimos cuarenta y ocho kilómetros atravesaban una nueva cordillera magnífica con una subida muy empinada hasta esta aldea. He pasado junto a la escena de un

espantoso choque del que informaba hace unos días el periódico en lengua inglesa de Teherán. Un camión y un autobús chocaron de frente en una curva en forma de uve: ambos cayeron por un barranco y murieron cincuenta y una personas. Casi cada día se dan situaciones similares en Persia y siempre se echa la culpa a los conductores. Me pongo enferma cada vez que veo autobuses persas en carreteras de montaña. En cuanto advierto la nube de polvo que anuncia la presencia de alguno, me bajo de la bici y me retiro a una distancia prudencial. En diez días en Teherán he visto siete accidentes de tráfico horribles, en cuatro de los cuales han perdido la vida nueve personas.

Este pequeño pueblito tiene unas veinte chozas de barro con tejado abovedado, una casa de té y la gendarmería. Mañana debería encontrar una carretera llana, porque el mapa no indica que haya ningún puerto, pero probablemente la superficie irá a peor a medida que pasen los días.

Shahrud, 2 de abril

¡Cuánta razón tenía! Hoy solo hemos cubierto 106 kilómetros (de seis menos cuarto de la mañana a siete menos diez de la noche) y más de veinticinco de ellos he tenido que recorrerlos a pie, no a causa de las colinas, sino porque nadie que aprecie su bicicleta pedalearía en este tipo de vía infernal. No he visto ni un solo coche ni camión privado desde que salí de Teherán, aunque pasan numerosos autobuses abarrotados y con el techo a reventar con rollos de alfombras, bicicletas, cajas con gallinas, corderos y cabritos (¡vivitos y coleando!) y diversos fardos que sabe Dios lo que contendrán. Estos autobuses descargan para almorzar (entre las doce y las tres de la tarde) en las casas de comidas de los pueblos, junto a las que discurren arroyos y donde unos cuantos árboles verdes dan sombra a las «mesas» cubiertas de alfombras sobre las que todo el mundo se sienta de piernas cruzadas comiendo pan, cebolletas, huevos duros, albóndigas de carne picada y *mast* (el yogur persa). Antes de almorzar, a todos los bebés del autobús se les cambia el pañal, que lavan en el arroyo (igual que las cebolletas y los dientes después de comer) y luego extienden al sol para que se sequen antes de reanudar el viaje. Hoy me he unido a uno de estos grupos (sin duda, peregrinos que volvían de Mashhad) y, a pesar de que se dirigían a mí como «monsieur», el simple hecho de proceder de un país cristiano ha suscitado hostilidades. No me he atrevido a usar la cámara, aunque me habría gustado tener unas cuantas fotos de esos tipos con aspecto de fanáticos en harapos. Muchos de ellos eran adolescentes, por lo que su majestad imperial va a tardar mucho tiempo en

domar a este grupo. Los niños estaban muertos de miedo y no se acercaban a por los caramelos que les ofrecía, y el ambiente era tan desagradable que me he retirado antes de lo que hubiera querido y me he echado la siesta a varios kilómetros de distancia, en la seguridad del desierto.

Un fenómeno que me tiene muy intrigada es la gran cantidad de cromolitografías religiosas católicas que hay en todas estas casas de comidas y de té: Cristo siendo bebé en el pesebre o trabajando en el taller de carpintero, una imagen en vivos colores del Inmaculado Corazón de María, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Nuestra Señora del Buen Consejo, copias baratas de la Madonna de Rafael e imágenes de san José. Todas ellas se suman, por supuesto, a las del sah, la emperatriz y el pequeño príncipe en distintas etapas de crecimiento, por no mencionar los retratos de mujeres semidesnudas que anuncian Pepsi-Cola y aspirina. Pero me descoloca cómo han llegado hasta aquí todas estas imágenes cristianas. Es cierto que los musulmanes son devotos de Cristo como profeta y de Nuestra Señora, pero nunca hubiera pensado que su devoción podía llegar tan lejos.

Cuando he alcanzado las afueras de esta ciudad, un coche me ha adelantado y el conductor (el gerente de una fábrica de azúcar local y lector del periódico diario) se ha detenido y me ha dicho: «Dervla que va a la India, ¿sí?». Me he sonrojado con la debida modestia ante esta prueba irrefutable de mi fama y he contestado que, efectivamente, era Dervla que va a la India, así que me ha invitado a pasar la noche en su casa, donde ahora me hallo, después de darme una ducha y de disfrutar de una cena magnífica. En estos países es imposible conservar las curvas de la juventud: rechazar los alimentos es un insulto, así que simplemente te desabrochas el pantalón con discreción y sigues comiendo. Antes de la comida, todo el mundo consume grandes cantidades de galletas, naranjas, pastas de té, higos rellenos de almendra, tofes y bombones de toda clase, pistachos e interminables tazas de té. Y a continuación esperan que recibas con una alegre sonrisa una montaña de arroz que apenas te permite ver por encima de ella y toneladas de carne y verdura.

Esta es una ciudad grande (ocho mil habitantes), con electricidad, ¡aunque suene increíble! La casa de mi anfitrión está repleta de comodidades modernas, incluidos teléfono, frigorífico y lavadora. Pero, como no podía ser de otra manera, no hay bañera a consecuencia de la ley islámica que exige lavarse con agua corriente; el cuarto de baño es un espacio con suelo de mármol equipado con una ducha. (Es más, el suelo de todas las habitaciones en todas las casas de Persia es de mármol o de barro, debido a la escasez de madera). La esposa de mi anfitrión está en Teherán visitando a su familia con motivo del Nouruz y volverá

mañana. Hoy es el último día de esta fiesta, pero he seguido una ruta maravillosamente solitaria en la que apenas he visto indicios de las tradicionales meriendas al aire libre. Los cuatro niños de la casa son encantadores —dos niños y dos niñas— y mi llegada los ha puesto locos de contentos, pues habían leído sobre mí en el periódico de Teherán. En la cena se ha unido a nosotros un sobrino de mi anfitrión de veinte años acompañado de su mujer, de dieciséis, un matrimonio concertado que claramente no va demasiado bien.

Me esperan unos días de tortura por la quemadura del sol en el brazo derecho, y me acabo de dar cuenta de que no es el resultado de haberme tumbado al sol, sino de ir en bici cada día en dirección este, por lo que este brazo siempre queda expuesto. Y aunque no lo perciba mientras pedaleo, es un sol feroz. ¡No hay nada como cargar con seis tubos de crema de protección solar para luego olvidarte de aplicártela a tiempo!

Abbas-Abad, 3 de abril

Hoy hemos cubierto 133 kilómetros, pero para ello me he visto obligada a romper mi regla de «no pedalear una vez que ha oscurecido» y continuar hasta las nueve y media de la noche. Sin embargo, no creo que en un país tan deshabitado esto comporte ningún peligro, y la brillante luz de la luna me ha mostrado el camino; era indescriptiblemente bonito con las dunas de arena, que parecen montañas. Por fin me voy acostumbrando al silencio desconocido y misterioso del paisaje del desierto y a la extraña experiencia de ver cosas que desaparecen a medida que te aproximas a ellas. También he descubierto que lo que parece un pueblo a tres kilómetros es en realidad un pueblo a treinta y dos kilómetros, y me he aclimatado al polvo fino que impregna cada pliegue de mi cuerpo y del equipo. En resumidas cuentas, ¡me encuentro a gusto!

Hoy se ha producido un divertido paréntesis cuando un ingeniero estadounidense que volvía en todoterreno a su puesto en Afganistán se ha detenido para estudiarme, lo que ha dado lugar a la siguiente conversación:

Estadounidense: «¿Qué diablos haces en esta maldita carretera?».

Yo (*sintiendo una antipatía inmediata hacia él*): «Montar en bicicleta».

Estadounidense: «Eso ya lo veo, pero ¿a santo de qué?».

Yo: «Para divertirme».

Estadounidense: «¿Estás chalada o qué te pasa? Dame esa bici y la meteré en la parte de atrás. Entra ahí, vámonos de esta maldita sartén cuanto antes. ¡Esta ruta no es apta ni para un camello!».

Yo: «Cuando vas en bici en lugar de en un todoterreno, no te parece una sartén. Es más, si echas un vistazo a tu alrededor, te darás cuenta de que el paisaje compensa el estado ciertamente deplorable de la carretera. De hecho, *disfruto* pedaleando por un país como este. Pero gracias por la amable oferta. Adiós».

Al adelantarme, gritó: «¡*Eres* una maldita chalada!».

Considero que este tipo de vida en la que solo estamos Roz y yo, y el cielo y la tierra, es pura dicha. Mi única preocupación en estos momentos es la completa desintegración de Roz. Por el momento, la luz trasera, el guardabarros trasero y la mitad del delantero se han caído; las dos correas que atan la alforja al sillín se han roto; el portaequipajes izquierdo se ha desprendido y el pedal derecho se ha aflojado. Todo se aguanta en su sitio mediante un sistema de cuerdas y alambres más complicado de lo que creeríais posible, pero por fortuna ninguna de estas minusvalías es seria. Los verdaderos problemas comenzarán cuando se rompan las ruedas o el cuadro. Por increíble que parezca, no he tenido ni un solo pinchazo desde que salí de Teherán (una recompensa al sumo cuidado con el que pedaleo). Pero es evidente que mi afirmación de que el ciclismo es la mejor manera de *ver* un país no es válida en esta región. No me atrevo a apartar los ojos de la carretera ni por un segundo y lo que «veo» se limita a los intervalos a pie y a las frecuentes paradas que hago para mirar a mi alrededor.

Esta aldea es el lugar más primitivo en el que he estado nunca, ni siquiera tiene un cuartel de la gendarmería. Es un conjunto de las habituales chozas de barro de construcción tosca y en la casa de té *todo* está hecho de barro: el «mostrador», los asientos que cubren las paredes y los escalones que conducen a un ático, donde unos hombres fuman opio. Subí allí para investigar el alojamiento y me encontré a cinco valientes sumidos en un trance con sus pipas; ¡eso es lo que pasa cuando no hay una gendarmería! (Esta noche mi brazo derecho está tan rígido que no puedo doblarlo y el dolor es *intenso*, pero lo prefiero a la congelación). Los tres hombres que ahora beben té parecen mantener una actitud neutral hacia mí: no demuestran ninguna simpatía, pero tampoco ninguna hostilidad aparente. Creo que he hecho bien en llegar tarde: cuanta menos gente sepa de mi existencia, mejor. Voy a dormir en uno de los largos asientos de barro con Roz atada a mí y la mochila debajo de la cabeza con las correas alrededor del cuello, ¡aunque no tengo muy claro cómo el estrangularme con mis propias correas podrá ayudar en caso de que alguien intente robarme!

Baghjar, 4 de abril

La noche de ayer se desarrolló sin más incidentes, pero, a pesar del cansancio, dormí fatal porque la agonía del brazo quemado por el sol ha hecho que me despertara cada vez que me movía. Hemos salido a las cinco y media de la mañana y los 136 kilómetros de hoy atravesaban el Gran Desierto Salado, con planicies de arena a cada lado hasta donde alcanzaba la vista y una sola ciudad (Salzevar) en la ruta. Parecía un lugar interesante, pero estaba lleno de mulás y jóvenes con turbante que, a los cinco minutos de llegar, me han apedreado y provocado cortes en el brazo quemado, así que me he ido corriendo antes de que se desatara una revuelta. Salzevar está en el centro del territorio dominado por los mulás, donde la policía tiene miedo del clero y se limita a no aparecer cuando hay problemas, así que la discreción era la mejor muestra del valor. Ahora estoy a salvo en la gendarmería de una pequeña población sentada en mi litera, pero me encuentro mal. Mi brazo derecho es la mitad del izquierdo y mañana reventarán todas las ampollas. No sé por qué se ha hinchado tanto; en España también sufrí graves quemaduras por el sol y no me pasó esto. En cualquier caso, la culpa es solo mía.

Hoy la carretera era algo mejor, menos por donde se habían depositado grandes cantidades de arena y era imposible pedalear sin resbalarse. Esta noche me siento muy febril. Puede que se deba a un ligero golpe de calor, aunque no me he sentido acalorada en ningún momento.

Nishapur, 5 de abril

Hoy al despertar me encontraba mucho mejor, aunque las ampollas del brazo aún no han reventado. Solo hemos hecho 88 kilómetros, porque esta es la ciudad de Omar Jayam y he decidido detenerme para rendirle mis respetos. Además, creo que me he estado exigiendo mucho, así que creo no ha sido mala idea tomarme el día con calma.

Al salir de Baghjar he tenido que atravesar casi veinte kilómetros de montañas por un camino espantoso, pero rodeada de un paisaje muy emocionante. Luego hemos soportado más desierto hasta llegar aquí.

Encuentro poco exótica la fauna persa. La avifauna en torno a las aldeas consiste en cuervos, urracas, abanicos lavanderas, golondrinas y gorriones. Las únicas aves que no me resultan familiares son unas pequeñas con cresta que recuerdan a los tordos y algún que otro halcón enorme y fiero. También he distinguido algunos cárabos. La vida animal es casi nula, aunque hoy he visto

cuatro corzos cruzando la carretera. Los insectos por ahora se limitan a moscas (muy pocas) y escarabajos negros, como en Irlanda.

Es un pueblo muy bonito. Me he percatado de que los pueblos de Persia tienden a ser mucho más hermosos que las ciudades, sobre todo ahora que los jardines están preciosos con el césped liso, las cascadas verde pálido de los sauces llorones y los brillantes parterres de claveles, rosas, pensamientos y geranios. Las calles principales siempre son amplias y los muros de adobe bañados por el sol se tornan dorados bajo el azul violáceo del cielo persa. Casi todo el tráfico consiste en taxis en forma de faetones tirados por ponis y numerosos burros y bicicletas cargados hasta los topes. El inevitable *jube* (el canal de agua que discurre entre el camino y la carretera) fluye por todas partes, pero en general las calles están bastante limpias y he llegado a la conclusión de que el agua persa es segura si dejas muy claro que quieres *beberla*, no lavarte con ella. De todas formas, he estado bebiéndola libremente sin que se hayan producido efectos negativos.

Hemos llegado a las tres y cuarto e inmediatamente me ha cogido por banda un chico de veinte años que se ha asegurado de que esta noche seré su invitada frente a la extraordinaria competencia de sus compañeros de clase. Los estudiantes locales tienen que pagar cincuenta reales por una lección de inglés de treinta minutos, por lo que un invitado de habla inglesa es algo muy preciado. Hace tres días, el sah abrió al público la nueva tumba de Jayam (una pena habérmelo perdido) y esta tarde un grupo de jóvenes cargados con diccionarios, gramáticas y versiones simplificadas de *Jane Eyre* me han llevado hasta allí, y de camino me han bombardeado con sus consultas particulares de pronunciación, construcción de frases y ortografía. La juventud persa posee un interés a todas luces fanático por aprender inglés, pero sus oportunidades están muy limitadas, ya que la disponibilidad de profesores competentes fuera de Teherán es muy escasa.

La nueva tumba representa la arquitectura moderna en su peor versión grotesca. Casi se me han saltado las lágrimas al verla sobre el cuerpo de un hombre como Omar Jayam. También he visitado la antigua tumba, que es muy simple, digna y apropiada. Desconozco por qué han tenido que gastar decenas de miles de reales en este nuevo engendro cuando el país está plagado de niños desnutridos.

La familia con la que me hospedo está formada por una madre (de treinta y cinco años), tres hijos de veinte, dieciocho y doce y cuatro hijas de dieciséis, catorce, nueve y seis. El padre trabaja como ayudante de pañero en Teherán, por lo que es una familia muy pobre. Al ser viernes (el domingo musulmán), han reunido a doce parientes para que me conocieran a la hora de la cena, pero

aunque los hombres eran familiares cercanos, la madre y las hijas, incluida la de seis años, se han tapado con el velo en cuanto han aparecido los visitantes. En esta zona el islam es tan rígido que a ningún hombre se le permite vislumbrar el rostro de una mujer (salvo al padre, al marido y a los hijos). No me extraña que los chicos no puedan apartar la vista de mi careto, ¡por lo menos es un cambio respecto a su madre y hermanas!

He comido con las mujeres y ha sido un alivio recibir lentejas en lugar de arroz. También hemos tomado una sabrosa tortilla y ensalada (que he rechazado, después de haber visto que la lavaban en el *jube*, porque me han advertido un montón de veces que evitara a toda la costa la ensalada lavada en el *jube*). En la casa no había sillas, ni mesas, ni camas, ni tampoco cubiertos: usan trozos planos de pan para coger su porción del plato comunal. De postre han servido *mas* con azúcar y me ha parecido una comida de lo más apetecible.

Todos se han mostrado muy preocupados por mi brazo, que luce un aspecto ciertamente alarmante, a pesar de que esta noche lo siento mejor.

Tras la cena, la abuela y la madre se han turnado la pipa de agua, mientras una niña tocaba una pandereta y el resto bailaba: el tradicional pasatiempo del viernes por la noche. He aprendido a apreciar la música árabe hasta el punto de que tengo melodías favoritas y podría pasar horas viendo bailar a los persas. Son maravillosamente elegantes, sobre todo en el movimiento de brazos y manos. La niña de seis años ha ofrecido una magnífica actuación ¡y otra de dos años ya tenía una idea general!

Sang Bast, 6 de abril

Hoy se ha producido un cambio significativo en el paisaje, pero no en la superficie de la carretera. Hemos cubierto 115 kilómetros, algunos de ellos entre montañas increíbles y la mayoría a través de lo que en esta región se considera tierra fértil (por ejemplo, una aldea rodeada de pequeños campos de regadío, cada treinta kilómetros aproximadamente), y entre unas y otras había grandes rebaños de ovejas y cabras pastando algunos yerbajos invisibles. En estos momentos hay cientos de corderitos y cabritos, y son absolutamente adorables. Los corderos tienen vellones gruesos y enormes orejas caídas, como los spaniels, y los cabritos son muy delicados y juguetones. He parado a almorzar con un pastor de aspecto feroz que en realidad era muy simpático, y mientras comía he admirado sus rebaños: hemos intercambiado de manera solemne pan y sal, así que ahora somos amigos para siempre, según la costumbre local.

Como si Persia quisiera enseñarme de lo que es capaz en cuestión de fauna, hoy he visto siete ciervos más y un gran perro-zorro amarillo grisáceo horroroso. También he divisado una tortuga, dos escorpiones, un hámster y un águila, y el canto de la alondra me ha acompañado durante gran parte de la ruta, lo que me ha hecho añorar mucho mi casa.

Este pueblo se halla en el cruce de la carretera Teherán-Mashhad-Afganistán, así que la retomaré mañana después de un desvío para visitar los lugares de interés de Mashhad y recoger mi correo. En la gendarmería local son excepcionalmente amables y lo bastante sofisticados como para advertir mi sexo, por lo que me han preparado un saco de pulgas en el suelo del despacho.

Hoy ha soplado un fuerte viento del este en contra que, combinado con una superficie atroz, ha dado lugar a un día agotador. También se ha nublado bastante y quizá mañana llueva un poco, aunque no es muy probable, a pesar de que la semana pasada en el sur de Persia acumularon su primer centímetro en cuatro años.

Una de las cosas que más les intriga a los persas sobre mí es el hecho de no tener hermanos ni hermanas: los hijos únicos son algo desconocido y todos me compadecen. Sin duda son gente muy familiar: los hermanos y las hermanas muestran grandes dosis de afecto mutuo y en tiempos difíciles todos hacen lo posible por ayudarse unos a otros.

Hoy ha sido la primera vez que se han percatado de mi visado caducado, y es que aquí hay un teniente al cargo. Normalmente, solo hay un suboficial, tan analfabeto como sus hombres. Pero el teniente es un joven amable que me ha guiñado el ojo mientras aceptaba veinte cigarrillos estadounidenses y al mismo tiempo me aseguraba que podría caerme una multa de más de cincuenta libras por detentar cigarrillos estadounidenses en Persia.

Sang Bast, 7 de abril

Hemos llegado al exterior de la oficina del British Council de Mashhad a las ocho menos diez de la mañana. ¡Diez largos minutos esperando el correo! Hemos recorrido una perfecta carretera asfaltada durante los cuarenta kilómetros del trayecto y no hemos visto muestras de hostilidad por parte de los lugareños, que se han mostrado más simpáticos que en otros lugares. Aun así, he tenido que evitar ir sola a la zona del santuario, aunque hubiera dado mucho por explorarlo. De las cuatro ciudades persas que he visitado, Mashhad es, con diferencia, la más agradable y, si a esto le sumamos que esta mañana ha llovido, los brotes de hojas

verdes relucían a lo largo de los elegantes y amplios bulevares flanqueados de abedules tan grandes como nuestros robles. Han dispuesto muy amablemente un coche que me ha llevado a dar una vuelta por la ciudad. Aun así, ha sido muy frustrante tener que conformarme con vislumbrar a cierta distancia la belleza inalcanzable de las mezquitas, el santuario, el museo y la biblioteca; en ese barrio abundan los mulás. He visto tres con turbantes verdes, lo que significa que son descendientes del Profeta. A una chica estadounidense que fue hasta allí por su cuenta y riesgo hace dos días, a pesar de que le habían aconsejado no hacerlo, la apedrearon de mala manera mientras trataba de hacer fotos en color de las cúpulas y los minaretes y resultó gravemente herida.

En cada parada se oyen las historias más espeluznantes. El plato fuerte de este lugar está protagonizado por tres estadounidenses que viajaban en coche de Mashhad a la frontera afgana cuando se pararon a comer y fueron asesinados a tiros por bandidos que después escaparon a Afganistán, pero la policía afgana no tardó en apresarlos y devolverlos de nuevo a Persia, donde los capturó el Ejército y fueron colgados a la vista de todos en la plaza principal de Teherán. El señor Jones, del British Council, dice que de ninguna de las maneras puedo viajar hasta Kabul vía Mazar-e Sharif, porque esa zona alberga muchos problemas de índole comunista. En estos momentos los rusos invierten grandes esfuerzos en tomar las riendas de la totalidad de Afganistán y el tira y afloja entre los estadounidenses y ellos es de traca.

Me he ido del British Council a las tres menos cuarto después de un almuerzo con los Jones. (Muy agradables, tanto el almuerzo como los Jones, y las instalaciones del British Council, que eran las antiguas dependencias del consulado cuando Gran Bretaña disponía de un cónsul en Mashhad, son realmente magníficas, con jardines y terrenos que parecen el paraíso al acceder a ellos desde el desierto). Había decidido ir con Roz al hospital antes de enfrentarme a Afganistán, así que la he llevado al taller de bicicletas más grande de la ciudad, donde una serie de ajustes que normalmente hubieran requerido media hora han necesitado dos horas y media, por lo que no hemos salido de Mashhad hasta las cinco y media de la tarde. Suena increíble, pero cualquiera que haya vivido aquí sabe que es cierto: los persas no utilizan el destornillador. En su lugar, hasta el último tornillo se incrusta a base de martillazos y el resto de reparaciones y reajustes se llevan a cabo con su correspondiente brutalidad. No os podéis imaginar lo que he sufrido sentada en un taburete junto a la paciente, fumando un cigarrillo tras otro y bebiéndome mi provisión de Courvoisier para emergencias de lo nerviosa que estaba mientras atacaban a la desafortunada y sufrida bicicleta con martillo y cincel. Finalmente, nos hemos marchado sin el

guardabarros trasero. Ahora me temo lo peor, pues ¿qué máquina podría sobrevivir a un asalto como ese sin sufrir nefastas repercusiones?

Estaba oscuro, aunque a partir de las seis de la tarde la luna brillaba en lo alto, y habría sido un paseo más que placentero en el frío atardecer de no haber sido por el enorme susto que me llevé al ver a cinco hombres (además de un rifle) en un coche que no hacían más que detenerse para convencerme de ir con ellos a Sang Bast. Quizá sus intenciones fueran buenas, pero a veinte kilómetros de cualquier parte y siendo ya de noche, no he sabido apreciarlas, y han desaparecido con lo que me ha parecido una celeridad culpable cuando han visto aparecer a dos gendarmes montados que patrullaban la carretera. Ahora estoy de nuevo a salvo con mis amigos en el cuartel. Todos están muy preocupados por mi brazo (que en estos momentos tiene peor pinta de lo que parece) y acaban de darme una crema calmante para que me la unte (es la que usan ellos para las «caminatas en el desierto»). Está hecha en Suiza.

Taybad, 8 de abril

Esta mañana, mi pan plano del desayuno (llamado *non*) estaba totalmente cubierto de rastros de caracol (para mi gran sorpresa, pues nunca habría imaginado que pudiera haber caracoles en un país tan seco). En un primer momento me ha parecido un tanto asqueroso, pero luego he recordado que algunas personas son lo bastante extravagantes como para *comer* caracoles y, teniendo en cuenta que la diferencia química entre un caracol y su rastro no debe de ser muy grande, he abandonado cualquier escrúpulo. Me he decepcionado mucho al descubrir que la noche anterior un gendarme —no pudo ser nadie más— robó sesenta cigarrillos estadounidenses de la alforja de la bici, pero supongo que esto no debería sorprenderme en un país donde el comandante en jefe está siendo juzgado en estos momentos por una causa de corrupción a gran escala en el Tribunal Supremo de Teherán. En cualquier caso, la culpa es solo mía: a estas alturas sé lo codiciados que están los cigarrillos estadounidenses en este lugar (¡si hubierais fumado de los persas, sabríais por qué!) y debería haberlos guardado en la mochila. En general, más allá de unos cuantos incidentes, la gendarmería me ha parecido un grupo de chicos muy decentes, amables y de fiar. El sah demuestra un interés particular en ellos y hace todo lo que está en su mano por mantener el nivel del cuerpo.

Hemos dejado Sang Bast a las cinco y cuarto de la mañana y tan solo habíamos cubierto poco más de setenta y dos kilómetros cuando, a las once, ha

ocurrido lo inevitable y la rueda trasera se ha salido. Por suerte estábamos subiendo muy despacio por una pendiente, así que no me he hecho daño. Al examinar la situación, he descubierto que la rosca del tornillo en cuestión estaba destrozada, una consecuencia más que natural después de que la colocaran en su sitio a martillazo limpio. Para entonces me encontraba a cuarenta kilómetros del último pueblo y a treinta y dos del siguiente y Roz no podía circular, por lo que he almorzado y me he echado a dormir hasta que alguien me rescatara. (Desde que me fui de Irlanda he adoptado la costumbre de dormir siempre que me apetece, lo que resulta muy práctico).

En toda la mañana solo habían pasado dos camiones que transportaban gasolina a Herāt desde la refinería petrolera de Mashhad, y eran casi las dos cuando me he despertado por el traqueteo de un tercero a lo largo de la execrable carretera. El conductor era un afgano que iba descalzo y con un turbante al viento y, como no se puede apoyar una bicicleta sobre un tanque de gasolina, ha atado a Roz al motor sin inmutarse. El hecho de que oscureciera por completo su visión de la carretera era del todo irrelevante, porque los conductores asiáticos nunca miran por dónde van. Al subirme a la cabina, se ha quedado horrorizado al ver mi quemadura. Antes de que pudiera explicarle que si no la tocaba no me dolía, me había embadurnado el brazo con aceite de motor puro de alta calidad ayudándose de un sucio trapo de algodón sacado de su caja de primeros auxilios. Sus movimientos eran tan delicados que no me ha dolido lo más mínimo, ¡pero está por ver si aplicar aceite de motor puro de alta calidad sobre una quemadura solar en carne viva es una cura o el principio de una enfermedad prolongada y mortal!

La cabina de su camión no tenía puertas, luneta delantera ni asientos, sino una caja dada la vuelta para el conductor. Parecía completamente de fabricación propia, y el motor de gasolina apestaba tanto que, a pesar de todo el aire fresco, en menos de media hora me sentía fatal. Lo único que me ha salvado han sido tres averías en menos de 160 kilómetros: entonces podía salir y recuperarme. El conductor me ha explicado que no hay ningún taller de bicicletas antes de la ciudad fronteriza de Taybad, así que aquí estoy, un día antes de lo previsto. Durante los últimos noventa y seis kilómetros la carretera era tan infame que, aunque Roz no hubiera sucumbido, es probable que, por el bien de ambas, hubiera renunciado a la lucha desigual y optado por hacer autostop en aquel tramo: la única alternativa habría sido caminar cada metro del camino.

Los casi cincuenta primeros kilómetros de hoy han atravesado un territorio bastante próspero con una cantidad inusual de vacas y montones de acres de trigo muy crecido. La gente, que supuestamente es menos fiable que en

Azerbaiyán, se ha mostrado muy amable conmigo en las dos aldeas en las que me he parado a tomar té y agua. Una minoría de ellos son mongoles, algo bastante emocionante: ¡es la prueba de que me estoy acercando a Asia Central! Me ha llamado la atención la ausencia de mestizos: se ven rasgos puramente arios o puramente mongoles, por lo que no deben de casarse entre ellos, y esto me extraña, porque son todos musulmanes.

He tomado un segundo almuerzo a las dos y media con el conductor en una casa de comidas de una aldea minúscula. La sopa de carne de cordero estaba deliciosa (pero para eso os tiene gustar, como a mí, que el veinticinco por ciento de la sopa sea grasa con grumos de sebo flotando en ella), y le ha seguido un estofado de cordero exquisito cocinado a la perfección con judías, pan, cebolla cruda y Pepsi-Cola (¡la bebida nacional de Persia!). Encuentro muy atractivo el estilo de construcción desarrollado para adaptarse al adobe. No hay esquinas ni ángulos, todo es redondeado, arqueado, curvo. Ya me he acostumbrado a la manera oriental de sentarse en silencio sin hacer nada de nada durante un periodo indefinido. Esta gente no se recrea en la conversación como forma de pasar el tiempo: entablan discusiones ocasionales y feroces sobre algún tema concreto y el resto es silencio. Hoy he disfrutado muchísimo simplemente sentada con las piernas cruzadas en mi moqueta (una postura que ha dejado de ser agonizante a medida que voy entrenando mis articulaciones) mirando al otro lado de una puerta arqueada el cielo azul, los pocos árboles verdes que crecen junto al arroyo, el paisaje de color oro pálido y el tráfico de burros: niños al galope, ancianos que caminan tranquilamente junto a sus corceles y jóvenes que arrean burros que están casi escondidos bajo enormes alforjas de cuero llenas de tierra para algún nuevo edificio. El arroyo (que también hace las veces de frigorífico de la localidad) fluía con elocuencia sobre cajas de botellas de Pepsi y a mi alrededor el agua burbujeaba agradablemente en los narguiles de los hombres. No he podido evitar preguntarme en qué piensan todas esos millones de personas durante las innumerables horas que pasan en silencio sentadas (son tan escasos los estímulos mentales que tienen que es difícil creer que piensen en nada). Mi conductor afgano estaba mucho más alerta que el persa medio. Es un tipo muy simpático y me ha brindado una buena primera impresión de los «salvajes» de Afganistán.

Nada más llegar he llevado a Roz al taller de bicicletas y, tras infinitos problemas, he encontrado un tornillo que encajase, se lo he arrebatado por la fuerza a su propietario y lo he embutido yo misma con mi propio destornillador. En el futuro, si algo va mal, yo me encargaré de ello... o moriré en el intento.

Creo que he perdido el hilo de lo que os estaba contando... Iba a decir que al

cabo de casi cincuenta kilómetros el resto de la jornada de hoy se ha desarrollado por la arena del desierto y solo hemos visto unas pocas aldeas diminutas. Esta ciudad es un lugar pequeño y plácido donde voy a alojarme en el hotel, tras acudir a la aduana y conseguir un sello de salida en mi pasaporte, así que estoy preparada para entrar en Afganistán a primera hora de la mañana. Nadie ha comentado nada sobre mi visado caducado, lo que demuestra lo que se puede conseguir si se intenta: ¡treinta y dos días con un visado para medio mes!

Me da pena marcharme de Persia. Bajo toda la suciedad física y la corrupción moral hay una elegancia y una dignidad vitales que a primera vista no pueden apreciarse, mientras se digiere el impacto de las características nacionales más evidentes y desagradables. La amabilidad con la que los campesinos se saludan unos a otros y el sencillo arte con el que consiguen amueblar y decorar una casa entera con tan solo unos cuantos trapos y piezas de plata bonitos... En esto y en muchos otros aspectos Persia tiene mucho que enseñar a Occidente. Supongo que es lo que tiene ver una de las civilizaciones más antiguas y ricas del mundo muy lejos ya de su apogeo. Pero he decidido que, aunque es imposible que los persas me gusten tanto como los turcos, son más dignos de lástima que de censura. Cientos de años de endogamia y desnutrición han minado la raza y, solo cuando una se aproxima a ellos desde este ángulo y los trata con la paciencia necesaria, puede aceptarlos.

He decidido apostar completamente por lo autóctono y ahora me lavo la cara, las manos, los dientes y la ropa en el *jube*, aunque me acuerdo de cuánto me escandalicé hace cinco semanas cuando vi a los persas haciendo eso mismo. Sin embargo, me he dado cuenta de que el color espantoso del agua se debe en parte a la erosión del suelo, que es uno de los principales problemas nacionales. No hay ni un solo arroyo claro. ¡He fijado mi límite en no beber agua del *jube*!

Ahora mismo estoy sentada en el patio del hotel escribiendo a la luz de la luna llena junto a una fuente ágil y centelleante, rodeada de arbustos que desprenden ricos aromas y con las montañas de Afganistán recortadas contra un cielo azul regio en el horizonte oriental. El aire parece de seda gracias a la pequeña brisa que se mece entre los abedules que cercan dos de los lados del patio. El suministro eléctrico de la localidad se ha interrumpido y las altas columnas de la veranda lucen muy hermosas a la luz de la luna.

Lo cierto es que no tendría que estar aquí (el propietario me ha explicado que no se autoriza la presencia de mujeres fuera del sector femenino). Me he dirigido mansamente hacia esa zona, pero consistía en una habitación muy pequeña con seis camas y apenas espacio suficiente para moverse entre ellas. Una de las camas era la mía. Las otras cinco estaban ocupadas por mujeres que tenían un mínimo

de dos bebés cada una, y a mi llegada los estaban alimentando y cambiando. Tanto la ventana como la puerta están herméticamente cerradas, y olía tan mal que he recurrido a un indio que también se hospeda aquí y lo he usado de intérprete para decirle al propietario que *a)* el sah condena la segregación de las mujeres, *b)* el Gobierno intenta fomentar el turismo y *c)* estaba dispuesta a respetar las convenciones religiosas en la medida de lo razonable, pero no a encerrarme durante horas en una habitación como esa cuando podía estar sentada en un patio como este. «Muy bien, si no te importa que se te queden mirando», ha dicho entonces el propietario, a lo que le he añadido enojada que todos los hombres con los que me había encontrado en los últimos treinta y dos días se me habían quedado mirando y que, si ellos no tenían nada mejor que hacer, a mí me daba igual.

Ġūrīān, Afganistán, 9 de abril

Hemos salido de Taybad a las seis de la mañana, desde donde debíamos pedalear treinta kilómetros para alcanzar la aduana afgana, aunque la frontera real está a dieciséis. La carretera atravesaba un nuevo tramo de desierto sobre el que había soplado mucha arena, lo que en cierto modo suponía una ventaja en una superficie tan rugosa. Hemos cruzado la frontera a las ocho menos cuarto, y quienquiera que dijera que el clima en Afganistán sería ideal para ir en bici se equivocaba, porque aun a esa hora el calor era casi excesivo. Los 240 kilómetros hacia el sur que recorrí ayer han marcado una diferencia extraordinaria en la temperatura. No obstante, el invierno que he sufrido permanece tan fresco en mi memoria que todavía agradezco que haga demasiado sol.

La única indicación de la frontera persa-afgana es una columna de piedra de más de dos metros de altura, visible a lo lejos en el desierto, que anuncia claramente: «Afganistán». He parado aquí para sacar una foto de Roz. Cinco kilómetros después, una rama larga servía de barrera de aduana y junto a ella yacía un soldado muy joven en un uniforme harapiento profundamente dormido con una mano apoyada en el rifle. Sin hacer ruido, he levantado la barrera y continuado hacia la oficina de la aduana y el control de pasaportes que había doscientos metros más adelante.

Allí nadie ha prestado la más mínima atención a mi equipo ni a mi pasaporte, no ha aparecido ni un solo oficial uniformado ni he tenido que visitar una serie de despachos mugrientos e incómodos. En vez de eso me han conducido hasta una habitación fresca y enmoquetada donde me han recibido tres hombres que, a

pesar de no conocer ninguna lengua europea, me han hecho sentir bienvenida y como en casa. Todos ellos llevaban pantalones de algodón anchos, camisas sueltas y hábilmente bordadas que colgaban por debajo de la rodilla y turbantes enrollados sobre cejas anchas y lisas. Mientras nos sentábamos con las piernas cruzadas representando el ritual de tomar el té, su actitud reposada me ha hecho sentir felizmente desvinculada del siglo XX.

He pasado dos horas en la aduana y aún podría seguir allí si no hubiera llegado otro camión de gasolina en ruta desde Mashhad. El conductor ha querido llevarme hasta Herāt, pero después de la experiencia de ayer sé que lo único más nocivo que freírse sobre una bicicleta en un desierto es traquetear por el desierto en un camión. Eso sí, le he pedido al conductor que trasladara dos bidones de gasolina llenos de agua y los depositara al borde de la carretera a una distancia de veinticuatro y cuarenta y ocho kilómetros respectivamente, porque de ninguna manera hubiera podido cargar en Roz el agua suficiente para reponer los litros de sudor perdido.

Había esperado que el pueblo junto a la frontera, Islam Qu'ala, se pareciera a una aldea de Persia oriental, pero era una aldea afgana de punta a punta: cada casa es una fortaleza en miniatura, con aberturas especiales para disparar al vecino cuando se produce una disputa. A poca distancia de las casas había un campamento de tiendas de campaña negras hechas con pelo de cabra, similar al que había visto en las afueras de Mashhad, con unos cuantos camellos tumbados a un lado masticando el bolo alimenticio. Habría sido una buena foto, pero he decidido que prefiero captar la «sensación» del país antes de llamar una atención innecesaria sobre el hecho de que estaba a punto de cruzar sesenta y cinco kilómetros de desierto deshabitado.

Hemos llegado aquí a las seis y media de la tarde tras un esfuerzo agotador. Pensaba que nada podría ser peor que las carreteras persas, pero os aseguro que las afganas son muchísimo peores. Pobre Roz, ¿hasta cuándo sobrevivirá?

Ġūrīān está apartada de la carretera «principal», así que he decidido pasar la noche en una casita de té en el cruce regentada por un anciano encantador. Aún me rijo por el principio de que, cuanta menos gente sepa de mi existencia en la zona, mejor. (Muy a mi pesar, tanto jaleo sobre los peligros de Afganistán me está afectando los nervios: es probable que después de pasar varios días entre los afganos consiga calmarme).

El té aquí lo sirven en tetera en vez de en vaso, como en Turquía y en Persia. Te dan casi una pinta y un pequeño bol de porcelana lleno de azúcar donde viertes el té y, al cuarto bol, el azúcar ha desaparecido. Teniendo en cuenta que de Afganistán de momento solo he visto la aduana, un desierto y una casa de té,

no tengo nada más que decir hasta que llegue a Herāt mañana por la mañana.

03

Viajes obligatorios en autobús

De Herāt a Kabul

Herāt, 10 de abril

Esta noche he dormido muy bien en una casa de té al borde de la carretera, acurrucada en un rincón del edificio de una sola habitación, con la luz de la luna filtrándose por la entrada sin puerta y el «propietario» acurrucado bajo su alfombra de pelo de camello en otro rincón, rifle y turbante a mano. Era un anciano entrañable que parecía muy sorprendido cuando he intentado pagarle antes de partir a las cinco y media de la mañana.

Me ha llevado cuatro horas y media cubrir los casi cincuenta kilómetros hasta Herāt, pero he disfrutado del amplio silencio del desierto en el frescor de la mañana.

Esta es una ciudad con un encanto absoluto en el sentido literal de la palabra, que afloja todos los lazos que atan al viajero a su propia época y lo libera para vivir en un pasado que es esencial y crudo, pero jamás feo. Herāt es tan vieja como la historia y tan conmovedora como un gran poema épico: si Afganistán no tuviera nada más habría merecido la pena venir para experimentar esto. Ni siquiera la pérdida de mi cartera con más de doce libras esterlinas en su interior ha conseguido deprimirme en un día como este. (No me la han robado, pero desconozco cómo se cayó de mi bolsillo en el transcurso de mis exploraciones). Estoy convencida de que una pérdida como esta me habría sentado mucho peor en Europa. Saber que todos y cada uno de los afganos que he visto hasta el momento necesitan doce libras mucho más que yo es sin duda un gran consuelo. En cualquier gran viaje es inevitable que ocurra algún desastre de este tipo.

Los afganos me han sorprendido como un pueblo de personalidades muy marcadas, al contrario que los persas, más bien faltos de carácter. Todos los que he conocido por ahora destacan como individuos. Por ejemplo, los tres sirvientes de este hotel. Uno es un anciano muy delgado de aspecto triste y como de estar en otro mundo. Cuando no está trabajando (es decir, la mayor parte del tiempo), se sienta en rincones extraños a tomar el té o se queda quieto en puntos estratégicos de las escaleras y los pasillos mirando a través de todo el que pasa y dando la impresión de estar sumido en un trance místico. A mi llegada se presentó en mi habitación con el libro de visitas para que lo firmara y toda la escena se desarrolló como si fuese un solemne ritual religioso. La cortina de la puerta se hizo a un lado y dio paso a este individuo que llevaba un turbante largo y rosa pálido y sostenía el libro abierto por la página pertinente. Tras una pronunciada reverencia, se deslizó por el suelo con los pies descalzos, lo apoyó en la mesa ante mí, volvió a inclinarse y volvió a deslizarse hacia la puerta, donde permaneció erguido de brazos cruzados con la mirada perdida mientras yo rellenaba los datos. Entonces se deslizó una tercera vez para recoger el libro, se inclinó, volvió a la puerta, me dedicó una última y profunda reverencia y desapareció en silencio (durante toda la representación no trató de pronunciar palabra y, a pesar de todas las reverencias, no había ni rastro de servidumbre).

El camarero es igual de fascinante, aunque de otro modo. De unos veinte años y muy atractivo, con la piel pálida y clara, unos luminosos ojos marrones y rasgos maravillosamente marcados, rezuma un porte principesco y se pasea despacio por el comedor. Es extremadamente eficiente, de una manera callada, y parece como si poseyera una alegría privada particular que le hace sumamente feliz. El pequeño «mozo» es también todo un personaje. De unos doce años, tiene una cara redonda mongola, una sonrisa permanente y una actitud amistosa. Observar cómo me lavo los dientes es para él un entretenimiento sin parangón, ¡realmente aguanta la respiración ante la emoción del espectáculo!

Este es un hotel de «grado A», lo que quiere decir que dispone de un inodoro oriental, pero con cisterna adjunta (cuando he ido a tirar de la cuerda, todo el aparato se ha venido abajo y me he empapado de agua marrón, ¡puede que el vigor empleado en esta acción fuera excesivo por mi parte!), y también hay un portarrollos de papel higiénico en la pared que sugiere que, si uno se hospedara el tiempo suficiente, algún día incluso habría papel. El establecimiento cuenta asimismo con accesorios eléctricos —pero el suministro se ha interrumpido hace una hora y estoy escribiendo a la luz de una lámpara de aceite— y mi habitación tiene una puerta con candado y una ventana que se abre y sábanas y mantas limpias sobre la cama, aunque muy desgastadas. El hotel incluye otros servicios,

como un cuarto de baño en el descansillo de este primer piso. Un barril de zinc con grifo incorporado contiene agua fría y, a medida que te lavas, se escurre por un orificio en la pared y va a parar al patio que hay debajo. Por todos estos lujos una paga el equivalente a seis chelines y dos peniques por noche.

La «moda» afgana para los hombres comporta una dignidad maravillosa, incluso cuando está hecha jirones. La prenda más habitual es una pieza de tela (de algodón por lo general) que visten de manera que sirve tanto de camisa como de pantalones sueltos hasta la mitad de las pantorrillas. (¿Es esta la túnica «sin costuras» de los Evangelios?). Los turbantes, hasta la cintura para proteger la médula espinal del sol, a menudo presentan hermosos flecos y tonos azulados, rosas o amarillo pastel. Pero no existe ninguna uniformidad en el vestir: algunos llevan chaquetas de cuero sin mangas con incrustaciones de oro y plata; otros, fabulosas camisas brocadas hasta la rodilla o pesados abrigos brocados echados sobre los hombros con este tiempo; hay quien viste mantos caseros marrones y quien lleva las vaporosas túnicas blancas que siempre había asociado con los países árabes. En torno al cincuenta por ciento va descalzo, incluso a la hora de montar a caballo o en bicicleta (siendo esta última casi la única evidencia del siglo xx en Herāt). Los hombres, cuando son arios, son mucho más altos que los turcos o los persas, y debo reconocer que son muy guapos. A las mujeres básicamente no las he visto. Muy pocas salen a la calle, y las que lo hacen van totalmente tapadas, no con el chador de Turquía oriental y de Persia, que deja visibles nariz y ojos, sino con el burka, una prenda como una tienda de campaña con un trozo de encaje a la altura de los ojos. Este encaje es de una malla tan fina que hay que estar justo al lado para distinguirlo del resto del material, hasta el punto de que, si ves a una mujer quieta, no sabes cuál es la parte de delante y cuál la de detrás: parecen personas disfrazadas de fantasmas. Esta tarde he visto a dos mujeres que montaban unos ponis espléndidos y he preguntado a su marido si podía fotografiarlas, pero se ha negado en redondo. El único rostro de mujer que he visto en la ciudad ha sido el de la integrante de una tribu mongola que había bajado de las montañas para vender telas en el bazar. Recorría al galope la calle principal, a horcajadas, con la cabeza descubierta y un bebé atado a la espalda, y tras ellos galopaba el padre en su poni semental gris plata.

He observado que la mayoría de los ponis que tiran de los faetones son briosos sementales y que los vehículos toman las curvas con una sola rueda. No pasa nada siempre y cuando las yeguas también estén recluidas (¡y evidentemente lo están!). Da gusto contemplar estos ponis después de los especímenes miserables que se veían en las ciudades persas. Están bien cuidados y alimentados y sus crines ondean reflejando la luz de sol. Curiosamente, es el

único elemento —animado o inanimado— limpio que puede verse en las calles. Otra diferencia con Persia es que aquí no he encontrado mendigos, salvo por unos cuantos tullidos en las inmediaciones de la mezquita.

El afgano todavía no ha aprendido que los turistas se inventaron para ser desplumados y hoy han rechazado mi dinero en dos ocasiones cuando he intentado pagar el té. Soy una invitada del país, por lo que Alá se complace cuando alguien me proporciona un refrigerio gratuito...

Durante una de estas pausas en una casa de té, un hombre al que nunca antes había visto y al que nunca volveré a ver se ha acercado en silencio, ha dejado un paquete de cigarrillos a mi lado y ha desaparecido antes de que tuviera tiempo de agradecérselo. Naturalmente, he pensado en mis amables amigos europeos que tantas veces me advirtieron de los peligros de ser una mujer cristiana en los países musulmanes.

Mientras paseaba por el bazar me he puesto muy contenta al ser consciente de que, cuando los soldados de Alejandro Magno pasaron por aquí, debieron de contemplar escenas casi idénticas a las que me rodean a mí ahora: panaderos cocinando pan plano en hornos bajo tierra después de haber extendido la masa sobre cojines de cuero rellenos de paja y humedecidos con agua sucia; camellos con los ojos vendados dando vueltas y vueltas a un batidor en pequeños cubiles apestosos detrás de los puestos de sus dueños; carniceros desollando y destripando a una oveja y arrojando las sobras a los perros amarillos de orejas cortadas que llevan toda la mañana esperando este alegre acontecimiento; curtidores tratando pieles, tejedores en sus telares, alfareros cociendo con destreza jarras de extraordinaria belleza, zapateros fabricando zapatos regionales de punta curva y exquisitas incrustaciones y sastres recortando el largo vellón que forra los abrigos que parecen como de rey de cuento cuando un afgano se los echa al hombro.

De vuelta al hotel he visto gallinas que guiaban solemnemente a sus agitados polluelos a destinos desconocidos, niños muy pequeños sentados con las piernas cruzadas en la calzada que limpiaban con sumo cuidado lámparas de aceite, potrillos diminutos, nerviosos y peludos, que habían perdido temporalmente a sus madres y jóvenes acuclillados en las puertas que preparaban narguiles para que los fumaran los hombres. Es poco probable que ninguna otra ciudad afgana sea tan hermosa como esta. Herāt está tan desconectada de todas partes en todos los aspectos que continúa escapando feliz mientras el resto del país está siendo modernizado a manos de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Me gusta en particular la policía de «tráfico» de este lugar. Es evidente que ha sido entrenada en el sistema francés, y los agentes se colocan sobre pequeñas

plataformas con porras y gorras para demostrar su pertenencia a la policía, pero, por lo demás, visten la ropa nacional. Lo divertido es verlos hacer un movimiento rápido de barrido con una mano y un gesto de «stop» con la otra y, en respuesta a la señal de «adelante», que consiste en blandir una porra y que debería anunciar el paso de un torrente de potentes coches, aparecen doce camellos muy cargados y encadenados unos a otros que pasan con gran solemnidad junto a la garita del policía y tardan unos diez minutos en despejar el cruce. Mientras tanto, la señal de «stop» ha detenido brevemente a un jinete que levanta a su corcel sobre las patas traseras, pasea la mirada de los camellos al policía frunciendo los labios y a continuación rodea a medio trote la caravana y se aleja al galope por la carretera principal. De vez en cuando aparece algún camión desde Persia (a consecuencia del bloqueo pakistaní, todo lo que ahora llega del mundo exterior lo hace a través de Rusia o de Persia) y su llegada provoca una verdadera conmoción que la policía no puede controlar de burros, jinetes, camellos, faetones y rebaños de ovejas y cabras huyendo todos en la dirección equivocada en el momento equivocado; los camellos parecen indignados por tener que ir más deprisa de lo normal.

Esta mañana he ido a las afueras de la ciudad solo para pasear por los verdes bosques y sentarme en la hierba junto a un pequeño arroyo en un parque público magníficamente cuidado. Muchas de las calles están bordeadas de enormes pinos y un glorioso jardín de césped y rosales en flor se extiende frente a la mezquita. No me he topado con ninguna restricción para visitarla (sin la cámara de fotos) y es tan bonita que siento que ha compensado la frustración de Mashhad. He estado sentada en el lado con sombra de un enorme patio durante casi una hora, disfrutando de los mosaicos y del oro de los ladrillos refulgiendo contra el cielo azul. Era un lugar muy tranquilo, sin más ruidos ni movimientos que los trinos de una miríada de vencejos que entraban y salían de los frescos y oscuros pasadizos entre los cientos de arcos con columnas. Mashhad probablemente sea igual de bonito, pero veo difícil que algo pudiera superar esto. Aquí predomina el color azul en todas sus tonalidades, con azulejos amarillos, negros, rosas, marrones, verdes y naranjas tan hábilmente combinados que, desde una cierta distancia, una fachada o un minarete parecen estar hechos con algún metal precioso mágico para cuyo color no existe un nombre. Además de los colores, las proporciones de todo el conjunto de vastos edificios son soberbias.

Robat, 11 de abril

Ayer, en mi afán por contarlo todo, olvidé mencionar el gran problema de la ruta. Mi intención inicial era ir a Kabul siguiendo la carretera del norte, porque sin duda es la más bonita e interesante, pero me he visto obligada a descartar ese plan por la actual delicada situación con Rusia. Por eso, cuando ayer acudí a la policía en Herāt, les dije que deseaba utilizar la ruta central, que es la segunda más interesante, pero el comandante repuso: «¡No!». Parece ser que esta carretera se encuentra cerrada a todo el tráfico porque está infestada de bandidos y no pueden vigilarla como es debido. Por mucho que me hubiera gustado divertirme con las autoridades, como en Persia, me he dado cuenta de que era imposible, porque aquí son muy diferentes: está claro que su «No» quiere decir «No». De modo que me hallo en la tercera ruta, la del sur, que pasa por Kandahar, y he tenido la suerte de que la policía, que no veía con buenos ojos mis ambiciones y ha intentado subirme a un autobús, me haya confirmado el permiso para circular en bicicleta. Es más, tal vez tenga que ceder en algún punto de este trayecto, porque sería estúpido arriesgar más de ochenta kilómetros de desierto ininterrumpido con Roz y puede que haya un tramo de 128 kilómetros. Investigaré a fondo la situación cuando llegue el momento.

Hemos salido de Herāt a las cinco menos cuarto de la mañana porque, ahora que me dirijo al sur, cada día hará más calor. La ciudad está rodeada de un glorioso oasis de campos y bosques verdes de unos doce o catorce kilómetros de largo, y el trigo y la cebada están a pocas semanas de la cosecha. Al cabo de unos ocho kilómetros la carretera se ha vuelto perfecta. Casi me caigo al suelo de puro asombro y alegría, y Roz realmente se ha dejado llevar y zumbaba a una velocidad media de veinticuatro kilómetros por hora. Nuestra dicha inesperada se ha prolongado todo el día: ¡Dios bendiga a Rusia! El tránsito promedio diario en esta ruta es de un camión y dos autobuses, por lo que no puede decirse que los rusos hayan construido una carretera impecable para comodidad de los afganos. Pero en estos momentos no podría importarme menos quién la ha construido ni por qué motivo: solo espero que dure.

Una vez que hemos llegado al desierto, una doble hilera de pinos alternados con arbustos cubiertos de flores rosas ha persistido mucho rato pasado el cinturón verde. Entonces, justo cuando empezaba a hacer calor suficiente como para preocuparme de no llevar sombrero, la carretera ha empezado a subir entre montañas que eran grandes montículos yermos de roca gris y pizarrosa, pero, gracias a la buena superficie, hoy hemos cubierto más de 130 kilómetros a pesar de que hemos tenido que caminar mucho. He usado por primera vez mis pastillas cloradas en un agua de aspecto dudoso obtenida por la tarde en un campamento nómada, donde la gente se ha mostrado muy respetuosa y amable. Me han

invitado a almorzar con ellos y han servido una especie de avena mezclada con queso y leche de camella. Supongo que terminaré por acostumbrarme, pero de momento no puedo decir que la leche de camella sea mi bebida favorita. Grandes caravanas de camellos pastoreaban alrededor del campamento; en un terreno como este no sobrevivirían ni cabras ni ovejas. He preguntado si podía hacer alguna foto, pero, aunque no se han negado, es evidente que no les hacía ninguna gracia y he preferido no insistir para no abusar de su hospitalidad.

Hemos llegado aquí a las siete y veinte de la tarde, justo después de que anocheciera. Es una pequeña ciudad donde diversos personajes de aspecto sombrío pululan por ahí y casi me arrepiento de no haberme quedado a pasar la noche con mis nómadas, donde me habría sentido más segura. Pero no puedo juzgarla todavía. Los afganos parecen un pueblo muy reservado y distante y puede que lo que a mí me resulta «lúgubre» sea mera indiferencia.

Según el mapa parece que mañana tocan más montañas encantadoras... ¡Ojalá la carretera siga siendo rusa! A la cama temprano.

Kandahar, 12 y 13 de abril

Por razones que enseguida se harán evidentes, anoche no tuve oportunidad de relatar las actividades del día, así que me ocuparé de ambas jornadas en una misma entrada.

Ayer me desperté a las cuatro y media después de un sueño reparador en un rincón de la casa de té. He comprobado que viajar entre afganos es mucho más «cómodo» que entre persas, a pesar de su inflexible gravedad... o quizá por eso mismo. En Persia, cada vez que nos deteníamos, un gentío denso y curioso se agolpaba alrededor de nosotras, pero, aunque en este lugar nuestra llegada debe de resultarles igual de extraña, nadie nos agobia, ¡cualquiera pensaría que están acostumbrados a ver pasar un torrente constante de mujeres en bicicleta por sus aldeas! Sienten un profundo interés en saber de dónde vienes y qué ruta has tomado para llegar a Afganistán, pero no hacen preguntas, solo escuchan y te miran educadamente si decides ofrecer explicaciones recurriendo al mimo y a un mapa. Este contraste me resulta fascinante. Afganistán nunca alcanzó las cotas de civilización de Persia ni tampoco ha descendido a las actuales profundidades en las que se encuentra Persia. ¿Será que si una nación gasta la energía suficiente en llegar a la cumbre después no le queda bastante para mantenerse allí y cae muy lejos, mientras que, si mantiene un grado limitado de bienestar nacional, puede mantenerse de manera indefinida? Supongo que la historia demuestra que este es

el patrón habitual.

Pero retomo el hilo de lo de las cuatro y media: cincuenta metros después de ponerme en marcha me vi obligada a parar ante una patrulla de policía, cuyos oficiales esta vez vestían la chaqueta del uniforme para subrayar la solemnidad de la ocasión. Me informaron de que tendría que desplazarme en autobús hasta Kandahar y repuse: «¡Menuda tontería!». Y les enseñé el pase que me había emitido el comandante en Herāt. Entonces señalaron un camión cisterna de gasolina y me explicaron por señas que tampoco él podría circular, y luego su propio todoterreno, ¡donde aguardaban dos soldados con metralleta! (Seguro que nunca habéis visto nada más infeliz que un soldado afgano vestido en uniforme occidental: parecía como si los pobres muchachos estuvieran encerrados en una cámara de tortura). A estas alturas he comenzado a preguntarme si *a)* ha estallado la Tercera Guerra Mundial o *b)* ha empezado a fraguarse una pequeña guerra nacional con Rusia. En cualquier caso, algo estaba ocurriendo en alguna parte, así que me he retirado a la casa de té y me he quedado dormida hasta las siete de la mañana. Me habían asegurado que el autobús llegaba a las siete y media. Al final ha aparecido a las diez y enseguida todos los pasajeros han bajado a por su té y a lavarse las manos y la cara en el *jube* y a hacer otras labores de aseo en un campo adyacente; a diferencia de las casas de té turcas y persas, las afganas no disponen de lavabos anexos. Dos mujeres viajaban en el techo entre las mercancías y enseres de todos (¡muy simbólico!). Soy incapaz de imaginar la tortura que ha debido de suponer para ellas. Lo cierto es que no viajan a menudo y mi horror se ha multiplicado por diez cuando me han explicado que se dirigían a Kabul porque están muy *enfermas*. Y, aun así, han tenido que viajar encajonadas durante mil kilómetros en lo alto de un autobús dando botes por una carretera espantosa bajo un sol abrasador, el frío aire nocturno y asfixiadas con el polvo.

El autobús parecía algo que hubieran abandonado un año entero en el vertedero municipal para luego recuperarlo durante una emergencia nacional. Era casi todo casero, sin tapa en el motor ni puertas ni ventanas. En el techo del interior podía leerse que estaba construido en parte con cajas de madera en las que había llegado algo importado de la Unión Soviética. Las ruedas habían pertenecido a un camión y eran demasiado grandes para el bastidor, y los asientos eran planchas atravesadas sobre las que había que trepar para llegar a tu sitio, porque no se desperdiciaba espacio con un pasillo en medio. El autobús había salido de Herāt tan abarrotado que mi entrada no ha supuesto ningún cambio en la estrechez general (aunque a ojos de los afganos aquello no era estrecho). Todos estábamos fuertemente encajados sin poder apoyarnos en nada ni por delante ni por detrás y sin posibilidad alguna de movernos un solo

milímetro una vez sentados. Finalmente, nos hemos puesto en camino a las once y a unos dieciséis kilómetros de Robat la carretera se ha extinguido. No solo la buena carretera, sino cualquier carretera. Durante las dos horas siguientes avanzamos a trompicones sobre la roca dura y la arena recocida del desierto hasta que ha vuelto a aparecer el más que sutil rastro de una pista... que era peor que el propio desierto. En la agonía del viaje llegué a olvidarme de por qué estábamos obligados a viajar en convoy, pero, cuando empezaba a anochecer, pasamos junto a un Land-Rover con la luna destrozada, las puertas acribilladas a balazos y dos soldados montando guardia.

No voy a entrar en detalles horrendos, tan solo diré que tardamos veintidós horas y media en cubrir 675 kilómetros. Salvo unos 130 kilómetros de desierto puro y duro, habría sido un buen terreno para la bicicleta, con montones de montañas, en absoluto tan monótono como había previsto. Pero la carretera —o la falta de ella— la habría convertido en una travesía agotadora. Con los siete días que calculo que he ahorrado tengo previsto subir desde Kabul a Mazār-e Sharīf vía Bamiyán y regresar por Qundūz (creo que está permitido subir por el lado oriental).

La única compensación de anoche fue la belleza de aquel paisaje maravillosamente desolado bajo la luz de la luna. Jamás lo olvidaré. Nos parábamos a menudo porque, además de las sesiones de rezos y comida, el autobús tuvo dos pinchazos, y el camión, tres. El autobús además amenazaba con frecuencia con desarmarse y entonces el conductor salía de un salto con un mazo y daba una vuelta a su alrededor propinándole golpes inmisericordes en los puntos cruciales. Por supuesto, aquellos retrasos no importunaban a nadie: el concepto del tiempo que tienen aquí es muy distinto al nuestro. La mayoría llevan relojes de adorno y me ha hecho gracia descubrir que no saben leer la hora, ¡ni falta que les hace! Ayer ya es agua pasada y hoy es algo que debe disfrutarse sin aspavientos; y mañana..., bueno, es inmoral planear el futuro, porque esto solo le pertenece a Alá y los humanos no tienen por qué entrometerse. Es evidente que este dogma, uno de los principales del islam, es una de las razones que explican el subdesarrollo material de los países musulmanes. Después de mil años observando esta doctrina, es difícil pensar hacia delante de manera constructiva.

La mayoría de los afganos se toman muy en serio su religión. Ayer, a la caída de la tarde, sobre las seis y media, el convoy de repente alcanzó una velocidad tremenda —llegué a pensar que todo mi desafortunado esqueleto iba a descuajaringarse— y, al cabo de unos dieciséis kilómetros, se detuvo frente a una casa de té junto a un arroyo. Entonces los conductores del camión, los soldados y

los pasajeros del autobús se precipitaron todos al agua para el lavado ritual antes de quitarse los mantos, que utilizan como alfombras para rezar, y extenderlos sobre el suelo polvoriento. Cuando se hizo de noche, a mi alrededor el desierto estaba salpicado de hombres de pie, inclinados y arrodillados: no me extraña que se mantengan tan ágiles en la vejez; repetir esto cinco veces al día mantendría en forma a cualquiera. Ya habían hecho lo mismo antes de las tres y media, y tenían que repetirlo hoy a las cuatro y diez de la noche. Mientras, aquellas dos infelices permanecían ocultas bajo sus burkas en el techo entre las cajas, los fardos y Roz. Ni siquiera bajaban para comer, aunque de vez en cuando sus maridos les pasaban pan y té.

Al subirme al autobús, al principio los hombres se limitaron a ignorarme, pero al cabo de un par de horas su actitud empezó a deshelarse y se convirtieron en compañeros muy agradables. No me permitieron pagar por nada a lo largo de la ruta (ha sido justicia poética perder mis doce libras en este país), aunque no se mostraron favorables a las convenciones a las que nosotros estamos acostumbrados: abrir puertas, las damas primero y todo eso; es más, se daba por hecho que a mí debían servirme la última en las comidas. Anoche prepararon un estofado muy bueno con albóndigas de carne picada, espinacas preparadas de una forma deliciosa y el omnipresente arroz. Solo pude tomar un bocado de arroz (sabía como si lo hubieran cocinado con agua del *jube*, y casi todos los *jubes* afganos están estancados), así que me concentré en el pan (seguramente, mezclado con agua del *jube*), que es más oscuro que en Persia y mucho más sabroso. El desayuno ha consistido en un cuenco de leche de oveja caliente con pan dentro y una tetera llena de chocolate muy dulce hecho con leche y, por último, té verde. Después de darme una vuelta hoy por Kandahar y de haber estudiado a los carniceros, las moscas y las instalaciones «sanitarias», muy a mi pesar he decidido evitar la carne, pese a su buen sabor, y limitarme a comer huevos cocidos para obtener proteínas (¡no me he olvidado de mi último viaje por España ni lo que se siente al padecer disentería!). En Turquía y en Persia no era temporada de moscas, pero aquí todo está siempre negro por las plagas.

Hemos llegado a Kandahar a las nueve y cuarto y me he despedido de mis amigos y les he deseado buena fortuna en los próximos 515 kilómetros hasta Kabul. El guardia armado se fue a dormir unas horas antes de regresar a Herāt con otro convoy formado por un autobús, dos camiones y dos australianos que conducen hasta Inglaterra aunque desearían no hacerlo. Me temo que tengo muy poca paciencia con la gente que se queja y se indigna por el carácter rudimentario de lugares como Afganistán. ¿Por qué no *a)* se enteraron antes de venir aquí y entonces *b)* volaron de Lahore a Londres?

He venido directa al hotel, he metido mis doloridos huesos en la cama y he dormido hasta las dos de la tarde. Este hotel es un edificio mugriento, pero una vez más mi cama está limpia y el único mueble de la habitación, además de la cama y una silla, es un magnífico y robusto escritorio que compensa muchas otras cosas.

Cuando he salido a explorar a las dos y media estaba nublado y no hacía demasiado calor. Es una ciudad bastante interesante, pero después de Herāt cualquier cosa resulta decepcionante y me he alarmado al encontrar el lugar plagado de estadounidenses y sus construcciones. Está claro que se libra una batalla terrible para conquistar Afganistán, pero yo solo espero que ningún bando lo consiga.

Los afganos fuman menos cigarrillos que los persas. Ni un solo pasajero fumaba en el autobús, pero muchos masticaban un polvo verde que sacaban de pequeñas latas que guardaban en el bolsillo, y escupían sin cesar los restos al suelo. Aquí no se fabrican cigarrillos. El tabaco ruso cuesta nueve peniques veinte cigarrillos (veneno puro) y el inglés, que el Gobierno afgano encarga especialmente a Inglaterra y está etiquetado a tal efecto, cuesta dos chelines los veinte. Todas las marcas estadounidenses populares cuestan también dos chelines el paquete.

Esta noche me duele la garganta, y no me extraña, porque anoche hizo mucho frío entre las tres y las cinco, mientras cruzábamos las montañas, y me quedé completamente tiesa (aún me acuerdo de aquellas dos desafortunadas mujeres).

Hace una hora un feroz vendaval procedente del sur ha levantado una tormenta de arena sobre la ciudad. Estoy muy contenta de que Roz y yo no hayamos estado expuestas a sus envites.

Sin lugar a dudas (a pesar de las camas limpias) en líneas generales los afganos son *mucho* más sucios a nivel de vestimenta, hábitos personales y vivienda que los turcos o los persas. ¡Y pensar en lo terrible que me pareció la situación al llegar a Persia! Aquí la luz se apaga cada diez o quince minutos durante unos cinco minutos, y lo encuentro muy correcto y apropiado: ¡qué aburrido sería viajar hasta Asia Central y disfrutar de un suministro eléctrico infalible!

En Afganistán la influencia inglesa puede apreciarse en muchos sentidos: la mayoría de los afganos que he conocido hoy hablan un poco de inglés y, para mi gran exasperación, se han dirigido a mí como *memsahib*. Además, algunos rótulos comerciales y públicos están en inglés, así como en pastún o farsi. Pueden verse ortografías encantadoras: «¡LIMPIESA DE KAPPAS EN ZECO!». Pero casi todos los escasos

coches, todoterrenos y camiones que son propiedad de afganos parecen ser rusos. Debo escribir al señor Jruschov para decirle que unos cuantos autobuses no estarían de más en la próxima remesa.

Confío en alcanzar Kabul en cinco o seis días, en función del calor, de las carreteras y de otras contingencias, como los puertos de montaña. Por supuesto, nunca se sabe, y podríamos llegar allí escoltadas en cuarenta y ocho horas si los bandidos deciden desplazar la escena de sus actividades.

Kalat-e-Ghizlot, 14 de abril

Me he despertado a las cuatro y me he levantado de la cama de un salto, desnuda de los pies a la cabeza, y de pronto he visto que dos guerreros, con su buena barba, ocupaban las otras dos camas, que en el momento de irme a dormir estaban vacías. Por suerte, dormían a pierna suelta y se han perdido toda la diversión. Esta intrusión en realidad no me ha sorprendido, porque ya había detectado la locura del sistema de llaves del hotel. Hay *una* sola llave para veinte habitaciones y, como todas estaban ocupadas —lo que aquí significa familias de hasta diez miembros en una habitación de cuatro camas—, con gente que entra y sale y que quiere cerrar con candado, abrir y volver a cerrar con candado la puerta o dejar a sus mujeres encerradas mientras salen a dar una vuelta por la ciudad, la noche anterior el muchacho encargado de la llave, desesperado, no había parado ni un instante quieto.

Roz y yo hemos salido de Kandahar a las cuatro y media y la carretera ha sido buena a lo largo de los 144 kilómetros de hoy, y continuará siéndolo durante los primeros dieciséis de mañana. Esta vez toca decir «Dios bendiga a los estadounidenses», que esperan haber completado los 514 kilómetros de Kandahar a Kabul en cuatro años. En las afueras de Kandahar he pasado junto a otras muestras de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional: pequeñas fábricas, una escuela nueva y una central eléctrica.

Hoy ha hecho mucho calor y la ruta solo incluía dos pueblos. La sed me habría atormentado de no haber sido por la leche que he conseguido en varios campamentos nómadas (muy numerosos) y ahora me siento un poco aturdida después de tanto sol. A las once el calor me ha forzado a detenerme cuatro horas en un pueblo. He dormido dos horas y después he escrito un fajo de cartas «prometidas» que echaré al correo en Kabul.

Hemos llegado aquí a las siete y cuarto de la tarde. Este hotel es inexplicablemente grande y yo soy la única residente. Como no sirven comida, he

ido a una casa de comidas en la aldea y me he dado un atracón de pan y estofado de cordero. (¡Tenía demasiada hambre como para cumplir con mi buen propósito de no comer carne!). El tejado de la casa de comidas era tan bajo que seis tipos de metro ochenta ataviados con vaporosas túnicas han tenido que agachar la cabeza hasta llegar a la alfombra en la que habían decidido sentarse. En los edificios de esta zona se aprecia una mayor cantidad de madera —aunque no se ven muchos árboles plantados—, y el techo y las «columnas» estaban hechos con troncos toscamente tallados y ennegrecidos tras años absorbiendo el humo de las lámparas y los narguiles. Pero todo lo demás, incluido el fogón, estaba hecho de barro. Me encanta el ritual de lavarse. Aquí, como en Persia, hay un chico que se ocupa exclusivamente de esto. Con una seriedad digna de un acólito, se dirige a cada persona con una jarra de latón o cobre de vientre abombado y morro largo que contiene agua muy caliente y con una palangana que parece un sombrero de bruja al revés. Primero vierte el agua en las manos sobre la palangana y luego ofrece una toalla sucia; y, dado que aquí no conocen los cubiertos, después de comer se repite el mismo rito. Es fascinante sentarse en un rincón y observar todo esto a la suave luz de las lámparas de aceite suspendidas de cadenas desde el techo a unos veinte centímetros del suelo. Esta luz se refleja en las jarras de cobre y refulge en los ojos oscuros e inquietos de los hombres, cuyos rostros llenos de personalidad coronan altos turbantes. Cada vez que alguien entra o sale, sus movimientos ágiles y descalzos producen enormes sombras que se agitan en las paredes, y entonces la pequeña estancia parece aún más pequeña. El rápido goteo del agua para lavarse se mezcla con el gorgoteo contemplativo de los narguiles a medida que van pasando de un hombre a otro. Se fuman con gran ceremonia y después vuelven a rellenarse y encenderse con la misma solemnidad empleando ascuas traídas desde el fogón a modo de fósforos. Y luego está el ritual de tomar el té, por lo que al marcharme he tenido que abrirme paso con cuidado entre un montón de teteras y cuencos japoneses. Ya estoy enamorada de Afganistán, de su simplicidad, de su cortesía y de su ociosidad, y de la cordura inherente a una zona lo bastante afortunada como para haber permanecido muy atrasada...

A pesar del calor, la excursión de hoy ha sido fantástica, a través de inmensas extensiones despobladas de arena y árida arcilla quebrada por el sol. En el horizonte apenas se distinguían picos desnudos, como espadas rotas, y lo único que atenuaba la planicie circundante eran los cañones profundos y muertos que aguardan la llegada de las inundaciones para revivir. Cuando he llegado al oasis a mediodía, sus verdes huertos y prados presentaban un aspecto extraordinariamente fértil entre los terrenos baldíos y, cobijada en su sombra, la temperatura ha descendido quince grados. Hago bien en dirigirme ahora hacia el

norte, porque no podría soportar este calor durante mucho más tiempo. A las tres y media, las ráfagas de aire caliente rebotaban en la superficie del desierto e incluso mi pelo estaba empapado en sudor. Estoy muerta, así que me iré a la cama temprano.

Mukur, 15 de abril

Hoy solo hemos cubierto 110 kilómetros. La carretera se ha vuelto deplorable una vez que ha concluido la contribución estadounidense a mi confort, y ni siquiera habríamos llegado tan lejos de no haber sido por la deliciosa y fresca brisa del norte que ha soplado todo el día.

Agarraos. A las diez Roz ha tenido un pinchazo y a las once y cuarto ya lo había reparado. ¡Yo! Y lo que es todavía más impresionante: a la una y media se ha roto la cadena y, de nuevo —¡sola y sin ayuda!—, he sacado los eslabones de repuesto y después de casi dos horas de intensa concentración he comprendido su funcionamiento ¡y la he arreglado! Es asombroso la de talentos latentes que sacan a relucir las averías en medio del desierto.

La primera mitad del viaje de hoy atravesaba un territorio relativamente fértil con numerosos arroyos y, en consecuencia, muchas aldeas rodeadas de acres de trigo, alfalfa y alamedas. A continuación hemos vuelto al desierto y a los campamentos nómadas. En uno de ellos me han suministrado gratis el agua para reparar el pinchazo, un gesto sumamente gentil por su parte, teniendo en cuenta que tienen que llevar odres de agua en camello unos quince kilómetros hasta el pozo más cercano. En este campamento he visto a un camello recién nacido totalmente blanco. Su madre estaba enferma y un adorable niño nómada de unos cuatro años lo alimentaba con una botella de cuero. Tras la pausa de la cadena han aparecido unos desfiladeros de una belleza casi espectacular y extraordinarios paisajes de tierra agrietada. Reconozco que Afganistán está respondiendo a mis expectativas. Es una pena que trataran de disuadirme con tácticas de lavado de cerebro, porque debo admitir que en todo momento soy consciente de una ligera tensión subterránea que empaña lo que de otro modo sería una experiencia cien por cien agradable. Supongo que no *todo* el mundo puede estar equivocado *todo* el rato, y los afganos que he conocido coinciden en que de ninguna manera viajarían solos en bicicleta por su propio país.

Hemos llegado aquí a las siete menos cuarto de la tarde y he preguntado por la casa del patriarca, porque en este lugar no hay hotel ni cuartel de policía y me he muerto de miedo nada más poner un pie en la casa de té. Un joven me ha

guiado a las afueras de la localidad a través un hermoso vergel cuyos árboles crecían radiantes con flores llameantes en forma de campana; bajo ellos se extendía un tapete denso y fresco de alfalfa. Hemos llegado a un enorme recinto de barro donde viven el jefe, sus cinco mujeres, catorce hijos e innumerables hijas, treinta y ocho nietos y diversos primos, todos juntos en varias viviendas alrededor de un patio por el que fluye un arroyo ágil con sauces llorones y abedules en la orilla.

Algunos de los hijos del jefe hablan inglés o alemán, y he mantenido una larga conversación con uno de ellos, de diecinueve años, cuya esposa de diecisiete le ha dado tres hijos y que ahora está a punto de adquirir una segunda esposa de catorce años. Cuando le he preguntado qué opina su mujer de la entrada en escena de una segunda, ha respondido que las mujeres afganas no hablan con sus esposos y que, en cualquier caso, ¡no es asunto de ella el número de esposas que él tenga! La quinta mujer de su padre, de dieciocho años, fue adquirida hace tres años cuando la esposa mayor, que ahora tiene cuarenta y ocho, dejó de ser fértil. En el recinto viven un total de ciento treinta y cinco miembros de la familia, además de veintidós sirvientes.

Escribo estas líneas sentada junto al arroyo mientras espero la cena (he sugerido pan y huevos cocidos, pero mucho me temo que habrá arroz), y uno de los sirvientes acaba de aparecer sigilosamente con un nuevo farol para proporcionarme más luz: todo es tan delicioso como en *Las mil y una noches*. Hoy dormiré en las dependencias de las doncellas (niñas de entre once y catorce años) y es la primera vez que he visto mujeres afganas. Físicamente son muy guapas (los hombres están tan bronceados que cuesta percatarse de que los afganos tienen la piel tan blanca como nosotros), pero los efectos de la *purdah*,[3] tal y como aquí se practica, en su desarrollo mental son terribles. Deberíamos estar agradecidos de haber nacido «libres» e «iguales», algo que damos totalmente por hecho a pesar de que la inmensa mayoría de las mujeres del mundo no disfrutan de este derecho.

En casi todas las aldeas afganas las casas carecen de ventanas y las paredes están revestidas de pequeños recintos que sirven de alacenas. Echo de menos las alfombras persas; aquí son más habituales las esteras gruesas. Acabo de ver que se acerca un sirviente con la cena en una bandeja. Evidentemente, no me consideran una buena compañía para las mujeres de la familia, ¡por lo que debo comer en soledad!

Gazni, 16 de abril

Anoche me acosté con una buena cogorza encima. Estaba disfrutando mi «estofado irlandés» hecho con cordero, patatas y cebolla cuando apareció uno de los hijos de mi anfitrión con una botella. Dijo que había oído que a las mujeres cristianas les gustaba el alcohol y me ofreció un poco de vino. No hace falta que os diga cuál fue mi respuesta. Llenó un vaso («Hecho en Checoslovaquia») con lo que parecía vino blanco y yo, con lo sedienta que estaba y habiendo evitado el agua turbia que me habían servido con la comida, tomé un inocente trago... ¡y por poco no me desplomo! No tengo ni idea de lo que era, pero desde luego no era vino tal como nosotros lo conocemos. A estas alturas mi gaznate debe de estar bastante correoso, pero sentí como si me hubieran cauterizado la boca, la garganta y la barriga. Cuando dejé de ahogarme, el chico dijo: «Con agua mejor, ¿sí?», y yo asentí, segura de que hasta la última bacteria letal que pudiera contener el agua moriría nada más entrar en contacto con esta mezcla. Así que me la tomé diluida y entonces descubrí horrorizada que apenas podía mantenerme en pie e irme a la cama y era totalmente incapaz de hablar con coherencia. ¡Cuando un solo trago puede dejarme inconsciente es que algo pasa! A las nueve y media me encontraba en un embelesado estado de coma, pero a las cuatro me he levantado como de costumbre y, para mi asombro, sin dolor de cabeza machacón. Hoy ha hecho un tiempo mucho más fresco y la carretera ha sido ligeramente menos atroz, de ahí que a las dos y media de la tarde ya hubiéramos cubierto los 112 kilómetros desde Mukur. Me he puesto las pilas para que me diera tiempo a explorar esta ciudad, pues las asociaciones históricas y la falta de americanización me habían llevado a suponer que haríamos buenas migas. De hecho, la puntúo justo por detrás de Herāt.

He intentado comprar un carrete, pero no había ninguno disponible, lo que ha sido muy frustrante porque las magníficas fortificaciones antiguas, las mezquitas en ruinas (que sí se pueden fotografiar), el río y el mercado de camellos consiguen que Gazni resulte aún más fotogénica que Herāt. Sin embargo, tal y como se han desarrollado los acontecimientos, tal vez he sido afortunada de no haber tenido ningún carrete hoy.

He dejado a Roz en el hotel y he salido a explorar, todavía con la cámara encima, confiando en encontrar un carrete. He paseado un buen rato por el centro de la ciudad vieja —que recuerda a una Ávila de construcciones más primitivas— sin molestar a nadie y sin apenas fijarme en el batallón de soldados inconcebiblemente desaliñados que marchaban a mi lado, hasta que, de pronto, dos soldados rasos me han agarrado de los brazos y me han empujado unos cien metros calle arriba hasta un cuartel de la policía militar. Una vez allí, me han pedido el pasaporte y, al explicarles que lo había dejado en el hotel, enseguida

me han confiscado la cámara y he pasado cincuenta minutos encerrada en una celda que había sido utilizada como aseo por todos sus antiguos ocupantes y nunca la habían limpiado. Después ha aparecido un oficial rebosante de profusas disculpas y me ha asegurado que se trataba de un simple error: el Ejército se encontraba de maniobras en la localidad y sus hombres habían recibido órdenes de estar alerta ante «observadores hostiles». Mi pasaporte le ha indicado que soy inofensiva y confiaba en que pudiera perdonar aquel incidente y tomara un vodka con él. Le he dicho que no me había ofendido, pero que, desafortunadamente, no tenía tiempo para vodkas porque quería ver la ciudad vieja de Gazni y la tumba del mogol. Así que a modo de expiación ha puesto a mi disposición un vehículo militar para llevarme hasta allí.

La tumba del poeta más célebre de Afganistán —cuyo nombre, cabría esperar, nadie es capaz de recordar— es un imponente complejo de mármol en una pequeña mezquita para él solo en lo alto de una colina a las afueras de la ciudad. He subido caminando al atardecer y he contemplado las vistas de una rica extensión de campos de cereales, huertos tupidos de flores y arboledas de esbeltos y gráciles panjiles. En estos oasis, el canto de las aves es constante y muy dulce, aunque, salvo el de las golondrinas, todos los demás me resultan desconocidos.

Acaban de informarme de que los estadounidenses pronto se trasladarán a la ciudad y reconozco que me alegro de haberla conocido antes. Hace una noche bastante fría, con nieve en las colinas al este y un cielo cubierto... ¡Vaya cambio!

Kabul, 17 de abril

Hoy se ha repetido lo de Robat. He dormido hasta tarde, puesto que ayer no eché la siesta, y me he levantado a las siete menos cuarto para encontrarme con que se había desatado una tormenta tremenda. ¡Llovía *a mares*! (¿Quién lo habría dicho?). He disfrutado de un desayuno tranquilo de pan y tortilla porque hoy solo tenía intención de cubrir 77 kilómetros (hasta Top, la aldea que se alza a medio camino entre Gazni y Kabul), y cuando a las ocho ha dejado de llover nos hemos ido del hotel. Pero entonces, una vez fuera de la ciudad, la carretera volvía a estar bloqueada con lo que para los estándares locales era un vasto convoy de dos autobuses, cinco camiones y un motociclista, todos en fila junto a una casa de té. Me he puesto a la cola y he preguntado qué ocurría esta vez. Nadie lo tenía muy claro. Algunos han dicho que habían disparado a un ingeniero danés que trabajaba para una compañía estadounidense, malhiriéndolo, mientras que otros

sostenían que dos indios que se dirigían a Europa la habían palmado anoche a treinta y dos kilómetros al norte de Gazni. Esta falta de precisión no me ha sorprendido, las autoridades se muestran extremadamente sensibles a tales «incidentes» y los encubren lo mejor que pueden. En cualquier caso, independientemente de cuál haya sido la causa, el resultado es que Roz y yo hemos subido a uno de los «autobuses» a las nueve y media y, tras cubrir una distancia de tan solo 150 kilómetros, hemos llegado aquí a las diez de la noche. Un joven oficial que se sentaba a mi lado en el autobús ha afirmado que las tribus pakistaníes eran las responsables de todo esto. Las ha acusado de ir hasta la frontera y disparar a los viajeros (sobre todo a los extranjeros) para desacreditar a Afganistán a ojos del mundo. Quizá esto en parte sea verdad, pero lo que es seguro es que no fueron pakistaníes los que atacaron el Land-Rover en la carretera que va de Robat a Farah.

Me acaban de decir que el tiempo afgano va una hora y diez minutos adelantado con respecto al persa, un detalle de lo más cómico en esta tierra donde, para el ciudadano medio, diez horas o diez días vienen a no significar nada.

---

[3] Es la práctica en la cultura musulmana e hindú del norte de la India de recluir y ocultar a las mujeres de los hombres que no sean sus parientes directos. El término se traduce a menudo como «honra». (*N. de la T.*).

04

Un culatazo desafortunado

De Kabul a Bamiyán

Kabul, 18 de abril

Acabo de ser consciente de que hace cuatro días fue Semana Santa. ¡Es lo que tiene viajar por tierras orientales! Hago todo lo posible por saber en qué día vivo y hace tiempo que me he rendido a la difícil lucha de distinguir un día de la semana de otro. Cuando el viernes es domingo, el jueves es sábado y el sábado es lunes, a duras penas merece la pena el esfuerzo. Pero supongo que recordaré la importancia del 25 de diciembre cuando llegue el momento.

A pesar de que en los últimos tiempos ha sido en gran parte reconstruida, Kabul es una ciudad atractiva. Muchos de los nuevos edificios y monumentos públicos son espantosamente vanguardistas, pero en este país su incongruencia resulta tan extrema que el efecto global es más cómico que ofensivo. Las calles de la ciudad fueron asfaltadas (por los rusos) hace apenas unos años y hoy he visto a un guarda urbano abandonar su puesto para arrodillarse en la acera y rezar sus oraciones a la hora indicada.

Esta sincera devoción es para mí una de las características más impresionantes de la cultura islámica. Si aceptamos que es más que una superstición, entonces es cierto que hay algo realmente maravilloso en mezclar los actos cotidianos y las oraciones diarias de una manera tan inconsciente en lugar de mantener cada uno en un compartimento hermético.

Kabul me recuerda a Sofía en que el tráfico es prácticamente inexistente para los estándares de una capital. Se puede pedalear alegremente por todas partes y los únicos impedimentos que pueden aparecer en la ruta son caravanas de camellos, recuas de burros de carga y montones de colegas ciclistas. Entre las

heridas que Roz sufrió en Mashhad se incluía el freno trasero estropeado, así que hoy la he llevado a un taller de bicicletas, donde ha sido debidamente curada en cinco minutos.

Por la calle se ven algunas mujeres y gran cantidad de chicas sin velo, y muchos de los hombres visten trajes occidentales, aunque por suerte están en minoría. Esta mañana me he comprado mi primer (y último) recuerdo: uno de esos famosos abrigos afganos de piel de oveja. Es un modelo de segunda mano (o más bien de quinta) y parece y huele a una oveja muerta, y no me extraña, porque los afganos no saben curtir pieles. En fin, lo importante es que solo ha costado veintiocho chelines, mientras que uno nuevo se habría acercado a las seis libras. Aún le quedan años de vida, si es que el público irlandés puede soportar esta peste.

El tiempo de hoy es como nuestro abril —lluvioso, sol cálido, brisa fresca—, pero con una o dos semanas de adelanto. Estamos en el mes en el que el norte de Afganistán recibe todas sus precipitaciones: lluvias fuertes y tormentas casi cada día.

Los afganos que fueron educados antes de la guerra parecen hablar más el alemán que el inglés. En aquel entonces el país estaba lleno de alemanes —ahora empieza a estarlo otra vez— y, según me han explicado, el alemán sigue siendo el primer idioma extranjero del diez por ciento que va a la escuela. Muchos entienden también el ruso, incluso la mayoría analfabeta. En todas las ciudades me he dado cuenta de que encienden las noticias de la radio de Rusia y escuchan con atención. Tengo la impresión de que los rusos manejan la herramienta propagandística de ayuda a los países atrasados con una inteligencia muy superior a la estadounidense. Consiguen un montón de *pequeños* triunfos: llevan la electricidad a los pueblos, asfaltan las calles de una ciudad, construyen silos y les entregan semillas de mayor calidad para sus cultivos (además de poner en marcha grandes proyectos como, por ejemplo, carreteras), mientras que los estadounidenses se centran en planes de gran envergadura, como carreteras y presas que, aunque cuestan cinco veces más de lo que invierten los rusos, tardan años en completarse y no provocan impresión alguna en la mente de la gente sencilla. Cuanto más observo el modo de vida de estos «países subdesarrollados» y los métodos que se han adoptado para «mejorarlos», más me deprimo. Me parece criminal que el atraso de un país como Afganistán deba emplearse como una excusa para que Estados Unidos y Rusia mantengan un tira y afloja por poseerlo. Después de haber conversado con nueve o diez jóvenes afganos que han estado expuestos a las influencias occidentales, he advertido un tenso sentimiento de desprecio por el propio país, un culto indiscriminado a todo lo estadounidense

y un desasosiego, un desarraigo y un descontento generalizados. Repudian su cultura de nacimiento, pero no consiguen adoptar una civilización ajena que imaginan superior, aunque no alcancen a comprenderla. Prefiero una y mil veces el punto de vista de los nómadas: aún no han oído hablar de Estados Unidos. No pretendo tener la respuesta correcta al problema del «subdesarrollo», pero creo firmemente que la respuesta comunista es menos errónea que la occidental. Los comunistas demuestran poseer una comprensión mucho más imaginativa de los distintos temperamentos nacionales, como han manifestado con total claridad dos rusos con los que he hablado hoy. Quieren imponer el comunismo como forma de vida, pero infligiendo el mínimo daño posible a los cimientos tradicionales del país en cuestión, mientras que los occidentales me han repetido en diversas ocasiones que ante todo quieren derribar estos cimientos para empezar una sociedad bonita, nueva e higiénica desde cero, una ambición que me resulta demasiado estúpida para ser cierta.

Acabo de descubrir que en Afganistán la ley prohíbe estrictamente la venta o el consumo de alcohol (una información que me brindó mi anfitrión en el enclave diplomático, ¡acompañada de un vaso de *whisky* escocés!). Ni siquiera los turistas pueden obtener permiso, a diferencia de lo que sucede en los estados prohibicionistas de la India.

Mis planes más inmediatos están en «horas bajas». Mi anfitrión quiere llevarme mañana a Bamiyán en coche (es viernes y, por tanto, la embajada estará cerrada), pero yo, por supuesto, quiero ir en bicicleta hasta allí y, a ser posible, continuar hasta Mazar-e Sharif. Sin embargo, nadie parece saber si la carretera una vez pasado Bamiyán está o no libre de nieve.

Esta mañana he tenido que registrarme como turista en la policía, lo que ha implicado acudir a tres oficinas distintas y esperar horas en cada una de ellas. El director del Departamento de Turismo, el señor Tarzi, es un gran amigo de nuestro señor Driscoll, el presidente del Consejo Internacional de Turismo de este año. ¡No podía creerlo! ¡Un afgano que conoce Dublín! Es un hombre sumamente agradable que está tratando de averiguar el estado de la carretera a Mazar antes de expedirme los permisos correspondientes para trasladarme desde Kabul. Pero aquí todo va tan lento que, siendo mañana viernes, hasta el sábado no podré arreglar mis papeles y hacer planes definitivos. Todos coinciden en que ser turista en Kabul implica tantísimo papeleo y esperas en despachos que nadie tiene tiempo de ver las atracciones turísticas. Tampoco es que haya muchas. Además de un museo magnífico, la propia ciudad, con el encantador semicírculo de montañas que la rodean, es la «atracción» principal.

Kabul, 19 de abril

Si mi llegada a Teherán causó sensación, ¡aquí las cosas se han desmadrado! Los fotógrafos de la Oficina de Turismo y Prensa, con toda su parafernalia, me han pisado los talones el día entero, y mis «Impresiones de Afganistán» aparecerán mañana en el *Kabul Times*. «Todos» quieren conocerme (no me sorprende, pero tampoco imagino que sea por mí). Kabul es maravillosa desde el punto de vista del visitante, pero, si tuvierais que vivir aquí dos años y estuvieseis acostumbrados a los coches (a los que solo tienen acceso los oficiales de mayor rango) y a la televisión, a los periódicos diarios, a las comodidades modernas, a los pubs, a las cafeterías, a los cines y a los teatros, una vida sin todo esto debe de resultar bastante monótona. Los servicios extranjeros lo califican de «destino difícil» y todo el que se traslada a Kabul recibe una bonificación del veinticinco por ciento. Es divertido ver al sosegado personal de las embajadas desplazándose en bicicleta o a pie, y esto significa que al menos durante dos años llevan una vida saludable con ejercicio diario.

Kabul, 20 de abril

¡Albricias! Con la firma de una declaración que dice que puedo ir sola en bicicleta hasta Mazar bajo mi propia responsabilidad he obtenido el permiso policial necesario, así que partimos mañana a primera hora. He pasado ocho horas y cuarto en cuatro despachos diferentes tratando de conseguir el permiso porque cuarenta y cinco *hajis*[4] querían obtener autorización para peregrinar a La Meca y en cada una de las oficinas me ha tocado ponerme al final de su fila.

Solo me llevo la alforja con un equipo indispensable porque no tiene ningún sentido arrastrar los soportes para alforjas y la mochila de aquí a Mazar y vuelta.

Qu'lah Doab, 21 de abril

He llegado a la conclusión de que lo que había tomado por hostilidad cerril por parte de los afganos hacia las mujeres independientes, como es mi caso, es injusto. Tengo la impresión de que a muchos de ellos la imagen de una mujer sola deambulando por su tierra casi los asusta (sus mentes sencillas no saben cómo reaccionar ante un fenómeno tan sorprendente). Evidentemente, esta situación hace que la responsabilidad recaiga en la persona occidental, de mentalidad más flexible y, ahora que he advertido cuánto depende de mí misma

mi acercamiento a ellos, las relaciones se han vuelto mucho más fáciles de gestionar. Ya estoy enamorada del país y de la gente y, mal que bien, las barreras del lenguaje poco importan cuando una siente tal grado de simpatía hacia una raza que responde con suma gentileza y amabilidad a una sonrisa o a un gesto amistoso.

Hemos salido de Kabul a las siete de la mañana. Hacía un tiempo perfecto para pedalear, con un sol brillante y cálido, una brisa fresca de cola y un aire nítido y claro. Sin duda, la subida de hoy por el valle del Ghorband ha sido la mejor excursión en bicicleta de mi vida. Estoy segura de que esto tuvo que haber sido el jardín del Edén. Es tan hermoso que la emoción ha hecho que me olvidara del almuerzo que me había preparado mi anfitrión y he pasado todo el día en una especie de encantamiento. Las altas colinas se elevaban sobre los arrozales, las parcelas relucientes de trigo joven y los cuidados viñedos. En los vergeles de albaricoqueros, melocotoneros, almendros, manzanos y cerezos los árboles estaban cubiertos de flores; en los bosques de sauces, fresnos, abedules y panjiles las hojas nuevas temblaban con el viento y refulgían al sol. Jóvenes esbeltos y despiertos, vestidos con harapos y luciendo un porte orgulloso, guardaban hermosos rebaños de ganado, caballos y burros inquietos, con potrillos lanudos cuya torpeza todavía les hacía tropezar, ovejas de cola gorda junto a cientos de corderos saltarines y cabras de pelo largo cuyas crías se encuentran entre los animales jóvenes más encantadores. Cada poco, las paredes de escarpadas rocas presentan grietas a ambos lados y pueden vislumbrarse los picos más lejanos del Hindú Kush elevados a más de cinco mil metros, con una nieve tan brillante que parece la propia luz milagrosamente solidificada e inmovilizada. Las pequeñas aldeas de adobe se funden de una forma tan perfecta con el entorno que permanecen invisibles hasta que son alcanzadas, y las ocasionales fortalezas de barro, enormes y cuadradas, a caballo entre las colinas, recuerdan el feroz coraje del pasado de esta región y desprenden la misma belleza orgullosa y rígida de los hombres que las construyeron. La «carretera» —estrecha y accidentada— discurre unas veces a nivel del río centelleante y otras asciende por las faldas de las montañas para ofrecer vistas despejadas durante kilómetros y kilómetros a lo largo del valle. Esta es la parte de Afganistán que más me apetecía ver, pero ni en mis fantasías más salvajes imaginé que un paisaje pudiera ser tan grandioso. Aun en el caso de que terminen *asesinándome*, ¡habrá merecido la pena! Aunque no tiene mucha pinta de que vaya a ocurrir. Los 125 kilómetros de la ruta de hoy han estado patrullados por parejas de soldados armados, cuya misión parecía limitarse a mi especial protección, porque la última pareja terminó su turno tras acompañarme, al anochecer, a la casa del gobernador provincial de esta

localidad. Creo que si matan a viajeros solitarios en este lugar es porque no han informado a la policía, conforme a lo solicitado, de adónde van y cuándo. Que Afganistán no es solo peligroso por sus grupos de bandidos es algo que parece estar fuera de toda disputa, pero casi todo el que viaja por el país se muestra favorablemente impresionado por el trato recibido. Va siendo hora de «describir» como exageradas todas esas tonterías sobre el riesgo extremo.

El afgano medio es al mismo tiempo trabajador y relajado, y retiene muchas de las cosas que los psiquiatras industriales ahora se esfuerzan por redescubrir. Tiene buen humor, pero no es muy hablador. Le encanta la música y a menudo canta en voz baja para sí mismo durante horas. También disfruta con el canto de los pájaros y las flores, es muy sensible a la belleza natural y, en general, trata bien a los animales, no solo a sus espléndidos caballos, sino también a los burros de carga, a los que muchas veces empuja en la dirección deseada más que pegarlos, a sus ristras de cínicos camellos, que muestran pocos signos de devolverle el afecto, y a sus rebaños de cabras y ovejas, una de las cuales suele ser una mascota especial. Por encima de todo, ama a sus hijos, que bien podrían llegar a ser treinta, en el supuesto de que consiga permitirse cuatro mujeres. Es, por supuesto, temperamental y de una ferocidad incontenible, pero una vez resuelto un conflicto sin que ninguno de los bandos haya sufrido una pérdida del honor, abraza a su adversario y cantan un dueto. (Hay que aplaudir el sentido común de Mahoma al prohibir el consumo de alcohol entre sus seguidores: si se detuvieran en los pubs con la frecuencia con la que lo hacen en las casas de té, las poblaciones de los países islámicos se habrían exterminado entre sí hace mucho tiempo). Es indiferente a las adversidades, en las que se ha criado, y soporta agudos dolores sin quejarse. Además, se encuentra entre los soldados más intrépidos. En definitiva, es un hombre de los que me gustan.

En Kabul ha llegado a mis oídos la última de esas historias que ponen los pelos de punta. Cuatro peritos occidentales fueron recientemente disparados por los miembros de una tribu porque los jefes tribales, ante la entrada en vigor un nuevo sistema de impuestos territoriales, no querían que el Gobierno averiguara la cantidad de tierra que poseen. Evidentemente, los miembros de la tribu habían recibido órdenes de no matar, porque los peritos solo resultaron heridos; ningún afgano fallaría un blanco de dimensiones humanas. Muchas veces los he visto alcanzar aves de pequeño tamaño a una distancia increíble solo por diversión. Como pasatiempo es horrible, pero no es peor que disparar a una criatura tan magnífica como un faisán por su valor nutritivo. A estas alturas ya me he acostumbrado a estar rodeada de hombres cargados con rifles, igual que los irlandeses llevan paraguas, y he aprendido a evitar caer sobre una pila de armas

al acceder a una casa de té en penumbra y sin ventanas procedente del sol radiante del exterior.

Esta casa evidencia lo que algunos podrían describir como la pobreza de Afganistán, pero yo prefiero llamarlo simplicidad, porque la pobreza denota una falta de necesidades básicas, mientras que la simplicidad alude a una falta de necesidades. El gobernador es el hombre más importante del distrito y, aun así, hasta el campesino irlandés más pobre dispondría de un hogar más próspero. No obstante, al examinarlo descubres que aquí se halla todo el confort esencial.

La familia consiste en Mohamad Musa —mi anfitrión, de treinta y un años—, su madre anciana, su esposa de diecisiete años, el primer hijo de ambos, de cinco meses, y cuatro sirvientes. Han nacido en Kabul y Mohamad, que habla un inglés fluido, es extremadamente culto. En un primer momento la idea de recibir la visita de un occidental en una casa como esta lo incomodaba profundamente, pero mi felicidad más que evidente lo ha tranquilizado. El suyo, claro está, es un «matrimonio concertado», pero parece que funciona la mar de bien, aunque la joven esposa, que asistió a la escuela secundaria en Kabul, tiende a rebelarse contra el uso del velo y le gustaría conocer a los amigos de su esposo, concesiones que él jamás permitirá.

La madre de Mohamad tiene una personalidad apabullante, es una de esas personas mayores que consiguen que los jóvenes tomen conciencia de que la vejez no es algo a lo que haya que temer, puesto que puede conferir al ser humano tanta dulzura, equilibrio y satisfacción. Le habría perdonado fácilmente el haberse mostrado distante hacia alguien que, de acuerdo con sus tradiciones, representa una completa negación de la feminidad, pero, aunque no habla nada de inglés, su calurosa acogida en verdad me ha hecho sentir como «una de la familia». No es la primera vez que la tolerancia de los musulmanes me asombra y me da una lección de humildad por la sencillez con la que aceptan que mi modelo difiere del suyo, pero sin hacerme sentir inferior por ello. Es todavía más sorprendente que la libertad que reconocen como mi herencia no les impide tratarme con una cortesía que raras veces se encuentra en la moderna Europa. Gracias a la fusión civilizada de nuestras dos culturas, dispongo de todas las ventajas y de ninguna de las desventajas de sus propias mujeres. Creo que es justo decir que el musulmán moderno, aun tratándose de un campesino inculto, muestra menos prejuicios hacia otras religiones que los cristianos, con nuestra tendencia persistente a tildar de «superstición ignorante» cualquier religión distinta de la nuestra. Esta tolerancia musulmana vuelve aún más penosa la frecuencia con la que los políticos estimulan de manera artificiosa nuestras diferencias religiosas para satisfacer sus propios intereses.

Mientras escribo, sentada en un rincón sobre una alfombra en el suelo, con la espalda apoyada en sábanas enrolladas y una tenue lámpara de aceite a mi lado, ha llegado la hora del rezo y la anciana se ha marchado a su habitación para realizar sus oraciones en privado. Mohamad está en otro rincón arrodillado en su alfombra, y en estos momentos toca el suelo con la frente. Su esposa está sentada a mi lado amamantando al bebé y un criado extiende una tela en el suelo para nuestra cena. Cuando mi anfitrión se enteró de mi visita, cogió una escopeta (hay cinco apiladas junto a la puerta) y salió a cazar un venado... ¡Así responden en esta región a la llegada de invitados inesperados! De modo que de cena hay carne de venado y arroz cocinados en un fogón de barro en la misma estancia.

Bamiyán, 22 de abril

Un nuevo día de belleza increíble, inolvidable e indescriptible, que además ha incluido nuestro ascenso más elevado hasta la fecha: 3.163 metros por el puerto de Shibar; me he sentido como una mosca que estuviera trepando por una pared.

Esta mañana, en el desayuno, Mohamad ha intentado convencerme de que fuera en camión, por la simple razón de que no creía que una bicicleta pudiera atravesar el paso de Shibar, pero, una vez que he alcanzado el pie del puerto, me he alegrado de no haber aceptado su amable sugerencia. En estos momentos el tráfico es intenso en esta ruta porque Afganistán y Pakistán no se dirigen la palabra y la frontera está cerrada, por lo que muchas mercancías que normalmente se importarían vía Karachi y el puerto de Jáiber llegan desde Rusia por Mazar-e Sharif. El caso es que esta ruta no fue concebida como una gran carretera principal y, cada vez que veo camiones cargados hasta los topes y de fabricación básicamente «propia» sorteando estas fantásticas y cerradas curvas, donde lo único que separa las ruedas exteriores de una caída de trescientos metros son meros centímetros, me entran unos sudores indirectos muy serios (gracias a Dios, solo eran ajenos mientras empujaba a Roz sin separarme de la pared del acantilado). Es más, la subida no era tan dura como había previsto, porque el propio pie de puerto se encuentra a unos 2.133 metros sobre el nivel del mar. Sin embargo, en los últimos trescientos metros sí he sentido los efectos de la altitud: falta de aire y dolor en los músculos de las pantorrillas. Pero ha merecido la pena ascender poco a poco por el valle fértil y cálido hasta el frío resplandor inmóvil de la línea de nieve, donde los picos más altos del Hindú Kush abarrotan el horizonte a derecha e izquierda y una comienza a comprender por qué hay quienes creen que los dioses viven en la cima de las montañas.

En esta cara norte de la cordillera se produce un cambio increíble. En cuestión de pocos kilómetros todo el paisaje ha pasado de ser uno de inicios de verano a otro de finales de invierno. Los árboles están casi pelados, la hierba y el trigo apenas comienzan a sobresalir y la temperatura ha disminuido un buen puñado de grados.

La pendiente del descenso es mucho menos severa y en un determinado punto la carretera atraviesa una garganta estrecha maravillosa con acantilados pardo-rojizos. Están tan juntos y son tan altos y escarpados que, si te quedas de pie entre ellos mirando hacia arriba, te sientes como un pitufo arrojado en algún edificio de construcción rudimentaria con una leve grieta en el techo.

Ha sido al final de esta garganta donde la catástrofe ha golpeado a Roz. Ha sufrido dos desgarros atroces en la cubierta trasera que dudo que puedan parchearse. El camino es insoportable, pero en mi caso me he acostumbrado a la sensación de que en un bache se me disloquen todas las articulaciones para volver a recolocarse en el siguiente. Sin embargo, para la pobre Roz es diferente, y solo yo tengo la culpa de esta calamitosa jornada. He dejado que cogiera mucha velocidad mientras descendíamos el puerto, y lo he hecho porque el freno trasero volvía a dar problemas y la alternativa a ir demasiado rápido en bicicleta era caminar y, cuando has subido 3.163 metros empujando la bici, se te quitan un poco las ganas de bajar a pie. En ese momento eran las cinco y cuarto de la tarde y estábamos a unos treinta y dos kilómetros de Bamiyán, cerca del cruce con la carretera que une Mazar con Bamiyán, donde se encuentra el pequeño pueblo de Bulola. He preguntado por un autobús y me han indicado uno que partía hacia Bamiyán «en unos minutos», así que hemos cargado a Roz y yo he tomado asiento. Los otros autobuses en los que he viajado eran un lujo comparados con este. El suelo estaba cubierto de excrementos de oveja y de cabra y el volante estaba pegado con esparadrapo (un remedio que ayuda más bien poco a calmar los nervios durante una travesía por un terreno como este). Finalmente, hemos salido a las seis y veinte, y para entonces ya me había quedado tiesa —llovía con fuerza y, como de costumbre, las ventanas no tenían cristal— mientras me quedaba sentada viendo cómo ataban montones de pieles primero entre sí y luego al techo hasta que todo el desvencijado cacharro se veía horriblemente pesado. Y justo antes de la salida se han subido nueve hombres que se han acomodado sobre las pieles, envueltos en sus inmensas mantas.

Unos tres kilómetros pasado Bulola, el motor se ha roto. Era de noche y llovía, y las reparaciones —a lo largo de las cuales los faros han quedado fuera de servicio— han necesitado casi una hora. A las siete y media de la noche hemos reanudado la marcha montaña arriba a través de un puerto a más de tres mil

metros de altitud en una «carretera» en espiral apenas lo bastante ancha para un vehículo, con caídas verticales que podía imaginarme, pero que, por suerte, no podía ver, porque no había luz. Hasta que de pronto se ha desatado la tormenta primaveral diaria y todo se ha iluminado. Durante varios minutos se han sucedido los relámpagos, no en forma de los destellos que nosotros conocemos, sino pantallas deslumbrantes de luz azul que revelaban funestos picos a un lado y barrancos aterradores al otro. Sin embargo, era tan bonito e impresionante que simplemente te olvidabas de estar asustada. La reverberación de los truenos en las montañas era ensordecedora, un estallido tras otro, el eco de cada trueno ahogándose en el estruendo del siguiente. Todo esto iba acompañado de ráfagas de viento huracanado que arrastraban enormes piedras de granizo que me despellejaban la nariz al golpearme mientras continuaba sentada junto a aquella ventana inexistente. Pero incluso la resistencia afgana tiene sus límites y, al comienzo de esta nueva demostración atmosférica, el autobús se ha detenido para que bajaran los nueve hombres que viajaban en el techo. Como en el «interior» ya no cabía ni un alma, durante el resto del trayecto me ha tocado sostener a tres niños en el regazo; hasta ese momento solo había cargado con uno de dos años. Hemos esperado cerca de un cuarto de hora hasta que ha pasado lo peor, porque intentar sortear esa sinuosa pista mientras los rayos deslumbraban cada poco al conductor habría sido un suicidio. (Aunque, en mi opinión, aquel viaje no estaba lejos de serlo). A pesar de todo, ha sido toda una experiencia contemplar un paisaje ya de por sí dramático en unas condiciones tan extremas, como si fuese el escenario de un inspirado coreógrafo para *Fausto*.

Poco después de reemprender el camino ha comenzado otro tipo de melodrama. El sistema en estos autobuses privados consiste en que el ayudante del propietario-conductor, que por lo general suele ser un adolescente al que se le llama *bacha*, cobre los pasajes durante el viaje. El caso es que el *bacha* ahora pedía doce afganis por persona y algunos pasajeros han protestado diciendo que antes de partir el precio se había acordado en diez. La situación ha ido escalando hasta que ha explotado y, mientras yo metía a los niños debajo del asiento, el miembro de una tribu, furibundo, ha alzado su rifle y ha trepado por encima de mí para intentar llegar hasta el conductor. El *bacha* le ha dado un empujón y el hombre ha caído hacia atrás y, al hacerlo, me ha asestado un golpe espantoso en las costillas con la culata del rifle. Me he dado la vuelta y he visto un aterrador bosque de culatas de rifles a mi espalda (aterrador porque, en un autobús traqueteante, he supuesto que podían dispararse por accidente; pero estos hombres saben perfectamente lo que hacen con sus gatillos —aunque no tanto con sus culatas— y no ha pasado nada parecido). El *bacha*, desarmado, ha

proseguido su heroica defensa del conductor, el autobús ha vuelto a detenerse y entonces ha bajado el conductor, se ha quedado fuera sosteniendo su pistola y se ha negado a avanzar ni un metro más hasta que todos pagaran sus doce afganis. Yo he entregado inmediatamente los míos, con la vaga esperanza de dar ejemplo. Pero me han ignorado por completo mientras la batalla verbal se recrudecía y todos llevaban el dedo al gatillo con gesto amenazante, como si la bronca estuviera a punto de dejar de ser verbal. Los gritos airados de todos los involucrados casi ahogaban tanto el estrépito de los truenos como los silbidos del granizo que caía con fuerza. Finalmente, uno de los pasajeros ha amenazado con destrozar la luz del interior con la culata de su rifle. Entonces unos y otros han cedido y han acordado fijar el precio en once afganis, tras lo cual el conductor ha retomado su asiento y hemos vuelto a arrancar. Esta vez —y para mi gran asombro—, hemos mantenido una velocidad de unos veinticuatro kilómetros por hora hasta que hemos llegado a Bamiyán, donde Roz y yo hemos sido despachadas en la más absoluta oscuridad, tras informarme de que el hotel se encontraba a mi izquierda. En el momento en que me disponía a encender la luz de Roz, ha aparecido un policía que casi ha llorado de alegría al verme: esperaba mi llegada desde hacía horas. Empuñaba una linterna de tormenta y me ha conducido hacia el hotel, que se encontraba a un kilómetro y medio por una colina muy empinada. A mitad de camino nos hemos topado con un coche que había quedado atascado en un lecho hondo de gravilla suelta. Lo empujaban dos hombres que maldecían en voz baja.

El turismo en Afganistán es tan incipiente que, en cuestión de pocas semanas, la mayoría de los turistas en el país ya se llaman por sus nombres de pila, por lo que he gritado: «¡Hola, ¿qué ha pasado?!» en cuanto he reconocido a tres indios muy simpáticos con los que había coincidido en Kabul. Me han explicado que, en los 225 kilómetros transcurridos desde que habían salido de Kabul, todo lo que podía fallar en un coche lo había hecho, y ahora solo querían llevarlo hasta el hotel para no dejarlo toda la noche desatendido. De modo que he dejado a Roz junto al camino y el policía y yo nos hemos puesto a empujar con ellos; ha sido entonces cuando he empezado a sospechar que la culata del rifle me había fracturado la costilla inferior derecha. Cuando por fin hemos alcanzado la cresta de la colina con el desafortunado vehículo, el policía ha anunciado que regresaba a la aldea, puesto que ahora me hallaba entre amigos y, tras recuperar a Roz, he echado a andar junto a dos de los indios, que no han subido al coche para ahorrarle un peso extra. Hemos avanzado al trote, entumecidos por el frío, mientras intercambiábamos nuestras horrorosas experiencias en la carretera, cuando un grito que nos ha helado la sangre nos ha hecho detenernos en seco y

nos hemos descubierto cara a cara con el cañón de un rifle que sujetaba un soldado muy joven. Hemos dejado escapar sendos gritos de terror y solo acertábamos a decir: «¡Hotel! ¡Hotel! ¡Hotel para turistas!». Pero el centinela no parecía estar muy seguro de que tres extraños —una con una bicicleta y dos sin maletas— surgidos de manera inesperada de la negra y fría noche pudieran ser auténticos turistas, y nos ha tenido encañonados hasta que otro soldado ha examinado nuestros pasaportes. Este segundo tipo nos ha conducido al hotel, situado a unos doscientos metros de lo que al parecer es un cuartel militar.

Qué deprimente, cuando no del todo sorprendente, descubrir que no había *a)* comida ni bebida de ningún tipo, *b)* luz, *c)* agua, *d)* calefacción y que *e)* tan solo disponíamos de una fina manta en cada cama. Teniendo en cuenta que estábamos a 2.600 metros sobre el nivel del mar, el punto *e* no nos ha hecho ninguna gracia. Yo tenía café, azúcar y pan, y los chicos, latas de salchichas y de piña, así que hemos improvisado una especie de cena a la luz de las lámparas de aceite que nos han prestado los militares y hemos preparado café con el suministro de agua de emergencia de los chicos. (Lo esperpéntico de todo esto es que el Hotel Bamian está catalogado como «de lujo», ¡grado A!). Luego hemos saqueado un buen número de habitaciones vacías hasta que cada uno acumulaba seis mantas. Ahora estoy sentada en la cama envuelta en todas ellas, con las manos y los pies entumecidos mientras por el marco suelto de la ventana se cuela un fuerte vendaval. Pero supongo que debería estar agradecida de que estas ventanas tengan cristal...

Bamiyán, 23 de abril

Esta mañana, al levantarme y mirar por la ventana, casi me caigo de la cama de la emoción. El hotel está construido en un acantilado que se eleva trescientos metros desde el fondo del valle y, al otro lado de este valle, inconfundible en la brillante luz matinal, he visto la estatua de casi cuarenta metros de altura de Buda de pie, tal y como ha permanecido durante más de dos mil años, en un gigantesco nicho en la montaña de roca arenisca dorada. Tanto el nicho como la estatua han sido tallados con extraordinaria destreza en la propia roca. Toda la cara de la montaña está horadada con las cuevas de los monjes budistas, y otra estatua de casi veinticinco metros se encuentra a unos cuatrocientos metros de la gigante. Además de este espectáculo único, el propio valle es bellísimo. Una depresión en el centro de las montañas, fértil y cuidadosamente labrado, salpicada de pequeñas aldeas y atravesada por hileras de panjiles de corteza

plateada, cuyos brotes rosados relucían suavemente en la luz temprana. Aunque estaba mentalmente preparada para aquellos Budas, el impacto ha sido tremendo cuando los he visto presidiendo impasibles sobre el valle.

Después de un desayuno de dos huevos cocidos, pan seco y té, he examinado a Roz de arriba abajo. La cubierta trasera tiene cinco cortes importantes y once pinchazos en la cámara, y tres más en la delantera. Definitivamente, aquí es cuando acepto con dignidad mi derrota, admito que Afganistán no es un país apto para el cicloturismo y decido subirme en el próximo autobús a Mazar. Nadie sabe cuándo llegará el siguiente autobús a Bamiyán, pero esto no me preocupa: podría quedarme un mes aquí. La cubierta de repuesto está en Kabul, aunque, si estuviera aquí, no tendría muy claro si ponerla o no, porque lo más probable es que se hiciera trizas antes de alcanzar Kabul, y la siguiente está con el Alto Comisionado británico en Peshawar. Por tanto, la solución lógica es ir y volver en autobús a Mazar, por muy decepcionante que me resulte. Desde Kabul, donde cambiaré la antigua cubierta por la nueva, buena parte de la carretera que conduce a Peshawar por el puerto de Jáiber está asfaltada.

Hasta ahora, mi experiencia con los autobuses afganos me lleva a esperar que el viaje a Mazar será *a)* infinitamente más peligroso que en bicicleta, *b)* mil veces más agotador e incómodo y *c)* como mínimo supondrá el mismo número de horas de viaje. También estará repleto de frustraciones —son muchos los lugares en los que querré parar y estar sola—, pero es mejor ir en autobús que no ir.

Tras constatar las peores noticias sobre Roz, me he ido con los indios a ver los Budas y las cuevas. Esta es una de las principales atracciones turísticas de Afganistán (de ahí el hotel «de lujo»), pero ¡menudo contraste con nuestra idea de lo que es un centro turístico! Además del hotel, el valle en su conjunto se mantiene del todo virgen, nada se interpone entre el pasado lejano y el momento en que una camina bajo la sombra de estos monumentos descomunales construidos en una época en la que Bamiyán era el epicentro de la religión budista. Las estatuas, sin embargo, son menos impresionantes de cerca que desde el otro lado o desde el centro del valle. De lejos, el efecto de tantos siglos de erosión no es visible, aunque, si tenemos en cuenta su gran antigüedad, los daños son muy leves y en los últimos tiempos se han efectuado numerosas restauraciones excelentes. Todavía es posible incluso localizar las pinturas ejecutadas en los arcos de los nichos. El monasterio de cuevas es fabuloso. Podría pasarme días deambulando (sobre todo reptando) por el laberinto de pasajes que conectan unas celdas con otras. En otras montañas alrededor del valle se encuentran cuevas similares, todas ennegrecidas por el humo de las hogueras que ardieron hace mucho tiempo. Espero poder ir a explorarlas mañana por mi

cuenta. Por muy encantadores que sean los indios, en lugares como este prefiero estar sola.

Después de un almuerzo que ha consistido en té, pan seco y dos huevos cocidos (me *fascina* la variedad del menú en este lugar), me he alejado hasta una pequeña aldea situada a los pies de las inmensas montañas nevadas que presiden este valle en dirección sur. Los campesinos araban los campos con los métodos más primitivos que os podáis imaginar, lo que implica un trabajo tremendamente arduo por parte de los hombres, así como de los bueyes en sus yugos. Los canales de irrigación ondulaban suavemente entre las parcelas cultivadas. En el pueblo formado por hogares bien fortificados, los niños se han llevado tal susto al verme que han salido despavoridos como pollos sin cabeza. Sin embargo, para mi extrema estupefacción, cuando me ha rodeado un grupo de chavales de entre diez y catorce años para examinarme y preguntarme de dónde venía, en cuanto he dicho «Irlanda», enseguida han coreado al unísono: «¡Dublín!». Iban vestidos con los habituales harapos sucios, pero, en lugar de mendigar al turista, me han ofrecido repugnantes caramelos gastados, frutos secos y pasas que sacaban de los (seguramente aún más sucios) recovecos de su vestimenta. No me gusta rechazar, pero hay que establecer el límite en alguna parte. También han organizado una pelea de aves para entretenerme. Este es uno de los deportes más populares entre los aldeanos. Dos aves, más o menos del tamaño de gallinas-faisanes, pero con la complexión y el plumaje de las palomas, son liberadas de sus jaulas en el suelo y se abalanzan la una sobre la otra. La pelea concluye cuando una de las aves logra inmovilizar a la otra en el suelo. No hay derramamiento de sangre ni matanzas, solo un montón de plumas revoloteando por los aires y, puesto que se trata de una técnica muy bonita, lo he disfrutado mucho más de lo que esperaba. Por supuesto, mi último carrete se había terminado donde los Budas. He descubierto que una de las grandes penas de la vida del fotógrafo es que el último carrete siempre se ha usado justo antes de que se presente una imagen «especial».

A continuación he ido a explorar las ruinas de «la ciudad de los suspiros», donde Gengis Kan sitió y derrotó al rey de Bamiyán en 1222. Se alza sobre una colina aislada en el centro del valle y la subida es tan escarpada que en el momento de alcanzar la cumbre, donde aún pueden verse los restos de dos torres de vigilancia, me había quedado completamente sin aire. Valdría la pena escalar el Everest solo para disfrutar de vistas como las de este valle. Había elegido esta hora con conocimiento de causa: quería contemplar la puesta de sol desde aquí. El valle de Bamiyán se extiende de este a oeste y esta cima se encuentra a novecientos metros sobre la base del valle. Si miraba hacia abajo, podía ver los recintos de todas esas inescrutables aldeas de muros ciegos y las pequeñas figuras

de mujeres sin velo en pantalones rojos yendo de un lado para otro ocupadas en sus quehaceres domésticos. En los campos, los hombres regresaban a sus hogares con parejas de bueyes y por las laderas de las colinas bajaban jóvenes pastorcillos que guiaban rebaños de ovejas, cabras, corderos y cabritos saltarines. Aquí debo hacer un inciso para explayarme en lo adorables que son los cabritos afganos, tan ágiles, juguetones, de expresión alerta y hermosos, con sus pelajes lustrosos, sus colas respingonas, sus rostros de nariz casi chata y tan frágiles. Los hay negros azabache, muy oscuros o de un tono gris-azulado extraordinariamente encantador. Sus mayores tienen un aspecto muy digno antes de la esquila, con pelajes que arrastran por el suelo y bellos cuernos que se curvan hacia atrás, todo un contraste con las graciosas ovejas de cola gorda, con ese gran bulto (que puede llegar a pesar entre cuarenta y cinco y sesenta y cinco kilos) que se balancea tras ellas. Las ovejas árabes también son bastante comunes, y se las cría exclusivamente por sus pieles, pues el valor de la lana es escaso. Estas ovejas son muy delgadas y de lejos pueden confundirse con cabras de pelo corto. Todavía no he visto ninguna de la raza de la que procede el auténtico cordero persa (un nombre de lo más injusto). El ganado vacuno de aquí es pequeño y delicado. A veces me recuerda al kerry, pero en su mayoría son como el jersey.

Al norte de este valle están las montañas de arenisca con las estatuas y las cuevas y al este se extienden colinas bajas como vastos montículos de terciopelo caídos del cielo con delicados tonos violetas, marrones, rosas y beis. (Estas formaciones también son muy habituales en Persia, donde el color suele ser marrón o gris). Al sur, en contraste total con estos contornos y tonos suaves, se alza una abrupta cordillera con cimas de entre 4.260 y 5.480 metros cubiertas de una nieve furiosamente blanca que se torna dorada instantes antes de que el sol se oculte tras los picos más bajos y azulados en el extremo occidental del valle, dejando tras de sí una espléndida nube ondeante de tonos bronce.

A su propia manera, las ruinas entre las que me encontraba eran igual de conmovedoras. Los arqueólogos calculan que «la ciudad de los suspiros» debió de tener de siete a ocho mil habitantes y, entre las silenciosas callejuelas de aquellas casas —algunas de las cuales presentan un excelente estado de conservación, con gran cantidad de restos de pintura en las paredes—, se apoderó de mí una curiosa sensación de melancolía. Las técnicas de construcción locales parecen haber permanecido inalterables a lo largo de todos estos siglos. Los afganos que actualmente pueden verse construyendo nuevas casas lo hacen de la misma manera y con idénticos materiales.

Bajar aquella colina al tiempo que la luz se desvanecía por momentos resultaba casi espeluznante. Los lugareños, que creen firmemente en una

interminable mezcolanza de fantasmas y espíritus, no se acercan a este lugar ni de día ni de noche. Al alcanzar la llanura he visto a dos soldados con el arsenal habitual de revólver, rifle y espada, cada uno apostado a un lado de la colina, y, una vez que me han acompañado al hotel, el director me ha explicado que hace algunos años asesinaron a un chico alemán entre aquellas ruinas, por lo que ahora siempre se vigila a los turistas. La cena ha consistido en pan seco, dos huevos cocidos y té (¡perdonad la monotonía!) seguidos de un debate sumamente interesante con uno de los chicos indios sobre hinduismo y cristianismo.

Bamiyán, 23 de abril

¿Cómo se puede ser tan estúpida? Esta mañana, al levantarme, he notado que mi costilla estaba notablemente peor. Luego, mientras desayunaba (¡apuesto a que podéis adivinar el menú!), ha venido el comandante de la policía para invitarme —porque no tenía pinta de que fuera a aparecer ningún autobús con destino a Bamiyán en el futuro inmediato— a pasar el día cabalgando por el valle. El sentido común me impulsaba a decir: «No, gracias. Es muy amable por su parte, pero tengo una costilla rota». Sin embargo, la tentación era demasiado grande: un día a caballo en el Hindú Kush es lo más parecido a alcanzar el cielo. Pero media hora después he mirado por la ventana y casi me da un infarto al ver una reluciente cría de semental castaña en la gravilla. Entonces he procedido a refutar la teoría que afirma que, si una monta en un avión —o lo que sea— justo después de haber sufrido un accidente, no perderá la calma. El pasado octubre volví a montar a un demonio de yegua de las islas Aran después de que me mandara tres veces al suelo, pero esta mañana nada más ver mi corcel me he echado a temblar. Pero me he preocupado antes de tiempo, porque era un amor y ha parecido comprender la situación perfectamente en cuanto me ha sentido estremecerme de miedo en su espalda. La montura afgana me ha desmoralizado todavía más: nada de cuero elegante, madera dura y que sea lo que Dios quiera. Sí que he protestado para decir que la cincha estaba demasiado suelta y los estribos demasiado largos, y he pedido que ajustaran ambos. Los persas montan con estribos muy cortos, pero los afganos de esta región hacen justo lo contrario. Al cabo de unos veinte minutos me he serenado y, a partir de ese momento, he disfrutado como nunca... ¡Menudo día! Nos acompañaban mis guardianes habituales, que, combinando trabajo y placer, han cazado tres ciervos y dos zorros entre los dos. Ha sido tremendamente emocionante verlos galopar por las faldas de las montañas persiguiendo ciervos y derribándolos con magníficos

disparos sin reducir la velocidad. (No es que apruebe la caza de ciervos, pero su habilidad es admirable y además esto *significa* que ¡hoy habrá carne de venado en lugar de huevos cocidos para cenar!). Nos hemos adentrado en esa magnífica cordillera de picos nevados, a través de barrancos de un verde exuberante, cruzando arroyos, subiendo colinas y entre bosques. A mi reiterada incapacidad de plasmar la belleza del paisaje, esta noche se suma además que estoy demasiado agotada para intentarlo siquiera. Después de nueve horas y media subida a la montura, por muy en forma que estuviera al principio, montar a caballo tal y como tengo la costilla ha sido una enorme estupidez y mañana por fuerza estaré hecha polvo. La belleza del día me ha emocionado tanto que no he prestado atención al dolor que iba en aumento con cada hora que pasaba. El tiempo dirá.

---

[4] Una persona musulmana recibe el título de *haji* tras haber completado con éxito la peregrinación a La Meca. *(N. de la T.)*.

05

Las peculiaridades de los camiones afganos

De Bamiyán a Puli Khumri

Doab, 25 de abril

El estado de tortura generalizada en el que se encontraba mi cuerpo esta mañana cuando por fin he conseguido sacarlo de la cama aún no me permite determinar el alcance preciso de los daños sufridos en la costilla. A las siete ha vuelto a aparecer el inspector de policía para informarme de que un autobús partía a Bolula a las ocho, pero llevo el tiempo suficiente en Afganistán como para saber lo que eso significa, así que me he arrastrado hasta el pueblo a las nueve y media y me he quedado sentada al sol, bebiendo té y observando a la multitud (hoy era día de bazar) hasta que el autobús ha estado listo para arrancar a las doce y cuarto. Por estos lares, ningún autobús se pone en marcha hasta que el doble de pasajeros para los que está diseñado se ha apiñado dentro y encima del vehículo. Si queda espacio para alguien más, esperará horas hasta que esta persona se presente, mientras el *bacha*, en mitad de la carretera, grita el destino del autobús hasta quedarse afónico para captar a este pasajero adicional que falta. A los afganos el tiempo les trae sin cuidado (la gran mayoría desconoce por completo la edad que tiene), lo que me lleva a suponer que cada pasajero acude cuando más le conviene. Por eso, llenar un autobús puede llevar hasta seis horas. Los afganos se muestran igual de imprecisos con las distancias: un conductor de camión que recorre la ruta Kabul-Mazar una vez a la semana no tendrá ni la más remota idea de lo lejos que está, solo sabe que, si continúa conduciendo el tiempo suficiente, y si Alá quiere, alcanzará su destino en algún momento. Personalmente, lo encuentro de lo más entrañable después de toda una vida

tiranizada por el reloj.

Después de los alimentos, el combustible es lo segundo que más escasea en esta región en esta época del año, y los jueves llegan decenas de burros desde las pocas aldeas de los alrededores cargados con arbustos de una hierba que huele a incienso y que es tan ligera que un solo burro puede transportar una carga equivalente al doble de su tamaño. La gente se pone en fila para pujar por estos cargamentos y los propietarios de las casas de té, que son los que más los necesitan y los que más pueden pujar, se marchan con el grueso de lo disponible.

Aquí el invierno es tan frío que no crecen patatas ni ningún otro vegetal, y ahora mismo los pastos son tan pobres que no se puede preparar mantequilla ni queso con la leche de las vacas, ni con la de las ovejas ni con la de las cabras. Esto cambiará dentro de unas semanas. En los días que llevo aquí los árboles han pasado de estar pelados a completamente frondosos y la hierba y el trigo han crecido bien. Mientras tanto, la gente subsiste a base de té, pan seco y huevos.

Me he llevado una sorpresa muy agradable cuando el autobús se ha detenido para que subiéramos, después de haber recogido pasajeros en otra parte. Era el autobús que nos había traído hasta aquí y el conductor me ha devuelto las dos botellas de agua y la taza de plástico que pensé que había perdido para siempre. No está nada mal en una supuesta «nación de ladrones». Ni se me había pasado por la cabeza preguntar por ellas.

Una cuestión que me ha llamado la atención en Afganistán es que se ven muchos hombres con serias discapacidades físicas haciendo los mismos trabajos (aunque de manera más lenta y, tal vez, menos eficiente) que sus hermanos sanos. En Persia, estos hombres yacerían en las aceras mendigando.

Oficialmente, se supone que los mongoles conforman menos del quince por ciento de la población afgana, pero cualquiera puede apreciar lo absurdo de esta afirmación: sería más factible hablar del cuarenta por ciento y, en esta región, en torno al sesenta o setenta por ciento. En los siglos posteriores a la invasión de Gengis Kan, los mongoles fueron ciudadanos importantes y prósperos. Ahora pertenecen a la clase más pobre.

Los primeros treinta y dos kilómetros de hoy han sido por el tramo que recorrimos la otra noche bajo la iluminación celestial. Cuando hoy he visto la carretera con sol, he sido consciente de que es un milagro que sobreviviéramos. Esta carretera aparece marcada en los mapas como de tercera categoría y, cuando te paras a pensar que una carretera afgana de primera categoría se consideraría una pista en cualquier mapa europeo... Bueno, ya entendéis por dónde voy. (Un estudio reciente de las Naciones Unidas declaraba que las carreteras afganas son las peores en todo el ancho mundo, una descripción que ahora no me cuesta

aceptar). Este camino de cabras repta por las montañas, encaramado sobre un río en todo momento, y en estos treinta y dos kilómetros he visto lo que quedaba de dos autobuses que habían chocado hacía poco. ¡Menos mal que los relámpagos no los revelaron la otra noche! En algunas partes el río ha erosionado tanta parte del camino que solo es posible conducir a ocho kilómetros por hora, con un margen de apenas centímetros, y hemos tardado una hora y tres cuartos en cubrir esta distancia. Lo cierto es que yo estaba encantada, porque este tramo es fácilmente el trozo más bonito que he visto del Hindú Kush. La gloria de estas montañas te hace sentir como si estuvieras soñando. Cada pico, cada inclinación y cada saliente tienen una forma, textura y color diferentes; la roca, la lutita y la arcilla en tonos púrpuras, rosas, verdes, ocres, negros, gris pálido, gris oscuro, marrones, azul marino y crudo. Y debajo de esos acantilados áridos y altísimos —tan verticales que ni siquiera una cabra afgana se atreve a introducirse en ellos— está el estrecho valle de Bamiyán, tan elegante con sus sauces y álamos, tan mullido con toda esa hierba nueva y tan armonioso con el canto de los pájaros y la corriente del río. En la parte final del valle las montañas se han cerrado por delante de nosotros y hemos accedido a un desfiladero que está en sombra permanente y que tiene como mucho quince metros de ancho. Aquí el río se ve forzado a formar un canal profundo, medio lleno con rocas gigantescas a través de las cuales el agua rugía y espumeaba en una serie de cascadas. Una vez pasado el desfiladero, hemos cruzado un puente construido íntegramente con madera y barro.

Al cabo de varios kilómetros, en el pueblo del cruce he cambiado a un camión que se dirigía a Mazar. Esta debe de ser una de las rutas más fáciles del mundo para los autoestopistas, dada la gran cantidad de camiones que viajan vacíos a Rusia desde Kabul para importar suministros esenciales. El cierre de la frontera afgana con Pakistán es el clásico ejemplo de tirar piedras contra el propio tejado. Y es que esta decisión solo ha perjudicado a Afganistán y la única beneficiada ha sido Rusia, que ahora disfruta de lo que prácticamente podría considerarse un monopolio comercial con Afganistán. (El motivo de que me maree tanto en los vehículos afganos es el tufo nauseabundo que suelta la gasolina rusa, que es de mucha peor calidad. Según dicen, destroza los coches). Muchos pensaban que, tras la «dimisión» del ex primer ministro prorruso —es decir, cuando el emir lo destituyó—, la frontera se reabriría, y tal vez suceda en un futuro no muy lejano. Su cierre significa que el precio de todos los bienes de importación en Kabul es casi tan alto como en Teherán.

Los camiones afganos son únicos. Para compensar la ausencia de ventanas, limpiaparabrisas, espejos, frenos de mano y el resto de refinamientos que

nosotros damos por hechos, por fuera exhiben brillantes y elaboradas decoraciones que me recuerdan a una caravana de circo. También disponen de un compartimento con barandilla construido en lo alto de la cabina capaz de albergar mercancías adicionales o hasta cuatro personas, o ambas cosas. He elegido viajar aquí arriba *a)* para no perderme nada del paisaje y *b)* para no marearme. Por supuesto, todo depende de lo que le maree a una: sin una cabeza a prueba de vértigos, la contemplación de todos esos fantásticos valles, barrancos, gargantas y desfiladeros desde lo alto de un camión que avanza a duras penas y sin casi margen de error puede marear más de lo que podrían hacerlo los gases de la gasolina rusa. Una ruta en semejante estado solo podría encontrarse en una tierra deliciosamente loca. En los dos años que la frontera lleva cerrada, el ochenta por ciento del tráfico de Afganistán ha viajado por ella y, sin embargo, es la peor carretera del país.

El *bacha* hace las veces de espejo retrovisor, soplacuernos (los cuernos son unos artilugios fabulosos parecidos a las trompetas, de cuarenta y cinco centímetros de largo y audibles a kilómetros de distancia) y limpiaparabrisas si el camión es lo bastante sofisticado como para tener parabrisas. También baja de un salto cada vez que el camión se detiene e inserta un bloque de madera inmenso a modo de freno bajo una de las ruedas traseras. Cada kilómetro y medio aproximadamente, la carretera se ensancha lo suficiente para que puedan pasar dos camiones si uno se queda quieto, y os podéis imaginar el caos que esto entraña. La parte realmente emocionante del espectáculo ocurre cuando hay que dar marcha atrás en esta pista sobre un desfiladero a lo largo de cerca de medio kilómetro, porque el camión en el que viajas queda más cerca del punto de cruce. Ahí es cuando es más inteligente mirar hacia arriba que hacia abajo. Por supuesto, durante la ejecución de esta maniobra el *bacha* está fuera, en la carretera, y va caminando hacia atrás a medida que vocifera instrucciones al conductor.

La velocidad media de una progresión real es de veinticuatro kilómetros por hora y, previendo un tiempo prudencial para dar marcha atrás cuando toca y para arreglar un pinchazo o alguna que otra avería cada dos horas, se tardan cuatro horas en cubrir sesenta y cuatro kilómetros. ¡A este paso llegaré a Mazar cuando sea Navidad! Pero estos conductores afganos son realmente maravillosos: se toman las penurias con buen humor, son increíblemente ingeniosos en lo que a improvisaciones mecánicas se refiere y demuestran una gran sensatez y prudencia. Lo único que me aterra es la espantosa condición de los camiones. Si se rompiera un freno o la palanca de cambios en esta carretera, ni los mejores conductores del mundo podrían evitar la catástrofe. Por suerte, la belleza del

paisaje deja poco tiempo para estas cavilaciones morbosas.

Durante los primeros treinta y dos kilómetros de los sesenta y cuatro de esta tarde hemos atravesado un estrecho desfiladero presidido por montañas erosionadas en muchas y variadas formas de grotesca belleza: algunas recordaban a las ruinas de catedrales góticas colosales; otras veces, los peñascos desgastados por la acción del viento y el agua les conferían aspecto de parodias de rostros humanos esculpidos. Lo que se mantenía invariable era aquella increíble exhibición de colores. Entonces el valle se ha ensanchado ligeramente y hemos ido a parar a una región devastada, un páramo destrozado con rocas gigantes del tamaño de cabañas desparramadas por todas partes, y las amplias fisuras en las montañas avisaban de que con el próximo temblor de tierra (y aquí son muy frecuentes) la apariencia de la zona cambiaría por completo. Antes de los problemas fronterizos, esta pista a menudo quedaba bloqueada por el desprendimiento de piedras. Ahora hay equipos rusos acampados cada poco para retirar los escombros en cuanto se produce un nuevo derrumbe.

En estas montañas, la carretera y el río vuelven sobre sus pasos de una manera tan tortuosa que calculo que los sesenta y cuatro kilómetros de hoy equivalen a unos dieciséis kilómetros del vuelo de un cuervo. Si a las sacudidas que me he llevado hoy en lo alto del camión añadimos la excursión a caballo de ayer, esta noche la costilla me duele horrores y el resto de mi maltratada carcasa no le va a la zaga. Me voy ya mismo a la «cama» en un rincón de esta casa de té.

Dushi, 26 de abril

Hoy hemos tardado once horas en cubrir 115 kilómetros. Nos han retrasado dos pinchazos y tres averías del motor. Lo cierto es que estos inconvenientes a mí me han venido de perlas, porque, mientras efectuaban las reparaciones, me he alejado para absorber la belleza de un paisaje no menos espectacular que el de ayer. Sin embargo, era incapaz de irme muy lejos ni hacer nada que requiriese energía, porque el simple hecho de subir al camión esta mañana ha sido un sufrimiento. Es evidente que la costilla no está bien y tengo que ir a que la vea un médico en Mazar, si es que llegamos alguna vez.

El valle hoy era más ancho, fértil y poblado. En esta región las mujeres llevan una vida muy activa, y las hermosas pinceladas carmesí entre las rocas grises o los pastos verdes indican su presencia como pastoras. Casi todos los aldeanos de la zona parecen mongoles, que son mucho menos radicales que los musulmanes arios. Las mujeres llevan elaborados diseños tatuados en la frente y en la barbilla,

y las niñas pequeñas lucen adornos de plata permanentemente alojados en la nariz. Tanto los hombres como las mujeres usan brazaletes y pendientes de plata y sus zapatos de punta curva incluyen incrustaciones de plata y oro. Bajo la suciedad que recubre unos cuerpos que jamás han conocido el agua, todos se ven robustos, de mejillas sonrosadas y sanos.

Este es el centro de la región de Afganistán dedicada a la cría de caballos, donde manadas de magníficos ejemplares pastan al abrigo de las montañas en pastos aterciopelados junto a decenas de potrillos que retozan. Verlos alejarse al galope asustados por el ruido del camión es espectacular. Aquí es muy popular el célebre *buzkashi*, un deporte en el que dos equipos, de hasta cien jinetes cada uno, intentan arrojar una oveja muerta a un agujero en el centro de un campo de juego que mide casi dos kilómetros. Espero tener la oportunidad de verlo antes de irme. Esto explica el «asa» de madera que había en mi montura el otro día (los jinetes se agarran a ella con una mano mientras se agachan para alancear a una oveja en el suelo con la otra).

Esta noche vuelvo a hospedarme con un gobernador provincial, esta vez con uno que ha pasado siete años en una universidad estadounidense y habla un inglés perfecto. Su casa es tan primitiva que su mujer prefiere quedarse en Kabul con sus hijos. Solo hay una habitación en condiciones adecuadas para dormir y, a pesar de su educación extranjera, da por hecho que no me importará compartirla con él. Y en este caso tiene razón, porque a estas alturas equiparo «afgano» con «caballero». Es un tipo muy simpático que me ha hecho uno de los cumplidos más valiosos que he recibido en mi vida al decir que nunca había conocido a un extranjero que se hubiera adaptado mejor a la vida afgana en tan poco tiempo. Le he dicho que no es difícil adaptarse cuando amas un país tanto como yo amo este. El otro gobernador le había avisado de mi visita, por lo que me esperaba un banquete para cenar: pollo frito, espinacas buenísimas, huevos duros, el típico pan integral plano, mantequilla de oveja, queso de cabra y de oveja y montones de pasas sultanas. Las pasas sultanas con queso de cabra sin sal son una experiencia gastronómica fabulosa y cuando ha llegado ese plato me he convertido en una gorrina. Luego hemos tomado leche de vaca caliente con mucho azúcar y, por último, té verde; y, cuanto más me llenaba el estómago, más me dolía la costilla... ¡a causa de la expansión!

Puli Khumri, 27 de abril

Anoche dormí muy poco y esta mañana no he podido ponerme en pie sin ayuda.

El daño en la costilla me impedía desayunar con abundancia. Mientras bebía té, he tosido sin querer y el dolor ha sido tan intenso que me he desmayado. Una vez que he recobrado la consciencia, mi anfitrión y yo hemos mantenido una reunión de urgencia y me ha aconsejado que acuda al hospital que construyeron los alemanes en esta ciudad, a ochenta y ocho kilómetros de Dushi. Voy a ahorraros los detalles del viaje, tan solo diré que *no* contemplé el paisaje y que me desmayé dos veces más: me estoy volviendo una experta. Un joven doctor afgano me ha dicho que tengo tres costillas rotas. Las ha vendado, me ha ordenado que guarde reposo y me ha prohibido montar en bici durante un mes.

Este hospital es exactamente lo que cabría esperar de un hospital afgano, incluso de uno construido por los alemanes. Un enfermero me ha desvestido y dos policías y otros tres oficiales han permanecido en la habitación como espectadores interesados mientras yo estaba desnuda de cintura para arriba a la espera de que terminaran de inmovilizarme. Hay varias enfermeras: viudas de edad avanzada sin hijos ni maridos que les impidan llevar semejante vida inmoral. Un cuarto de baño-inodoro comunica con mi habitación, pero el suministro de agua lleva roto desde que los alemanes se marcharon en 1945. No obstante, esto no disuade a nadie de usarlo: sería mucho más saludable tener uno oriental fuera en lugar de uno occidental, sin agua, dentro. No veo la forma de escapar de este lugar de mala muerte sin disentería (la habitación está *llena* de moscas). Afortunadamente da a un porche y la cama está junto a un ventanal con amplias vistas a un jardín paradisíaco que parece un bosque en miniatura lleno de castaños en flor, abetos escoceses y muchos otros árboles de gran tamaño que no me resultan familiares y que exhiben la frondosidad propia de principios de verano. También hay parterres radiantes, zonas planas cubiertas de césped y un pequeño arroyo burbujeante. Posiblemente sobreviviré. Un doctor checo volverá a examinarme mañana.

Puli Khumri, 28 de abril

He pasado muy mala noche y ahora ya sé lo que se siente al ser un conejillo de indias. El doctor checo ha llegado a las siete y media de la mañana (un tipo curioso que lleva aquí dieciséis años; podría ser un personaje de Graham Greene) y, tras echar un vistazo a mis costillas, ha mandado llamar al doctor afgano. Me han pedido que me quedara de pie en el centro del cuarto y fuera girando despacio mientras el checo explicaba que así no se vendaban las costillas rotas. Entonces me ha quitado las vendas y el doctor checo me ha puesto unas nuevas

ante la respetuosa mirada del afgano. Mis costillas están mucho mejor. El checo ha dicho que es probable que pueda volver a pedalear en unas dos semanas, porque todas las fracturas parecen limpias. Le he preguntado el motivo de tanto dolor, porque siempre había creído que un hueso roto no provocaba este sufrimiento, pero me ha explicado que las costillas rotas sí, debido a los nervios que recorren la columna vertebral. Me ha dado permiso para volver a Kabul en el próximo todoterreno que salga hacia allí, pero no en camión, porque me llevaría unas buenas sacudidas. Tengo que abandonar la idea de visitar Mazar-e Sharif. Por desgracia, supondría otros casi quinientos kilómetros por estas carreteras, lo que no parece muy prudente. No pasaría nada si pudiera ir y volver en avión, pero el aeropuerto de Mazar ha sido arrasado por las inundaciones de la primavera y no reabrirá sus puertas hasta dentro de tres o cuatro semanas. (Cada primavera ocurre lo mismo, con monótona regularidad). Cuando llegue a Kabul tendré que descansar hasta que se cumplan las dos semanas de reposo aconsejadas, e incluso algunos días más si sigue doliéndome. Lo cierto es que mis heridas siempre se curan muy rápido, así que para el 12 de mayo más o menos debería encontrarme del todo bien. Siento que el destino ha sido muy amable conmigo: si hubiera tenido que elegir un país en el que retrasarme, sin duda habría escogido Afganistán. Me estoy planteando repetir esta ruta de regreso a Irlanda para ver las partes que me he tenido que perder.

Hoy no ha habido ni un solo momento de aburrimiento. A las diez en mi habitación ya no cabían más rosas, poliantus ni geranios, y me rodeaba una miríada de visitantes.

Este es uno de los pocos centros industriales de Afganistán —hay fábricas de cemento, azúcar y textiles, dirigidas por rusos o checos—, así que el no poder explorar la ciudad tampoco me frustra demasiado. Hay una gran escuela secundaria (mixta) y un torrente de niñas aparece después de clase para mirarme y sonreír. No llevan velo y son increíblemente hermosas. A diferencia de las niñas turcas y persas, que raras veces se sonrosan, estas jovencitas son todo colores rosas y crema, y su melena brillante y ondulada les llega hasta la cintura. Su belleza hace que el velo parezca más perverso, o más prudente. No hay duda de que, según nuestros criterios, los afganos deben de ser el pueblo más atractivo del mundo. Lo tienen todo: altura, proporción, porte, rasgos y piel.

La comida aquí es atroz e incluso más sucia que de costumbre, o tal vez es que hay más luz para examinarla.

06

Una pausa médica

De Puli Khumri a Jalalabad

Puli Khumri, 27 de abril

En Afganistán hay una mayoría de musulmanes suníes, junto a una minoría de chiitas en ciertas áreas y, como suele ocurrir, el amor entre estas dos sectas brilla por su ausencia. Los sunitas consideran que los chiitas son un conjunto de fanáticos malsanos, mientras que los chiitas creen que los sunitas son una panda de inútiles faltos de fervor. ¡Nada como la religión para sembrar el amor fraternal!

Por fin, después de incesantes preguntas, dispongo de una definición del Gobierno de Afganistán: es una teocracia, todas las leyes se fundamentan en la ley islámica —atendiendo a la interpretación sunita— y el primer deber del emir es la defensa del islam. Por esta razón creo que es poco probable que en el futuro próximo Afganistán se vuelva comunista, independientemente de toda la ayuda y todo el dinero rusos que el país esté dispuesto a aceptar.

Hay un aspecto de la ley del divorcio que me trae de cabeza: el marido tiene que devolver a la familia de su esposa todo el dinero en metálico de la dote, pero conserva automáticamente la custodia de los hijos. Sin embargo, en caso de que no pueda devolver el dinero, porque se lo ha gastado, en su lugar entrega la *mitad* de los hijos (no está claro qué ocurre cuando hay nueve u once niños; ¡un nuevo caso para Salomón!). Todo esto me lo ha explicado el director del Bamian Hotel. A los dieciocho se casó con una muchacha de catorce y tienen seis hijos. Ahora acaba de divorciarse para casarse con la hija de veintidós años de un estadounidense destinado en Afganistán. A la chica tiene que haberle dado fuerte si está dispuesta a encargarse de seis niños pequeños afganos, además de un

marido afgano, que, como él mismo me ha dejado claro, y con bastante mal humor, por cierto, va a perder mucho dinero por la cansina costumbre estadounidense de tener una sola mujer a la vez. En circunstancias normales no se le pasaría por la cabeza divorciarse y renunciar a todo ese dinero.

He pasado tan mala noche y el dolor era tan espantoso que el médico ha decidido que viajar hoy está fuera de toda cuestión, a pesar de que la policía tenía un todoterreno ruso preparado para llevarme a Kabul. Esta noche me siento mejor, por lo que quizá me vaya mañana en un todoterreno de las Naciones Unidas conducido por un sueco. Mientras tanto, debo reconocer que aquí estoy muy feliz.

Puli Khumri, 30 de abril

Hoy las costillas están mucho mejor, *Deo gratias*, y el médico ha dicho que podría irme mañana siempre que haya algún todoterreno disponible y me siente delante. Sin embargo, después de lo de hoy no tengo muchas ganas de irme mañana. La vida en esta ciudad gira alrededor de una empresa textil fundada por los alemanes a finales de la década de 1930 y que actualmente se encuentra en manos afganas. Es propietaria del hospital y también del hotel de la localidad, que los alemanes construyeron como un club privado cuando se establecieron en este lugar. A las diez de la mañana de hoy ha llegado el director del hotel y me ha invitado a quedarme aquí como huésped de la empresa textil hasta que encuentre un transporte para volver a Kabul, así que me ha subido en su todoterreno y me ha traído a este conjunto palaciego que está construido en forma de semicírculo alrededor de un jardín y que es realmente impresionante, con unas vistas espectaculares de las montañas cercanas. Me han enseñado todo el edificio y en uno de los inmensos salones el director ha dicho, como si nada: «Eso es un gramófono y en ese armario hay algunos discos». Me he abalanzado sobre dicho armario y lo primero que he sacado ha sido el quinteto *La trucha* de Schubert. Un examen más a fondo ha revelado cuatro sinfonías de Beethoven, la sinfonía *Júpiter* de Mozart, el concierto para violín y el segundo para piano de Brahms y una buena selección operística... ¡Qué *felicidad*! Eran, claro está, viejos discos de 78 revoluciones, pero en mi casa son todos así. He escuchado la *Quinta* antes del almuerzo del mediodía y, cuando estaba redirigiendo mis pasos al salón en cuestión, el director de la fábrica me ha cogido por banda para enseñarme el recinto. No podía negarme y debo reconocer que he encontrado todo el proceso muy interesante, desde que se extrae el algodón en bruto del saco de los

productores hasta que el producto final sale en el otro extremo (qué telas tan bonitas). Hay dos mil empleados, entre ellos cuatrocientos niños y niñas de entre diez y catorce años. Para ciertos trabajos sus dedos pequeños son mejores: es bastante triste. Como resultado de la industrialización de Puli Khumri, se ven más mujeres sin velo aquí que en Kabul y hay centenares de cuidadas casitas que fueron construidas por los alemanes para sus trabajadores. También edificaron dos plantas eléctricas y es el único lugar en Afganistán donde una puede confiar en que haya suministro eléctrico.

Puli Khumri, 1 de mayo

Hoy tengo mucho mejor las costillas, pero esta mañana me ha picado un escorpión en el dedo gordo, así que he empezado un tratamiento con suero. Era un escorpión de lo más común, al acecho en mi bota, pero nunca he visto nada tan horripilante. Cuanto antes despierte a la realidad de hallarme en Asia y actúe en consecuencia, mejor. No tenía ni idea de que estas criaturas fueran tan enormes. Me las imaginaba del tamaño de un escarabajo negro, pero esta bestia era tan grande como un ratón adulto. He llegado a la conclusión de que, en comparación, incluso la araña más gorda y peluda sería buena compañía. He pasado la mañana pendiente del pie con Brahms de fondo para calmar los nervios.

Doab, 2 de mayo

¡La vida se ha vuelto peligrosa! Apenas había salido de la cama esta mañana cuando un avispón me ha picado en el cuello, pero evidentemente el suero para el escorpión aún funcionaba y no he sufrido efectos adversos más allá del dolor inmediato.

Todos los todoterrenos en los que quizá hoy iba a viajar a Kabul —dos en total— finalmente no han salido, así que en su lugar me han encomendado a un gallardo camión cisterna ruso. Con mi instinto infalible para estar en un país justo cuando se celebra el gran banquete nacional anual (el fin del ramadán en Turquía, el Nouruz en Persia), esta noche me encuentro varada en el centro de Afganistán en la víspera de la fiesta del Fin del Ayuno, que dura cinco días, durante los cuales no se desplazará ningún camión. Dado que el resto del tráfico es casi inexistente, quién sabe cuándo llegaré a Kabul. El plan de hoy era hacer

todo el trayecto en el camión cisterna ruso, pero *a)* no quería viajar de noche por esta encantadora región y *b)* las costillas, que parecían casi curadas mientras permanecía en posición sentada en Puli Khumri, han vuelto a dolerme muchísimo en la carretera.

El recorrido de hoy me ha enseñado que, a pesar de las tribulaciones inherentes a viajar en autobuses y camiones afganos, lo cierto es que son los vehículos mejor adaptados para las carreteras de este país. Esta mañana, cuando me han ayudado a subir al camión cisterna, me he sentido tan desconcertada como si me hubieran trasladado sin previo aviso de una casa de comidas afgana al Hotel Shelbourne de Dublín. Hundiéndome en el asiento —bien tapizado, con reposabrazos—, he estirado las piernas, he bajado la ventanilla —con cristal— y he visto al conductor, bien afeitado, con su ropa occidental limpia, y mi cazadora colgada de un gancho. Decididamente, esto es lo más parecido a la comodidad de una ambulancia. Nada más ponernos en marcha me he percatado de que el camarada Iván, a falta de la filosofía afgana autóctona, que es lo único que hace tolerables estos viajes, tenía *prisa*, y me he sacudido en todas direcciones. Desde un punto de vista mental resultaba incongruente y, desde uno físico, era el infierno. Sujetándome las costillas a medio soldar con una mano y agarrándome a la puerta con la otra, cada cinco minutos rebotaba en ese asiento tan bien amortiguado. Añoraba un vehículo sin muelles y seis pasajeros en un espacio pensado para tres, donde la presencia de cada uno mantiene firmemente encajados a los demás. Hemos adelantado un total de ocho camiones afganos felizmente averiados rodeados por grupitos de hombres harapientos, descalzos e impertérritos. Mientras los observaba con envidia, he reflexionado sobre lo incómodos que son los camiones de lujo en las carreteras afganas. Nuestro engreído motor no se ha averiado, aunque sí hemos tenido cuatro pinchazos; ni siquiera un camión cisterna de la mejor calidad podría evitarlos en una superficie como esta, pero, dada la repugnante velocidad con la que han cambiado las ruedas cada una de las veces, no he tenido oportunidad de ver qué había más allá de la colina más próxima. Los rusos utilizan un invento moderno llamado «gato». Los afganos, en cambio, cavan un agujero en la carretera por debajo de la rueda correspondiente...

Se han producido muchos cambios desde mi viaje de ida por esta carretera hace tan solo una semana. La nieve derretida en los altos picos ha transformado lo que eran meros arroyos en ríos anchos y frenéticos, del color del café con leche, que desplazan con fuerza rocas gigantes a lo largo de su curso. Varios desprendimientos mantienen a los rusos ocupados, el trigo casi ha cambiado de color, ciertas aves migratorias azules y naranjas embellecen el cielo y los arbustos

que acababan de empezar a echar hojas son ahora masas espesas de un verde pálido, como si fuesen helechos gigantes, que muestran una profusión de florecitas malva. Justo sobre las cimas de las montañas redondeadas y terrosas —a seiscientos metros sobre la base del valle y a más de tres mil sobre el nivel del mar— se ve una retícula verde-marrón de parcelas de tierra cultivada. (¿Quién sube hasta allí con un tractor?). Las escasas extensiones llanas donde los valles se ensanchan están cubiertas con una capa de musgo dorado oscuro. Los tiernos brotes de arroz han germinado, los árboles frutales se han quedado sin flores y, ahora que los corderos y los cabritos están en edad de pastorear, se han ligado las ubres de las ovejas y las cabras para guardar leche para la preparación de queso y mantequilla.

Hoy he visto una imagen inusual en mitad de la carretera: un águila ha matado a una serpiente que debía de medir ochenta centímetros. Nos hemos detenido para ver cómo se la zampaba y, cuando el motor ha vuelto a arrancar, la ha cogido y se la ha llevado a las montañas para almorzar en paz.

Esta noche he vuelto a unirme con Roz en casa de mi buen amigo el gobernador provincial, que ha estado cuidándola desde que me fui al hospital. Hace un momento acaba de anunciar que mañana mismo se marcha a Kabul, para pasar la fiesta del Fin del Ayuno con su familia, pero su todoterreno está tan decrépito que, muy a su pesar, me ha desaconsejado que lo acompañe. Cree que a mis costillas les sentaría mucho mejor un camión ordinario, si es que hubiera alguno. Ha prometido llevarse a Roz con él en el todoterreno, así que ahora solo tengo que preocuparme por mí.

…, 3 de mayo

No puedo proporcionaros una dirección, porque sabe Dios dónde estamos. Hace una hora nos hemos quedado parados en las montañas a muchos kilómetros de la casa de té más cercana, por no hablar de una aldea. Este camión afgano se ha presentado a las ocho de la mañana en Doab —no se esperaba la llegada de ninguno— en vista de que a lo largo del trayecto de ayer desde Rusia había sufrido nueve averías de motor y cuatro pinchazos. Sin embargo, ahora es la carretera la que se ha averiado a causa de un desprendimiento de rocas que, según los rusos que pretenden volarlo, debe de alcanzar las quinientas toneladas. No hay ninguna esperanza de conseguirlo antes de que se haga de día, así que vamos a dormir sobre los neumáticos que son nuestra carga; deberían ser lo bastante cómodos. Escribo esto alumbrada con la luz de Roz, sentada en una roca

junto a un torrente estruendoso bajo un precipicio escarpado a la mágica luz de la luna. He observado que las autoridades parecen haber renunciado a la idea de tratar de hacer frente a la situación y me han abandonado a mi suerte. Dadas las circunstancias, menos mal que ya he superado el nerviosismo que en un primer momento me provocó Afganistán. Es el único país en el que he estado donde ni un solo hombre, de ningún tipo, ha hecho el más mínimo intento de «besuquearme», por lo que no tengo reparos en pasar la noche con mis cinco compañeros. Todos tienen pinta de que su pasatiempo favorito es el asesinato (y tal vez lo sea... entre ellos) y, aun así, conmigo son tan afables como un corderito. Los rusos querían que pasara la noche en un catre en su tienda de campaña, pero, teniendo en cuenta que menos el capataz todos son presidiarios, prefiero quedarme con mis nobles salvajes. Estamos todos muertos de hambre, pero no podemos hacer nada. Los rusos tienen tan poca comida y están tan aislados que no podríamos aceptar nada que pudieran ofrecernos.

Kabul, 4 y 5 de mayo

A mi llegada ayer a las cuatro de la tarde, tuve que pagar siete chelines para enviar por correo la última entrada de mi diario, y me quedé tan traumatizada que anoche no me atreví a retomar la escritura. Hoy me siento bastante desgraciada por haber dejado atrás el Hindú Kush, aunque las últimas semanas me han aportado algo que sé que voy a conservar para siempre. Puede sonar ridículo, pero siento que he tenido el privilegio de ver al Hombre en su máximo esplendor: todavía en posesión de una especie de libertad y dignidad que nosotros hemos cambiado por lo que nos gusta llamar «progreso». Incluso un breve vistazo a lo que fuimos es muy valioso para ayudarnos a comprender lo que somos. Para la mayoría de los que vivimos en Occidente es imposible concebir nuestro propio pasado mediante un sencillo ejercicio de imaginación, como un adulto que ha olvidado la infancia que lo moldeó. Esto contribuye a una falta de naturalidad en nuestras vidas. Por eso, ser consciente de este pasado a través del contacto con un pueblo como el afgano debería ayudarnos a afrontar mejor nuestro presente (aunque también implica la tristeza de ser conscientes de lo que nos estamos perdiendo). Ha habido momentos en estas últimas semanas en los que me he sentido tan *completa* y en paz que he llegado a plantearme seriamente establecerme en el Hindú Kush. Aquí nada es falso, porque los seres humanos y los animales y la tierra, en íntima interdependencia, participan todos juntos del ritmo cíclico de la naturaleza. Desprenderse de las pequeñas y

sofisticadas complejidades de una misma en ese mundo equivaldría a estar en el cielo, pero la falsedad fundamental que subyace a cualquier intento de abandonar nuestra infeliz herencia lo vuelve imposible. En cualquier caso, saber que no podemos desandar el camino es un trago amargo.

Kabul, 6 de mayo

Hoy en el museo he conocido al típico muchacho estadounidense de veinticinco años que se encuadra en cierta categoría de joven —europeo, de la Commonwealth o estadounidense— que he ido encontrando a lo largo de toda la ruta. Para ellos, viajar guarda una mayor relación con *marcharse* que con *dirigirse hacia* algún lugar, y se les ve vacíos, infelices, desconcertados e impacientes por disfrutar de compañía hasta límites que llegan a resultar patéticos y, aun así, les asusta comprometerse con ningún ideal, causa o individuo que no sean ellos mismos. Y por muy tonta o equivocada que esté, los jóvenes sin objetivo me aterran y conmueven al mismo tiempo. Este joven era agradable e inteligente, pero se estaba echando a perder y era consciente de ello, lo que le provocaba resentimiento. No quiere volver a casa en un futuro próximo, pero, después de dos años viajando, está fatigado, probablemente porque siempre se mantiene al margen de la gente con la que viaja, no por hostilidad ni superioridad, sino por una extraña inconsciencia de la unidad del género humano. ¿Es esto fruto también de nuestra época, que, por un lado, facilita más que nunca la comunicación mientras que, por otro, ensancha el abismo que separa a los que están «desarrollados» de los que no?

Kabul, 7 de mayo

Siguiendo con lo del «abismo», ¡vaya una vida artificial la de las colonias extranjeras en estas ciudades asiáticas! La sensación de aislamiento del mundo que los rodea es tremendamente asfixiante. En una cena celebrada anoche conocí a una pareja europea que lleva dieciocho meses en Kabul y que ni una sola vez ha entrado en el hogar de un afgano normal y corriente. Y no son una excepción. Consideran que a los «nativos» hay que observarlos desde una distancia prudencial y fotografiarlos tan a menudo como sea posible, pero no vivir entre ellos. El resultado es el hastío y un anhelo obsesivo por volver de vacaciones al país de origen. La colección de recuerdos parece ser un sustituto de la experiencia

mucho más barata y enriquecedora de estar temporalmente integrado en la vida del país. Parece ser que, si uno puede volver a casa, ya sea en Malvern, Mineápolis o Múnich, con una cantidad de «productos autóctonos típicos» lo bastante apabullante, sus viajes quedarán suficientemente evidenciados.

Esta noche también he conocido a una joven pareja neerlandesa que llegó a Kabul hace un par de semanas, siendo este su primer destino en el extranjero; aún no saben por dónde les da el aire. Debo admitir que los entiendo, y estoy debidamente agradecida de haber ido accediendo a Afganistán de manera gradual. Si hubiera volado directamente desde Dublín y aterrizado en Kabul como una recién llegada a Oriente, con los ojos abiertos como platos y un sentido del olfato vulnerable, es posible que también fuera incapaz de apreciar las sutilezas de la vida y la cultura afganas. Así las cosas, durante los dos meses que he viajado desde Estambul a Mashhad las carreteras cada vez lo son menos, las montañas cada vez son más altas, el entorno cada vez se enrarece más, la vestimenta es más extraña, hay menos sillas, los musulmanes son más islámicos, las instalaciones sanitarias son más alarmantes, hace más calor, el hedor es más fuerte y la comida, más sucia. Cuando llegué a la frontera afgana, antes de una comida ya me parecía de lo más natural raspar el barro seco del pan, quitarle pelos al queso y bichos al azúcar. Asimismo, he dejado de registrar la presencia de pulgas, la ausencia de cubiertos y el hecho de que llevo diez días sin quitarme la ropa y sin dormir en una cama.

Kabul, 8 de mayo

Hoy he cenado en casa del mismo gobernador provincial con quien me había alojado en Doab. Su hermano, un joven de diecinueve años, ha venido en bicicleta para guiarme hasta la casa y he puesto a prueba las costillas completando una distancia de entre tres y cinco kilómetros subida a Roz (un experimento con el que mis costillas *no* se han mostrado de acuerdo).

Allí se celebraba una reunión familiar con motivo de la fiesta del Fin del Ayuno. Sin embargo, como mi cerebro entra en sobrecarga incluso con las ramificaciones de una familia afgana media, ni siquiera he intentado comprender quién estaba emparentado con quién, ni cómo, en este reencuentro. Aun así, todos se han mostrado igual de hospitalarios y me han acogido con amabilidad y sinceridad.

La gran casa de dos plantas —de adobe, como suele ser habitual— estaba construida alrededor de tres de los cuatro lados de un patio, y este último, que

daba a la carretera, era un muro alto y hermético. Tras él las mujeres podían moverse en el jardín sin necesidad de llevar velo. En la planta baja había una habitacioncita amueblada al estilo occidental y nada más llegar he visto que todos vestían ropas occidentales y se sentaban a la manera occidental, en sillas, la mitad de ellos con retoños de rostro angelical dando botes y gorgoteando en sus rodillas (los afganos son unos padres muy cariñosos). Todos hablaban inglés o alemán con distintos grados de soltura (incluida la esposa del gobernador, que posee una licenciatura universitaria en Economía) y la conversación ha fluido sin problemas. A la media hora más o menos, cuando ya éramos grandes amigos, uno tras otro se han ido levantando para desaparecer durante unos minutos, volver con ropas afganas y sentarse cómodamente en las sillas con las piernas cruzadas. No se me ocurre un gesto de aceptación más elocuente que esta admisión tácita de que era innecesario impresionarme aparentando modales occidentales.

Mientras las mujeres más jóvenes ayudaban a los sirvientes a preparar la cena, sus mayores y yo nos hemos sentado a escuchar a la orquesta de la familia, que tocaba una música tradicional que se te metía en la sangre. He amado cada minuto de aquello. Uno de los jóvenes era un músico de un talento excepcional que a continuación ha interpretado varios solos con un instrumento de ocho cuerdas.

La cena se ha servido a las nueve. Para ello han dispuesto los platos sobre una tela enorme extendida en el suelo de una estancia completamente vaciada de muebles. No veía un banquete como ese desde que me fui de Turquía y siento que no necesitaré volver a comer en los próximos días.

Durante la cena hemos conversado sobre el «progreso» que actualmente se está llevando a cabo en Afganistán. Recientemente, el Gobierno ha publicado un libro estupendo llamado *Afganistán: tierra antigua con costumbres modernas*, que, como el propio título indica, ofrece una imagen optimista de la situación presente. Y es comprensible. Lo que me alarma es que el tono general del libro revela la aceptación incondicional del Gobierno afgano del progreso, entendido según los parámetros occidentales, como algo totalmente bueno y deseable. Esta familia afgana culta mantenía la misma creencia trágica en la superioridad de nuestras formas sobre las de ellos. Es aterrador pertenecer y ser responsable en cierto modo de una civilización que ejerce una fascinación tan hipnótica en la gente sencilla de todas partes, cuya misma sencillez deja a estas personas enteramente a nuestra merced. Hasta ahora, nuestra misericordia ha sido más bien escasa, si es que por misericordia entendemos algo más que la distribución de vacunas y la construcción de carreteras. Con nuestras ansias desaforadas de uniformidad y mayor nivel de vida y mercados en expansión, acudimos a un país

como Afganistán y, con gran crueldad, tratamos de sacudirlo dos mil años hacia delante en tan solo dos décadas, sin preocuparnos del profundo impacto que esto debe de suponer para su psicología nacional. El estado actual de nuestras psicologías nacionales es buena publicidad de la necesidad de un cambio mucho más gradual. He intentado remarcar a mis amigos que, una vez que hayan creado ese ídolo terrible del Estado moderno, los esclavizará para siempre y entonces será demasiado tarde para darse cuenta de que «los viejos tiempos» eran mejores. Se verán obligados a continuar adorando a su ídolo, independientemente del costo que deban pagar en su humanidad. Sin embargo, me han tomado por loca por afirmar que encontraba una paz y felicidad mayores en una aldea afgana que en una ciudad industrial europea.

Uno de mis recuerdos más felices de Kabul será el paseo de vuelta a casa tras la cena de esta noche, mientras la luna derramaba una luz plateada sobre las calles desde las montañas, el perfume de la acacia, en todo su esplendor, colmaba el aire húmedo y por la ciudad no se desplazaba ni un alma. Me pregunto si será posible cruzar alguna otra capital a las diez y media de la noche sin ver a una sola persona, un coche ni señal de vida.

Kabul, 9 de mayo

Esta tarde, en el bazar, he cambiado cheques de viaje por valor de treinta libras y me han dado veinte rupias por cada libra, un tercio más que el cambio oficial. Esto, por supuesto, es una ilegalidad en toda regla y tendré que introducir las monedas de contrabando tanto en Pakistán como en la India, pero significa que solo gastaré un chelín en lugar de un chelín y seis peniques cada vez que me desprenda de una rupia. En Teherán los cambistas trabajan a la vista de todos, pero aquí prima un secretismo espantosamente silencioso y melodramático. Te adentras en un laberinto de callejuelas pestilentes haciendo un determinado gesto con las manos que indica que has sido puesta sobre aviso por alguien de confianza para el cambista. Entonces aparece un niño de unos siete u ocho años con una expresión debidamente reveladora, y te mira, y tú le miras a él, tras lo cual él se aleja como si nada y tú lo sigues y entras en una panadería y vas entre bastidores, donde tomas asiento y bebes té mientras regateas sin prisa el tipo de cambio. Es maravillosamente diferente a la respetabilidad de canjear un cheque en Occidente.

Cuando mañana por la mañana parta hacia Jalalabad, atrás quedarán los dos soportes para alforjas, la mochila y todo el equipo que en los próximos meses

resultaría superfluo. Pasaré a recogerlos en el viaje de vuelta. Mis amigos de aquí no dan crédito a la idea de embarcarse en un viaje de cinco meses con tan solo una alforja de equipaje, pero lo cierto es que, cuanto más viajas, menos necesitas, y no le veo sentido a corretear por los Himalayas con un montón de carga innecesaria. Por tanto, solo llevo dos bolígrafos, papel, los poemas de Blake, un mapa, el pasaporte, la cámara, un peine, un cepillo de dientes, unos pantalones y una camiseta de nailon de repuesto (y todavía queda mucho espacio para la comida que vaya a necesitar de un día para otro). Es una buena vida que te enseña lo poco que se precisa para estar sana y feliz, ¡aunque no muy limpia!

Jalalabad, 10 de mayo

He salido de Kabul a las seis y media de la mañana y en total he cubierto 185 kilómetros. Las costillas todavía me molestan, pero ya no me duelen y un fuerte viento del este ha atenuado la intensidad del sol a medida que Roz y yo avanzábamos. Durante sesenta y cuatro kilómetros la carretera ha sido atroz, aunque el resto del camino se ha tornado excelente, y durante la mayor parte de la ruta he tenido la extraña sensación de ir *cuesta abajo* poco a poco pero a un ritmo constante y pedaleando de forma automática (¡no me quiero imaginar el viaje de vuelta!). Kabul se encuentra a 2.133 metros sobre el nivel del mar y, aunque desconozco la altitud de este lugar, percibo un aire bien cargado de oxígeno después de pasar tanto tiempo en las alturas. Esta tarde, la cubierta nueva de Roz ha tenido un pinchazo y un camionero se ha detenido cuando ha visto que me peleaba con ella. La ha tenido lista en menos de diez minutos. No hace falta que os diga que no ha aceptado un paquete de cigarrillos estadounidenses como agradecimiento.

Hemos atravesado un paisaje magnífico y he sido testigo de una hazaña de ingeniería asombrosa: la carretera que cruza el cañón del Tangi Sharo. Aquí las montañas son casi paredes escarpadas de firme roca gris y la carretera desciende miles de metros haciendo piruetas hasta el nivel del río. La superficie aún no está asfaltada, así que la he recorrido a pie (lo que, por otra parte, era la opción más segura, ya que no tengo freno trasero). Desde lo alto, el río Kabul parece un mero reguero de agua, cuando en realidad es un torrente salvaje y espumeante que se precipita hacia el Indo.

Por la tarde me he dado un baño (sin nadar) muy emocionante en el Kabul. He elegido un punto donde la corriente me remolcaba cuatrocientos metros río abajo sobre un banco de gravilla y he disfrutado de la increíble sensación de ser

arrastrada por la riada a tal velocidad. He bajado cuatro veces y los pastunes que me observaban habrán pensado, sin duda, que estoy demasiado chiflada como para ser verdad. Eso ha sido cerca de aquí, donde la cosecha está en pleno apogeo. Cortan el trigo con hoces muy rudimentarias y luego los hombres se lo cargan a la espalda y se dirigen a sus casas. Es precioso ver el follaje denso y fresco de las hileras de árboles en medio de campos de un maíz que parece oro, con las montañas azules bajas detrás y, más allá, de nuevo, las inmensas cordilleras de la parte sur del Hindú Kush ardiendo en el cielo como un fuego blanco. A veces, huertos de lo que me parecen granados bordean la carretera, como si fueran un nuevo tipo de árbol de Navidad con su profusión de flores escarlatas en forma de campana. Me resulta imposible intentar describir los diversos arbustos exóticos de la región. Flanquean las calles de esta ciudad y su aroma se impone incluso al del agua estancada de los *jubes* (que, a su manera, son igual de extraordinarios).

A mi paso por Kabul he dejado una decena de corazones rotos, aunque no es una afirmación tan romántica como suena: ¡todos son de la oficina de turismo! Evidentemente, como turista, soy el sueño hecho realidad de un afgano. Han admitido que he sido una de las pocas personas que no se ha presentado en sus despachos con una lista de quejas de aquí a la eternidad. En cualquier caso, les he implorado, casi con lágrimas en los ojos, que no complazcan a los extranjeros y contaminen Afganistán con cafeterías en cada puerto de montaña, gramolas en los hoteles y tiendas de recuerdos en Bamiyán. Los turistas que deseen estos extras pueden conseguirlos en casi cualquier país accesible del mundo.

Los pobres tipos de la Oficina de Turismo se sentían fatal por mi accidente en el autobús, aunque, como les he dicho, podría haber pasado lo mismo en Irlanda, solo que no habría sido una pelea por el precio del pasaje, sino una riña entre borrachos volviendo a casa tras un partido de *hurling* y con un *hurley* en lugar de la culata de un rifle.

Llevaba en pie desde las cinco y media de la mañana y a mediodía he parado a dormir media hora en una ladera. ¡Y al despertar me he descubierto dentro de una tienda de campaña! Creía que todavía seguía dormida y soñando cuando ha aparecido un anciano muy sucio de las tribus kuchis y me ha explicado por señas que ha visto que me iba a dormir sin una sombra y le ha parecido muy mala idea. De modo que ha erigido una de sus tiendas de pelo de cabra sobre mí; sus movimientos son tan sigilosos que no se ha desprendido un solo guijarro. La moraleja de esta historia es que la base para un acercamiento psicológico satisfactorio con los afganos es no tenerles miedo. Y al mismo tiempo es literalmente cierto que este mismo anciano no dudaría en matar a su propia hija

si esta huyera para casarse con algún miembro de una tribu enemiga. ¡Comprender que esta gente no quiere asesinarte lleva su tiempo!

La ciudad está llena de sijs, que, sin lugar a dudas, son el pueblo más sociable de toda mi ruta desde mi paso por Bulgaria. Me han dicho que puedo quedarme todo el tiempo que quiera en su Templo Dorado en Amritsar, donde los viajeros de cualquier color, clase y credo reciben una cama y tres comidas al día... Esta es una de sus «peculiaridades» religiosas. La complejidad de las religiones orientales me supera. (¡Acordaos de las masacres que hubo entre sijs y musulmanes en 1947 y 1948!). No obstante, es completamente cierto que, una vez que sales de Europa, es posible, si uno es lo suficientemente tacaño, vivir del todo gratis a costa de la generosidad de personas que disponen aproximadamente de una vigésima parte de los ingresos europeos medios. El otro día, en una casa de té, hice un comentario sin importancia ante un completo desconocido sobre el precio del correo en este lugar e inmediatamente se ofreció a pagar todos mis sellos... ¡Un hombre que no tenía zapatos! Son así. En otra ocasión, al volver de Puli Khumri, me encontré un sobre con quinientos afganis —tres libras y diez chelines— en mi estuche, y solo lo pudo haber dejado ahí el doctor afgano que me atendió. Este anonimato es un rasgo distintivo. No pretenden impresionar con su riqueza ni con su amabilidad, tan solo quieren agradar a Alá y obedecer a Mahoma «ayudando a los extranjeros en la tierra». Me he dado cuenta de que este regalo se me había hecho bajo falsas conjeturas, y es que, a juzgar por la apariencia, mi indigencia parece estar fuera de toda duda: tengo los pantalones, la camiseta y los zapatos hechos jirones. Confío en que aguanten hasta Peshawar. (Por eso no he permitido a mis costillas un mayor plazo de recuperación. Podría haber sido una buena excusa para quedarme más tiempo en Afganistán). Envié el dinero, también de manera anónima, al centro de tuberculosis, que está desesperadamente falto de fondos.

Uno de los escándalos actuales a nivel mundial —me he ido enterando por los estadounidenses y los británicos desde que estoy en Asia— es el número de supuestos cristianos que se aprovechan de la doctrina musulmana del «pedir prestado» a los lugareños en estos países. El ejemplo clásico es el de un inglés y su esposa que volvían en coche a casa desde Australia. Se alojaron con un médico de quien se habían hecho amigos en Tabriz y se dedicaron a comprar alfombras persas, «pidiendo prestados» todos sus ahorros a este pobre hombre —más de trescientas libras— para sufragar sus *souvenirs*. Y si te he visto no me acuerdo. Este tipo de sablazos suelen darse a menor escala y lo practican sobre todo los autoestopistas. Personalmente, no tengo la más mínima objeción en dar por buena la hospitalidad de los occidentales (por lo general, se lo pueden permitir

sin problemas y su religión no les prohíbe aceptar regalos de despedida), pero me enfurece pensar en que tales gorrones estafen a los «nuestros».

07

Un desencanto

De Jalalabad a Peshawar

Landi Kotal, Pakistán, 11 de mayo

En lo que a mí respecta, el puerto de Jáiber de momento no tiene nada que hacer. Es muy bonito, aunque ni punto de comparación con el puerto de Shibar, pero hay que tener en cuenta que no estaba de humor para mirarlo con buenos ojos, porque para mí es la ruta de salida de mi querido Afganistán. Desde lo alto puede verse Kabul, a 250 kilómetros de distancia y, en medio, el salvaje caos de picos de innumerables montañas a tus pies. Entonces te despides de Afganistán —un momento triste—, doblas una curva por la falda de la montaña y ante ti se extiende únicamente Pakistán, lo bastante hermosa, amable y primitiva para satisfacer a cualquiera, siempre y cuando esa persona no acabe de separarse de Afganistán.

Será mejor que comience por el principio. Hemos salido de Jalalabad a las seis menos cuarto de la mañana con intención de cubrir noventa kilómetros por una carretera perfecta hasta alcanzar la frontera. En un primer momento, la llanura era amplia y estaba cultivada hasta la base de unas montañas distantes de crestas nevadas. Luego hemos llegado a unas ásperas colinas marrones asomadas a la carretera y salpicadas con fortalezas, no vaya una a olvidarse de que está en un territorio donde distintas tribus de gatillo fácil llevan siglos ajetreadas. A estas alturas, a eso de las diez, el calor era tan intenso que he tenido que parar a descansar en un campamento nómada que había cerca, donde he dormido hasta el mediodía. Al despertar he visto que el cielo estaba lleno de nubes de lluvia fabulosas y que los kuchis asaban un cordero para mí: un campamento con un menú de categoría. Han sido muy amables conmigo, casi parecía que

comprendieran la tristeza que me invadía al marcharme de su país.

El tráfico en esta carretera es escaso debido al cierre de la frontera. He llegado a la aduana afgana a las tres de la tarde y enseguida he sentido al siglo XX listo para abalanzarse sobre mí. El edificio de aduanas de este lugar es sumamente contemporáneo en comparación con el que hay en la frontera persa, y los oficiales visten ropa europea, hablan un poquito de inglés y fuman cigarrillos... Me han dicho que confiaban en que hubiera disfrutado de mi estancia en Afganistán y si no pensaba que la planta hidroeléctrica de Sarobi —junto a la que pasé ayer tratando de ignorarla— era fantástica. Les he asegurado que he disfrutado más en Afganistán que en cualquier otro país del mundo, pero que el trayecto en bicicleta desde Kabul a la frontera ha sido la parte menos grata, porque aquí el «progreso» va más rápido. Se me han quedado mirando como si fuera una lunática y nos hemos despedido.

Al cruzar el puente que delimita la Línea Durand, lo primero que he visto ha sido un autobús pakistaní impecable de arriba abajo y sin ninguna pinta de ir a romperse ni actuar de manera imprevista en los próximos cinco años. Luego estaban los letreros —un fenómeno desconocido en Afganistán—, que informan de la distancia en millas, una señal de «Conduzca por la izquierda» y un destacamento del regimiento paramilitar de los Khyber Rifles. Son los soldados más elegantes que he visto en mi vida. Su uniforme es inconfundible y alegre, ¡y parece recién salido de las tiendas del Ejército cada mañana! Sus simulacros son igual de impecables (¡percibo ecos de la Real Academia Militar de Sandhurst!). Está claro que he entrado en un país de la Commonwealth. (A los soldados rasos afganos literalmente se les ve el culo a través de los pantalones andrajosos que llevan, como yo ahora mismo, y reciben tres chelines y dos peniques al *mes*).

Mi presencia ha provocado un buen revuelo en la casa de reposo de la Aduana —que incluye cuarto de baño, butacas y ventiladores eléctricos—, pero aunque he apreciado tan fastuosa bienvenida y que me sirvieran un té como si estuviera en casa —por primera vez desde que salí de Inglaterra—, no consigo adaptarme alegremente al cambio, y aún no lo he hecho. Los ocho kilómetros a pie cuesta arriba me han llevado una hora y media y no he llegado hasta las cinco y media de la tarde, una hora después del toque de queda, pero nadie ha protestado. He visto mi primer ferrocarril desde Mashhad —Afganistán y el Tíbet son los únicos países del mundo en los que no hay vías férreas— y, mientras paseaba por el bazar, he tropezado con los primeros mendigos que veo desde Persia; he vuelto a oír el típico lloriqueo de los que piden *baksheesh*. El bazar de Landi Kotal es célebre porque aquí puede conseguirse casi cualquier cosa de cualquier país del mundo —es de suponer que de contrabando— y es bastante

sorprendente llegar a esta especie de supermercado exótico en mitad de ninguna parte. Se ha convertido hasta cierto punto en una atracción turística y, aun así, he comprado una correa de reloj por dos chelines que en Irlanda probablemente me hubiera costado cinco. Pero debo reconocer que mi atuendo actual deja bien claro que no soy una turista como Dios manda. Me he olvidado la boquilla del cigarrillo en el mostrador del puesto de relojes y a los cinco minutos ha aparecido un muchacho corriendo por el callejón que llamaba a gritos a la *memsahib* irlandesa y empuñaba la boquilla. Es en momentos como este cuando te asalta la duda de si es realmente justo el sobrenombre de Landi Kotal: «la ciudad de los diez mil ladrones».

La hospitalidad musulmana en este lugar es incesante y acaban de prepararme una cena muy simple pero excelente en casa de un funcionario local, donde estoy invitada a pasar la noche. Ciertamente es más interesante viajar cuando una puede conversar libremente con los ciudadanos de a pie de un país, pero también hace pasar vergüenzas, como en la cena de esta noche, cuando se ha hablado de política: sobre los problemas de Cachemira y Pastunistán. El primero era fácil porque, con respecto a Cachemira, coincido con los pakistaníes por la simple razón de que me gusta que las cosas alcancen su conclusión lógica y, si la India tuviera que dividirse y el motivo de la partición fuera religioso, entonces Cachemira debería formar parte de Pakistán. En cuanto al otro asunto, sin embargo, me debatía entre mantenerme fiel a Afganistán y cortés hacia mis anfitriones, así que he hecho un gran esfuerzo para mantener la boca cerrada. Aunque es cierto que la conveniencia de otorgar la independencia a Pastunistán es discutible, en un mundo de tediosas amalgamas no puedo evitar estar a favor de la idea. En esta, como en todas las fronteras que he cruzado, he advertido una de las características más deprimentes de los viajes: la enemistad entre naciones vecinas. Ni siquiera los vínculos raciales y religiosos más próximos la atenúan (es más, en el caso que nos ocupa, parecen intensificarla). Pero en mi opinión la culpa la tienen de los políticos. El hombre del bazar se deja guiar fácilmente y la propaganda agresiva que emana de todas las cadenas de radio nacionales en esta parte del mundo demuestra el flagrante abuso de autoridad que ejercen sus líderes. Para mí, este tipo de propaganda es tan descarada que me resulta infantil, pero en el contexto asiático constituye una jugada terriblemente habilidosa.

La ubicación de Landi Kotal en lo alto del puerto le proporciona una brisa deliciosa y esta noche llueve que da gusto. Mi dormitorio está impregnado del aroma de las enormes moreras que hay en el césped de fuera. Peshawar se encuentra a unos cincuenta kilómetros por debajo del puerto; espero que por la mañana haga buen tiempo. Ahora mismo estoy atestada de las monerías que he

adquirido hoy en la tienda nómada. Son igualitas a los piojos, pero cuando intentas atraparlas saltan como pulgas.

Peshawar, 12 de mayo

Los truenos me han despertado a la una de la madrugada y el estruendo constante y las lluvias torrenciales sobre el techo de hojalata me han tenido dos horas en vela. Seguía cayendo una especie de aguacero irlandés cuando me he levantado a las seis y media y mi anfitrión me ha dicho que no iba a parar en todo el día. Por tanto (y teniendo en cuenta que estar sentada en lo alto del paso de Jáiber sin alcanzar a verme una mano delante de la cara no es mi idea de diversión), he decidido abandonar temporalmente a Roz y bajar hasta aquí en autobús para recoger mis cartas, animarme un poco y volver a por Roz cuando deje de llover. A juzgar por la forma en la que la carretera desciende hacia la llanura de Peshawar en una especie de convulsión frenética alrededor de las montañas, debe de ser un trayecto fascinante, pero no he visto nada más que niebla, que parecía importada de Connemara. Todavía llueve con ganas, lo que significa que aún no hace muchísimo calor; es como un día de julio cualquiera en Irlanda. Todos dicen que la temperatura es fantástica. No suele llover en mayo y el torrente actual no tiene nada que ver con el monzón que se espera para dentro de un mes.

Peshawar es como una ciudad inglesa, si a esta le añadimos unos cuantos búfalos de agua, buitres y lagartos. Me he instalado en un *dak*, que es el alojamiento tipo bungaló más barato para turistas en Pakistán y en la India. Estos bungalós fueron construidos en un principio por los británicos para comodidad de sus funcionarios en visita oficial y, según he sabido, se encuentran incluso en los lugares más remotos. Mi porteador de aquí mantiene a nueve niños con dos libras y diez peniques al mes. Su hijo de dos años tiene siete dedos en una mano y está tan orgulloso que mañana traerá al bebé para que lo admire.

Peshawar, 13 de mayo

He empezado a superar mi duelo por Afganistán y he decidido aprovechar al máximo este país. Para ser objetiva sobre el subcontinente indio (y para ello debo suprimir mi heredado sesgo anticolonial y mi caprichosa inclinación hacia el Afganistán medieval), incluso después de llevar tan solo dos días en esta ciudad

sin haber visto ninguna otra es absurdo argumentar que Gran Bretaña ha explotado el país sin ofrecer compensación alguna a cambio. Por supuesto que lo ha explotado, pero ¿en qué otra ciudad entre Constantinopla y Peshawar es posible encontrar buenos y abundantes colegios, hospitales, hogares para invidentes, orfanatos, clínicas e iglesias cristianas con permiso para operar? Y ¿dónde en Oriente Medio encuentras un servicio de transportes eficiente, comunicaciones fiables, un Ejército que parece un Ejército, funcionarios bien preparados, centrales eléctricas que realmente generan electricidad y carreteras que son carreteras? Gran Bretaña se ha servido de la riqueza india para ser un país aún más pujante, pero ha reinvertido lo suficiente como para que no tenga ni pies ni cabeza considerarla simplemente una cruel bandida sin corazón.

Pues claro que el clima social de Afganistán es mucho más agradable. Allí hasta el campesino más pobre te mira directamente a los ojos en lugar de mostrarse servil porque eres una *memsahib* blanca, como hacen aquí los punyabíes. (Mi porteador es diferente: es pastún y no ha sido difícil entrenarlo para que se sentara y así poder charlar en lugar de permanecer en todo momento acuclillado al otro lado de la puerta preparado para entrar a encender el ventilador si intentaba hacerlo yo misma). Pero tampoco puede culparse a los británicos de este servilismo. Si los indios hubieran tenido tantas agallas como los afganos, nunca los habrían conquistado. ¡Afganistán nunca lo fue!

Ayer fue domingo, y eso aquí es domingo (lo que resulta muy confuso después de diez semanas en las que los viernes eran domingos). Después de almorzar he acudido al bazar para comprar algo con lo que cubrir mi desnudez, pero estaba cerrado, así que he ido a ver a los sacerdotes irlandeses mientras hordas de niños corrían detrás de mí señalando el roto irreparable que lucía en la parte de atrás de lo pantalones y pasándoselo en grande. Estos esforzados sacerdotes, vestidos con un atuendo poco clerical, tenían un aspecto casi igual de decrépito. Me he dirigido entonces al Peshawar Club y me he encontrado con el señor Beck, de la Embajada Británica de Kabul, que había venido a pasar unos días, y me ha llevado a cenar con algunos amigos indios. Ha sido una velada muy agradable. Después hemos visto el cierre de las dieciséis puertas de la ciudad para mantener fuera a los miembros de las tribus. Es toda una ceremonia.

Hoy llueve incluso más que ayer, si es que eso es posible. Lo primero que he hecho ha sido ir al bazar a comprar unos pantalones de hombre de segunda mano por siete chelines (y mis viejos a cambio). Me quedan un poco largos, pero no tengo pensado participar en ningún concurso de belleza en un futuro inmediato, de modo que ¡para qué preocuparse! (Durante todo el día he tenido un lagarto precioso en la pared; me gusta mucho el sonido que hace correteando arriba y

abajo atrapando moscas... ¡Es tan higiénico!). El vendedor de ropa de segunda mano me ha ofrecido té y galletas maría —hechas en Karachi— mientras enviaba a su ayudante a que me pusieran suelas nuevas en las botas. Unas buenas suelas gruesas solo cuestan dos chelines, y he conseguido una camisa caqui de segunda mano por tres. He llegado al bazar completamente empapada. Ha estado lloviendo con fuerza todo el día.

Antes de volver a por Roz a Landi Kotal tengo que obtener un permiso que me autorice a volver a entrar en la zona del Jáiber, así que voy a ir ahora a la oficina para poder marcharme mañana por la mañana temprano si hace bueno. Este tinglado con el Jáiber es bien curioso: a nivel político, la región pertenece a Pakistán, pero es jurídicamente independiente y Pakistán no es propietaria de la carretera que lo cruza, sino que está arrendada a las tribus, aunque su mantenimiento corre a cargo de Pakistán a fin de facilitar el tránsito de las personas que van y vienen por el puerto. Por eso es una zona calificada de peligrosa: las únicas leyes vigentes son las tribales.

Hoy he conocido la triste historia de dos turistas que viajaban en coche a Quetta cuando, al este de Kandahar, un niño kuchi cruzó corriendo por delante del vehículo y murió. Ellos, naturalmente —aunque imprudentes dadas sus circunstancias especiales—, se detuvieron y los hombres de la tribu atacaron al marido, acuchillándolo en los pulmones. Ahora se encuentra en el hospital de Quetta en estado muy grave y le habrían matado de no haber sido por la intervención de un autobús lleno de afganos; dos de los hombres que viajaban en el autobús resultaron heridos durante la pelea.

Más tarde. Esta ciudad es realmente agradable. Árboles y arbustos floridos bordean cada calle en el área de cuarteles y por todas partes se extienden hectáreas de exuberante hierba. No he tenido ningún problema para conseguir el permiso, así que estoy preparada para irme mañana. Por todas partes se ven unos taxis muy graciosos —llamados *rickshaws*— con tres pequeñas ruedas, toldos de plástico, manillar de motocicleta y motor. Pueden llevar hasta tres pasajeros y cuestan seis peniques por milla. En Peshawar apenas hay tráfico y el nivel de conducción es bastante bueno.

Peshawar, 14 de mayo

A las seis y media de la mañana no llovía y parecía que el cielo iba a despejarse, así que he subido en el autobús de las siete y media de regreso a Landi Kotal. He llegado al andén a las siete y veintiocho y el autobús se ha puesto en marcha a

las siete y veintinueve, lo que me ha provocado una profunda conmoción. ¡Todavía no estoy lo bastante acostumbrada como para tomarme este tipo de cosas con humor!

El puerto de Jáiber está muy bien, pero después del Hindú Kush resultaba un poco decepcionante. Su fama está basada más en la historia que en el paisaje, cuando en Afganistán ambas cosas van de la mano. No obstante, para los viajeros británicos el Jáiber tiene una importancia única, con todos esos pequeños y tristes cementerios en las faldas de las montañas y las placas de los regimientos en las paredes de los acantilados. He charlado con varios pastunes que afirman que los soldados británicos merecían la munición pastún más que nadie.

En Afganistán los rifles me parecieron habituales, pero en los alrededores del puerto de Jáiber cualquier varón mayor de doce años carga con uno, a menudo también con un revólver y con tanta munición colgada del pecho como sea posible. Las disputas familiares prosiguen como antaño, aunque parte del antiguo fervor ha desaparecido, y entre los afridis y los shinwalis se espera de las esposas que sean capaces de hacerse cargo de la defensa de un recinto en situaciones de emergencia. En mi descenso he parado en cuatro aldeas y en tres de ellas me han dicho que parecía una mujer pastún. Para un pastún, en efecto, ¡no hay mayor cumplido que este! Hoy he visto a uno de estos robustos guerreros protegerse con un paraguas (seguramente, para que no se le mojara la munición, porque, en lugar de mejorar, el día se ha vuelto cada vez más húmedo).

El Jáiber está atravesado por dos carreteras. La antigua, que lleva en uso desde hace tres mil quinientos años, sigue el curso del río en casi todo momento al pie de la montaña, mientras que la nueva, que fue construida por los británicos y rodea las laderas de las montañas, es considerablemente más corta. Sin embargo, el hecho de que esta última evite las aldeas tribales vuelve más atractiva la antigua. Así, tras recoger a Roz, he seguido esta ruta durante gran parte del descenso, lo que me ha permitido disfrutar de numerosas y largas pausas en casas de té y charlar con miembros de las tribus, algunos de los cuales hablaban un poco de inglés. En una de las aldeas afridis me han invitado a quedarme «cuanto quiera» en mi viaje de vuelta en noviembre (una cita que me gustaría conservar). Una de las cosas que más me han impresionado del puerto es el ferrocarril: una pieza de ingeniería tan magnífica que hasta yo me he emocionado. He tenido la suerte de ver cómo ascendía uno de estos trenes rarísimos; la pendiente es tan pronunciada que un motor tiraba por delante y otro empujaba por detrás. En casi todas las cimas de las colinas —y hay para aburrir — se alza un fuerte, que preside ese tramo de carretera hasta la siguiente curva. En estos momentos están desatendidos, pero Jamrud, el cuartel general de los

Khyber Rifles, se sigue utilizando ampliamente.

Peshawar, 15 de mayo

Hoy, el British Council de aquí ha inaugurado una exhibición de libros sobre Afganistán, así que he pasado la mayor parte del día hojeándolos. Eran muy interesantes, aunque desde luego no formaban una colección tan excepcional como la que alberga la Embajada Británica en Kabul. A mediodía he detenido mi inspección el tiempo suficiente para almorzar con la familia de un coronel del Ejército de Pakistán. Eran gente encantadora y, por supuesto, todos hablaban un perfecto inglés, pese a que tanto mi anfitriona como su hija de dieciocho años observaban la *purdah*. La hija había sido educada por monjas irlandesas en Murree —la estación de montaña de Pakistán— y su deseo es estudiar medicina, pero el padre quiere que se case ya mismo y se convierta en una esposa buena y tradicional para el hombre qué él escoja. Antes de comer, en un momento a solas con su madre, que solo tiene treinta y cinco años, me ha dicho que apoya plenamente las ansias de libertad de su hija. No he sabido qué decir. Es evidente que esperaba que me mostrara de acuerdo con ella en todo, pero no llevo el tiempo suficiente en este entorno como para haber desarrollado una opinión propia definitiva sobre este asunto. A primera vista y conforme a nuestros criterios, es una situación monstruosa. Sin embargo, lejos de ser un tirano poco razonable, es un hombre muy amable y divertido, verdaderamente culto, tolerante sin mostrarse indeciso y, a mi juicio, sabio. ¿Cuál es la respuesta, entonces? Tal vez el error consista en ofrecer a las hijas un atisbo de la libertad occidental educándolas en colegios dirigidos por europeos y luego esperar que reviertan sin protestar a sus propias tradiciones. Por supuesto que debe condenarse sin reservas la perversión recogida en el Corán que conduce al sometimiento que mantiene a la mayoría de las mujeres afganas encerradas. Pero en este contexto las cosas son muy diferentes, a las mujeres se las trata con afecto y respeto y, en el fondo, como iguales, aunque en cuestiones prácticas el padre es sin lugar a duda el cabeza de familia. Mi compasión estaba dividida entre la hija, que ha adquirido un gusto por lo que nosotros consideramos derechos humanos básicos, y el padre, que conoce el valor de las tradiciones islámicas y el peligro de reemplazarlas por las nuestras.

Después de comer ha venido un amigo de mi anfitrión y las mujeres de la familia se han retirado a las estancias de la *purdah* antes de que el visitante fuese conducido al salón. Durante la conversación posterior el coronel ha dejado muy

claro que su conservadurismo aparentemente irracional se fundamentaba en un deseo sincero de proteger a su hija de lo que él consideraba los peores males de la sociedad occidental: materialismo, promiscuidad sexual e impiedad generalizada. Entonces yo he señalado que, a nuestros ojos, los jóvenes tienen que soltarse para probar suerte en estas cuestiones y enseguida me ha desafiado a negar que los resultados de semejante liberalismo habían sido desastrosos, tanto para los jóvenes en particular como para el conjunto de la sociedad. Solo he respondido que esta cuestión depende enteramente de la manera de pensar heredada de cada uno. Sin duda, este estrato de la sociedad pakistaní es en estos momentos el escenario de una lucha bastante patética por conseguir alcanzar un compromiso digno entre lo antiguo y lo nuevo, y confío en que los musulmanes puedan preservar los elementos más valiosos de sus tradiciones a pesar de la creciente presión de Occidente. El coronel sostenía que el culto a Dios y mantener a las mujeres en el hogar constituyen una base mejor para la felicidad y la estabilidad humanas que el culto a la riqueza y la avaricia materiales y la profesionalización de las mujeres. Llegados a este punto, he estado tentada de preguntar cómo y dónde trazar la línea divisoria entre Dios y la riqueza y la avaricia cuando la naturaleza humana tiene un pie a cada lado y nuestras reacciones en ambas direcciones pueden interpretarse de tantas formas diversas. Pero sospechaba que al coronel podría no entusiasmarle esta pregunta y me he contenido. Tal vez haya sido por mi conciencia personal de los resultados de la impiedad lo que me ha impedido obedecer mi instinto inicial y defender a ultranza la libertad de la hija.

Peshawar, 16 de mayo

He ido a visitar otra vez a los sacerdotes irlandeses y a las monjas irlandesas del convento de la Presentación. Los católicos dirigen dos colegios en Peshawar: unos, una escuela muy cara dirigida a los hijos de los musulmanes ricos; y, otros, una escuela primaria gratuita para cristianos pobres. ¡Siento mucha curiosidad por la sutileza de hacer pagar a los musulmanes por ser educados por cristianos! La enseñanza de la doctrina cristiana es algo absolutamente prohibido en la escuela musulmana, que está llena a rebosar con los hijos de los prohombres locales —y de otros— ávidos de buena docencia. Según parece, el nivel de enseñanza de los colegios dirigidos por pakistaníes, donde el personal se encuentra terriblemente mal pagado, es pésimo.

No me puedo ni imaginar lo que se debe de sentir siendo misionero cristiano

en un país musulmán donde uno no se atreve a convertir a nadie, salvo mediante el impreciso método del «ejemplo». Pero lo cierto es que, a mi entender, los misioneros cristianos en países musulmanes, por genuino que pueda ser su fervor, en el mejor de los casos me resultan manifestaciones poco atractivas de superioridad moral y, en el peor, una impertinencia. Y, aun así, esta actitud no deja de ser cerrada a su manera. Si alguien está convencido de su labor de difundir el Evangelio, es indudable que establecerse en un lugar como Peshawar detenta una cierta nobleza, sin ningún tipo de esperanza material que valga y llevando pacientemente una vida cristiana a fin de influir en quienes lo rodean.

Esta noche he ido a cenar a casa del señor Mohamad Ali, el vicerrector de la Universidad de Peshawar, a quien ya me habían presentado. La nueva universidad se encuentra a seis kilómetros y medio de la ciudad y goza de una hermosa ubicación en el centro de un semicírculo de montañas, con la cordillera nevada de Asia Central en el extremo norte. Un Mercedes grande y atronador conducido por un chófer ha venido a buscarme, pero la familia del vicerrector lleva una vida discreta y hogareña y el señor Ali se ha mostrado muy amable y me ha enseñado él mismo todos los edificios nuevos (la mayoría eran realmente magníficos), de los que se enorgullece como un padre. Como muchos hombres de excelentes capacidades intelectuales, es una persona sencilla y de trato fácil, y el tiempo que he pasado con su familia me he sentido como en casa. Me han invitado a quedarme unos días con ellos a mi vuelta y, si fuera posible, a asistir a las festividades de la boda de su segundo hijo en octubre. Este hijo, que es profesor universitario titular en Literatura Inglesa (licenciatura en Cambridge), gana veinte libras al mes. Otros salarios van en la misma línea, aunque aquí los precios de los productos básicos *no* son precisamente baratos, como cabría esperar.

08

Bienvenida al Wāliahad

De Peshawar a Saidu Sharif

Baghdada, 17 de mayo

Aunque pudiera parecer que no se sabe cómo me he materializado en Irak de la noche a la mañana y que por el camino me he olvidado de deletrear, en realidad estoy en una encantadora aldea fronteriza a setenta y dos kilómetros al norte de Peshawar, alojada en la inmensa aunque rudimentaria casa del jefe. Ahora que por fin he escapado de Peshawar y de sus lujos europeos, he recuperado del todo mi buen ánimo. Suinabhayat Khan, mi anfitrión, es hermano del coronel Zeb, a quien conocí en Teherán, e hijo del oficial que ayudó a rescatar a la señorita Molly Ellis de los afridis. Teniendo en cuenta que han pasado veinte años de aquello y que aún recuerdo la primera vez que leí el relato de esta aventura, os podréis imaginar mi emoción cuando me han enseñado el informe escrito a mano que entregó mi héroe a su regreso.

He pasado una velada de lo más agradable: volver a comer con los dedos directamente del plato, sentada en el suelo y rodeada de pastunes. Hoy también ha llegado, pero en coche, el coronel que fue mi anfitrión en Peshawar, y está mucho más atractivo con su vestimenta pastún que con el traje europeo. (Es otro de los hermanos: el que todos tengan apellidos diferentes es uno de los misterios locales que aún no he logrado desentrañar). En mitad de la cena hemos escuchado disparos procedentes del bazar y el jefe ha salido escopeteado para investigar la situación. Ha regresado un cuarto de hora después y nos ha informado de que un policía había sido abatido a tiros, mientras se encontraba sentado en una casa de té, a manos del miembro de una tribu a quien la policía no podía apresar porque la multitud «estaba de su parte». Estoy segura de que

coincidiréis conmigo en que, pese a lo deplorable del acto, es el tipo de cosa que *cabría* esperar que sucediera a la hora de cenar en la Frontera del Noroeste, como todo el mundo insiste en llamar a esta región.

Hace unos días, en un tribunal cercano el magistrado falló un caso a favor de A y en contra B. B se levantó sin perder ni un segundo y mató a A de un disparo delante del magistrado, que con la misma velocidad pegó un brinco y, con muy buen juicio, se metió debajo de una mesa. Tal vez, después de todo, Pakistán no se parezca tanto a Inglaterra.

Esta noche he aprendido un montón sobre las costumbres de los pastunes. Estos hijos de mogol Baz Khan no portan armas cuando circulan con sus esposas e hijos, porque, si lo hicieran y fueran interceptados (y en estos lares las probabilidades de que esto ocurra son elevadas), de acuerdo con su código no les quedaría más remedio que disparar a los bandidos, que a su vez se defenderían con más disparos que posiblemente hirieran a las esposas y a los niños. Al margen del tiempo que estos hombres hayan pasado en colegios, universidades o escuelas militares inglesas, aún se adhieren sin dudarlo al *pashtunwāli* o código ético tácito de los pastunes varones. La ley sucesoria es la misma que en Afganistán: islámica. A la muerte de un varón, su esposa o esposas reciben una octava parte de sus propiedades; los hijos, una parte cada uno del resto y las hijas, la mitad de lo que reciben los hijos. Los musulmanes rechazan con vehemencia la primogenitura; pero como a menudo producen entre diez y veinte hijos cada uno, esto no tiene mucho sentido. Actualmente, tener más de una esposa es ilegal, pero dudo mucho que este detalle vaya a hacer mella en nadie en el futuro inmediato. Mi anfitrión me ha contado que su hija de doce años, que en estos momentos es alumna del colegio-convento de Murree, insiste en observar la *purdah*, a pesar de que él le ha asegurado que no es necesario en caso de que prefiera ir sin velo. También me ha explicado que el año pasado llevó a su mujer a Europa y fue incapaz de convencerla de que se retirara el burka en París, en Londres o en ninguna parte. Este contraste en la actitud de dos hermanos revela hasta qué punto las tradiciones islámicas se encuentran actualmente en una encrucijada.

He dejado Peshawar a las siete y media de la mañana y el tráfico en esta carretera ha sido el más intenso desde Italia. Es triste ver tal cantidad de búfalos, caballos y perros medio muertos de hambre. La gente con la que me he cruzado a lo largo de la jornada era muy simpática y a menudo me seguían entre fuertes vítores. Después de la desolación de Afganistán, la densidad de población en Pakistán resulta extraordinaria. He pedaleado treinta y cinco kilómetros en busca de un «rincón tranquilo» y al final me he visto abocada a emular a los lugareños y

no preocuparme por los espectadores (¡supongo que una llega a acostumbrarse!). El hedor es aún peor que en Afganistán, y no me extraña, porque son muchos más los que contribuyen a él por cada kilómetro cuadrado. En una casa de té olía tan pero tan mal que ni siquiera he sido capaz de sentarme a tomar nada. En estas circunstancias, ¡cómo no va a haber un porcentaje tan elevado de fiebre tifoidea en la zona! He ido a recoger una nueva remesa de correo a Nowshera y aquí debo interrumpirme para consignar para la posteridad una palabra que, sin duda, merece una entrada en el Oxford English Dictionary. Pertenece a uno de mis corresponsales, que, en su última carta, me rogaba que no me volviera demasiado «afganática». El hecho de que me hubiera convertido en una «afganática» de tomo y lomo antes de esta súplica es lo de menos.

Todo el recorrido en bicicleta de hoy se ha desarrollado por un paisaje llano y algo aburrido que resultaba densamente boscoso comparado con Afganistán. La carretera me ha parecido estupenda, aunque los lugareños profieren amargas quejas sobre ella. Avanzaba alegremente a veinticinco kilómetros por hora y me felicitaba por el clima tan perfecto del que disfrutaba cuando un Morris Minor de color azul me ha adelantado, ha reducido la velocidad y se ha colocado por delante de mí unos minutos hasta que se ha parado y del interior ha salido una europea con cara de preocupación que me ha obligado a detenerme y ha empezado a darme la turra diciendo que, si seguía pedaleando a esa velocidad con ese calor, solo iba a conseguir que me diera una insolación. En movimiento me sentía muy bien y cómoda, pero en cuanto me he parado he empezado a sudar a chorros bajo aquel sol de justicia. Le he repuesto muy tranquila que no tenía calor, pero ella ha dicho que eso no tenía nada que ver; parece ser que la insolación es algo acumulativo y que no te das cuenta hasta que te desplomas. Entonces ha advertido el sudor incesante que corría por mi cara, mi cuello y mis brazos y ha convenido: «Bueno, si suda así es buena señal, y es probable que por eso no tenga tanto calor». Antes de proseguir su marcha, muy amablemente me ha invitado a almorzar en Mardan y, al llegar allí, he descubierto que era la esposa de un obispo luterano danés de la Frontera del Noroeste. Forman una pareja encantadora que lleva cuarenta años en la región y hablan pastún como los pastunes. Esta noche me he enterado del asesinato de su hijo hace treinta y cinco años. Su jardinero pastún quería a su aya india cristiana como segunda esposa, pero el obispo vetó el matrimonio y, a modo de venganza, el pastún disparó a la aya y al hijo de siete años. Luego huyó con su tribu shinwali y no se volvió a saber nada de él. Después de esto, y con sobrada razón, la mujer del obispo quiso regresar a Dinamarca y dejar que los pastunes se cocinaran en su propio jugo herético, pero el obispo dijo: «No, pongamos la otra mejilla», y llevan

haciéndolo desde entonces.

Después de la siesta he visitado la fábrica local de azúcar de caña (la más grande de toda Asia). Los hombres cobran cinco libras al mes por trabajar ocho horas al día, seis días a la semana. Es un proceso muy interesante, pero se os quitarían para siempre las ganas de volver a tomar azúcar.

Takht-i-Bahi, 18 de mayo

Anoche, en honor a alguna boda que se celebraba en el pueblo, una banda estuvo tocando con gran estrépito junto a mi ventana hasta las dos de la madrugada: los salvajes aires marciales no inducían al sueño, pero me quedé tan feliz tumbada en mi *charpoy*[5] disfrutando del concierto. A las seis menos cuarto han vuelto a despertarme unos sonidos muy distintos: una discusión encarnizada en el patio. Al asomarme, he visto a mi anfitrión sentado a la sombra de un toldo hecho con juncos rodeado de aldeanos, dos de los cuales discutían como demonios (y a un pastún-afgano enfadado hay que verlo para creerlo, como ya he aprendido en carne propia). Más tarde, Sai Rab me ha asegurado que se trataba de una rutina diaria. De cinco y media a ocho y media acude gente a exponerle disputas para que él las zanje, y goza de una personalidad y de una autoridad tan apabullantes sobre el clan local de los afridis que sus decisiones, basadas en las leyes tribales, suelen aceptarse sin rechistar. Todo esto forma parte de los esfuerzos del presidente Ayub para reintroducir lo que aquí se conoce como «democracia básica» y que en realidad es una vuelta a la situación previa a la llegada de los británicos. Funciona sin problemas cuando se dispone de hombres como Sai Rab Khan para hacerse cargo. Pero, por desgracia, este tipo de hombres no abunda en ningún país.

Hoy solo hemos cubierto poco más de doce kilómetros a causa de tres desvíos que nos han obligado a caminar durante treinta y dos kilómetros y de la subida a tres montañas para examinar unas ruinas budistas fascinantes. Ha sido un día muy agradable, aunque a partir de las cinco de la tarde se ha desatado un nuevo aguacero. En la planta azucarera me han presentado a un ingeniero escocés que me ha invitado a su casa, donde acabamos de escuchar un programa comunista en inglés que acusaba a Estados Unidos de realizar pruebas nucleares por encima de la atmósfera, lo que ha alterado por completo el clima mundial.

Saidu Sharif, 19 de mayo

¡Menudo diluvio! He salido de Takht-i-Bahi a las ocho de la mañana y no ha parado de llover hasta que he llegado a este lugar a las cuatro. No obstante, es un buen entrenamiento para la India, donde a diario tendré que soportar algo parecido en la época del monzón. Después de mis esfuerzos en el Hindú Kush, el puerto de Malakand me ha resultado pan comido: no he tenido que bajarme del sillín ni una sola vez, aunque hemos ascendido 1.524 metros en once kilómetros. Huelga decir que esta carretera está bien asfaltada y tiene una pendiente asequible. Me ha dado mucha pena perderme las vistas por culpa de la niebla, pero lo poquito que sí he visto del célebre valle del Swat me ha bastado para advertir que es lo más cerca que he estado de un paisaje irlandés desde que me fui de casa.

Mi llegada a este lugar ha sido uno de los momentos álgidos de la expedición. A las afueras de Saidu he preguntado por la casa de Aurang Zeb *[sic]* y me han dirigido a un extremo de la ciudad. Una vez allí, he vuelto a preguntar. Un policía me ha señalado una calle que bajaba y he pedaleado en la dirección especificada. De camino he advertido un edificio de aspecto palaciego con numerosos centinelas apostados. Como no he conseguido ver ninguna casa de aspecto «verosímil», he vuelto al cruce y he repetido la misma consulta. El policía ha vuelto a apuntar en la misma dirección con evidente irritación y yo he sacudido la cabeza, insistiendo: «La casa de Aurang Zeb». El policía ha asentido y ha dicho: «Esa es su casa». A lo que yo he repuesto: «Eso no es una casa..., ¡eso es un gran palacio, maldita sea!». El policía, asintiendo de nuevo, ha aclarado: «Sí, es el palacio del valí de Swat». «Por todos los demonios, no busco el palacio del valí de Swat, sino la casa de Aurang Zeb». El policía, sin dejar de asentir, me ha informado de que «Aurang Zeb es el príncipe valí y vive en el palacio de su padre». Por un momento no he sabido qué decir y, a continuación, con un hilo de voz, he murmurado: «Gracias». Luego me he atusado un poco el pelo para ofrecer un aspecto algo más presentable antes de acercarme a alguno de los sesenta y dos centinelas. Estos enseguida se han puesto firmes y del otro lado de las puertas ha aparecido otro soldado: «¿Es usted la mujer con la bicicleta?». A lo que he respondido: «Me temo que sí», como si quisiera disculparme, porque era evidente que solo daba crédito a la cláusula de la bicicleta, y entonces ha añadido al más puro estilo de un Jeeves ofendido: «Debo conducirla dentro sin demora». Poco después me sentaba en el porche, donde un pequinés muy tranquilo se ha encaramado rápidamente a mi regazo, al tiempo que el sirviente a cuyo cargo me había dejado el soldado salía para anunciar mi llegada. Mientras esperaba, me ha dado por pensar que, al presentarse en Teherán, el coronel Zeb habría hecho bien en avisarme de que su invitación implicaba valís, príncipes, palacios y centinelas;

circunstancias para las que no me sentía suficientemente preparada. Pero en esas ha aparecido Begum Naseem Aurang Zeb caminando por el porche y enseguida me he dado cuenta de que las complicaciones de aquella situación eran más aparentes que reales. Naseem, la hija mayor del presidente Ayub, es la esposa del príncipe Aurang Zeb y su belleza física —impresionante incluso para los estándares pastunes— es equiparable a su personalidad dulce, sus maneras sinceras y sencillas y su bondad. Me ha pedido que no me levantara para no importunar al pequinés y se ha sentado a hablar conmigo como si, en lugar de acabar de conocernos, estuviéramos retomando una conversación interrumpida. Naseem acompaña a su padre en sus visitas de Estado en el extranjero y Pakistán tiene suerte de contar con una joven tan extraordinaria como representante ante terceros países. Como no podía ser de otra manera, me ha hablado primero de las paperas de sus tres hijos mayores y del temor a que también se contagie el bebé de seis semanas. Al tratarse de una joven de veinticuatro años cuya hija mayor ha cumplido los siete, muchos de sus coetáneos occidentales podrían sentir lástima por ella, pero cuando una ha sido educada para considerar el papel de esposa y madre como el más honroso que puede desempeñar una mujer —ligeramente prematuro para nosotros—, la responsabilidad de una familia cada vez más numerosa a los veinticuatro es motivo de una profunda satisfacción. No he podido evitar contrastar la alegría básica que resulta tan evidente en Naseem, así como en la mayoría de las mujeres pakistaníes jóvenes que he conocido hasta ahora, con la incertidumbre de qué *es* la plenitud que rezuman los jóvenes de Occidente. Sin embargo, estas chicas pakistaníes, a diferencia de las sencillas campesinas de Afganistán, viven en hogares lujosos al estilo occidental, han sido educadas en escuelas dirigidas por monjas irlandesas, hablan inglés con la misma soltura que el pastún y mantienen un estrecho contacto cultural con Occidente. Será interesante, y probablemente entristecedor, observar los cambios que vayan a producirse en el próximo cuarto de siglo. Me parece un poco utópico confiar en que las futuras generaciones consigan mantener el actual equilibrio delicado entre Oriente y Occidente (conservando lo mejor de ambos mundos).

Naseem y yo llevábamos hablando unos minutos cuando han aparecido el príncipe Aurang Zeb y su hermano menor para darme la bienvenida. No termino de saber qué tienen los pastunes —tal vez algún tipo de profunda afinidad racial con los irlandeses—, pero me resulta extraordinariamente fácil relacionarme con ellos; desde que conocí a aquellos tres oficiales en Teherán, cada contacto con esta raza ha sido un éxito rotundo. No me muestro precisamente acrítica con los demás seres humanos, pero todavía no he conocido a un pastún que no me haya gustado. Sus vínculos educativos con Irlanda y, en consecuencia, el conocimiento

que tienen de mi pequeño país —la mayoría de la gente ni siquiera ha oído hablar de él— sin duda tendrán algo que ver con esto, aunque obviamente no es lo único que me atrae de ellos. En cualquier caso, sea cual sea la causa, las familias pastunes me han asimilado con una facilidad pasmosa y ahora mismo me hallo igual de feliz en mi entorno actual de esplendor sin parangón que si estuviera en un campamento nómada, lo que demuestra que lo que cuenta es la gente y que las cualidades humanas que tanto admiré en Afganistán siguen aquí presentes, a pesar del entorno material sumamente dispar.

Saidu Sharif, 20 de mayo

La informalidad despreocupada de este lugar revierte de manera eficaz la gloria externa y el hecho asombroso de que todo tipo de personajes importantes, incluidos el señor Jruschov y la reina Isabel II, hayan ocupado las habitaciones de una en el pasado. Ayer por la tarde, cuando se hizo evidente que algo debía hacerse sobre mi vestimenta mientras esperaba a que se secaran mi camiseta y mis pantalones, Aurang Zeb pidió que le trajeran una cinta métrica y él mismo me ha confirmado que sus pantalones me sentarán bien, para gran regocijo de la familia, los demás invitados y un semicírculo de sirvientes sonrientes que afirmaban no haber sido testigos de la llegada al Wāliahad de una invitada más singular.

Por cierto, me he dado cuenta de que en Pakistán —y creo que en la India ocurre lo mismo— las mujeres nunca visten ropa occidental, aunque en Persia y en Afganistán la mayoría de las mujeres de clase media y alta llevan la última moda europea bajo los chadores y los burkas.

Encuentro muy interesante que las familias musulmanas sepan llevar una riqueza y un poder recientemente adquiridos con una elegancia muy superior a la que suelen demostrar sus homólogos europeos. El abuelo de Aurang Zeb era un líder tribal analfabeto que, gracias a una mezcla de inteligencia, crueldad y personalidad, se aseguró el control del estado de Swat en 1917; el propio Aurang Zeb insinúa con una risita que la toma del poder dejó mucho que desear desde el punto de vista ético. Pero en este caso el fin parecer haber justificado los medios, porque la pequeña montaña-estado —un área de 6.430 kilómetros cuadrados con una población de seiscientos mil habitantes en 1961— es hoy en día la región más próspera de Pakistán, con las mejores carreteras (como me percaté ayer mismo al alcanzar la frontera estatal) y más hospitales rurales y escuelas primarias de lo que he apreciado en cualquier otra parte de Asia. Es evidente que

en todo esto hay una moraleja que alguien más cualificado que yo en estas cuestiones sabrá indicar.

De la misma manera, el abuelo paterno de Naseem fue un campesino que el antiguo Ejército indio reclutó siendo todavía niño en su aldea cerca de Abbottabad, pero entre sus ilustres descendientes no encontramos ni acomplejados alardes defensivos sobre este origen ni deseo alguno de olvidarlo. Es más, es probable que la baza psicológica más poderosa del presidente Ayub en el ruedo político sea su vínculo genuino con la gente corriente de pueblo y, sin duda, su manera de comprenderlos es una de las razones que lo llevan a no repetir el error fatalmente irrealizable de intentar gobernar Pakistán como si fuera una democracia occidental. Los países islámicos tienen su propio tipo de democracia, que, como os mencionaba hace un par de días, el presidente Ayub está intentando hacer resurgir en Pakistán. Es difícil saber si esta facilidad para aceptar un cambio de estatus drástico con semejante dignidad innata se debe a los aspectos democráticos de la filosofía musulmana o al sentido y a la sensibilidad de las personas afectadas, pero no cabe duda de que esta característica contribuye a un ambiente social muy agradable.

Al despertar esta mañana, el cielo estaba totalmente despejado y las vistas desde mi porche del largo y ancho valle del Swat eran realmente preciosas. Las montañas azules rodean amplias extensiones de tierras de pastoreo, los maizales refulgen como el oro entre arboledas ahora intensamente verdes y los espléndidos meandros fluviales recorren la parte central del valle. La pequeña ciudad «capital» de Saidu Sharif —a 960 metros de altitud—, con el Waliāhad ligeramente elevado por encima, está orientada hacia el norte, hacia los picos nevados, y me produce la misma sensación que el tranquilo aislamiento de Andorra en temporada baja. Es una ciudad relativamente limpia y alegre donde la gente da muestras de una simpatía espontánea y una curiosidad desinhibida pero no embarazosa. En la parada de hoy, Roz más que nunca ha sido objeto de exámenes minuciosos. También han vuelto a arreglarle el freno trasero —gratis, por supuesto— y, mientras esto ocurría, me han invitado a cenar con un joven doctor de Lahore que ejerce aquí desde hace poco. Sus condiciones de vida eran comparables a las de un peón agrícola irlandés, pero eso no le preocupaba ni lo más mínimo. Su única queja ha sido la falta de personas cultas con las que poder conversar, y el motivo de que se hubiera trasladado desde Lahore era porque su madre viuda quería casarlo con una chica que él, por alguna razón que ha preferido no compartir conmigo, no aprobaba. En este sentido, es una rara excepción, porque la mayoría de los jóvenes musulmanes están conformes con la elección de sus padres. Tengo la intuición de que es uno de los que ha perdido

más que ganado tras su paso por una educación universitaria según el modelo occidental.

Es una lástima que los rincones más interesantes de Swat estén todavía cubiertos de nieve: no será posible acceder a ellos durante al menos otro mes. Por eso he optado por explorar las excavaciones de ruinas budistas que hay cerca, en Butkara y en Udezhan. Esta última ciudad, que fue capturada por Alejandro y que los griegos llamaban Ora, ha sido lo suficientemente interesante como para compensar el resto. Este valle, el antiguo centro de una civilización budista muy avanzada, es un tesoro arqueológico oculto. Allí donde se excave, surge algo emocionante. El acuerdo estipula que la Academia de Roma financia las expediciones del profesor Tucci y a cambio recibe la mitad de los hallazgos móviles, mientras que Swat conserva la otra mitad. Algunos de los bajorrelieves de Gandhara que decoraban los muros exteriores de las estupas eran de una belleza extraordinaria, y he sido muy consciente de la relativa juventud de nuestra civilización: ¡aunque a mis ojos parece estar a punto de morir en plena madurez temprana!

Saidu Sharif, 21 de mayo

Ser agasajada por potentados orientales está muy bien (¡entre otros lujos, dispongo de un set completo de las sinfonías de Beethoven a mi entera disposición, un regalo del doctor Adenauer al presidente Ayub!). Pero también tiene sus inconvenientes, como que se considere de muy mal gusto que una invitada en el domicilio del gobernante de un Estado se desplace por dicho Estado en una humilde bicicleta, como hice ayer. De modo que hoy, Hassan, el hermano menor de Aurang Zeb, ha organizado una excursión en coche a lo largo del valle. Un gesto muy amable por su parte, al que no podía negarme. Hemos ido demasiado rápido para mi gusto, pero ha merecido la pena llegar hasta Bahrain, donde el río Swat, procedente de su lugar de origen en los seismiles circundantes, salta imponente por encima de los acantilados en su camino al fondo del valle. Hemos tomado una pista accidentada hasta el punto donde se estrechaba el valle, momento en el cual hemos bajado del vehículo y ascendido montañas a través de frescos bosques de pinos, nogales y alerces. El día había sido caluroso y despejado al dejar Saidu, pero aquí el aire era revitalizante y refrescante. A eso de las cuatro han empezado a formarse nubes oscuras alrededor de los picos y en menos de media hora una lluvia torrencial ha reducido la visibilidad a pocas yardas, pero para entonces ya habíamos vuelto a

la pequeña aldea donde habíamos dejado el coche y donde hemos dado buena cuenta de una cena ingente a base de *paratas*, pollo asado y pasteles de almíbar.

Casi siempre la mejor parte de cada día en este lugar es el intervalo previo a la cena —a las nueve—, cuando Naseem, Aurang Zeb y yo nos sentamos a charlar durante varias horas. A veces se nos unen Hassan o el tío más joven de Aurang Zeb, el «hermano menor» del valí, que tiene la misma edad (treinta y cinco) que Aurang Zeb. Si viene alguna visita, Naseem ha de retirarse a las estancias de las mujeres porque, siendo su suegro el jefe del Estado, tanto religioso como civil, en Swat debe mantener una *purdah* estricta. Imagino que debe de ser muy duro para alguien acostumbrado a una libertad absoluta en Pindi[6] y que carece de otra mujer instruida en el hogar con quien conversar. Sin embargo, lo principal es que Aurang Zeb y ella son muy felices juntos, y esto resta importancia a todas las restricciones de su vida en Saidu.

Saidu Sharif, 22 de mayo

Las excavaciones del profesor Tucci han contribuido a que Swat se vuelva muy consciente de su pasado como centro de la civilización budista, pero este orgulloso énfasis en una era que terminó hace aproximadamente ochocientos años resulta vagamente incongruente, puesto que la población actual desciende de la tribu yusufzai de Afganistán, que emigró en torno al año 1500 de nuestra era y hostigó a quienes habitaban a lo largo del Indo antes de establecerse para disfrutar de una vida relativamente cómoda en un valle fértil.

Esta noche, Aurang Zeb me ha contado que el abuelo del primer valí —el Akhund de Swat— fue un santo guerrero que lideró a la tribu yusufzai en la batalla de Ambella en 1862, cuando el abuelo de Neville Chamberlain comandaba las fuerzas británicas.

Tras la muerte del Akhund en 1877, Swat se vio envuelto en una crisis de guerras tribales constantes (principalmente porque los dos hijos del Akhund murieron antes que él y no había ningún líder que gozara de la suficiente aceptación) que se prolongó cuarenta años. Hasta que en 1917 Badshah Sahib tomó el control de la situación y desde entonces Swat no ha vuelto a mirar atrás. En 1949, y después de treinta y dos años de esforzada labor para su pueblo, Badshah Sahib abdicó en favor de su hijo y a partir de ese momento se dedicó a llevar la vida de un asceta.

A nivel jurídico, Swat es un estado principesco dentro de Pakistán (y fue el primer estado en incorporarse a Pakistán tras conseguir su independencia). El

valí dirige todos los asuntos internos y el Gobierno central solo interviene en cuestiones de política exterior. La justicia se imparte de acuerdo con la costumbre, la ley islámica y en base a las órdenes del valí. Los ingresos anuales del Estado, que mantiene un Ejército de ocho mil hombres y un cuerpo de policía que consta de dos mil efectivos, ascienden aproximadamente a un millón de libras esterlinas. No hay impuesto sobre la renta, pero las minas de esmeraldas de aquí cerca proporcionan un millón de rupias anuales.

Hoy hemos visitado un centro de leprosos en un valle escondido en las profundidades de la cordillera Bruner. Han construido una mezquita especial para los leprosos, que pasan la mayor parte del tiempo rezando (no para curarse, sino para que nadie más contraiga la enfermedad). A medida que paseábamos, hemos visto imágenes terribles, algunas demasiado horripilantes para ser descritas, pero los leprosos estaban penosamente complacidos de ver al hijo de su valí, y él se ha mostrado muy amable y cariñoso con ellos, estrechándoles la mano sin pestañear, incluso cuando apenas quedaba mano.

---

[5] Cama tejida tradicional que se usa en el sur de Asia. *(N. de la T)*.

[6] Se refiere a Rawalpindi, en el Punyab, la cuarta ciudad más poblada de Pakistán. *(N. de la T.)*.

09

Sudando la gota gorda en Swat

De Saidu Sharif a Rawalpindi

Rustam, 23 de mayo

Sin lugar a dudas, este ha sido el día que más he disfrutado yendo en bicicleta desde que salí de Afganistán. Hemos cubierto 125 kilómetros, cruzado tres puertos de montaña (pueriles todos, de entre 1.800 y 2.100 metros, pero tan empinados que el total superaba los veinticinco kilómetros y medio, un dato no especialmente relajante cuando las temperaturas rondan los 39 ºC a la sombra y... ¡no hay sombra!). Solo he visto dos vehículos y ninguna población, me he dado tres chapuzones en un río muy hondo, no he comido más que cuatro cucharaditas de sal, he bebido veinticuatro pintas de agua y debo de haber perdido unas cuarenta y ocho pintas de sudor. (Aurang Zeb me regaló su vieja cantimplora del ejército, que tiene capacidad para seis pintas, y era muy cómodo ir rellenándola con agua del río a medida que avanzábamos).

En las aldeas, muy distantes unas de otras, los campesinos estaban ocupados cosechando cebada y un poco de trigo, ennegrecido en su mayor parte por la ausencia generalizada de lluvias. Su proceso de trilla es completamente ancestral: lanzan el grano por los aires para que la brisa separe la paja. El paisaje, como en todo Swat, era muy verde y hemos atravesado muchos pinares donde el aroma de la resina se mezclaba en el aire caliente con el perfume de una multitud de arbustos y hierbas silvestres en flor. Los sauces llorones que bordeaban algunos tramos de la carretera permitían breves huidas del sol, los setos de zarzas «irlandeses» y las cunetas inducían a la nostalgia y en las laderas de unas montañas grises y redondeadas crecían pequeños arbustos verdes semejantes al

enebro. Al cruzar el último puerto antes de volver a bajar a la llanura de Peshawar, he visto enormes losas de roca gris que me han recordado muchísimo a Inishmaan, aunque no eran tan grandes como las que hay en la isla. También he visto cinco ejemplares de los lagartos por los que esta localidad es famosa: el primero, mientras descansaba a la sombra de un árbol, y por un instante de desvarío he creído que era una cría de dragón. Miden entre noventa y ciento veinte centímetros de largo y son muy gruesos, amén de respetados por los lugareños, porque creen que matan a las serpientes (a mi parecer una ocupación bastante dudosa para un lagarto).

Hoy he pasado junto a centenares de nómadas que caminaban fatigosamente bajo un sol salvaje cargados con todas sus posesiones. Es evidente que son mucho más pobres que los nómadas afganos, porque estos en su mayoría disponen de enormes rebaños de camellos, cabras y ovejas. Los primeros apenas tienen unos cuantos burros y cabras y ninguna tienda de campaña. Las mujeres portan grandes cestos de mimbre en la cabeza con teteras, tazones de estaño, sartenes, una o dos gallinas y algo de ropa. Los hombres llevan a los bebés atados a la espalda y cargan con niños pequeños en los hombros (en cuyos brazos viajan las cabras enfermas y los cabritos cojos). En esta época del año suben a las montañas desde las planicies y se alimentan fundamentalmente con frutos silvestres y nueces. No son tan simpáticos como sus primos afganos, aunque los campesinos de estos valles son muy amables y se han quedado muy consternados al ver los regueros de sudor que dejaba a mi paso por aquel suelo polvoriento. En dos de los puertos, varios niños pastores han bajado la ladera brincando para encargarse de empujar a Roz hasta lo alto. Y no buscaban *baksheesh*, ¡solo eran «pastúnicos»!

La carretera que hemos seguido hoy se considera pista, pero es cincuenta veces mejor que las principales carreteras afganas, aunque los últimos veinte kilómetros —todo cuesta abajo—, una vez superado el puesto fronterizo de Swat, han sido muy complicados. El Gobierno pakistaní ha cubierto la superficie con unos diez centímetros de arena fina con el objetivo de facilitar el paso de los camellos, pero a Roz esto no le ha gustado. Después de que derrapara dos veces cerca del borde del precipicio, me he bajado y he continuado a pie. Estas montañas se alzan al noreste de la llanura de Peshawar, y el descenso me ha recordado a la bajada del puerto de Jáiber, aunque este paisaje es mucho más inhóspito y hermoso. Es extraordinario el modo en que las montañas se elevan sobre la llanura, sin estribaciones intermedias. El efecto es realmente maravilloso.

Rawalpindi, 24 de mayo

Anoche oscureció antes de que me diera tiempo a concluir mi entrada con una descripción de mi cama en Rustam (una aldea diminuta a muchos kilómetros de cualquier parte). Llegué allí a las siete de la tarde y, después de una cena a base de huevos fritos y pan seco —¡ecos de Bamiyán!—, me adjudicaron un *charpoy* en el exterior de una casa de té bajo un toldo de hojas de caña y estuve escribiendo hasta que a las diez se hizo de noche. Entonces me fui a dormir mientras la población masculina de Rustam al completo formaba un círculo atónito a mi alrededor. Me he levantado a las cuatro y media y ya empezaba a clarear. Nos hemos puesto en marcha a las cinco.

Hoy hemos cubierto 190 kilómetros por una carretera llana y asfaltada, a través de un paisaje agradable aunque carente de emoción. Durante los últimos 106 kilómetros el tráfico ha sido intenso, una vez que nos hemos unido a la gran carretera principal, donde los carros tirados por búfalos de agua añaden grandes dosis de peligrosidad a las condiciones ciclistas, una situación casi tan desagradable como en Teherán.

He desarrollado una nueva técnica de ciclismo para este tipo de temperaturas. En lugar de hacer un parón de tres horas a mediodía, ayer y hoy he experimentado con descansos de un cuarto de hora cada veinte o veinticinco kilómetros, un método que me ha parecido mucho más satisfactorio. A las siete y media de la mañana el calor ya era insoportable y he descubierto que veinticinco kilómetros marcan el límite antes de que aparezca la sensación de agotamiento. Pasar diez o quince minutos alejada del sol y tomar un té caliente *muy* dulce te deja como nueva para el siguiente tramo. Tal vez sea una técnica del todo errónea desde el punto de vista médico, pero simplemente me estoy dejando guiar por el instinto en cuanto a qué se adapta mejor a mi físico. A las dos de la tarde un hombre de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional al volante de un todoterreno se ha detenido a mi lado para decirme que la temperatura era de 38,8 ºC a la sombra y me ha preguntado si estaba *loca*. Le he dado las gracias y le he explicado mi técnica, pero el mero hecho de estar unos minutos quieta bajo ese sol hablando con él ha hecho que me mareara bastante. Roz va a tener que conseguir unas empuñaduras para los frenos, porque hoy me he quemado los dedos tres veces con el metal recalentado. Aunque lo que de verdad me preocupa es el efecto que este calor debe de estar teniendo en sus cubiertas.

Me hospedo con la familia de un general pakistaní. En estos momentos el general está en Londres, pero su mujer y su hija mayor me han brindado una calurosa bienvenida. Su casa recuerda a un museo militar, porque el general colecciona armas y armaduras antiguas. Mi dormitorio es su biblioteca y esto me

produce una bonita sensación hogareña (hace mucho que no duermo en una habitación forrada con libros). Es la primera casa pakistaní completamente occidentalizada en la que he estado y un «quiero y no puedo» muy tenue pero siempre perceptible impregna la atmósfera, que es mucho más formal que en Saidu. Sea como fuere, no quiero parecer desagradecida, pues todos son muy amables y francamente hospitalarios y se desviven por mí; es solo un reflejo más de *mis* limitaciones.

Anoche, mientras dormía en mi *charpoy*, los mosquitos me picaron por todas partes y hoy las picaduras me tienen martirizada. Entre esto y los chacales al otro lado del jardín que aúllan como alma que lleva el diablo, no creo que pueda dormir esta noche: por desgracia, en este lugar solo se bebe antes de cenar, por lo que a la hora de acostarse has recuperado la sobriedad.

Hoy he parado seis veces a tomar té y en ninguna de estas pequeñas casas de té han querido aceptar mi dinero. Normalmente me insisten para que además coma algo, pero he tenido que rechazar estos ofrecimientos, porque solo de pensar en comida con este calor se me revolvían las tripas (aunque soy consciente de que no puede ser bueno recorrer tales distancias en bicicleta con el estómago vacío).

Durante la cena, mientras hablábamos de mi viaje a Gilgit, se ha mencionado de pasada que todos los pilotos de la ruta aérea Pindi-Gilgit reciben una prima de peligrosidad del cincuenta por ciento debido al peligro que supone volar por el Himalaya. En ese instante he estado a punto de abandonar mi ambición de ver Gilgit, pero, como siempre, mi sangre escocesa ha ganado la partida y he decidido arriesgarme, habida cuenta de que además voy como invitada de Aurang Zeb. Sin embargo, como no soy muy valiente a la hora de volar, ni siquiera cuando se dan las mejores condiciones, no lo lamentaré cuando hayamos aterrizado a salvo. Desde luego Roz viene conmigo y a mediados de junio —con suerte— el puerto de Babusar volverá a estar abierto y desharemos el camino a nuestro propio ritmo.

Rawalpindi, 24 de mayo

He dedicado gran parte del día de hoy a intentar entender la sociedad de Pindi. La *jet set* sufre, en general, de un exceso de dinero y del tipo de esnobismo deprimente que a veces acompaña a esta aflicción. La clase más normal, aunque no menos exaltada por su rango militar y posición social, es mucho más agradable. He ido a visitar a un hermano y a una hermana del coronel Zeb, y

ambos hogares me han parecido muy afables. Begum Ghawas me ha invitado a quedarme con ellos cuando vuelva de Gilgit, una invitación que he aceptado con mucho gusto.

En Pakistán, la base de la riqueza actualmente es o bien dinero heredado, o bien beneficios procedentes de alguna de las nuevas industrias; qué lejos quedan los días del buen sueldo de los oficiales, que ha sufrido importantes recortes. Los dos hogares que he visitado hoy —el de un brigadier y el de un general mayor— presentaban un aspecto bastante deteriorado y apenas «mantenían las apariencias». No obstante, reinaba una sensación tan gratamente genuina que las normas de «prohibido beber y fumar» y «las mujeres deben observar la *purdah*» quedaban más que compensadas por la sensación de que te trataban como a una persona y no como a un espectáculo circense, que es como me he sentido con algunos de los integrantes de la *jet set*.

Hoy la Asamblea Nacional ha abierto una nueva sesión y Aurang Zeb ha acudido en representación de Swat. Ha venido a buscarme a las nueve de la mañana y me ha llevado a la Tribuna de los Visitantes Distinguidos (!), donde he conocido a una colección de tipos importantes que indudablemente pensaban que alguien había cometido un error repulsivo al admitir a tan maltrecho objeto en su rincón de la Cámara.

Me siento ligeramente superada por el intríngulis que entraña este sistema político. El presidente Ayub designa ministros que no forman parte de la Asamblea, pero que comparecen ante la Cámara para responder a las críticas y defenderse a sí mismos. La libertad de expresión dentro de la Cámara es máxima. Los miembros pueden ponerse en pie y denunciar a cualquiera, empezando por el propio presidente —cosa que hacen—, y, en líneas generales, en estos momentos este régimen es probablemente el mejor para Pakistán, aunque a algunos ciudadanos ricos les disguste. Desde luego, *no* es un régimen totalitario, como pretenden hacernos creer los enemigos de Pakistán.

Todas las actas de la Asamblea se redactan en inglés, que es el único idioma nacional práctico, dada la gran cantidad de lenguas diferentes que hablan las dos alas de Pakistán. Una moción relativa al movimiento a favor de una nación separada ha comenzado a cobrar impulso en Pakistán Oriental. Al parecer, por esa zona se está extendiendo un sentimiento de «Nos hemos deshecho de los británicos, ahora librémonos de los pakistaníes occidentales».

Desde una perspectiva étnica, la amplia mayoría de los pakistaníes orientales son bengalíes, y el único vínculo entre Pakistán Oriental y Occidental es religioso. Además, la pobreza en la parte oriental del país es muy superior a la de la occidental, con 950 personas por milla cuadrada frente a 150. En 1960 se realizó

un censo agrícola y el informe sobre Pakistán Oriental acaba de ver la luz. A continuación expongo algunos datos:

Explotación media: 3,5 acres, de los cuales 3,1 están cultivados. El principal cultivo es el arroz de diferentes tipos.	
Explotaciones agrícolas propias	61%
Propietarios-arrendatarios	37%
Fincas arrendatarias	2%
Fincas fragmentadas	90%
Fincas abonadas	45%
Explotaciones sin animales de trabajo	35%
Explotaciones lecheras	38%
Agricultores endeudados	48%
Préstamos oficiales	10%
Préstamos privados	90%
Familia agrícola media	6 personas

Se está llevando a cabo un experimento que consiste en trasplantar a familias de Pakistán Oriental a Pakistán Occidental, pero, evidentemente, su éxito es muy limitado. Sería como confiar en la felicidad de los italianos tras un establecimiento semiforzoso en Laponia. Los agricultores bengalíes no saben *qué* hacer con la tierra que rodea Karachi. Hoy ha habido discusiones acaloradas en la Asamblea en relación con este asunto y, después de hablar con algunos políticos experimentados, he tenido la impresión de que es posible crear una nación a partir de un país cuyas dos mitades no solo están separadas, sino que ni siquiera disponen de comunicaciones por tierra.

Rawalpindi, 24 de mayo

Esta tarde he ido a ver a las monjas de la Presentación. En total hay treinta, todas irlandesas. La reverenda madre, que ha pasado cincuenta años en la India, ha compartido conmigo muchas observaciones interesantes. En su opinión cristiana ha afirmado que, desde la partición, la única persona de fiar en el poder era el presidente Ayub, que es muy liberal. Todas sus hijas estudiaron en su colegio y él es consciente de lo que habría sido de Pakistán sin los pedagogos cristianos. Además, el mejor hospital del país está en manos de monjas francesas.

Ayer y hoy la temperatura se ha mantenido en torno a los 43,3 ºC, y cuando sopla la brisa es como si explotaran los hornos del infierno, incluso de noche.

A la caída de la tarde de ayer, mientras cenábamos en el jardín (eran las nueve menos veinte), el último satélite ruso cruzó el cielo a gran velocidad.

Parecía una estrella fugaz.

He llegado a la conclusión de que mi antigua teoría de que el frío extremo es mejor para viajar en bicicleta que el calor extremo no tiene ni pies ni cabeza. Al fin y al cabo, a -31ºC es *imposible* seguir pedaleando, mientras que con 44,4 ºC puedes seguir avanzando y vivir para contarlo.

Pero, si Alá quiere, mañana a esta hora me estaré refrescando en Gilgit o yaceré desperdigada en mil pedazos en un pico de los Himalayas. Os aseguro que cualquiera de estas dos alternativas me parece preferible a estar sentada en Pindi con esta temperatura. Hoy ha tenido lugar un debate muy encendido sobre si podría o no volver de Gilgit en bicicleta: nadie parecía saber a ciencia cierta en qué estado se encuentra el puerto porque ahora todos los suministros y el personal llegan en avión, pero la opinión generalizada era que este año no se abriría hasta mediados de junio como consecuencia de las nevadas tardías.

Un refrán musulmán dice: «El nombre de un hombre es el sonido más dulce en un idioma»; por eso consideran de buena educación pronunciar tu nombre cada vez que hablan contigo (un desastre en mi caso, dada mi dificultad para recordar sus nombres). A ellos, claro está, Dervla les resulta igual de imposible, así que desde Turquía en adelante he sido D. Excepto en los círculos más occidentalizados, no utilizan apellidos (lo que explica por qué los hermanos tienen nombres diferentes). Lo que realmente me intriga es la mezcla de urdu, inglés y pastún que habla toda esta gente que ha recibido una educación occidental. Entre ellos suelen utilizar los tres idiomas, a menudo intercalados en una misma frase. ¡Es un fenómeno muy curioso!

Rawalpindi, 24 de mayo

Una nueva mañana de caos. Para empezar, el avión no podía operar porque el Himalaya estaba envuelto en nubes densas. En la ruta hay picos de entre 6.000 y 7.900 metros de altura y. como los Dakotas no pueden sobrevolarlos, solo despegan cuando la visibilidad es perfecta para volar *entre* ellos. Entonces, mi anfitrión, cuya amabilidad y cuya ayuda parecen no tener límite, se ha dedicado a hacer una serie de llamadas telefónicas en dieciséis direcciones diferentes y finalmente ha anunciado que la opinión mayoritaria entre los expertos era que *podría* regresar en bicicleta a finales de junio. Por tanto, el último plan convenido consiste en volar el 2 de junio y, mientras tanto, visitar Murree y lo que se conoce como la «Cachemira Libre», empezando mañana mismo.

Por la mañana he acudido a la entrevista inevitable con Radio Pakistán. Ha

sido muy frustrante no poder decir que amaba Afganistán, ni compartir mi opinión poco favorable sobre Persia o afirmar que Bulgaria me parecía un buen lugar, etcétera. No hay nada que me irrite más que tener que andarme con evasivas.

Hoy hace bastante fresco: solo 35,5 ºC a la sombra. Me han dicho que el mayor riesgo al que me enfrento pedaleando con este tiempo es la neumonía. ¡Quién lo hubiera dicho! Pero es bueno ir prevenida.

Murree, 28 de mayo

Anoche, poco después de salir a cenar, empezó a soplar una de las tormentas de polvo por las que Pindi es célebre y, en menos de cinco minutos, todo y todos los que estábamos en la habitación estábamos recubiertos de polvo. Había polvo sobre la comida, podías sentirlo en la boca y olía fatal. Acto seguido, ocurrió algo aún más desastroso: se fue la luz, los ventiladores dejaron de funcionar y nos quedamos ahí sentados a la luz de la lámpara, chorreando sudor y moliendo polvo junto con el pilaf.

Sería razonable pensar que la gente de aquí se tomaría este calor con filosofía, pero los periódicos se ceban con el tema con titulares del tipo: «Desmayado el ochenta por ciento de los taxi-caballos de Lahore», «Las calles de Pindi, desiertas: todos huyen del sol», etcétera. Es evidente que haber nacido con ello no inmuniza a nadie. En verano, la producción fabril disminuye y baja el nivel de eficiencia en la administración pública, en los negocios, etcétera. Viniendo de Irlanda, donde estamos hambrientos de sol, una tarda un tiempo en adaptarse a la costumbre de evitar el sol: es muy *raro* sentarse a comer con las cortinas echadas y las luces encendidas.

Hemos salido de Pindi a las siete y media de la mañana después de lo que aquí se considera «trasnochar» (acostarse a las once y cuarto) y hemos cubierto sesenta y cinco kilómetros, de los cuales hemos tenido que caminar los últimos treinta y nueve porque la carretera pasaba de 400 a 2.145 metros, con una pendiente media del 7,1 por ciento. Era fascinante observar la llanura cada vez más distante a medida que ascendíamos y advertir que la flora resultaba cada vez más familiar, hasta que hemos estado rodeadas de margaritas, dientes de león, castaños en flor, pinos majestuosos, rosales blancos y rosas y un sinfín de arbustos preciosos. Mi favorito ha sido uno con las hojas verde oscuro y flores llameantes. A pesar de que subíamos, el calor se ha mantenido intenso, así que a la una de la tarde he abandonado a Roz en una casa de té y me he recogido en las

profundidades de un silencioso pinar, donde he dormido una hora antes de ir a explorar la fresca penumbra del bosque. Murree es la única estación de montaña de Pakistán y durante todo el día la carretera ha estado muy concurrida con los coches elegantes de las familias adineradas que se desplazaban a sus residencias de montaña desde las planicies. (En verano, la población de Murree pasa de quince mil a cincuenta mil habitantes, por lo que no es exactamente mi tipo de destino...). A las cinco he continuado el sudoroso ascenso haciendo parada en todas y cada una de las casas de té que han salido a mi encuentro para absorber azúcar, sal y zumo de mango, que supuestamente es el mejor remedio que existe para el agotamiento por calor, algo que sospecho que sufro sin cesar. Los mangos, que deben estar verdes, primero se asan y después se extrae el jugo, así que he salido de Pindi cargada con una buena provisión.

La hora transcurrida entre las seis y media y las siete y media ha sido inolvidable. Los colores del atardecer teñían las crestas nevadas de las estribaciones del Himalaya, y unas sombras alargadas surcaban las pronunciadas laderas del valle, cultivadas en terrazas regadas siguiendo un orden y salpicadas con pequeñas casas de barro. Al breve crepúsculo ha seguido el fresco resplandor de la luz de la luna mientras me arrastraba los tres últimos kilómetros, los más empinados, hasta el albergue del Departamento de Obras de Pakistán —PWD, por sus siglas en inglés—, desde donde ahora escribo medio dormida. En una esquina de la habitación hay una serpiente pequeña, pero también parece adormilada y, como estoy demasiado exhausta para enfrentarme al alboroto y a las tonterías que comportaría dar aviso de su presencia a las autoridades, me arriesgaré a pasar la noche en su compañía. Probablemente sea inofensiva.

Muzaffarabad, 29 de mayo

Ahora que ya he perdonado a Pakistán por no ser Afganistán, estoy disfrutando del país como loca y el día de hoy ha sido maravilloso. He salido de Murree a las siete de la mañana después de ir a visitar a las monjas irlandesas de la Presentación a las... ¡siete menos cuarto! Me han recibido muy bien. Siempre parecen tan contentas de ver a algún recién llegado de Irlanda que vale la pena el esfuerzo de responder por enésima vez todas las preguntas habituales. Al salir de Murree, un coche lleno de turistas se ha detenido para preguntarme si era la mujer irlandesa. Cuando he dicho que *sí*, han querido saber si me dirigía a Madrás, y he respondido que tal vez, en vista de lo cual me han dado su dirección y me han insistido para que vaya a visitarlos. Después han proseguido su camino,

¡así, sin más! A estas alturas ya debería haberme acostumbrado, pero la hospitalidad y la amabilidad que demuestran todos en esta parte del mundo no dejan de conmoverme y asombrarme.

Los primeros cuarenta y ocho kilómetros de hoy han consistido en un descenso continuo (un paisaje aún más hermoso que el de ayer, y sin tráfico, porque esta es la zona prohibida de Cachemira Azad). He visto mis primeros monos y me he pasado casi dos horas persiguiéndolos con mi cámara por un denso bosque y, si os fijáis, tiene su gracia. ¿Cómo esperaba fotografiar a dos monos, teniendo en cuenta que ni siquiera consigo sacar una fotografía medianamente decente de una montaña que se queda quieta a la espera de ser fotografiada? Ni que decir tiene que me han evitado sin esfuerzo, pero solo después de haberme conducido con deliberada malicia hasta casi la cima de una montaña tan escarpada que me ha dado pánico mirar hacia abajo, pero al tiempo que era consciente de que debía volver. He permanecido cuarenta minutos colgada de un arbusto mirando desolada hacia abajo y tratando de hacerme a la idea de descender de la mejor forma posible, mientras aquellos dos se abrazaban con alegría y se reían de mi aprieto. Hasta que, de pronto, me he acordado de que Roz se había quedado desatendida al borde de la carretera y me ha entrado tanto miedo que me he soltado del arbusto y he iniciado mi descenso cayendo desde una altura de casi dos metros a una zarza (sin duda, la guinda a la alegría de esos monos). En el proceso he adquirido montones de arañazos horribles. Después, he agarrado la cámara con la boca y he bajado como un mono, balanceándome de rama en rama por los pinos y grandes arbustos.

No consigo entender a los pájaros de este lugar. Se ponen a cantar —unos trinos muy melodiosos, por cierto— en pleno calor de mediodía, algo que nunca se le pasaría por la cabeza a ningún pájaro irlandés bien criado. Y qué colores: ¡gloriosos! Los hay tan pequeños como nuestras mariposas, y algunas de las mariposas, que son igual de hermosas que las aves, alcanzan el tamaño de nuestros petirrojos. También abunda un brezo precioso, blanco y de un dorado bermejo extraordinario, pero no hay de color púrpura.

Pasados cuarenta y ocho kilómetros, habíamos descendido hasta los seiscientos metros, el nivel del río, que ahora está desbordado por el deshielo y fluye a toda velocidad entre las altas montañas. Durante los siguientes cincuenta y seis kilómetros a lo largo de esta carretera más o menos llana discurría el río: una excursión en bicicleta memorable, aunque el calor apretaba tanto que era incapaz de superar los trece kilómetros por hora, con innumerables paradas para sentarme desnuda bajo las cascadas. He visto montones de troncos que la corriente arrastraba desde la parte alta del río a una velocidad formidable. No ha

habido más puentes después del que he cruzado a los pies de las montañas; los lugareños emplean cuerdas de polea suspendidas sobre las espumeantes aguas de doce de metros de profundidad y cuarenta y cinco metros de ancho. Las cruzan como si tal cosa, parecen artistas de circo: solo utilizan las manos. He visto que en esta región algunas personas construyen sus chozas con piedras, igual que los isleños de Aran, y las techan con paja plana cubierta de barro.

Aquí estoy, una vez más agasajada por el Ejército en un campamento maravillosamente rudimentario a la ribera del río. Escribo esto sentada en un *charpoy* con vistas al estruendoso torrente que reluce a la luz de la luna. Pero incluso a estas horas hace demasiado calor porque estamos en un valle estrecho rodeado por montañas rocosas que de noche retienen y devuelven el calor diurno y, aunque sopla una brisa fuerte, el calor es asfixiante.

He parado media hora en la pequeña localidad de Muzaffarabad y he comentado con los lugareños el problema de Cachemira. En mi mapa Bartholomew esta región aparece ubicada en la India, pero aquí consideran que está en Pakistán: ¡me rindo! Lo que es indudable es que poseen su propio «Gobierno de Cachemira Azad [libre]», un organismo separado y financiado por el Gobierno de Pakistán. En líneas generales, esta gente es la más simplona que he visto desde Persia, pero se muestran cordiales una vez superada la conmoción inicial de presenciar una llegada tan poco corriente. He conocido a dos funcionarios gubernamentales y a un «doctor» del lugar (que no está cualificado, pero tiene un estetoscopio de segunda mano y sabe poner inyecciones, así que la gente piensa que es maravilloso) y todos coinciden en que la única forma de obtener Cachemira es mediante la lucha, una opinión que comparten casi todos los pakistaníes, independientemente de su clase o condición.

Desde la ciudad a este campamento hay una caminata de tres kilómetros y pico por una pista enfangada junto al río, pasado uno de los colosales fuertes de Akbar: una imagen espléndida bajo la luz de la luna, sobre una amplia curva del río y a su vez presidida por montañas escarpadas. Es un lugar muy tranquilo. Hay una pequeña aldea cerca donde los campesinos tamizan el grano a la luz de la luna en su era de barro batido. Ahora me dispongo a dormir bajo las estrellas.

Abbottabad, 30 de mayo

Otro día maravilloso. He dormido de nueve y media a cuatro y media y me ha despertado una luz pálida que se extendía por las montañas a medida que iba cubriendo sin prisa el valle. A las cinco y cuarto ya estábamos en camino y a las

siete, después de nueve kilómetros y medio a pie cuesta arriba, habíamos alcanzado la cima de un puerto abrumador. Como siempre, no quedaba carrete para fotografiar las vistas gloriosas de un río que formaba un semicírculo alrededor de la base de una montaña de granito a miles de metros justo por debajo de mí. La montaña en la que estábamos era tan vertical que he arrojado una piedra grande al agua desde esa altura. A continuación, dieciséis kilómetros cuesta abajo sin pedalear, con vistas a otro valle fluvial muy distinto, pero igual de bonito. Luego comenzaba una subida muy empinada de casi trece kilómetros a través de pinares milenarios donde reinaba el silencio y desde donde se veían los inmensos picos de los Himalayas, afilados y cubiertos de nieve, a lo lejos, entre árboles gigantes. Después hemos vuelto a rodar cuesta abajo sin pedalear otros ocho kilómetros, y los últimos treinta y dos atravesaban un paisaje ondulado lleno de árboles, campos de maíz dorados, acantilados de arcilla rojizos y aldeas de adobe. En estos momentos, el calor es extremo y me siento extrañamente irascible; si la gente hace el tonto en la carretera y Roz casi les tira al suelo, pierdo los estribos y les lanzo una retahíla de palabrotas. Pobres diablos, ¡seguro que este calor también les reblandece el cerebro!

Desde que me fui de Swat he visto muy pocas vacas, ovejas o cabras. El cultivo principal de esta región es el grano. Una de las imágenes más espantosas que he visto por estos lares es una vaca preñada. Están tan desnutridas que es posible apreciar a la perfección el contorno de la cría en su vientre. Solo los más pobres usan leche de vaca. La mayoría prefiere la de búfala, porque los búfalos son inmunes a la tuberculosis, mientras que las vacas apestan a ella, igual que gran parte de la población humana de por aquí. La leche de búfala es deliciosa: de una blancura absoluta y mucho más rica y nutritiva que la de las vacas.

La familia con la que me hospedo esta noche es encantadora. Una de las hijas es médica y ahora mismo trabaja en Lahore, pero antes dirigió el hospital local durante dos años y sin ayuda de nadie, donde efectuaba una media de veinte operaciones de cesárea semanales sin posibilidad de contar con una sola enfermera o anestesista. Uno de los resultados de la desnutrición es que el suelo pélvico de la madre —entre otros huesos— se desintegra durante el embarazo, cuando el calcio del sistema se destina a formar los huesos del bebé y, como resultado, no puede dar a luz con normalidad. Hace algún tiempo, tras el fracaso del intento de impulsar la anticoncepción, el Gobierno, desesperado, gravó cada nuevo nacimiento con un impuesto, pero esto tampoco funcionó y el impuesto acabó por suprimirse. Aun así, el ochenta por ciento de las muchachas se casan en cuanto alcanzan la pubertad y engendran diez o quince niños, el setenta por ciento de los cuales nacen enfermos y, ahora que las epidemias empiezan a estar

controladas, la mayoría de estos bebés están abocados a vivir como semiinválidos.

Wah, 31 de mayo

Hoy la temperatura en las llanuras se ha disparado a 44,4 ºC y vuestra reportera ha empezado a pensar que Yugoslavia en febrero de 1963 en el fondo no era un lugar tan horrible. Mi destino inicial para esta noche era Pindi, pero no he sido capaz de cubrir más de noventa y dos kilómetros, e incluso estos me han parecido noventa y dos de más. No he elaborado un informe del paisaje de hoy porque no he tenido fuerzas para observarlo mientras avanzaba penosamente con el aire caliente abrasándome los pulmones. Solo sé que había pocos árboles y casi nada de follaje, una carencia que siempre acentúa el calor. A cada lado se extendían campos de rastrojos desnudos y áridos páramos de roca y suelo pedregoso. (Si no volvéis a tener noticias mías, ¡sabed que pensaba en vosotros mientras yacía moribunda en el camino!). La familia sumamente agradable con la que me alojo esta noche es amiga de mi anfitrión en Abbottabad, al igual que las personas con las que he compartido una pausa esta tarde entre la una y las cinco y media. He llegado aquí al atardecer, a las siete y media, muy cercana al colapso.

Pindi, 1 de junio

Cuando Roz y yo hemos salido de Wah a las ocho y media de la mañana soplaba un viento de cara tan intenso que solo hemos conseguido arrastrarnos a ocho kilómetros por hora a pesar de que la carretera era llana. Un vendaval absolutamente abrasador, como si acabaran de abrir un horno, y al cabo de unas tres horas, de repente, la cabeza me estallaba, me han entrado náuseas, agudos calambres en los músculos de las piernas (esto, creo que por falta de sal, aunque en los últimos días he consumido más de tres cuartas partes de 450 gramos de sal sólida). Por suerte, estábamos en la carretera principal que va de Peshawar a Pindi, donde el paso de autobuses es frecuente, así que he parado uno y me ha subido un pasajero con los ojos como chiribitas que me ha preguntado si estaba loco de remate o era inglés. Sus palabras enseguida me han hecho sentir mejor y le he contestado: «Ninguno de los dos: una mujer irlandesa», pero él ha dicho que era más o menos lo mismo. Pindi estaba a tan solo ocho kilómetros y, después de tumbarme en mi habitación climatizada en casa del general y de absorber ocho

pintas de zumo de mango y leche agria cargada de sal, sobre las dos de la tarde ya había recuperado fuerzas... Tantas como cualquiera podría recuperar en esta región infernal.

Esta tarde tenía una cita con un tal padre O'Leary en el Hospital de la Misión, a trece kilómetros de aquí. A las tres he sacado la cabeza fuera y he sentido como si me quemaran la cara. He retrocedido al instante, tocado la campanilla y pedido el Jaguar con aire acondicionado, como lo habría hecho un lord. Pobre Roz, ¡ha debido de pensar que la dejaba plantada!

Prefiero intentar olvidar las imágenes que he visto en el hospital, sobre todo en los pabellones infantiles. Bebés de un mes que apenas llegaban a los 700 gramos, que me cabían en la palma de la mano (*sin ser* prematuros). Y esto no ha sido lo peor...

El padre O'Leary me ha explicado que esta es una de las pocas diócesis en las que los católicos romanos pueden obtener dispensas del obispo para contraer matrimonio con musulmanes. Desde la perspectiva islámica, si una muchacha musulmana se casa con un cristiano, él debe convertirse al islam, pero, si un hombre musulmán se casa con una muchacha cristiana, esta puede conservar su propia fe. (Las cristianas y las judías son las únicas no musulmanas con las que pueden casarse los hijos del Profeta).

Se ha desatado una nueva tormenta de arena espectacular y hemos vuelto a quedarnos sin electricidad, así que escribo esto bañada en sudor a la luz de una lámpara de aceite.

Pindi, 2 de junio

A las cinco y media de la mañana estaba en pie y he visto el cielo encapotado, lo que me ha permitido apreciar un descenso de las temperaturas hasta unos frescos y deliciosos 29,4 ºC. Con las mismas, he llamado al aeropuerto para preguntar por vuelos a Gilgit, pero los Himalayas estaban tan nublados que no va a desplazarse nadie hasta el martes por la tarde como pronto: menuda decepción, aunque el frescor de hoy supone tal alivio que nada más parece importar demasiado. Ahora es la una de la tarde y la temperatura es de tan solo 31,6 ºC; sigo sudando a chorros, pero sin esa horrible sensación de agotamiento físico y mental total.

En el desayuno hemos mantenido un debate interesante sobre los distintos trabajadores cristianos en Pakistán. Me ha producido una lógica satisfacción saber que todos mis interlocutores agradecen enormemente que los profesores y

trabajadores médicos católicos nunca intenten convertir a nadie. En los últimos treinta y cinco años, periodo durante el cual han educado a miles de niñas musulmanas, las monjas de la Presentación no han convertido a nadie. He hablado con más de veinte de sus antiguas alumnas y todas han expresado un amor y una admiración profundos hacia ellas. Por otro lado, todas las misiones protestantes —tanto educativas como médicas— repelen a los musulmanes porque sus enseñanzas y tratamientos médicos siempre van acompañados de lo que los musulmanes denominan «propaganda insultante». En sus colegios los niños tienen que estudiar la Biblia y la doctrina cristiana, y junto con las medicinas dispensan folletos y panfletos sobre el «Buen Camino hasta Dios». Sé que es cierto porque el otro día visité un hospital-misión protestante y la matrona me mostró la «literatura» que distribuyen: una cosa horrible y enfermiza que le quitaría la fe en el cristianismo de por vida al mismísimo papa. Mi anfitrión lo ha resumido muy bien esta mañana de la siguiente manera: «Los protestantes parece que vienen aquí porque odian el islam y los católicos porque aman a Dios». Sin duda, cada cual determinará qué postura es la correcta en función de sus opiniones, pero a título personal yo estoy del lado de los católicos, porque tienen el sentido común y la buena educación de admitir, en la práctica, aunque no en la teoría, que el islam es un «Camino a Dios» diferente, pero no necesariamente inferior o erróneo. Y, claro, el resultado de esto es que en Pakistán existe una auténtica sintonía entre los musulmanes instruidos y los católicos, aunque aquí, como en todas partes, los mulás semianalfabetos odian cualquier forma de cristianismo.

Supongo que habréis leído u oído algo sobre la catástrofe ciclónica que ha golpeado Pakistán Oriental. Mucha de la gente que he conocido actúa como si este fuese el método elegido por Alá para reducir la población y no se percibe un sentimiento de «desastre nacional» en el ambiente, a pesar de que así es como el presidente ha calificado la situación. Para el pakistaní occidental medio, lo que sucede en Pakistán Oriental no es ni más ni menos importante que lo que ocurre en Madrás o en Hyderabad. A estas alturas he conocido a muchos pakistaníes que consideran que la India es su hogar y se lamentan de no poder regresar para visitar a sus parientes, de no ser aceptados por los verdaderos autóctonos de esta zona o de haber perdido todas sus propiedades en la época de la partición, así como la mayor parte de sus amigos, que eran, o bien hindúes, o bien sijs. A muchos de ellos les he preguntado por qué eligieron Pakistán cuando la India está mucho más cerca y les es mucho más querida, y su respuesta es: «Por el bien de los niños». Según parece, aunque en la vida social india ordinaria las distintas religiones —al menos entre las clases cultas— se mezclan entre sí sin fanatismos,

oficialmente la juventud musulmana sufre discriminación en la nueva India (o eso dicen aquí; investigaré la situación lo mejor que pueda una vez que llegue allí). ¡Qué complicado resulta todo!

He pasado la tarde aprovechándome del frescor y de la consiguiente restitución de mi cerebro a lo que yo considero un estado normal y apto para trabajar en un artículo. Después de cenar he salido a ver qué se cuece en las calles. Está terminando el Shia Muharram, cuando lloran el asesinato de uno de los discípulos del Profeta a manos de otro y ejecutan una penitencia terriblemente masoquista que consiste en azotarse con látigos y, en ocasiones, hacerse cortes en el cuerpo con cuchillos. Supuestamente, es un momento peligroso para que las mujeres se desplacen desprotegidas por el país, porque esta penitencia a menudo concluye con un frenesí sexual incontrolable, pero en una ciudad muy vigilada y (más que) civilizada como Pindi no corro ningún peligro. He visto a muchos hombres volviendo de las mezquitas con sus propios látigos, dos de ellos con la camisa ensangrentada. En Pakistán no hay muchos chiitas y la mayoría de ellos residen en los alrededores de Gilgit, donde también hay una zona poblada por ismaelitas (seguidores del Aga Khan). Mañana es día festivo en el mundo musulmán (sus festividades religiosas son legión) y he descubierto que por eso no hay vuelos a Gilgit. De todas formas, la previsión meteorológica para mañana en los Himalayas es mala: ¡un aumento de las temperaturas! En verano, el tiempo aquí se considera una emergencia nacional, con emisiones cada dos horas para informar a la población de la temperatura para que puedan actuar en consecuencia y no morir de insolación. En términos de malestar, no hay mucha diferencia entre 37,7 ºC y 43,3 ºC, pero desde el punto de vista de la salud 43,3 ºC es letal y nadie se atreve a arriesgarse bajo un sol como ese; de ahí la emisión de advertencias que comunican que es el momento de entrar y quedarse dentro. Como es natural, en esta época no se hace gran cosa. En esta casa hay cinco sirvientes, pero, más allá de suministrar comidas, se pasan el día tumbados durmiendo sobre el suelo de mármol y nadie tiene el valor de decirles que toda la casa está cubierta de polvo. Estoy muy impresionada por el trato que reciben los sirvientes de las familias pakistaníes. En todos los hogares en los que me he alojado las relaciones entre la familia y el personal son motivo de satisfacción para todos. No hay tonterías de pólizas de seguros, ni falta que hace, porque, cuando un sirviente enferma, la familia cubre todos los gastos y algún miembro va a visitarlo cada día al hospital. Cuando son mayores y se jubilan, y sus hijos y nietos ocupan su lugar, los sirvientes siguen viviendo allí hasta su muerte y los miembros más jóvenes de la familia los quieren y respetan como si fueran parientes ancianos, y acuden a ellos con diversos problemas en busca de consejo

y consuelo. El sueldo medio es de dos libras a la semana, pero se les proporciona vestimenta y comen lo mismo que la familia. Al principio me costó mucho acostumbrarme a tocar una campanilla cada vez que quería beber algo o si había olvidado mis cigarrillos en otra habitación, pero, ahora que le he pillado el truco, no me importa. El sentido del decoro del servicio se ve ofendido si la *memsahib* va a por sus cigarrillos, y debo admitir que con este maldito calor la *memsahib* está feliz de que alguien vaya a por ellos. (Me he vuelto adicta a masticar nuez de betel y se me están destrozando los dientes; tengo que abandonar este vicio cuanto antes).

Un aspecto que me desconcierta de las costumbres locales es que los sirvientes nunca llaman a la puerta antes de entrar en una estancia. Y, como con esta temperatura soy propensa al nudismo en lo que considero la intimidad de mi tocador, el resultado es que todos los implicados terminan de los nervios: yo agarro una toalla de baño al más mínimo ruido de pasos y los criados dejan mi bandeja con el té al otro lado de la puerta por temor a lo que podrían contemplar si pusieran un pie dentro.

10

Cruzando los Himalayas al límite

De Rawalpindi a Gulapur

Gilgit, 4 de junio

Jamás en mi vida pienso volver a permitir que nadie me convenza de abandonar la madre tierra y cruzar los Himalayas brincando por los aires como si estuviera atrapada en una pesadilla. Si tengo que quedarme aquí, en Gilgit, hasta que abran el puerto en agosto, que así sea: *de ninguna manera* voy a subirme de nuevo en ese inenarrable avioncito y repetir esa ruta monstruosa hasta Pindi. Me había hecho a la idea de que el vuelo sería espeluznante, pero esto ha superado hasta mi peor fantasía.

He llegado al aeropuerto a la una y media de la tarde y, después del trayecto de nueve kilómetros y medio en bicicleta desde la ciudad, he necesitado beber hasta la última gota de mi botella con capacidad para seis pintas. Hoy ha sido el día más caluroso de cuantos llevo, el cielo dibujaba un arco incoloro y feo y el sol flagelaba despiadadamente la ciudad y la llanura circundante asfixiada por el polvo.

En el porche solo esperaban otros dos pasajeros: un par de hombres jóvenes de Karachi llamados Mukhtar y Rifat, para quienes la combinación de mujer y bicicleta a punto de volar a Gilgit era lo más raro que habían visto nunca.

—Pero ¿*para qué vas*? —me ha preguntado Mukhtar.

—Para escapar de todo esto —he repuesto, mientras el sudor resbalaba raudo por mis brazos y caía en forma de cascada a la altura del codo sobre mis ya desbordados pantalones cortos.

Esta respuesta les ha parecido la mar de ingeniosa y se han reído encantados.

—¿No te gusta nuestro tiempo? —ha dicho Mukhtar, buscando una reacción por mi parte.

—Odio vuestro tiempo —he contestado bruscamente mientras desviaba un torrente de sudor fuera de mis ojos—, pero es lo único de Pakistán que no me gusta, ningún país es perfecto.

Rifat ha pedido una ronda de Coca-Colas.

—Gilgit es un lugar muy interesante e histórico —ha comentado en un tono amable y reprobatorio.

—Sí —he suscrito, cansada—. Hace un tiempo tenía un montón de razones puramente intelectuales para querer visitar Gilgit, pero ahora solo se me ocurre una razón estúpida.

Rifat ha suspirado.

—Temo que vayas a llevarte una decepción, porque Gilgit es muy caluroso.

(Y no le faltaba razón, como ahora ya sé de primera mano).

A las dos varias figuras se han desplazado con torpor por la pista hacia nuestro avión empujando un carrito lleno de suministros para Gilgit (entre los que se incluía Roz). A las dos y veinte estaba dentro del pequeño Dakota, que llevaba horas expuesto al sol y en su interior hacía tanto calor que, de no haber sido por el susto que llevaba encima, me habría desmayado. No sé muy por qué me ha dado por pensar que tenía más probabilidades de morir si no era del todo consciente mientras cruzábamos a toda velocidad los Himalayas en un aparato como este. Me he abrochado el cinturón de seguridad y un miembro de la tripulación me ha ofrecido un periódico para distraerme de mis preocupaciones En la primera página he leído el siguiente titular: «23 fallecidos en un accidente de avión en los Himalayas indios».

Hemos despegado puntualmente a las dos y media, cuando el calor arreciaba de un modo tan furibundo desde la llanura que era como si, en lugar de chocar con bolsas de aire, cayéramos dentro y fuera de ellas, hasta que ya no sabía si tenía la barriga en la cabeza o la cabeza en la barriga, pero de lo que sí estaba segura era de que la siguiente vez que nos desplomáramos sería hasta el suelo. En ese momento casi deseaba que nos estrelláramos. Por lo menos mi barriga aguantaría *in situ* o, en el caso de que no lo hiciera, me daría exactamente igual. Enseguida hemos dejado atrás la planicie y hemos sobrevolado el terreno que recorrí en bicicleta en mi desvío a la zona prohibida de Cachemira Libre. Esta región de colinas marrones y redondeadas y profundos valles verdes ha dado paso a un paisaje de picos rocosos desnudos, glaciares gigantes y grandes extensiones de rocas de lutita desperdigadas. Volábamos tan bajo que en ciertos aspectos era lo más parecido a hacer senderismo por esta zona, donde ni siquiera

las tribus más robustas han intentado habitar jamás y que solo han pisado un puñado de valientes comerciantes y montañeros. Por lo demás, era totalmente distinto. Cuando hemos sobrevolado los 7.984 metros del Nanga Parbat, cuyo triple pico presidía los miles de montañas nevadas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones, de pronto he sido muy consciente de lo equivocada que era esta forma de acercarse a una noble cordillera. Una debería *ganarse* el privilegio de mirar hacia abajo en un escenario como este mediante su esfuerzo y, dado que yo no había hecho nada para merecer vislumbrar estas bellezas tan remotas, he sentido que hacía trampas y que esta máquina impertinente, desagradable y ruidosa que me transportaba mecánicamente era un insulto para las montañas. Probablemente pensaréis que esto no es más que uno de mis cansinos arrebatos de romanticismo, pero no estoy segura de que en esta ocasión tengáis razón. Cuantos más lugares y pueblos sin mecanizar conozco, más me convenzo de que las máquinas han provocado daños incalculables al desequilibrar la relación entre el hombre y la naturaleza. El mero hecho de pensar y hablar de la naturaleza de la forma en que lo hacemos es sintomático. Referirnos a la naturaleza como una entidad aparte (algo que admiramos, evitamos, estudiamos o pintamos) demuestra cuánto nos hemos apartado de ella. Marco Polo la consideraba el telón de fondo de las aventuras y empresas humanas, una reacción que solo puede ser saludable siempre que nuestras vidas estén básicamente en armonía con ella. (Es cierto que Roz es una máquina y que, en aras de la lógica, yo debería haber caminado o cabalgado desde Irlanda, pero al menos yendo en bici te ejercitas, la velocidad no es demasiado ofensiva y estás continuamente expuesta a los elementos). Supongo que todos nuestros avances científicos suponen un aliciente excelente para el intelecto superior de la especie humana, pero lo que nos están haciendo estos avances me resulta literalmente trágico. Al fin y al cabo, la emoción y el estímulo de descubrir y desarrollar incumbe solamente a unos pocos, mientras que millones de personas llevan una vida cada vez más debilitada y sintética a causa de los logros de esos pocos. Cuando Sterne se fue de viaje por Francia e Italia, tuvo que reunir un valor y una iniciativa muy superiores a los que necesita el viajero contemporáneo para recorrer los cinco continentes. En nuestros días, la gente emplea menos de la mitad de su potencial porque el «Progreso» los ha privado del incentivo de llevar una vida plena. Todo esto ha ido aflorando en mi mente por la actitud generalizada ante el concepto de lo que es para mí viajar, que en su día asumí como un comportamiento normal, pero que, sin embargo, la mayoría de la gente califica de excentricidad descabellada por el simple hecho de que implica una cierta dosis de lo que ahora se percibe como pérdida de comodidades, aunque

para nuestros antepasados era el pan de cada día: emplear la energía física para ir del punto A al B. Desconozco qué se derivará de todo este «progreso» (imagino que algo bastante calamitoso). No obstante, seguimos formando parte de la naturaleza, a pesar de nuestros asombrosos avances científicos, y, cuanto más nos esforcemos en olvidar o ignorar este hecho, menos orgullosos podremos estar de ser hombres.

A todo esto, los últimos quince minutos de vuelo no he tenido tiempo para tales especulaciones pseudofilosóficas porque en esos instantes el prosaico mundo del transporte de pasajeros quedaba muy lejos y, en su lugar, habíamos accedido a la esfera de las acrobacias aéreas. Aquí las montañas son demasiado elevadas para sobrevolarlas a bordo de un Dakota, así que estábamos atrapados en una garganta plagada de rocas y, en mi opinión, demasiado estrecha para atravesarla en un avión como ese. Según dicen, llegados a este punto, incluso los viajeros aéreos más motivados comienzan a idear rutas alternativas para regresar a Pindi. La sensación de mirar por la ventanilla y ver ásperas paredes rocosas que parecen estar a menos de un palmo del extremo de las alas es de todo menos divertida. Me han asegurado que el margen a cada lado es de casi veinte metros, pero me reitero en que, desde el prisma de la sensación del pasajero, estamos hablando de ¡menos de un palmo! Cuando hemos aparecido por encima del valle, el descenso ha sido tan abrupto que he sentido un dolor atroz en el oído derecho (tan intenso que no podía pensar en nada más y hasta me he olvidado de temer el momento del aterrizaje, que en condiciones normales suele reducirme a un deshilachado manojo de nervios). Antes incluso de ser consciente de que habíamos tocado tierra, a Roz y a mí nos han arrojado fuera junto con el resto de las mercancías y me he descubierto a cargo de un joven teniente de los Gilgit Scouts al que habían enviado con un todoterreno a mi encuentro. Diez minutos después me recibía el coronel Shah en el cuartel general de los scouts; sin duda pensaba que le habían endosado a una lunática y ha empezado a disuadirme de intentar cruzar el paso de Babusar con Roz. Por fortuna, es un hombre perceptivo y enseguida se ha percatado de que, cada vez que pronunciaba la palabra *imposible,* lo único que conseguía era fortalecer mi perversa determinación. Al final hemos optado por cambiar de tema y nos hemos puesto a conversar sobre la Agencia de Gilgit[7] desde una óptica más impersonal.

Mi anfitrión me ha explicado que la primera vía transitable en todoterreno desde el valle de Kaghan a Chilās fue construida hace unos cuatro años y ahora se utiliza de manera habitual durante los tres meses en los que el puerto de Babusar se abre. La llegada del primer todoterreno a Chilās marcó una ocasión histórica. Todos sus habitantes acudieron a verlo y, con su característica consideración, los

campesinos proporcionaron un abundante almuerzo a base de hierba recién cortada a aquel animal extraño y novedoso. Estaban convencidos de que un todoterreno era el cachorro de dos de esas curiosas criaturas que tan a menudo cruzaban el cielo sobre los valles, y suponían que, una vez que alcanzaba la madurez, podría volar. Esta historia no es muy original: todos los pueblos del mundo primitivo reaccionan igual la primera vez que ven una máquina. Pero tampoco me parece una historia graciosa, aunque muchas veces se cuenta como una broma a costa de la «ignorancia campesina».

A continuación, el coronel Shah me ha informado con orgullo de que se está trabajando en una carretera apta para todoterrenos de enero a diciembre que en pocos años mejorará de manera sustancial la comunicación con el resto de Pakistán (conocido como «tierras bajas» por los residentes anglófonos de Gilgit). Os podéis imaginar el escaso entusiasmo que me ha provocado esta información. Es innegable que algo debe hacerse para mejorar la economía de esta zona (solo llevo un par de horas aquí y yo misma me doy cuenta), pero, como siempre, temo que el deterioro pese más que las mejoras cuando el siglo XX aparezca con su bullicio por la carretera nueva. ¡Ojalá alguien supiera cómo utilizar los recursos naturales de Gilgit —sobre todo, la abundancia de fruta— sin destruir su singularidad! Al fin y al cabo, esta región apenas se ha visto abocada al empobrecimiento y al olvido. Antes de que las tensiones internacionales ejercieran su terrible impacto en la vida del hombre de a pie, la ciudad de Gilgit era un importante centro comercial en la ruta Sinkiang-India y un mercado próspero para la venta y el intercambio de mercancías de Asia Central, China e India, un triste contraste con su importancia actual como centro militar.

Ha sido muy agradable estar sentada en el césped liso de la cantina de los oficiales bajo plátanos de sombra tan altos y elegantes que era imposible asociarlos con sus primos londinenses revestidos de hollín. Un ordenanza nos ha estado sirviendo frecuentes bebidas de naranja a las que todo el mundo añadía de manera automática un buen pellizco de sal. Y es que *hace* calor, con una temperatura media en junio de 34,4 ºC a la sombra (de no haber venido directamente desde Pindi, me habría parecido un lugar infernal). A nuestra espalda, casi sobresaliendo por encima de la maraña de edificios de la cantina, se alzaba una pared montañosa de 2.700 metros de roca descarnada y gris que se replicaba en el lado opuesto del estrecho valle. Este encajonamiento es lo que hace que las temperaturas se mantengan tan elevadas a pesar de los casi 1.500 metros de altitud. Por debajo, en el valle, las hermosas cumbres nevadas de más de 6.000 metros destacaban en el apacible cielo del atardecer y, mientras se ponía el sol sobre las paredes del valle, estas iban cambiando de color y un

resplandor rosa y violáceo parecía iluminar toda la escena.

Mientras cenábamos en el porche, ha salido la luna llena y, al terminar, alumbraba todo el valle. Era tan bonito que he ido a dar un paseo (¡ante la desaprobación tácita de todos los presentes!). Tras una bajada muy pronunciada de unos ochocientos metros, el camino ha girado hacia el oeste por el fondo del valle, pasados los puestos cerrados del bazar. Altas moreras y albaricoqueros creaban intrincadas sombras en el camino arenoso y lo único que rompía el silencio era la furia del deshielo en el río Gilgit. El cielo era de un extraño azul regio y todas las estrellas, a excepción de las más brillantes, estaban apagadas, mientras que al otro lado las montañas se transformaban en barreras plateadas a medida que las superficies de cuarzo reflejaban la luz de la luna. He caminado durante más de una hora y este paseo ha conseguido que el horror del vuelo mereciera un poco la pena.

Hoy duermo en un *charpoy* bajo un plátano de sombra y he escrito esta entrada a la luz de la luna y de la bicicleta. Como habréis notado, ayer no apunté ninguna impresión. Debería haber asistido a la procesión de Muharram a las diez de la mañana, pero no me atreví a salir de mi habitación climatizada; y ni siquiera allí dentro tuve energía suficiente para ponerme a escribir. Pero lo estoy expiando ahora a costa de quedarme ciega.

Gilgit, 5 de junio

Me he puesto en marcha a las seis de la mañana para escalar la montaña que preside Gilgit desde el sur. El camino atravesaba una pequeña aldea agrícola que, si Gilgit fuera una ciudad, podría describirse como periferia, y donde varios grupos de niños sucios con la barriga hinchada se me han quedado mirando. Los habitantes de Gilgit tienen la piel blanca —o así es como la tendrían si se lavaran —, aunque sus orígenes son diversos y no ha sido posible establecer con certeza ninguno de ellos. Posiblemente tengan antepasados pastunes, ya que en el pasado los invasores afganos cruzaban la frontera con regularidad; los comerciantes afganos todavía hoy en día recorren el puerto de Babusar con sus caravanas de camellos en los meses de verano. Una tradición, que hasta donde yo sé carece de pruebas materiales, afirma que los primeros pobladores de estos valles formaban parte de un destacamento del ejército de Alejandro que se extravió en el transcurso de su campaña india. A pesar de la falta de evidencia, esta leyenda en sí no tiene nada de ridícula y es deliciosamente romántica. Otra teoría hace referencia a la ascendencia árabe —sin duda, un destacamento del ejército árabe

que invadió Afganistán en el siglo IX—, pero esta teoría solo se sustenta en el hecho de los que los gilgitíes cargan con todo en la espalda y no en la cabeza como en los países vecinos, un argumento tan endeble que invita a la discrepancia más aún que la falta de respaldo a la teoría sobre Alejandro.

Ayer por la noche me contaron que en toda la zona de la Agencia de Gilgit se hablan numerosas lenguas, incomprensibles entre sí, y que muchas de ellas son exclusivamente orales. La mayoría de la gente no comprende ni el pastún ni el urdu, y son, claro está, analfabetos, aunque a estas alturas cualquier pueblo, independientemente del tamaño, cuenta con una escuela. Sin embargo, a lo largo y ancho de todo el Pakistán rural el nivel de inteligencia media de un maestro de pueblo es increíblemente bajo, y los agricultores precisan la ayuda de los hijos en las labores del campo, una combinación de circunstancias que dificulta en gran medida la lucha contra el analfabetismo rural. A muchos observadores occidentales les resulta chocante, pero debo admitir que a mí no me molesta, pues está por demostrar que la alfabetización universal tal como nosotros la conocemos haga avanzar a la masa del pueblo en una dirección provechosa.

Mientras ascendía despacio por la aldea y al otro lado de la franja de tierra fértil a los pies de la montaña, he vuelto a acordarme de las islas Aran. Los campos aquí también están «hechos» y encerrados entre altos muros de piedra, atravesados por senderos cubiertos de hierba; los burritos transportan grandes cargas, la sensación de aislamiento es intensa y las chozas son de piedra (aunque sus techumbres no son de paja, sino de piedra plana y adobe colocados sobre vigas de madera). En cierto momento la semejanza era tan acusada que, si bajaba la vista de las montañas, casi podía oír la música del Atlántico en las costas de Inishere.

A menos de tres kilómetros de Gilgit la tierra cultivada termina abruptamente y una gran cantidad de piedras sueltas cubre la pendiente. A mi alrededor todo eran rocas irregulares de color marrón grisáceo, tramos de áridos pedregales y cursos de agua secos y arrasados que revelaban la salvaje velocidad de las nieves derretidas. La única vegetación era un tipo de matorral magnífico de alrededor de un metro y medio de alto que cada tanto estallaba con fuerza en mitad de una amplia desolación de piedras grises, y estaban tan colmados de flores de un rosa intenso que a lo lejos parecía como si algún tipo de hoguera misteriosa ardiera bajo sus ramas.

La subida a la cumbre ha sido bastante dura y en ocasiones he tenido que ir con mucho cuidado. En un determinado momento he llegado a estar tan «atrapada» que la única forma de seguir subiendo era por un salto de agua, donde las piedras firmes ofrecían asideros más seguros para manos y pies que el

pedregal suelto a ambos lados. Era una cascada «delgada», pero me he quedado muy sorprendida de la fuerza de ese volumen de agua, pues era relativamente bajo. (A estas horas el sol calentaba tanto que en media hora se me había secado la ropa).

Justo antes he encontrado el cadáver de un joven que debía de haber muerto hacía unos ocho o diez días. Le habían golpeado el cráneo, pero oficialmente he «olvidado» este hallazgo porque quiero mantener una buena relación con todas las facciones locales durante el tiempo que dure mi ruta senderista en esta zona. Ha sido el olor lo que me ha conducido hasta ese pobre diablo, a quien habían empujado por una grieta entre dos grandes pedruscos. He observado que en esta parte de la agencia nadie lleva un rifle encima, pero es evidente que, aun así, consiguen liquidarse unos a otros. ¡Después de este descubrimiento me ha sentado muy bien sumergirme en la cascada!

Desde la cima he disfrutado de unas vistas magníficas de un tumulto de picos blancos y escarpados a derecha e izquierda (incluido, una vez más, el Nanga Parbat, que se eleva triunfal y conspicuo por encima de los demás). Al bajar he visto a un par de tipos cavernícolas, con el pelo largo enmarañado y barba, que transportaban hielo desde los glaciares a Gilgit. Siguiéndolos, la ruta de vuelta ha sido más corta (aunque mucho más escalofriante) y a las cinco y veinte estaba de regreso, completamente agotada y con un hambre voraz.

Después de una comida normal y corriente pero muy satisfactoria he salido a dar un paseo por la ciudad. En algunos puestos del bazar venden productos de las tierras bajas —carretes, galletas, pasta de dientes y cosas así—, pero todo parecía excesivamente ajado y costaba un ojo de la cara a consecuencia de las tasas aéreas. Los habitantes me parecen un tanto hoscos, no porque sean maleducados ni desagradables, sino porque carecen de la franca amabilidad que tanto me impresionó en Afganistán y en el Pakistán propiamente dicho. Es más, desde el punto de vista de la sociedad humana, este lugar es como haber vuelto a Persia, salvo que aquí la gente es más grosera que los persas (y no me refiero a escupir en la calle ni a hacer de vientre en cuclillas en público, sino a algo más profundo e íntimo que rige la actitud de un hombre hacia los demás). La ciudad en sí no tiene nada destacable y, de no ser por su entorno, sería un lugar ligeramente deprimente. Me voy a acostar temprano —son las diez— para prepararme para subir mañana valle arriba.

Gulapur, 6 de junio

A mis «asesores militares» les ha hecho gracia imaginarse a alguien subiendo el valle en bicicleta, pero no soporto la idea de abandonar a Roz, así que hemos salido de Gilgit a las cinco menos cuarto, poco después del amanecer, para intentar completar juntas el primer tramo de la travesía. Durante unos cuantos kilómetros ha sido posible pedalear, aunque a un ritmo más próximo al caminar, por una pista cubierta con varios centímetros de arena.

Los campesinos, aprovechando el frescor de la mañana, cosechaban cebada, que segaban y ataban a mano con movimientos pausados. Las mujeres visten alegres enaguas de algodón importado hasta los tobillos; los hombres, en cambio, llevan pantalones y chaquetas de confección casera, lo que una vez más me ha recordado a las islas Aran. Toda la población de Gilgit es musulmana —en las distintas regiones predominan sectas diferentes—, pero aquí han sustituido el turbante por un gorro de lana mullida con los bordes vueltos hacia arriba que proporciona a los hombres un curioso aspecto europeo.

El paisaje de hoy ha comprendido una sucesión de contrastes espectaculares. El fondo del valle que rodea Gilgit revelaba la aromática abundancia de principios de verano: campos de trigo verde plateado y cebada intensamente dorada que se estremecían en la brisa, arbustos llenos flores hermosas y desconocidas y, lo más bonito de todo, en las grietas de los muros crecía una siempreviva de florecitas doradas y rosas fastuosa, como si una nube del ocaso cubriera las piedras grises. A continuación, el valle se ha hecho cada vez más estrecho hasta expulsar el primer sol de la mañana; al final solo había espacio para el río entre los precipicios opuestos. Estábamos solas en un mundo yermo, áspero y sombrío donde, salvo las aguas marrones de la crecida, todo lo demás permanecía inmóvil.

La senda se elevaba sobre el cauce del río y se volvía tan rocosa que, en muchos casos, en lugar de empujar a Roz me ha tocado cargar con ella. Ha habido un momento en que la pendiente era tan empinada que he sido incapaz de levantarla con el equipo «a bordo», así que lo he descargado, he subido a Roz, me he deslizado hacia abajo para recuperar el equipo y, mientras me arrastraba cuesta arriba por segunda vez, he admitido mi derrota. Hasta ahora Roz me ha transportado con gallardía por una gran variedad de terrenos singulares, pero es evidente que *no* puede transportarme por la cordillera del Karakórum... Ni tampoco yo puedo cargar con ella.

Al cabo de algunos kilómetros siguiendo esta temeraria espiral ascendente, el camino ha empezado a enroscarse alrededor de un acantilado de trescientos metros y, muy por debajo, al otro lado del río, he visto un semicírculo de tierra fértil escondido y tranquilo en la base de una montaña coronada de nieve. Entre

los sauces, plátanos, panjiles y moreras que crecían altos y fuertes en medio de las pequeñas parcelas de maíz y las relucientes praderas jóvenes, se adivinaban algunas granjas de la aldea. La luz del sol refulgía sobre las aguas verdes oscuras y la espuma blanca de un riachuelo o *nullah* que se precipitaba por la falda de la montaña para unirse al río manchado de barro y, a través del aire nítido y detenido, llegaban débilmente hasta mí los gritos de los hombres que instaban a los burros a dar vueltas en las eras de barro.

Después el camino descendía al nivel del río, antes de una nueva subida abrupta, y maniobrar con Roz por una bajada tan pronunciada era casi tan difícil como lo había sido subirla. Me dolían las muñecas por la tensión de apretar los frenos a medida que me tropezaba con las rocas y resbalaba en la arena profunda. ¡Cuánto habría deseado en ese momento haber tenido el buen juicio de hacer caso a las sugerencias de mis «asesores militares»!

Pasado el siguiente puerto las montañas retrocedían ligeramente a nuestra izquierda y he conseguido pedalear durante varios kilómetros por un páramo sembrado de pedruscos, aunque al tratarse de una superficie plagada de pedernales afilados he tenido que controlar la velocidad. Entonces, a las diez de la mañana, los árboles que iban apareciendo indicaban que nos acercábamos a la primera aldea a este lado del río, donde mi llegada ha suscitado reacciones un tanto desconcertantes. Solo había unos pocos ancianos y niños, y estos, tras un primer vistazo horrorizado, o bien se han puesto a chillar con todas sus fuerzas escondiendo la cabeza en el regazo de sus mayores, o bien han saltado los muros bajos y han desaparecido. Los adultos, aunque más comedidos, no parecían menos alarmados y me ha quedado claro que no deseaban fomentar nuestras relaciones. Es decir, que además de las dificultades físicas que supone llegar hasta aquí en bicicleta, un acercamiento sobre ruedas demuestra que una no está en su sano juicio.

Poco después del mediodía he tenido que abordar el problema de encontrar sombra, algo que suele escasear a esas horas en una ladera árida. No habría sido muy difícil dar con algún sitio para mí, pero, una vez más, Roz ha complicado las cosas, porque dejarla expuesta a un sol tan feroz era del todo impensable. Por tanto —y por su bien—, he caminado más de lo razonable hasta que un saliente de roca nos ha ofrecido refugio a ambas.

Tras haber dormido profundamente un par de horas, me he despertado y hacía incluso más calor que antes, aunque por suerte el camino discurría parcialmente a la sombra. El puerto más alto de hoy se elevaba justo por delante y me he preparado para atacarlo con un chapuzón —uno de los más fríos de mi vida— allí donde unas altas rocas voladizas protegían de la corriente y donde

había una agradable «playita» de arena fina y plateada entre el agua y el camino.

Desde la cumbre de este puerto he alcanzado a ver las plantaciones y los campos de otro pueblo a unos trece kilómetros valle arriba. Aquí la bajada era más gradual que en la mayoría de los casos y hemos descendido despacio sin necesidad de pedalear (¡si es que puede llamarse «pedalear» a zigzaguear entre pedruscos!). Luego, cuando el sendero discurría a ras del río, no había espacio para zigzaguear, así que Roz y yo hemos vuelto a intercambiarnos los papeles. Cerca del pueblo un hombre ha venido cabalgando hacia nosotras: la primera persona con la que nos cruzábamos desde que salimos de Gilgit.

Según el mapa que me había entregado el coronel Shah, este pueblo está a treinta y cuatro kilómetros de Gilgit y, como calculo que lo máximo que he debido de recorrer en bicicleta no debe de llegar a un tercio del trayecto, es evidente que es hora de ser desleal con Roz y adquirir temporalmente una montura más adaptada.

La situación alimentaria en este lugar es deprimente y a una grave escasez de harina se le suma que después del invierno no quedan té, azúcar o sal. La mayoría de la gente vive a base de leche de cabra, huevos y moras (dista mucho de ser mi dieta favorita, sobre todo cuando se sirven a la vez, pero esta noche estaba demasiado hambrienta para protestar). He engullido cinco huevos y cerca de un kilo de moras blancas, pero no he podido con la leche. Y me ha extrañado, porque la he aguantado sin ningún problema muchas otras veces, pero supongo que cinco huevos no son un buen colchón para la leche de cabra, cuyo sabor es exactamente igual que el olor de un macho cabrío. Dentro de pocas semanas, cuando la cosecha de maíz esté resguardada y molida, habrá harina de sobra y para entonces las caravanas de camellos habrán cruzado el puerto de Babusar con el suministro anual de té, azúcar, sal y algodón.

Me resulta mucho más fácil llevarme bien con la gente de aquí que con la de la ciudad de Gilgit (me pregunto si a estas alturas no habrán perdido ya algo a causa de sus contactos relativamente estrechos con las tierras bajas). Esta aldea tiene una tiendecita en la que un joven de aspecto tuberculoso está sentado en el suelo charlando con varios amigos y rodeado por estanterías casi vacías: después de ocho largos meses de aislamiento comercial, de las reservas para el invierno solo queda media paca de algodón y unos cuantos cordones para botas y peines de bolsillo. Pero, para mi sorpresa, hay cigarrillos —veinte por seis peniques—, y me han explicado que los traen en avión cada cierto tiempo, aunque son muy pocas las mercancías que se importan de esta manera, porque por culpa de las tasas aéreas resultarían prohibitivas para la mayoría de los gilgitíes. He experimentado una vez más la digna generosidad de quienes son muy pobres: al

ir a sacar el dinero para comprar cuarenta cigarrillos, el joven me ha mirado muy dolido y se ha negado en redondo a aceptarlo.

Mi llegada no ha causado menos sensación que en otra aldea emplazada más abajo en el valle. Sin embargo, esta comunidad está mejor preparada para afrontar una invasión en bicicleta, porque algunos de los ancianos sirvieron en el Ejército indio en la época del Raj británico y dos de ellos han estado en Italia, por lo que tienen una ligera comprensión de las peculiaridades de las mujeres europeas.

Además de la tienda, este pueblo cuenta con una escuela y, minutos después de mi llegada, un profesor joven ha venido corriendo en mi auxilio. Habla urdu, que no me sirve de nada, y chapurrea algo de inglés, lo que sí supone una gran ayuda. A las pocas palabras que conoce he añadido montones de gestos complicados y he conseguido explicarle mi situación. Me ha asegurado que mañana al amanecer me estará esperando un caballo apropiado y que Roz permanecerá en buenas y respetuosas manos hasta que vuelva a reunirme con ella.

A menudo me asombra la gran cantidad de explicaciones, discusiones y preparativos complicados que pueden realizarse a base de signos, incluso cuando no existe una sola palabra inteligible entre ambas partes. Es cierto que la utilidad de los signos varía en función de la inteligencia de la población local. A este respecto, los afganos son tan espabilados que me ha parecido más fácil tratar con ellos que con cualquier otro pueblo. Es inevitable que una barrera idiomática obstaculice la recopilación de información concreta y el intercambio de ideas, pero se vuelve increíblemente endeble cuando lo que se pretende es organizar aspectos prácticos y, en las sociedades poco sofisticadas, resulta irrelevante a la hora de establecer relaciones personales. Lo que puede resultar embarazoso cuando se visita a europeos, a quienes una sobrecarga gestual puede parecer poco decorosa, en hogares más rudimentarios ayuda a vencer la timidez y el miedo. Si para pedir huevos fritos empiezas a imitar el ruido de una gallina que acaba de poner huevos seguido del sonido de algo que chisporrotea en grasa, toda la casa estalla en carcajadas y no solo te sirven huevos fritos, sino que del primero al último te consideran una más de la familia.

Una particularidad de esta zona que me sorprende muchísimo es que las mujeres tejen a los hombres jerséis de lana cruda de punto grueso *siguiendo un patrón de Aran*. Es inconfundible, ¡y desde luego no lo han aprendido en ninguna revista femenina!

En verano, en los pueblos ribereños todos duermen fuera: en los tejados planos de sus casitas, en los patios, si es que tienen, o simplemente en las calles

del pueblo o en los huertos. Mi cama esta noche es un *charpoy* bajo un albaricoquero en el patio del profesor.

---

[7] Organismo del Raj británico formado por los estados subsidiarios del principado de Jammu y Cachemira en su periferia septentrional, cuyo principal objetivo era reforzar estos territorios frente la injerencia rusa. *(N. de la T.)*.

11

Cambio de sillín

De Gulapur a Sher Quila Rakaposhi

Gahkuch, 7 de junio

Al emprender nuestra travesía de hoy a las cinco y media el sol ya había salido, pero no sobre las montañas, y el valle estaba precioso bajo la luz fría, con un aire dulce y fresco, como hierba de primavera. Estaba tan contenta que me he puesto a (lo que me gusta llamar) «cantar», pero solo he conseguido poner nerviosa a mi montura y he desistido de golpe. Si exceptuamos esta falta de apreciación, es una hembra de poni magnífica, un ejemplar ágil y robusto de ocho años y de unos 140 centímetros con un curioso pelaje dorado pálido bastante común en la región. La he rebautizado como Rob durante el tiempo que dure nuestro viaje porque su verdadero nombre es muy difícil de pronunciar, y ya no digamos de deletrear. Al principio, la indiferencia que demostraba hacia los precipicios me ha parecido terrorífica; luego me he dado cuenta de que, si hubiera evitado el borde del camino de hoy, me habría dado mis buenos golpes contra los salientes del acantilado y a mediodía ya estaba reconciliada con su forma de tropezar en el mismísimo límite, a menudo provocando el desprendimiento de piedras que tardaban muchísimo tiempo en llegar al río. Al caer la tarde, era tal mi confianza en ella que he disfrutado enormemente mirando hacia abajo sin que nada obstaculizara la distancia que me separaba del torrente, una caída de más de 450 metros. Emulando a los jinetes locales, he subido a pie las pendientes más pronunciadas y las he bajado a caballo, gozando así de lo peor de ambos mundos, porque a caballo es mucho más cansado bajar que subir desniveles tan marcados. He tenido que volver a desmontar en algunos de los tramos llanos, allí donde el camnino era demasiado estrecho para permitir el paso de un jinete, o cuando

parecía más sensato atravesarlo por separado dada la gran cantidad de pedruscos de gran tamaño.

Los primeros cuatro o cinco kilómetros pasado Gahkuch el fondo del valle era muy fértil. Entonces el camino ha empezado a ascender y se retorcía una montaña tras otra, y las numerosas parcelas prósperas que iban apareciendo a nuestros pies se encontraban todas al otro lado del río. Me he detenido a menudo para contemplar las pequeñas aldeas, cuya belleza es inagotable. En esta parte del valle el río está muy agitado y consiste en una masa de espuma blanca con delgadas cascadas que se precipitan desde los glaciares a su encuentro. Hoy, un fuerte viento del oeste azotaba los campos de trigo y cebada aún verdes; semejaban ríos fluyendo hacia el este. Un arbusto precioso, con ramas mullidas de un verde pálido que se torna rosa a unos treinta centímetros del extremo, crece en abundancia entre las piedras y la arena de la ribera. Normalmente mide poco más de un metro de alto, pero algunos de los arbustos eran casi árboles.

Hoy nos hemos cruzado con otro viajero: un joven de aspecto frágil y con pinta de estar medio muerto de hambre que cargaba con un cajón de madera a la espalda y que apenas podía tambalearse por la accidentada pista bajo aquel peso. Le he ofrecido mi almuerzo, que consistía en cuatro huevos duros, y los ha engullido tan deprisa que me he asustado por temor a que muriera de indigestión y de que mi gesto le hubiera causado más mal que bien. Ahora me lamento de mi generosidad con vileza y amargura, porque yo misma estoy al borde de la inanición y en esta aldea no podían darme ni un huevo. De momento estoy esperando mientras cortan tréboles en un campo cercano que me guisarán para cenar. Es el mismo trébol que el de casa y supongo (y confío) que será nutritivo. En Afganistán también lo comen a menudo; siempre que lo servían con cordero asado lo confundía con espinacas. ¡Ya sé qué hacer el verano que viene con los tréboles que crecen en mi césped!

Hoy hemos cubierto cincuenta y cinco kilómetros y hemos llegado aquí a las siete menos cuarto de la tarde. Me he dado un baño fantástico en el punto donde la propia pista se sumergía en el río. Dar de beber a Rob es el principal problema —detrás de la silla de montar llevo forraje para ella—, pero hoy nos ha sonreído la suerte y a lo largo de la ruta se han sucedido los manantiales.

La suciedad en estos pueblos es inimaginable, la pobreza es la más extrema que he conocido desde que salí de Irlanda y las enfermedades cutáneas son demasiado espantosas para describíroslas. Todos apestan a más no poder, el hedor resulta abrumador incluso al aire libre y en el interior de las chozas de piedra es casi letal. Dos niños sonrientes de unos doce años acaban de aparecer con un paño horrible lleno de moras. El método para conseguirlas implica colocar

un trapo debajo de un árbol, trepar hasta las ramas bajas y menearlas para que caiga la fruta. Tengo demasiada hambre como para resistirme a su dulce jugo, así que ni siquiera este paño me impedirá devorarlas. Son, desde luego, la principal fuente de azúcar para los gilgitíes y, después de los cincuenta y cinco kilómetros de hoy, necesito desesperadamente azúcar.

Pueblo de nombre desconocido, 8 de junio

Hemos llegado a las ocho menos cuarto de la tarde —hace media hora— y de momento no he visto ni rastro de comida. No he tomado nada desde un pequeño bol de guiso de tréboles a las cinco y media de la mañana que habría sido tolerable con algo de sal, pero sin ella me ha sabido a amasijo viscoso y, de todas formas, no alimenta. A Rob hoy se le ha dado mucho mejor que a mí. Nos han salido al paso varias superficies cubiertas de hierba en las que ha pastado la mar de contenta (¡me han entrado ganas de ser un caballo yo también!). Es una situación desquiciante, porque en Pindi pregunté a los que supuestamente gobiernan esta zona si debía llevar reservas y me dijeron que no sería necesario si estaba dispuesta a comer los alimentos locales: esto demuestra el escaso conocimiento que tienen las autoridades centrales sobre las regiones periféricas. Aunque debo admitir que este pueblo es muy pero que muy periférico... ¡Si el camino y mi permiso no se hubieran agotado, pronto estaríamos en China!

También me aseguraron que en Gilgit no hay serpientes, por lo que me he dedicado a dormir de buena gana en el suelo por todas partes. Pues bien, esta tarde me he topado con sendos ejemplares delgados, negros y amarillos de cuarenta y cinco centímetros en menos de una hora. Nos han siseado desde el borde del camino y Rob se ha puesto muy nerviosa. Las he matado a las dos con piedras pesadas con una débil impresión de que era mi deber como ciudadana. Después me han entrado escrúpulos por haber matado sin que se hubiera producido una provocación previa y he lamentado mi salvajismo. Pero el escribiente de este pueblo, que, contra todo pronóstico, habla inglés (de aquella manera), ha aliviado mi conciencia al explicarme que estas serpientes son una amenaza para los cabritos que pacen en las faldas de las montañas. Parece ser que nunca muerden a las cabras adultas, aunque esto me parece un poco raro (si las cabras disponen de un mecanismo antiserpientes integrado, digo yo que su eficacia debería ser la misma para los cabritos que para las cabras). Posiblemente se refería a que el veneno no es lo bastante fuerte como para preocuparse por los ejemplares adultos. A propósito, en este preciso momento estos mismos cabritos

me están asediando tras haber descubierto lo bien que se me da rascar entre sus cuernos incipientes (es evidente que el que les crezcan los cuernos es el equivalente a nuestros problemas de dentición). Son las criaturitas más encantadoras que os podáis imaginar y las hay de todos los colores, desde negro tizón a blancos como la nieve, pasando por marrones, bermejos y beis, en un sinfín de combinaciones moteadas. Cuando se los acaricia o rasca, mueven frenéticamente la colita. Hace unos instantes he descubierto que uno de ellos acaba de ingerir las cinco páginas enteras de la última, y aún sin responder, carta de Daphne, pero supongo que sobrevivirá. ¡Como no aparezca algo de comer pronto, no tardaré en seguir su ejemplo y zamparme las seis páginas de Patsy! Es curioso que sea mucho más fácil soportar el hambre extrema que la sed extrema, que casi puede hacerte enloquecer. He bebido tanta agua del río crecido que a estas alturas mi estómago debe de estar revestido de barro (aunque tenga aspecto de caldo de cordero, debo reconocer que está buenísima). Mientras escribía esta última frase, el cabrito más pequeño trataba de encaramarse a mi regazo, donde ahora descansa hecho una bolita mientras me chupa muy contento el pulgar izquierdo.

Hoy hemos cubierto unos cincuenta y seis kilómetros por el paisaje más agreste que he visto en mi vida. La verdad es que la región de Gilgit ejerce un efecto especial en la mente. La soledad completamente ininterrumpida y la ausencia de algo que recuerde al resto de la humanidad provocan una sensación de liberación única a medida que una se desplaza por estos desfiladeros impresionantes. Hoy, el mundo exterior y mi propia vida —pasada y futura— como parte de ese mundo me parecían tan profundamente irreales que durante un rato he dejado de ser consciente de ello y solo he existido en el presente, plenamente consciente de mi entorno y de mi sensación física como persona, aunque distante, como en una especie de sueño. Ha sido una experiencia curiosamente relajante, pero, pensándolo bien, también un poco espeluznante.

A unos ocho kilómetros de aquí me he llevado un buen susto cuando, al girar por una curva muy cerrada, hemos visto, justo por delante de nosotras, lo que parecía un torrente infranqueable que fluía furioso «carretera» abajo entre enormes peñascos. Estaba a punto de desmontar para buscar la manera de capear la crisis cuando me he dado cuenta de que Rob estaba preparadísima para hacerle frente. Ha girado a la izquierda, ha avanzado río abajo durante unos quince metros y se ha adentrado en él. El torrente medía veinticinco metros de ancho y en un momento dado se ha puesto a nadar. (Ahora estoy empapada de cintura para abajo y no tengo ropa de recambio). Cuando ha salido al otro lado, se ha puesto a trepar entre los pedruscos y las piedras sueltas, una operación que a mis

ojos parecía arriesgada hasta para una cabra. Entonces se ha detenido por voluntad propia y ha mirado alrededor como diciendo: «¿Quién es una chica lista?», así que me he deshecho en elogios y le he dado palmaditas hasta que ha retomado el trote. Lo divertido es que, si hubiera tenido tiempo para pensarlo, no me habría atrevido a cruzar, pero no teníamos alternativa porque permanecer a la intemperie una vez que se hace de noche es impensable por la presencia de leopardos de las nieves y osos. (Al parecer, los osos son mucho más peligrosos que los leopardos). He tenido mi buena ración de *nullahs* desde que salí de la ciudad de Gilgit, pero este ha sido, con diferencia, el más profundo de todos. Empiezan a fluir en torno a las doce del mediodía, cuando el sol lleva horas golpeando los glaciares, y a las seis de la tarde están en plena efervescencia. Llegada la medianoche, se han reducido a un goteo y a las cuatro de la madrugada están secos. En las próximas semanas se secarán definitivamente durante el resto de la temporada, cuando todos los glaciares, salvo los permanentes, se hayan derretido por completo. Hoy ha hecho mucho calor, diría que unos 27 ºC como mínimo.

Acabo de hacer una pausa para comer gachas de maíz en un plato de hierro y beber té con sal. La sal y el té proceden (extraoficialmente) de China, y, si te paras a pensarlo, añadir azúcar, sal o nada al té es cuestión de gustos. Tras haber adquirido, en Pindi y alrededores, y por decisión propia, el hábito de echarle sal, la infusión de hoy no me ha importunado lo más mínimo, pero me siento culpable por comerme sus gachas y no puedo pagarles porque se niegan a aceptar mi dinero.

A pesar de la mugre, los habitantes de estos pueblos son verdaderamente encantadores y contribuyen tanto como Rob y el paisaje al buen discurrir de este periplo. Tienen un sentido del humor simple, pero fácil de suscitar, y he descubierto que imitar ruidos de animales es la manera más certera de hacer estallar en carcajadas a todo un pueblo. Otro método consiste en colocar solemnemente el *topi* para el sol sobre el miembro más anciano y respetado de la comunidad; esto les hace tanta gracia que solo les falta ponerse a rodar por el suelo. Los habitantes de este pueblo visten trajes muy característicos y coloridos y las mujeres lucen collares y pulseras preciosos de abalorios y plata. Como todos son musulmanes ismaelitas, las mujeres no llevan velo. Hay algunos vestigios de sangre mongola y la mayoría son muy rubios, más parecidos a los europeos del norte que a los del sur. Lo que más les preocupa es el color de mi rostro y de mis brazos: ¡no entienden por qué no me bajo las mangas y me protejo la cara del sol!

Había dado por hecho que un cambio repentino de Roz por Rob me provocaría una reacción dolorosa, pero a lo largo y ancho de Pakistán se extiende

una bendita costumbre que ha ayudado inmensamente a mis músculos. Casi cada noche desde que crucé el puerto de Jáiber me descubro recibiendo un nuevo masaje de la cabeza a los pies. Algunas veces lo realiza algún sirviente de las familias con las que me hospedo o, en los pueblos, mujeres amables que aparecen de la nada, me masajean y desaparecen. Todavía no sé si se trata de una práctica común para todos los viajeros o si está reservada para los que se propulsan a sí mismos, pero, al margen de cuál sea el origen de esta costumbre, está consiguiendo que mi paso por este país sea mucho menos doloroso de lo que podría haber sido.

Este pueblo se encuentra a una altitud de más de 3.000 metros y por la noche se produce una bajada drástica de las temperaturas, así que hoy voy a dormir dentro (es decir, voy a compartir un montón de mantas apestosas con seis niños no menos apestosos). Quiero dejar claro que el uso de este adjetivo no debe interpretarse como una muestra de ingratitud: aprecio la hospitalidad de estas personas aún más que la de mis adinerados anfitriones en las tierras bajas.

Gupis, 9 de junio

Si alguien os pide que guieis a tres burros y un potrillo a lo largo de cuarenta kilómetros por la cordillera del Karakórum, manteneos firmes y negaos en redondo: es mucho más de lo que vuestro cuerpo está destinado a soportar, creedme. La situación, tal como me han explicado esta mañana, era que los cuatro debían intercambiarse por una hembra de poni y un potrillo de Gupis, pero este último era demasiado joven para viajar en los próximos quince días, mientras que en Gupis necesitaban los burros con urgencia (y un potrillo de burro, aunque pueda parecer mucho más frágil, al parecer es más resistente). Por tanto, ¿podía por favor llevarme a los burros y ahorrarle al aldeano el viaje a Gupis? Verde como estaba en estas cuestiones, he anticipado algunas de las complicaciones que podían ocurrir y he sugerido que algún aldeano me acompañara a lomos de Rob la mitad del camino y, cuando el potrillo de poni estuviera listo, que lo subiera algún vecino de Gupis. Pero no, resulta que el pueblo de los burros era el encargado de arrear ambos lotes. Así que he salido a las seis menos cuarto armada con una vara larga que, en teoría, me iba a permitir guiar sin dificultad a los animales que tenía a mi cargo. Bien, no dudo que un lugareño a caballo sepa hacerlo, pero esos burros eran conscientes de que se las estaban viendo con una blandengue. Todo se ha desarrollado felizmente durante el tiempo en que a un lado nos esperaba una caída tremenda de cientos de metros

hasta el río y, al otro, una pared igual de escarpada: las bestias no tenían más opción que avanzar en línea recta. La diversión ha comenzado cuando las montañas han dado tregua en algunos puntos, o cuando el sendero descendía hasta el nivel del río y entre ambos se extendían tramos llanos. Entonces el cuarteto se ponía a brincar alegremente a una velocidad diez veces superior a la que empleaban en la carretera, en diversas direcciones, a través de arenas profundas y arbustos espinosos, entre pedruscos, cruzando arroyos, detrás de los árboles y alrededor de los acantilados. (Para vosotros es muy fácil reíros desde la silla, pero si estuvierais galopando bajo un sol abrasador tratando de reagrupar a una recua de burros en apariencia dementes, tal vez no os haría tanta gracia). Una vez más, Rob se ha portado a las mil maravillas; está claro que es una crisis que se repite con frecuencia en su vida. Ha salido tras ellos como un perro ovejero y en el sendero se empeñaba en reforzar mi uso poco entusiasta de la vara empujando con el morro la grupa del burro que cerrara la fila; cuarenta kilómetros al paso de burros errantes desgastan a cualquiera. Hemos pasado junto a un estanque estupendo, pero no me he atrevido a bañarme por temor a que al salir la caravana estuviera a medio camino de Pekín. Al cabo de veinte kilómetros he visto que era imposible conseguir que el potrillo siguiera avanzando sin recurrir a la más pura crueldad (en cualquier caso, para él todo aquello había sido cruel desde el principio; era el potrillo más pequeño que he visto nunca, y su madre apenas era más grande que un potro de burro irlandés). Entonces he hecho lo que hacen en Afganistán con los potros y terneros pequeños: le he atado las patas delanteras y las traseras y lo he colocado atravesado sobre Rob en la parte delantera de la silla de montar. Para ello he tenido que subirme a una roca (era asombrosamente pesado a pesar de lo que pequeñito que parecía) y tanto el potrillo como su madre han visto con muy malos ojos mis intenciones. (Rob ha sido la única que ha aceptado la situación con filosofía). Cuando por fin lo he conseguido, los dos burros que no estaban implicados habían desaparecido y, como no me apetecía adentrarme en un terreno desconocido con el potrillo *in situ*, he ido tras ellos a pie, dejando a Rob atada a un arbusto, el potrillo atado a Rob y la madre atada psicológicamente al potrillo. Entonces ha tenido lugar una persecución de veinticinco minutos sobre arena ardiendo y piedras sueltas —sobre todo temía que alguno de esos pobres diablos se rompiera una pata— y por fin hemos reemprendido la marcha. Hemos llegado aquí a las ocho menos cuarto, después de haber hecho varias pausas para desmontar al potrillo y darle de comer.

Este pueblo es una auténtica metrópolis: su única tienda vende tela y cerillas y tres hombres de Lahore están destinados aquí con el objetivo de realizar un

estudio meteorológico de seis meses (casi se les han saltado las lágrimas de alegría al ver a otro espécimen de las tierras bajas). En esta región también se cultivan patatas, así que esta noche he disfrutado de una lujosa cena con los chicos: patatas, trébol guisado y *ghee*. Habría sido todavía más lujosa sin el *ghee*. Preparan la mantequilla vertiendo leche en una badana mal curada y después pasan horas sentados meciéndola de un lado a otro sobre las rodillas. Toda la familia se turna y al final se consigue la mantequilla. Luego la meten en otra badana tan mal curada como la primera y la entierran en la nieve durante dos años. Una vez resucitada, el resultado es supuestamente un manjar. Alguien terriblemente cortés lo describiría como «maduro» y, si se sobrevive a esto, se sobrevivirá a cualquier cosa. El azúcar puede obtenerse por avión desde Pindi por seis chelines la libra si alguien lo solicita, pero nadie lo hace. La gente confía en conseguir suficientes moras —sin duda, la fruta más dulce de todas— y deshidratarlas de cara al invierno. Hace algún tiempo, un «experto» estadounidense vino para demostrar un método más eficaz para deshidratar la fruta, pero a los lugareños les pareció muy costoso y retomaron el tradicional. Sin querer, aquel estadounidense se ha convertido en una leyenda en los valles: aún les entra la risa floja cuando se acuerdan de cómo se negaba rotundamente a beber el agua de manantial procedente de las montañas sin antes hervirla y clorarla. La gracia del asunto es que al final agarró una disentería tan violenta que tuvieron que llevárselo en helicóptero desde Gilgit.

Hoy he descendido mucho para esta región: hasta los 2.380 metros. Los chicos del tiempo me han dicho que esta última semana la temperatura en Gupis ha oscilado entre 26 ºC y 31 ºC. Este lugar también cuenta con una «oficina de correos» y una vez por semana un corredor postal va y viene de Gilgit —corriendo literalmente descalzo— armado con una lanza de dos metros para defenderse de los osos, lobos y leopardos.

Gahkuch, 10 de junio

La situación alimentaria ha mejorado desde que me fui hace un par de días: han madurado los albaricoques y todos, incluido el ganado, pueden saciarse. Tal vez parezca un forraje animal un tanto exótico, pero los costos del transporte son demasiado elevados como para vender la fruta en las tierras bajas y la gente no da abasto para comérselos. Los inmensos árboles —como robles gigantes— están cargadísimos de fruta. Dentro de un par de días los ciruelos y los melocotoneros estarán igual de colmados. He observado que, aunque la salud de estas personas

es por lo general pésima, casi todos tienen unos dientes excepcionales... ¿Es posible que se deba a un exceso de fruta?

Hoy nos lo hemos tomado con calma y solo hemos hecho treinta y cinco kilómetros, durante los cuales me he dado tres baños gloriosos. La cebada está madurando a toda prisa y, desde lo alto de la montaña opuesta, los pequeños campos, con sus muros de piedra gris, parecen parcelas de oro puro. Los colores a ambos lados son tan vívidos y nítidos y los contrastes tan maravillosamente efectivos en su simplicidad que me limito a absorberlo todo como una esponja y a confiar en que su recuerdo me sostendrá cuando regrese al infierno de las tierras bajas... ¡si es que vuelvo! Los chicos del tiempo creen que el puerto de Babusar ya debería ser franqueable a pie, aunque están seguros de que este año no volverá a abrirse al tráfico de todoterrenos hasta mediados de julio. Además de un posible aplastamiento por el deslizamiento de glaciares (lo que ya sería mala suerte, porque es mucho menos probable que ser arrollado por un autobús en Pindi), dicen que la principal amenaza serán los *nullahs*. A trece kilómetros de la cima hay un albergue del PWD, por lo que dispongo de una noche de descanso asegurada antes de cruzar. Por supuesto, existe la posibilidad de que tenga que claudicar en algún momento y regresar a Gilgit. (No os preocupéis, no voy a tomar riesgos estúpidos; me he preguntado muchas veces qué es un riesgo inteligente y ahora ya lo sé: ¡los que yo tomo, como es lógico!). He decidido hacer autoestop con Roz desde Pindi a Lahore —casi trescientos kilómetros—, porque volveremos por esta carretera en octubre, cuando el tiempo sea más razonable para ir en bicicleta. No tiene ningún sentido recorrer este trecho en tres días sudando a mares en las dos semanas más calurosas del año.

Sher Quila Rakaposhi, 11 de junio

Me había olvidado de explicaros la especie de partido de fútbol que presencié en Gupis. Después de conducir la recua a su destino, Rob se arrastraba —conmigo encima— por la carretera de camino a la oficina meteorológica cuando, de repente, me topé con un espectáculo de lo más inesperado: un campo de fútbol entero y verdadero con veintidós jugadores jóvenes y una pelota. Mis conocimientos sobre este deporte dejan mucho que desear, pero sé lo suficiente como para saber que no se juega así. Ningún jugador superaba la velocidad de trote ni trataba de encarar a un adversario, el árbitro nunca soplaba el silbato, nadie cabeceaba el balón y los dos porteros se pasaron la mayor parte del tiempo sentados con las piernas cruzadas entre los postes con aspecto abstraído. Lo más

emocionante desde el punto de vista del espectador era que uno de los lados del campo ofrecía una abrupta caída de sesenta metros y, más que chutar la pelota entre los postes, el objetivo principal de todos los jugadores era impedir que cayera por el barranco. Eso no impedía que de vez en cuando *sí* se precipitara hacia abajo y a esto seguía un intervalo de diez minutos mientras los «jueces de línea» allí estacionados la recuperaban; durante esta pausa todos se tumbaban en actitud de máximo agotamiento, como si hubieran estado jugando a tope. Lo que me fascinaba era cómo evitaban la pelota si alguien, cada tanto —y para su propio asombro—, chutaba con fuerza. Ambos equipos demostraban entonces una mayor velocidad y agilidad para escapar de aquel misil peligroso que para ir tras él. El marcador final, curiosamente, fue de 0-0.

Esa noche, además, tomé mi primera botella de Agua de Punial, el vino de la región, que se vende a un penique y medio el litro. Está bueno, pero no puedo compararlo con ningún otro vino porque tiene un sabor único, pero sin duda es vino, y bastante potente si se tiene el estómago vacío. Aquí las uvas son tan abundantes como otras frutas, pero no se cultivan en viñedos. En su lugar, las viñas han crecido sin podas y parecen serpientes fosilizadas gigantes que a menudo se enroscan de un nogal a una morera pasando por un ciruelo y terminan abrumando a los «árboles huéspedes» hasta el extremo de que resulta difícil determinar su especie. El vino tiene un color ámbar, es más bien turbio y sabe ligeramente a esa piel de oveja mal curada que desempeña un papel tan importante en la producción de la mayor parte de la comida y la bebida de este lugar.

Hemos salido de Gahkuch a las cinco y cuarto de la mañana, cargadas hasta los topes con albaricoques para «no desfallecer». No creo que ni aun viviendo cien años pueda olvidar jamás esas gloriosas madrugadas en las que podía contemplar el primer rayo de sol que aparecía sobre las afiladas cumbres nevadas y bajaba hasta el valle y escuchar el dulce y exaltado canto de las aves, el murmullo de los arroyos y el relinchar de los caballos autóctonos que saludaban a Rob.

Ahora hemos vuelto a descender hasta los 1.860 metros, y a las once y media ya hacía un calor endemoniado. Me he detenido cuatro horas en una pequeña aldea y he conocido a un hombre más que interesante que hablaba inglés con fluidez y que me ha proporcionado un montón de información sobre esta zona. De joven obtuvo una beca gubernamental y ahora se dedica a intentar mejorar los métodos agrícolas locales. Tiene treinta y seis años y es uno de los veintiocho hijos de las cuatro esposas de su padre. Sin embargo, como no puede permitirse alimentar niños como ahora sabe que deberían ser alimentados, se niega a

casarse. Me ha parecido un personaje muy impresionante, totalmente entregado a su labor de ayuda a los demás. Nos hemos sentado fuera de la choza de piedra de su familia, a la sombra de nogales y moreras, junto a un torrente de «espuma blanca y agua verde» que bajaba a toda velocidad por la montaña, con sauces llorones y cebada dorada al otro lado del *nullah*. En las montañas de la parte opuesta del estrecho valle, los glaciares se recortan preciosos contra el profundo azul del cielo. A nosotros dos nos han ofrecido sillas de madera de fabricación tosca y unas veintidós personas se han sentado en el suelo, fascinadas y sin comprender lo que decíamos, mientras conversábamos en inglés bebiendo un bol de suero de mantequilla tras otro. Algunas de las chicas eran muy guapas en un sentido germánico, pero la mayoría estaban tan sucias y desnutridas que solo podías sentir lástima por ellas.

Me acabo de dar cuenta de que la vacuna que más habría necesitado en esta localidad es la única que *no* me he puesto: la de la tuberculosis. Las toses y las expectoraciones —a menudo con sangre— son espantosas y alrededor del veinte por ciento de los habitantes de estos pueblos tienen claramente un pie en la tumba. El único consuelo, y es muy pobre, es que la muerte de una pareja joven con media docena de niños a sus espaldas no es la tragedia que supondría en la mayoría de las comunidades «civilizadas», porque otros familiares cuidarán de estos niños lo mejor posible. La única necesidad infantil indispensable que aquí no escasea es el afecto, y de esto se deriva un ambiente extraordinariamente feliz en todas las familias con las que me he hospedado, a pesar del hambre y la miseria. Cada niño disfruta de los mimos de todo el mundo, desde los de sus hermanos y hermanas más pequeños hasta los de sus frágiles bisabuelos.

He intentado poner en claro quién era quién en esta familia, pero he tirado la toalla al descubrir que el hombre que tenía a mi izquierda había engendrado a tres de los niños pequeños presentes, cuya edad oscilaba entre los cuatro y los diez meses. Una de sus mujeres, de dieciocho años y madre de cuatro, aparentaba por lo menos cuarenta, y la mujer más mayor, que tenía cuarenta, acababa de dar a luz por decimosexta vez —siete bebés fallecidos— y aparentaba setenta, a pesar de su alegría y jovialidad. En esta región, a las mujeres se las compra, literalmente. Hasta hace poco se las intercambiaba por ganado, ahora cuestan entre cinco y cincuenta libras, dependiendo de su aspecto. Si un hombre quiere a una chica de belleza excepcional por cincuenta libras, dejará un depósito de diez y el resto lo pagará a plazos. La belleza equivale a tener los ojos grandes, la boca pequeña, el pelo rizado, el cuello largo, la nariz recta, la piel blanca, una buena dentadura y muchas curvas. Si la belleza resulta estéril, es probable que se divorcien de ella si se trata de una primera esposa, pero otro hombre a quien su

esposa o esposas ya le hayan dado hijos la comprará solo por su belleza. Los ismaelitas ponen un menor énfasis en la virginidad que los sunitas o los chiitas. No obstante, el adulterio de la esposa sigue siendo el mayor de los crímenes: el marido traicionado goza de legitimidad para matar tanto a la esposa como a su amante si los descubre juntos en pleno acto. Sin embargo, si el amante huye y el marido los mata por separado, está considerado asesinato y deberá cumplir una condena de ocho años en la cárcel de la ciudad de Gilgit. Les he preguntado si era habitual matar por otros motivos, pero parece ser que esto es algo casi inaudito, así que supongo que el cadáver que encontré hace unos días era el de un amante que había conseguido escapar y al que después habían matado. Los robos de cualquier índole son igual de inusuales —¡tal vez porque nadie tiene nada que valga la pena robar!— y mi amigo no ha sabido decirme en qué consiste el castigo porque nunca ha oído hablar de uno. Cuando un bebé nace niña, se considera mala suerte y todos los implicados lloran decepcionados; esto resulta muy extraño en una sociedad donde su posterior venta aporta dinero a la familia. En cambio, el nacimiento de un niño se aplaude y celebra con disparos y veinticuatro horas de regocijo, cantos y bailes. Aun así, he visto que las niñas reciben la misma cantidad de besos y abrazos por parte de ambos progenitores y de todos los demás que los niños, por lo que estas lamentaciones deben de durar poco.

Al despedirme de esta aldea, después de un almuerzo a base de albaricoques y pan de maíz, me he puesto a trotar sin prisa hacia Gulapur, con la intención de reunirme con Roz esta misma noche. Y, de pronto, a unos seis kilómetros del pueblo, un jinete ha llegado galopando hasta nosotras envuelto en una nube de polvo, se ha detenido y, esbozando una amplia sonrisa y con una ligera inclinación de la cabeza, me ha entregado una tarjeta de visita. La he mirado con bastante asombro, y estaréis conmigo en que mi reacción ha sido perfectamente natural. A continuación el jinete me ha indicado que lo siguiera, se ha desviado del camino a Gulapur —la situación era cada vez más surrealista— y ha cruzado un puente colgante que se balanceaba hasta una magnífica imitación del jardín del Edén al otro lado del río. Finalmente, me he encontrado junto a un apeadero en el exterior de la residencia del rajá, ¡y ahí estaba mi anfitrión saludándome como si nos conociéramos de toda la vida! (Habla un inglés correcto, pero no fluido).

Es el montaje más fantástico que he visto jamás. Acaban de construir un bungaló nuevo acondicionado de manera muy rudimentaria que sustituye a la antigua fortaleza de piedra donde vivieron todos los anteriores rajás. Y aquí estoy, equipada con una lámpara de aceite, que por estos lares se considera lo

último en moderneces —la gente de a pie utiliza las raíces del enebro a modo de lámparas porque arden muy despacio durante mucho tiempo—, y con un aseo fuera de mi habitación, lo que suena bien hasta que descubres que consiste en una tabla colocada sobre un arroyo que fluye por el recinto. Imagino que el agua potable procede del mismo riachuelo y solo puedo confiar en que proceda de más arriba. El lugar está casi totalmente desprovisto de muebles, salvo por cerca de media tonelada de trofeos de polo de plata. El rajá es un encanto absoluto que parece sacado de un cuento (supongo que porque la vida en este diminuto estado de quince mil habitantes es tan simple y cristalina que se asocia a las historias infantiles más que a la vida adulta). No le ha costado nada convencerme para que me quede unos días, así que me he despedido con tristeza de Rob: «Adiós, y gracias por cuidar tan bien de mí», antes de que uno de los ayudantes del rajá la devolviera a su hogar. Mientras dejaba a Rob, he visto pasar al corredor postal al otro lado del río, así que le he parado y le he entregado una carta para Daphne que ahora mismo descansa en su cartera de cuero y que presumiblemente algún día llegará a Irlanda.

El rajá, de cuarenta y ocho años, solo tiene una esposa viva —otra ya ha fallecido—, una actitud muy poco emprendedora por su parte, porque tanto su padre como su abuelo llegaron a tener cuatro de manera simultánea. Su abuelo ayudó a delimitar la Línea Durand y le hicieron caballero comendador del Imperio de la India. Su padre fue oficial de la Orden del Imperio Británico, sin ninguna razón aparente salvo la de gobernar bien y con justicia a su pueblo. El actual rajá tiene diez hermanas y hermanos y he olvidado la mitad de sus nombres.

Sher Quila Rakaposhi, 12 de junio

La vida aquí es pura dicha. El rajá me ha regalado una pequeña granja al pie de las montañas, ¡y estoy tentada a aceptar su obsequio! Anoche la cena consistió en carne de cabra guisada, pan de maíz y cerezas. Esta mañana, después de desayunar huevos y pan, hemos ido a visitar el «pueblo» caminando. No es un pueblo tal como nosotros lo entendemos, sino unos mil acres de tierra fértil tachonados con chozas de piedra donde habitan los campesinos y un entramado de arroyos artificiales que mantiene el lugar verde. El ambiente es realmente el de un paraíso recuperado: una tranquilidad perfecta, ajena a la política, a los presupuestos y a toda clase de rivalidades. La comunidad acepta al rajá como a un padre y este a su vez trata a todos como si fueran su «familia», y ya está. Al

término de cada cosecha examina la cantidad de grano de la que dispone el estado y decide si debería venderse o no una parte en el bazar de Gilgit. La gente acepta su decisión sin rechistar (esta es su labor como ministro de Finanzas). Como ministro del Bienestar Social, recibe en su recinto a todas las familias que han sufrido cualquier tipo de catástrofe y las mantiene indefinidamente; en estos momentos vela por ciento veinticuatro personas. Como ministro de Justicia, resuelve las disputas que le notifica un consejo formado por doce hombres en cada pueblo. Esta mañana, en el desayuno, ha recibido a una delegación que ha venido a informarle de una disputa sobre un puente de cuerda cercano.

Esta mañana no se me iba de la cabeza El paseo al jardín del paraíso de Delius a medida que atravesábamos los campos de cebada dorada que cosechaban mujeres y niñas con túnicas escarlata y gorros plateados y azules. Luego hemos ascendido por senderos muy estrechos junto a arroyos refulgentes a través de bosques de nogales, albaricoqueros, ciruelos, perales y melocotoneros hasta un punto desde donde podían contemplarse los pinares en la cima de la montaña opuesta y, con la ayuda de unos prismáticos, íbices pastando (¡esto ha sido un *momentazo*!). Después hemos seguido subiendo y hemos alcanzado el lugar donde uno de los arroyos forma una piscina en un «escalón» llano y ancho en la falda de la montaña. Y allí, en la arena blanda y seca, he visto las marcas de pisadas de un leopardo que acude aquí por las noches en busca de agua (¡otro *momentazo*!). ¡Era como una versión aumentada de las huellas de mi gata Roarin sobre mi papel de escribir en un día húmedo! El rajá me ha asegurado que los leopardos son inofensivos a menos que un hombre se vea sorprendido en la montaña enfermo o herido; entonces pueden matarlo y devorarlo. Hemos vuelto a la residencia por otro camino, a través de arboledas de sauces llorones y centelleantes granados en flor, pasando por nuevos campos de cebada y trigo verde. Cada campesino que encontrábamos se paraba para besar la mano derecha del rajá y comentar sus problemas con su «padre». El rajá me ha explicado que hace tres años decidió hacer un favor a su pueblo abdicando y entregando el Estado al Gobierno de Pakistán, pero todos se rebelaron ante esta idea y le rogaron que no lo hiciera, así que no lo hizo. No puedo evitar comparar el valle de Punial con el de Swat. Está claro que Swat sale mucho mejor parado en términos materiales, pero personalmente prefiero Punial, que es prácticamente una extensión de Afganistán. (Al desplazarme, he trazado un semicírculo, así que ahora me hallo muy cerca de la frontera afgana). Y, aunque el valí y su familia son gobernantes ejemplares, no hay ni punto de comparación en la relación entre gobernantes y gobernados que se da en Swat y la que se da en Punial. (Debo admitir que no es una comparación del todo justa porque la población de Swat

asciende a 594.000 habitantes y es imposible desplegar el mismo grado de intimidad). Pero la familia del valí vive en un plano completamente distinto al del pueblo, mientras que aquí la única diferencia real entre el rajá y el nivel de vida de los habitantes del valle es que él come carne (de cabra) una vez al día mientras que los demás la toman cada tanto. El rajá es un hombre alucinante, con un sentido de la responsabilidad muy evolucionado y una percepción de su propia importancia apenas desarrollada. Es la primera persona que he conocido desde que salí de Europa a la que no le supone ningún problema ir a buscar y cargar con lo que necesita a pesar de disponer de una hueste de sirvientes. Siempre está a disposición de la gente, tanto si aparecen a la hora de la siesta como si lo hacen en mitad de una comida: nunca se les hace esperar. Cada mes de diciembre debe personarse en Pindi por negocios y no hay nada que odie más en el mundo, porque no se acostumbra a las multitudes, ni al ruido, ni al tráfico. Dice que no le gusta la gente de ciudad «porque no es honesta». Entiendo perfectamente lo que quiere decir con esto: no se refiere a una falta de honestidad en sus relaciones, sino a una actitud general ante la vida. No tiene muy claro el origen de su propia familia, pero cree que su pueblo abandonó los alrededores de Kabul en la década de 1860 y tomó este lugar a la fuerza (*Sher Quila* significa «La fortaleza del león» y la zona recibe este nombre porque es muy difícil de conquistar). Ciertamente, parece un típico pastún y su familia es sunita, aunque aquí todos son ismaelitas. En el pueblo hay dos mezquitas pequeñas porque las sectas no acuden a rezar a la misma mezquita a menos que sea inevitable (¿cómo de cristianos pueden llegar a ser los musulmanes?). Esta tarde he visitado ambas. La ismaelita está profusamente decorada con imágenes llamativas del viejo y nuevo Aga Khan y del príncipe Alí Khan. El actual Aga Khan visitó este lugar en 1961 y la mezquita está llena de fotografías en color de él vestido con la indumentaria local. La mezquita sunita consiste en una choza pequeña de madera en el recinto del rajá, lo que para nosotros sería una capilla familiar.

Anoche, mientras cenábamos, empezó a sonar una música maravillosa —muy afgana— y, cuando pregunté a qué se debía, me dijeron que era la manera tradicional de anunciar que al día siguiente se celebraría un partido importante de polo. Después de cenar fuimos a ver a la banda. Un anciano con barba tocaba una especie de flauta primitiva y dos percusionistas golpeaban con la mano los bordes de pieles tensadas sobre jarras de barro, que me recordaban a instrumentos afganos. El polo es el deporte nacional y los niños empiezan a practicarlo a muy temprana edad correteando y golpeando piedras con palos de polo. El resultado remite de un modo asombroso a nuestro propio deporte

nacional del *hurling*. Los palos, claro está, son caseros: ramas de árboles con cortes tan habilidosos en las intersecciones que parecen auténticos. Pero las pelotas que se usan en los partidos son convencionales, están hechas de raíces de bambú y son importadas de Pakistán Oriental.

A las cuatro y media de la tarde de hoy, la banda ha empezado a tocar de nuevo. A las cinco he sido la encargada de lanzar la pelota y, como diría Michael O'Hehir, ¡el partido ha comenzado! ¡Y qué partido! Jamás había visto un espectáculo tan emocionante. No tiene nada que ver con el polo que nosotros conocemos, por supuesto. En esta versión no hay reglas y se permiten todo tipo de ataques y defensas. No ha tardado en brotar sangre de las cabezas, manos y espaldas de más de la mitad de los doce jugadores, pero han seguido jugando como si nada. El ritmo era endiablado y los caballos corrían arriba y abajo por el campo a toda velocidad echando espuma por la boca. Los mazos de polo se rompían y reemplazaban al instante y la pelota volaba de un lado a otro como un meteoro (pasaba el mismo tiempo en el aire que en el suelo). La banda tocaba sin descanso al compás de los golpes sordos de los cascos de los caballos y del salvaje entrechocar y voltear de los mazos y, cuanto más rápido era el partido, más se aceleraba la música, hasta que los tres músicos estaban casi tan alterados como los caballos.

Me ha llamado la atención la completa ausencia de faltas como algo distinto a los accidentes. Aunque se trataba de un campeonato muy importante, nadie ha perdido los estribos ni ha ido adrede a por un adversario; es muy frecuente que las lesiones las produzca algún miembro del propio equipo durante lo que solo acierto a describir como *melés*: cuando la pelota se quedaba atascada junto a un muro de piedra y los doce caballos «entrechocaban entre sí», cada hombre inclinado sobre su silla de montar tratando de llegar hasta ella en medio del frenético revoltijo de patas de caballo (sería difícil imaginar algo menos científico). La única regla se refería al tiempo. A la media hora ha habido una pausa de diez minutos —sin cambio de caballos, que simplemente eran paseados por niños pequeños mientras los jinetes se limpiaban la sangre unos a otros— y después los equipos han cambiado de campo, yo he vuelto a lanzar la pelota y allá que se han ido. En esos momentos el marcador era Sher Quila 1 – Gulapur 5, y la muchedumbre permanecía sentada, deprimida y en silencio alrededor de los muros de piedra. Entonces Sher Quila se ha puesto las pilas y han marcado cuatro goles muy seguidos, una hazaña que ha provocado un frenesí de vítores. Sin embargo, Gulapur no ha tardado en marcar otros dos y a ocho minutos del final iban 7 a 5; ¡a esas alturas yo ya estaba ronca de tanto animar a Sher Quila! Durante esos ocho minutos el ritmo ha sido espectacular: los caballos iban y

venían por todo el campo girando en cada extremo como si fueran bailarines de ballet y en el aire resonaba el ruido de mazos rotos (iban lanzando los nuevos a los jinetes, que los recogían al vuelo sin dejar de galopar). En los últimos treinta segundos, Sher Quila ha empatado y los aldeanos, felices a más no poder, casi se caen de los muros. Una vez concluido el tiempo del encuentro, han decidido jugar otros diez minutos adicionales y Sher Quila ha vuelto a marcar y ha terminado ganando. La emoción y el suspense me dejaron agotada y, tras apearme del muro, he necesitado una botella entera de Agua de Punial para reanimarme. El equipo visitante ha pasado aquí la noche porque tanto los hombres como los caballos estaban demasiado cansados para volver a casa, y ahora estoy disfrutando de la banda, que sigue tocando con ahínco para ellos al otro lado del recinto.

El rajá tiene lo que solo puedo describir como juguetes que le divierten como si fuera un niño. Uno de ellos es una radio japonesa de transistores que le regaló nuestro amigo en común, el coronel Shah. Con ella escucha cada noche a las ocho las noticias de Pindi; el parte meteorológico de las tierras bajas es el único rasgo deprimente de la vida en este lugar. La temperatura de hoy en las planicies ha sido de 46,1 ºC a la sombra.

Sher Quila Rakaposhi, 13 de junio

Esta mañana, después de desayunar a las cinco y media en el porche con vistas al río, mi anfitrión ha desaparecido un momento y ha vuelto con un fajo de cartas. Con una sonrisa insegura y avergonzada y mirada tímida, ha dicho: «Eres una mujer amable y sé que no te reirás de mí porque no sepa leer ni escribir, pero a veces recibo cartas en inglés y ahora tú me las leerás muy despacio, por favor, y yo te pediré que escribas mi respuesta porque he visto que escribes mucho cada día». Así que las siguientes tres horas nos hemos ocupado de su correspondencia. (¡Pocas veces me ha gustado tanto un cumplido!).

Pero, si lo piensas, es sorprendente: el rajá, como la mayoría de los aldeanos, habla su propia lengua local (que ni siquiera voy a intentar deletrear, pero que es un idioma distinto, no un dialecto, aunque carece de alfabeto), además de urdu y pastún, y también habla farsi e inglés y, pese a todo, son analfabetos. (Conocen el pastún por la cantidad de caravanas que llevan toda la vida cruzando desde Afganistán por el puerto de Shandur). El joven maestro del pueblo, cuyo bolígrafo acabo de tomar prestado, hace las veces de escribiente —lee y escribe en urdu—, pero solo conoce unas pocas palabras inglesas. Mucho me temo que

sus conocimientos como profesor son bastante limitados, por lo menos en lo que respecta a historia y geografía: creía que Irlanda era uno de los Estados Unidos de América y que el río Gilgit es el Indo, cuando en realidad es un afluente que se junta con el joven Indo en Bunji, a unos noventa y cinco kilómetros de aquí.

Esta mañana he ido a dar un largo paseo montada en un semental de color gris por la montaña que se eleva detrás de este valle en dirección norte. No era un corcel tan tranquilo como Rob y yo no confiaba en mi capacidad para controlarlo, pero por suerte no han aparecido yeguas interesantes en nuestra ruta.

En el camino de vuelta me he detenido para investigar un molino de harina que debe de ser el ejemplo perfecto del primer molino inventado por el hombre. Estaba construido con las piedras habituales sobre un rápido torrente de montaña. Un tronco de árbol de gran tamaño había sido ahuecado para obtener un tubo inclinado por el que discurría el agua para aumentar su fuerza y bajo la choza giraba lo que parecía una hélice de avión. He accedido al interior de la choza por una «puerta» que medía metro veinte de altura y dentro había un viejo molinero, amable y muy sucio, que se encargaba de supervisar todo el proceso. Una piedra (como las que he visto en todos los pueblos desde mi paso por Turquía Oriental) de cerca de un metro y medio de circunferencia —¿o tal vez tendría que decir de diámetro?—, con un agujero de quince centímetros en el medio, está unida a la hélice giratoria en el arroyo por debajo y hace girar lentamente otra piedra fija, moliendo así los granos, que caen poco a poco a una corriente constante a través de —¡habéis acertado!— una piel de oveja que cuelga suspendida de una viga en el techo de metro y medio de altura. La harina se escurre por debajo de la piedra a un sucio abrevadero de madera ¡y eso es todo! Cada pequeño molino es de carácter privado y produce harina suficiente para una familia. Normalmente, suelen ser el abuelo o el bisabuelo, con edades ya demasiado avanzadas para trabajar el campo en las montañas, los que ejercen de molineros.

Punial es una región relativamente próspera para esta parte del mundo. Aquí la gente nunca se queda sin comer, pero en la mayoría de los pueblos de alrededor pasan el invierno en un sopor etílico porque disponen de enormes cantidades de vino, pero solo lo suficiente para una comida adecuada a la semana. En agosto empiezan a engordar a un becerro macho, en diciembre lo matan y en los meses siguientes lo consumen con mucha moderación. Esto y la fruta deshidratada evitan que se mueran de hambre. Aquí los inviernos son tan fríos como cabría esperar y en las familias viven treinta o cuarenta personas hacinadas en una choza de piedra, calentándose unas a otras para complementar el calor de las pequeñas hogueras de leña y ahogando sus miserias en el

abundante Agua de Punial, que al parecer les intoxica mucho más rápido que a mí.

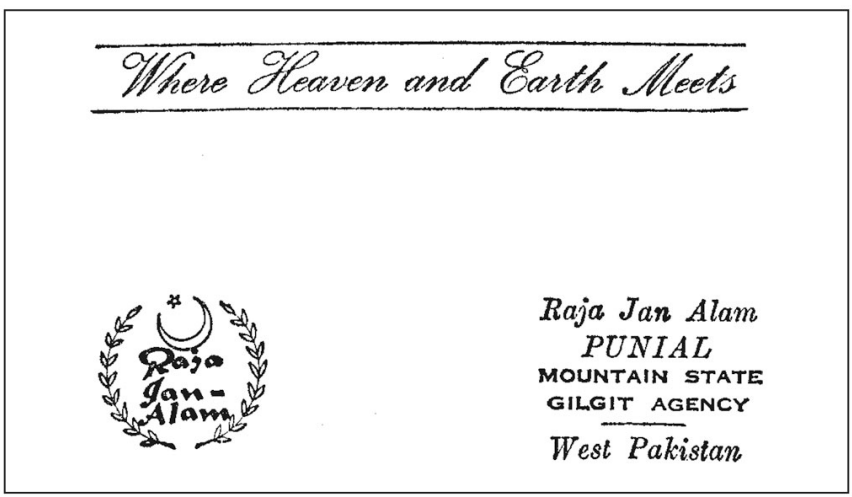
He vuelto aquí a las once y media, que es la hora del almuerzo, y después de comer he salido otra vez, a pie, en busca de un rincón agradable donde echarme la siesta, porque en esta casa hay tantas moscas durante el día que es imposible dormir. Además, en la falda de la montaña se está mucho más fresco, entre el verdor, la corriente de agua y una brisita deliciosa procedente de las montañas. He encontrado un paraje precioso junto a un torrente de espuma blanca y he dormido una hora bajo un sauce.

Me ha despertado un ruido y al abrir los ojos he visto a un anciano andrajoso con barba arrodillado a mi lado que estiraba la mano hacia mi garganta con una expresión feroz. Un pensamiento me ha cruzado la mente: *«Bueno, estabas destinada a ser asesinada en algún momento…»,* y antes de que me diera tiempo a moverme, se ha echado hacia atrás, me ha sonreído triunfante y me ha enseñado la hormiga que tenía aplastada entre los dedos y que amablemente me ha retirado del cuello. Lo cierto es que hace mucho descubrí, pese a mis ideas preconcebidas, que las hormigas no suelen morder. No sabría decir la de veces que me he tumbado en un terreno plagado de ellas y simplemente se han limitado a recorrerme sin hacerme daño. Sin embargo, esto me ha hecho acordarme de las serpientes, de las que prácticamente me había olvidado, así que me he levantado de un salto, he ofrecido mis *salams* al hombre y he seguido avanzando por un sendero fabuloso alrededor de las laderas inferiores de las montañas. En el descenso me he topado con otro hombre sentado junto a un arroyo que trataba de sacarse una espina del pie pinchándola con otra más grande sacada de uno de los arbustos aromáticos que florecen en esta zona. Al verme, me ha indicado con un gesto que me acercara y con otro me ha indicado que veía *karrab* —«mal» en farsi y en pastún, y parece ser que también en urdu— y que si por favor podía ayudarle con su pie. Toda una vida yendo y viniendo descalzo se traducía en que las plantas de esos pies eran como cuero y he tenido que sacar mi cuchillo y dedicar un cuarto de hora a desalojar el pincho que le molestaba. Era una espina brutal que medía más de un centímetro, pero, una vez extraída, mi amigo ha metido muy contento el pie ensangrentado en el arroyo y se ha negado rotundamente a venir aquí conmigo para que se lo vendara y desinfectara (¡aunque tal vez a esta gente nuestros desinfectantes les envenenen la sangre!). Ha sido una escena de lo más encantadora: ¿os imagináis a un campesino europeo parando a una turista y pidiéndole que atienda su repugnante pie? Pero aquí no eres más que otro ser humano, por muy extraña que sea una, y dan por hecho que los ayudarás si es necesario, igual que, cuando eres tú la que

necesita ayuda, la recibes sin falta sin que nadie se pare a pensar en los inconvenientes o el coste.

Ayer por la noche protagonicé una crisis de cigarrillos: me fumé el último a la hora del té y aquí no pueden conseguirse. El rajá no fuma —ni bebe—, pero ha sacado una caja de puros selectos —muy suaves en comparación con los cigarrillos pakistaníes, que no se pueden inhalar—, y desde entonces es lo que fumo (¡me siento como el fantasma de George Sand!).

Hoy, después de la cena, el rajá ha vuelto a insistirme para que acepte su ofrecimiento de una pequeña granja y me establezca de por vida «donde el cielo se junta con la tierra». Ya me había interrogado a fondo acerca de mi situación familiar y económica —como hacen todos los asiáticos sin ningún tipo de reparo — y esta noche me ha dicho que estaría mucho mejor trabajando la tierra en Punial ¡que viviendo del aire puro en Irlanda! Se lo he agradecido mucho y le he explicado que no podría ser feliz viviendo permanentemente exiliada de Irlanda, al igual que él no podría exiliarse de Punial, pero no parecía muy convencido. Como demuestra su tarjeta, está convencido de que Punial es el mejor lugar del mundo y también de que la agricultura es la única ocupación adecuada para cualquiera que se respete a sí mismo, pues considera que todas las demás formas de vida son corruptas, cuando no inmorales.



Donde el cielo se junta con la tierra.
Rajá Jan Alam / Estado montañoso de PUNIAL.
Agencia de Gilgit / Pakistán Occidental.

Lo cierto es que mañana por la mañana tengo que ponerme en marcha muy temprano y llegar a Gilgit por la tarde, ¡pero es que es muy difícil! He ido a dar otro paseo antes de cenar, esta vez a la altura del río, valle abajo. Discurre de este a oeste, así que al volver me precedían las últimas y alargadas sombras, las diminutas pizcas de nubes eran doradas, las hojas brillaban plateadas en la brisa del oeste y el aire estaba cargado con el perfume nocturno que emanaban los arbustos y las hierbas aromáticas. He comido frambuesas salvajes: pequeñas, ácidas y muy refrescantes. También he descubierto que no hay mejor remedio para calmar la sed que los albaricoques todavía verdes. Hoy me acostaré temprano.

12

Duelo con el sol

De Sher Quila Rakaposhi a Babusar

Gilgit, 14 de junio

He dicho adiós a mi rajá poco después de las cinco de la mañana y al despedirnos parecía desolado en exceso. Su corcel gris me ha llevado a Gulapur, donde los lugareños se habían acostumbrado a tener una bicicleta entre ellos; el profesor me ha contado que, en mi ausencia, se agolpaban alrededor de Roz todos los días. La mitad de los niños pequeños del pueblo me han pedido que les llevara a dar una vuelta y, como en todos los pueblos asiáticos hay un montón de niños, al final me han dado las ocho y cuarto antes de poder irme.

En la aldea que está a medio camino entre Gulapur y este lugar me he visto abordada por una delegación de ancianos y una mujer mayor encantadora me ha hecho pasar a una estancia completamente desprovista de muebles. Nos hemos sentado en una estera de paja y me han ofrecido suero de leche con sal (un honor que he apreciado como es debido, pues aquí la sal es un bien muy preciado), un plato grande de *parathas* —son muy grasientos, pero, si la grasa no es muy rancia, me encantan— y una taza de té con azúcar, otra muestra inequívoca de estima. Este banquete ha sido un esfuerzo conjunto de toda la comunidad. La harina, el *ghee*, el té, el azúcar, la sal, la tetera y las tazas de porcelana procedían de distintos hogares. (Normalmente no usan tetera, sino que añaden las hojas, la leche, el agua y el azúcar o la sal en una sartén y lo hierven todo junto). He apreciado mucho su amabilidad, que sin duda era su manera de expiar la unanimidad con la que me habían rechazado —de puro asombro y miedo a lo desconocido— la primera vez que pasamos por aquí. Nunca voy a olvidarme de este comité de bienvenida. Ni tampoco de la cantidad de moscas que había en esa

casa de adobe: el aire estaba tan cargado de ellas que había que levantar la voz por encima de los zumbidos. Los aldeanos abarrotaban la habitación a más no poder, todos sentados a mi alrededor, sonriéndome, y las muchachas se turnaban para colocarse a mi lado y agitar ramas verdes de sauce con las que ahuyentar a las moscas de mi comida y de mí. ¡Me he sentido un poco como Cleopatra!

Luego, a mitad de camino entre esa aldea y Gilgit, una anciana me ha visto pasándolas canutas cuesta arriba mientras arrastraba a Roz por la arena profunda y ha salido detrás de mí cargando en su delantal con los higos más grandes y jugosos que he comido nunca. En resumidas cuentas, hoy ha sido uno de los días que mejor me he alimentado, y es que la jornada ha culminado con una cena de cuatro platos en la cantina.

Lo primero que he pedido nada más llegar ha sido una solución antipiojos. Los muy bestias llevan devorándome desde la noche en que compartí mantas verminosas con aquellos niños, y han conseguido oponer una fuerte resistencia a innumerables aplicaciones de agua y jabón.

Desde que estoy en Pakistán he advertido que muy pocas personas rezan sus oraciones en público, aunque la mayoría son sunitas, como en Turquía y en Afganistán. En la cena ha quedado claro que tanto los sunitas como los chiitas odian a los ismaelitas incluso más de lo que se odian entre ellos, que ya es decir. Afirman con desprecio que los ismaelitas *no* son verdaderos musulmanes y los acusan de no rezar jamás a Alá y adorar únicamente al Aga Khan. No sabría decir hasta dónde todo esto es cierto.

La temperatura hoy aquí es de 38,3 ºC, y 44,4 ºC en Pindi.

Jaglot, 15 de junio

A menudo me asombra la extraña concepción que tiene la gente en cuanto a qué constituye un paisaje bonito. Anoche, dos peritos de Naciones Unidas que han viajado hace poco en todoterreno de Gilgit a Chilās me aseguraron que el paisaje era terriblemente aburrido y que no debería molestarme en ir en bicicleta, sino esperar al todoterreno que todos los lunes lleva suministros a Chilās. Como es lógico, no les he creído, porque sabía que era imposible que la garganta del Indo fuera aburrida, pero cuando he visto aquel paisaje excepcionalmente magnífico he llegado a la conclusión de que debían de estar del todo ciegos.

El recorrido de hoy ha sido lo opuesto a mi subida y bajada al valle de Gilgit, aunque no por eso ha sido menos hermoso, e incluso más inhóspito. A lo largo de los setenta kilómetros no he visto a un *solo* hombre, cabra, ave, brizna de hierba

o signo de vida en general, mientras que en el otro valle todos los días me encontraba con alguna que otra persona o animal y los pueblos eran mucho más habituales, aunque a menudo inaccesibles desde mi sendero.

Esta carretera para todoterrenos ha sido «apta» para rodar despacio durante unos cincuenta kilómetros, el resto he tenido que caminarlos por arena que me llegaba hasta los tobillos; en todo momento sentía como si alguien invisible tirara de Roz hacia atrás. Hemos salido a las cuatro y media de la mañana y, como ayer no dormí siesta, a las once y media estaba un tanto aletargada, pero he seguido avanzando hasta que ha aparecido una sombra debajo de una gran roca. Y con un «¡Que les den a las serpientes!» me he acurrucado en la arena profunda y mullida y he dormido a pierna suelta de doce a tres y media. Al despertar, se había levantado una fuerte brisa gracias a la cual el aire era muy agradable y, después de una comida a base de huevos, pan y albaricoques, hemos retomado la marcha. Durante todo el día la cuestión del agua ha sido crítica. Este valle es mucho más amplio que el otro y hasta Jaglot no hay arroyos ni *nullahs*, pero, al mismo tiempo, el río siempre está fuera de nuestro alcance. Hay momentos en los que también se pierde de vista, porque la «carretera» atraviesa un desierto de arena donde lo único que marca la ruta a seguir son dos filas de pedruscos. Otras veces, allí donde la pista culebrea alrededor de precipicios de roca escarpada y desnuda, aparece trescientos metros por debajo, en la garganta profunda que el agua ha labrado en las montañas, y el hecho de ver y oír el agua sin posibilidad de alcanzarla es la quintaesencia de la tortura. He tenido que conformarme con seis pintas cuando habría necesitado por lo menos dieciocho. Nada más llegar al *nullah* de Jaglot me he bebido doce pintas de un tirón y desde que he llegado a la aldea he dado buena cuenta de otras seis. Pero, a pesar de todas estas dificultades, no me habría perdido este trayecto por nada del mundo. El Nanga Parbat se asoma directamente sobre Jaglot y se ha mantenido visible toda la tarde, surgiendo grandioso del agreste conjunto de picos circundantes; es, sin duda, la segunda montaña más impresionante que he visto, después del Ararat. El tercer puesto de mi lista lo ocupa el Damavand. Al este de la carretera, el atardecer ha sido un espectáculo glorioso: los últimos rayos de sol se derramaban sobre los picos al oeste y quedaban atrapados en las cumbres nevadas de la cordillera del Nanga Parbat, pese a que el crepúsculo purpúreo ya abarcaba la garganta del Indo y el desierto colindante era todavía una silenciosa extensión gris.

La gente de este lugar tiene reputación de ser bastante salvaje, y me ha costado lo mío convencer al coronel Shah de que no me proporcionara un escolta. He tenido que decirle: «¿Dónde va a conseguir *a)* otra bicicleta y *b)* un soldado

que pedalee y la empuje por el puerto de Babusar?» y por fin me ha entendido. ¡Y ya está! A decir verdad, los lugareños me parecen muy amables, aunque reconozco que son mucho más bruscos que en el valle de Gilgit. Sea como fuere, no percibo ningún peligro, y eso que duermo sobre un *charpoy* junto a la carretera.

Vuelvo a sentir algo raro en los ojos de tanto escribir toda esta semana a la luz de las raíces de enebro. Mañana nos espera una nueva salida al amanecer, así que me voy a la cama.

Goner, 16 de junio

El día de hoy pasará a mi historia personal como el más duro de mi vida sobre una bicicleta, y no creo que nada pueda llegar a superarlo, aunque es posible que el día de mañana lo iguale. A las cuatro de la mañana estaba en pie y hemos dejado Jaglot a las cuatro y media después de un desayuno exiguo de pan seco y té. Solo había albaricoques disponibles para mi pícnic del almuerzo. Entre esa hora y las seis menos cuarto de la tarde no he cubierto más que setenta y dos kilómetros, pero cada uno de ellos me ha parecido como seis y medio en cualquier otra circunstancia, y no he tenido tiempo de echarme ninguna siesta mientras surcaba la arena profunda desde las ocho en adelante y ascendía colinas prácticamente verticales, sin que en ningún momento dejara de hacer un calor feroz. La temperatura casi alcanzaba las máximas de Pindi debido a las montañas de roca árida que presidían desiertos de arena desprovistos de vida vegetal. ¡Menudo paisaje! La simple magnitud de todo esto resulta abrumadora: la altura de las montañas, la profundidad de la garganta del Indo, los fragmentos espectaculares de roca esparcidos por el desierto —algunos son literalmente tan grandes como lo que en Irlanda llamamos montañas, pero aquí no son más que simples trozos irregulares de roca desprendida de un pico cercano—, la perfecta quietud y la brutalidad del sol. A pesar de llevar medio muerta desde las dos de la tarde, esta experiencia agotadora ha merecido la pena.

Ahora ya estoy casi muerta esperando algo de comer antes de quedarme dormida. Comparado con ayer, el tráfico de hoy ha sido frenético: el miembro de una tribu y un todoterreno. El hombre daba miedo —iba armado con una lanza —, pero en realidad era muy simpático y parecía encantado de que lo fotografiara. El todoterreno no espantaba menos mientras ascendía por un tramo de pista a unos 250 metros por encima del Indo sobre una superficie que básicamente consistía en losas sueltas de roca volada. Todos los pasajeros han

tenido que bajar, subir a pie y, una vez en lo alto, han vuelto al interior del vehículo. Pero no solo se han apeado ellos, también han tenido que sacar todas las mercancías, cargar con ellas y volver a meterlas una vez en la cima; es inconcebible que un vehículo, por muy vacío que esté, pueda trepar por estos tramos: hay que reconocer que el todoterreno es una invención magnífica.

Se me abre tanto la boca que, como no aparezca algo de manduca pronto, puedo quedarme dormida aquí mismo, sentada; en fin, estoy demasiado cansada para sentir hambre. De no haber sido por los cinco *nullahs* que han aparecido en los últimos treinta y dos kilómetros, hoy creía que el calor iba a poder conmigo. Tampoco es que hayan influido mucho en la temperatura, porque todos estaban en hendiduras profundas entre montañas y a su alrededor no crecía nada, pero me he metido en ellos vestida y me he remojado unos quince minutos de la cabeza a los pies. Un cuarto de hora después volvía a estar totalmente seca, pero de alguna manera estas inmersiones han ayudado a mantener baja mi propia temperatura. El agua conservaba un frío agradable, no gélido como en el valle de Gilgit (de lo contrario, no me habría atrevido a zambullirme con lo acalorada que estaba). Estos *nullahs* también proceden del deshielo de los glaciares, lo que ilustra el calor que hace en esta región. De todos modos, mañana el calor no debiera ser una de mis preocupaciones, porque en el puerto de Babusar seguro que hace frío incluso en junio. No os miento si os digo que este calor me resulta absolutamente extenuante. Tal vez otros cuerpos puedan soportarlo mejor.

Hoy he cruzado un puente colgante donde había una placa de mármol en memoria de los siete alpinistas alemanes y los nueve guías sherpas que murieron mientras intentaban escalar el Nanga Parbat el 14 de junio de 1937. La montaña se alza al otro lado del río y los cuerpos aún yacen allí. Ninguno de los alemanes llegaba a los treinta años, pero tal vez tuvieran suerte: es mejor morir desafiando al Nanga Parbat que luchando a favor del nazismo.

La semana pasada perdí mi cepillo de dientes cuando se me cayó al río. Lavarme los dientes es lo único que me preocupa de verdad (aunque últimamente no es que estén haciendo gran cosa). ¡Sigue sin haber ni rastro de comida! Y en esta aldea (sin príncipe) ni siquiera hay moras, albaricoques o vino: no me puedo imaginar qué debe de comer la gente. Pero son muy amables y estoy segura de que están haciendo todo lo posible por encontrarme algo; ¡solo espero que no hayan acudido a la línea de nieve para desenterrar un poco de *ghee*!

Más tarde. Me han despertado a las diez de la mañana y me han servido un *chapatti* de harina de maíz y una tortilla de un huevo.

Chilās, 17 de junio

Pues bien, qué equivocada estaba. El esfuerzo de ayer no fue nada comparado con el de hoy. Es más, esta es la única parte de la jornada que he disfrutado: cuando por fin me he sentado a escribir sobre ello una vez recuperada (como quien dice) de las consecuencias.

Salimos de Goner a las cinco y media de la mañana y hemos llegado aquí a las cuatro y media de la tarde después de haber cubierto tan solo cuarenta y cinco kilómetros. Aun así, me he abalanzado sobre la sombra que proporcionaba este *nullah* a punto del colapso y estaba tan convencida de que había llegado al límite que no me creía capaz de continuar un solo kilómetro más. El *tehsildar*[8] de este lugar me ha dicho que a mi llegada la temperatura era de 45,5 ºC (¡como si no lo supiera!). He tenido que caminar todo el trayecto hasta aquí porque los primeros treinta y dos kilómetros eran por arena muy profunda y había que subir y bajar colinas muy empinadas, y luego estaba demasiado mareada por el calor como para guardar el equilibrio sobre Roz, incluso cuando el camino era llano. A las siete de la mañana el sol era puro fuego y ya estaba sudando a mares y, como solo ha habido un *nullah* para remojarme, refrescarme y rellenar la botella de agua, he llegado a temer deshidratarme. He encontrado sombra en una ocasión, bajo una roca, y he dormido profundamente de dos menos cuarto a tres menos diez, aunque tumbada sobre pedernales afilados. Entonces han comenzado los auténticos problemas y a las tres me he preocupado en serio: había dejado de sudar —una señal peligrosa— y tenía la boca tan seca que la lengua era como un pedazo inmóvil de cuero rígido. A las tres y media tiritaba de frío, aunque el calor era tan intenso que no me atrevía a tocar ninguna parte metálica de Roz. He seguido avanzando, pero no recuerdo ni una pizca de la carretera, solo que a lo lejos intuía el verdor de los árboles de Chilās. Al llegar al *nullah,* me quedaba suficiente sensatez como para no darme un atracón de agua, y lo que he hecho ha sido tumbarme bajo un sauce y beber poco a poco hasta que he vuelto a sudar y a entrar en calor. Entonces he rodado hasta el agua y me he quedado allí en posición horizontal durante unos minutos dejando que fluyera sobre mí (¡qué delicia!). Después he conseguido caminar otro kilómetro más hasta la casa del *tehsildar*, donde he bebido litros y litros de suero de leche con sal seguidos de innumerables tazas de té caliente; la comida, en cambio, no he podido ni mirarla.

Chilās solo está a 914 metros sobre el nivel del mar y, a pesar de todos los arroyos que discurren por ella y de la densidad de árboles y arbustos verdes, hace un calor de mil demonios porque está completamente rodeada de montañas de roca desnuda que devuelven este sol intolerable sin tregua. El *tehsildar* —un

funcionario local de menor rango— dice que debo quedarme aquí descansando un día entero antes de atravesar el Babusar, ¡y yo no puedo estar más de acuerdo con él! No es que piense que el puerto vaya a ser difícil después de los últimos tres días que he pasado. Una vez que ascienda trece kilómetros (y me pondré en marcha a las tres y media de la madrugada) hará frío, y lo que a mí me mata es el calor, no la pendiente.

El horror del recorrido de hoy ha sido realmente extremo: las faldas de las montañas desprendían olas malévolas de calor que llegaban flotando hasta mí y el espantoso hedor a arena quemada del desierto —que aún persiste aquí— me provocaba náuseas. Me ha sobrevenido la aterradora deshidratación de la boca, las fosas nasales y los ojos hasta que apenas podía mover los párpados, y una especie de ceguera de mirada fija, junto con la espantosa sensación de que un aire abrasador me llenaba los pulmones y el efecto abrumador similar al de una droga causado por el tomillo y la salvia silvestres que crecían en abundancia en los últimos kilómetros, como «destilados» por el sol; y, sobre todo, la desesperación por doblar curvas y superar cimas, una y otra vez, esperando siempre ver agua... y no verla nunca. A menudo he pensado que morir de sed debe de ser más horrible que la mayoría de las muertes y ahora mi conjetura ha quedado confirmada. La ironía de todo esto es que el inmenso y turbulento Indo ha discurrido en todo momento a mi vera, inaccesible. Pero ¡qué valle tan magnífico! Aunque podría haberme ahorrado el capítulo de esta tarde, no hubiera querido perderme el panorama de esta mañana: la accidentada vía subía y subía y subía por las escarpadas laderas de las montañas negras y beis hasta que incluso el rugido atronador del Indo se ha vuelto inaudible y no parecía más que un trozo de cinta marrón que serpenteaba a lo largo de muchos kilómetros en ambas direcciones entre sus colosales —aunque ahora empequeñecidos— acantilados. Desde allí, el desierto se extendía al ras hasta los pies de picos gigantescos, algunos de ellos situados casi al nivel del camino. De vez en cuando, al otro lado del río había un oasis inesperado alrededor de un *nullah* habitado por buscadores de oro del Indo. Son gente de piel morena, a diferencia de otras tribus de la zona, y los campesinos locales los desprecian a conciencia ¡porque consideran que buscar oro es una ocupación indigna! (A lo lejos, esos tristes oasis que sobresalían en la «tabla» llana de arena me recordaban a los arbolitos de madera de mi granja de juguete de cuando era niña). He visto a varios «hombres del oro» al borde del río, que sacaban arena y la tamizaban sin escatimar riesgos en busca del oro del Indo, que, según dicen, es uno de los mejores de Asia. (A propósito, en los alrededores de Punial y Gilgit hay una piedra preciosa singular parecida a un ópalo, pero mejor. No sé si perteneció o no a pueblos antiguos,

pero los collares de todas las mujeres de por aquí incluyen por lo menos una). A veces, los «hombres del oro» cruzan el río a bordo de dos pieles de cabra infladas sobre las que colocan tablones y empiezan a remar. La intensidad y la ferocidad de la corriente los lleva a desembarcar más de quince kilómetros aguas abajo, pero casi nunca sufren accidentes.

Además de los hombres del oro, la única otra criatura viviente que he visto en todo el día ha sido un hombre que parecía un san Juan Bautista echado a perder. Me lo he encontrado de improviso y me he llevado un buen susto. Estaba totalmente desnudo, con una espesa cabellera negra azabache que le llegaba hasta las rodillas, barba hasta el ombligo, la piel quemada por el sol hasta parecer de ébano y un destello de locura en los ojos. A saber de qué vive. Estaba sacando mi cámara cuando ha emitido una especie de gorjeo demencial y ha venido hacia mí con las manos extendidas, momento en el cual he salido huyendo (¡si es que puede usarse esta palabra para decir que he trepado por la ladera de una montaña de arena de veinte centímetros de profundidad con una bicicleta!). Cuando he llegado a la cima de la pendiente, me he dado la vuelta y he visto que la aparición se había olvidado de mí y ahora el hombre se sentaba encorvado detrás de una roca extasiado en la contemplación de sus dedos del pie. Es probable que fuera inofensivo, pero he preferido no quedarme a comprobarlo.

Todos los hombres de este pueblo —de unos dos mil habitantes— llevan rifle, igual que los afganos. Son gente muy amable y ahora están todos reunidos en bloque en torno a la primera bicicleta que se ha visto en Chilās. Es muy divertido ver cómo los «muchachos listos» van comprendiendo el funcionamiento de una bici para después explicar la teoría a sus compañeros.

Chilās, 18 de junio

Esta mañana, un muchacho me ha informado de que él estaba presente a mi llegada ayer al *nullah* de Chilās y que vio que se me había metido dentro el «diablo del sol»: un término más que gráfico para expresar el delirio térmico. Parece ser que, cuando alcancé el agua, hablaba a grito pelado conmigo misma. Lo frustrante es que este chico no habla inglés y me encantaría saber qué fue lo que dije. Ha sido muy considerado por su parte al avisarme sobre mi estado de salud, porque estamos hablando de un verdadero golpe de calor y, por tanto, deberé cuidar lo que ingiero durante un par de días o, de lo contrario, tendré una buena diarrea. Nada de grasas, huevos ni carne; se aconseja tomar grandes cantidades de zumo de limón con sal si es posible —aquí no lo es— y, por raro

que parezca, cualquier fruta está permitida. Es increíble cómo funciona nuestro instinto. Había desayunado a las cinco y media de la mañana antes de que me hicieran partícipe de estos consejos, pero, a pesar de que mi hambre era voraz, he rechazado los huevos con gran determinación y he pedido albaricoques acompañados de pan y té. Me he pasado casi todo el día escribiendo, sentada en el césped junto a un pequeño *nullah* bajo un inmenso plátano de sombra. A las dos he entrado para echarme una siesta y a las tres menos veinte me ha despertado un vendaval furioso; una arena fina que todo lo permeaba. Aun así, ha supuesto un alivio maravilloso, porque, cuando el viento ha amainado, el cielo se ha cubierto por completo y la temperatura ha bajado a 33,3 ºC. En esta zona, a un periodo de calor intenso le sigue siempre el respiro temporal de una lluvia de arena. El *tehsildar* cree que debería quedarme aquí un par de días más, pero esta noche me siento bien, gracias a Dios, y es probable que mañana Chilās vuelva a estar insoportable. Preferiría subir al refugio de Babusar y pasar allí un par de días antes de ascender a lo más alto, lo que además contribuiría a la aclimatación de los pulmones para la altura del puerto.

Refugio de Babusar, 19 de junio

Estoy sentada junto una hoguera crepitante de troncos de pino mientras un temporal frío arrasa el bosque circundante, nubes grandes, colmadas, húmedas y grises flotan entre los picos y las ráfagas ocasionales de lluvia golpean contra las ventanas. La consecuencia directa de todos estos deleites es que siento que he rejuvenecido treinta años, de vuelta al clima que me vio nacer. Es como estar una noche de marzo en casa y me pregunto qué sentido tiene marcharse de aquí antes de octubre. Es una sensación muy extraña tocar cosas como el papel o los muebles y no sentirlas calientes al tacto, y apenas doy crédito a no estar sudando a mares. El último movimiento de la sinfonía *Coral* resultaría muy apropiado como música de fondo.

He salido de Chilās a las cuatro menos veinte de la madrugada, cuando la oscuridad comenzaba a remitir, y he llegado aquí a la una menos cuarto de la tarde, después de haber caminado treinta y ocho kilómetros, pasando de 914 a 3.650 metros de altitud (no está nada mal para tener el estómago totalmente vacío, ¡a menos que cuente el agua!). A estas alturas ya me he acostumbrado a salir sin desayunar cuando emprendo la marcha muy temprano, ni siquiera una taza de té, aunque al principio este ascetismo me parecía una privación importante; según parece, el mecanismo humano pueda adaptarse a casi todo

salvo a las temperaturas extremas. Ni que decir tiene que las costillas casi asoman por debajo de mi piel: dos semanas y media vagando por los alrededores de Gilgit subsistiendo a duras penas es la mejor forma de eliminar la grasa superflua.

Hoy ha sido un día espléndido, como la jornada en el valle del Indo, aunque completamente diferente. El sendero discurría junto a un gran *nullah* a lo largo de toda la subida, pero sin los vastos paisajes de los últimos días. A ambos lados, las montañas están tan próximas entre sí que el sol no me ha alcanzado hasta las nueve y cuarto, y para entonces ya me encontraba lo bastante elevada como para sufrirlo, pese a que ha amanecido a las cinco menos diez. Tampoco he tenido que hacer frente a grandes riesgos. La carretera que va de Gilgit a Chilās sí que es realmente aterradora, con todas esas caídas en picado a medida que la estrecha pista va ascendiendo.

La región comienza a estar densamente poblada por los habitantes del valle del Indo, que llevan dos semanas de desplazamiento hacia las montañas, trasladando sus rebaños a los pastos estivales. Disponen de pequeñas «residencias de verano» construidas con piedra o madera encaramadas a lo largo de las faldas de las montañas, algunas de ellas sobre pilotes. Cultivan grandes extensiones de maíz y las terrazas de estas pendientes son impresionantes. Por lo general, las franjas son demasiado estrechas y las laderas demasiado empinadas para ser aradas por bueyes, así que todo se hace a mano y todos arriman el hombro, incluso los niños de cinco años. El fondo del valle, junto al *nullah*, está muy arbolado, con moreras y nogales. La mayoría de los varones mayores de doce años van armados y son fanáticos de matarse unos a otros a la manera de los miembros de tribus fronterizas, pero conmigo se muestran muy afables.

Hasta tres veces he tenido que pedalear cuesta abajo con Roz por colinas que acababa de subir empujándola para enseñar a una multitud de hombres, mujeres y niños de ojos desorbitados cómo funciona una bicicleta. ¡Es tan fácil hacerles felices! Aquello les fascinaba. Al final de mi demostración, los hombres y los niños siempre intentaban subirla de nuevo hasta la cima de la colina, pero, para su asombro, empujar una bicicleta cargada por una cuesta empinada no es tan sencillo como parece y terminaban tirados en la carretera con Roz enredada entre las piernas mientras la muchedumbre reía a carcajadas. No entendían por qué no pedaleaba cuesta arriba (!) y era imposible explicarles que las bicicletas no se inventaron para transportar personas por los Himalayas, pero que me vería recompensada al otro lado, donde podría avanzar sin pedalear durante 193 kilómetros por una carretera bien asfaltada.

¡Habría necesitado una cámara de cine para registrarlo todo! Era muy gracioso ver el caos que se desataba cuando, al salir de una curva, accedía a un

tramo poblado del valle. Llegaban en tropel en todas direcciones: bajaban pronunciadas laderas desde su trabajo en los bosques, dejaban de labrar sus parcelas y atravesaban el valle, vadeaban el *nullah* con el agua hasta la cintura, trepaban por los acantilados, saltaban desde los tejados planos de sus pequeñas chozas, abandonaban rebaños de cabras y burros en cualquier parte... y todos se quedaban al otro lado de los muros de piedra que bordean el camino mirándome con asombro y algo de miedo, hasta que yo les sonreía diciendo: «salam alaikum». Enseguida se lo tomaban como una invitación a saltar los muros y se agolpaban a mi alrededor, haciendo sonar el timbre, girando los pedales, palpando los neumáticos, jugando con los frenos, abriendo las alforjas y preguntando a dónde iba y de dónde venía. Algunos cometían el error persa de creer que yo era un chico y los demás me llamaban *Begum Sahib*, una variación del *memsahib* que se utiliza en todas partes. Estaban tan *increíblemente* sucios que a su lado la gente de otras partes parecía limpia. En Chilās me habían explicado que nunca se lavan y hoy he observado que al menos tres cuartas partes de ellos sufren una espantosa enfermedad ocular causada por la suciedad que incluye el macabro efecto de que los ojos de muchas de sus víctimas parezcan como de *muerto*. El hedor que emanan quince o veinte de ellos juntos me ha puesto enferma, a pesar del aire fresco de la montaña. Menos mal que aquí hay un refugio del PWD, porque ni con la mejor voluntad del mundo me atrevería a alojarme en alguno de sus hogares, aunque solo sea por el elevado riesgo a contraer una enfermedad. Me ha sorprendido la gran cantidad de rostros picados de viruela que he visto; cualquiera pensaría que aquí escaparían a ella, pero supongo que una suciedad extrema engendra todas las enfermedades habidas y por haber. Me ha extrañado que no dejaran de pedirme que les tomara el pulso, tanto a ellos como a sus hijos. Le he dado muchas vueltas y no consigo entenderlo, pero necesito hallar una respuesta a este misterio. Por cierto, todos los pulsos me han parecido muy débiles y acelerados, pero tal vez se deba a la altitud y en su caso sea algo normal; también el mío está disparado. Una y otra vez me invitaban a sus chozas a tomar leche y *parathas*, pero he rechazado todas estas ofertas con sudores fríos, pero también pesarosa, porque *a)* tenía hambre y *b)* ¡se quedaban muy tristes y decepcionados! Al llegar aquí he descubierto que el único alimento adecuado para mi estado actual era una especie de haba diminuta del tamaño de un guisante grande; hay tres en cada vaina y se comen crudas. El resto de comida disponible eran *parathas* bañados en el *ghee* más rancio y huevos. Pero después de mi pequeño encontronazo con aquel *ghee* rancio en Gupis, no habría tocado los *paratis* ni siquiera sin estar a dieta. Aquí no tienen la fruta de la que tanto dependen los campesinos en otras zonas de Gilgit.

Hoy he sentido el aire enrarecido a partir de los 2.700 metros y he tenido que parar unos minutos cada ochocientos metros para apaciguar mi corazón. (Tengo la teoría de que estar desnutrida no ayuda). A esa altitud el paisaje ha sufrido un cambio drástico: estos pinares cuentan con unos árboles gigantescos que doblan en altura a cualquier otro tipo de pino que yo haya visto nunca. También abundan los acebos y las encinas —que siempre me recuerdan a Castilla— y, en lugar de tierra árida, una hierba verde crecía por todas partes. Por la mañana el cielo era de un precioso azul claro con unas pocas nubes de blanco puro (en agradable contraste con el brillo relumbrante e incoloro sobre el desierto), pero a mediodía ha empezado a llenarse de nubes grises de lluvia o nieve. Había previsto llegar agotada e irme a dormir de inmediato, pero estoy tan «curtida» que no apreciaba cansancio alguno, salvo la falta de aire, así que después de comer un puñado de habas crudas he subido la montaña para recoger leña y disfrutar de un frescor delicioso y de las rachas de viento lluvioso. Desde aquí se divisan los treinta y dos kilómetros del valle, que están despejados, la garganta del Indo y la infinidad de cimas nevadas más allá. No me extraña que la gente arriesgue su vida por escalar montañas; incluso ascender a 3.650 metros y quedarte mirando hacia abajo todo lo que has conquistado es maravillosamente gratificante.

Este refugio es muy correcto y ha sido amueblado por el PWD, pero el *chowkidar* —conserje— de los meses de verano debe de haber usado la ropa de cama, porque está llena de chinches. La he arrojado fuera y voy a dormir en el suelo enrollada en las cortinas de las puertas y ventanas, que son de un material grueso y se descuelgan con facilidad. No me fío del *charpoy* (¡es probable que tenga bichos en las cuerdas!).

Refugio de Babusar, 20 de junio

A pesar de mis precauciones antibichos, he dormido fatal por las picaduras de las moscas de la arena adquiridas en Chilās la noche posterior a la tormenta. Tardan veinticuatro horas en dar la lata, y entonces son el infierno. Tengo la cara, el cuello, las manos y los brazos cubiertos con pequeños bultos morados que pican y a la vez duelen, y me he despertado una y otra vez para encontrarme con que me las estaba arrancando con las uñas. Hace tanto que no dormía bajo techo que me ha desconcertado no ver las estrellas en lo alto. Este cielo nocturno es un espectáculo brillante y hermoso y uno de los escasos consuelos que ofrecen las regiones achicharrantes. Si abro los ojos un instante, la luz de las estrellas resulta

casi deslumbrante, y la Osa Mayor, con su nebulosa Saco de Carbón, es muy diferente a la que puede verse a través de una atmósfera irlandesa. Pasé buena parte de mi primera noche en Chilās admirándola mientras el viento procedente del desierto parecía el aliento de un dragón —que no facilita el sueño—, pero estar en un interior y sin ventilador ha sido aún peor.

En Chilās había pocas moscas comunes, afortunadamente; en estos momentos estoy obsesionada con ellas. No es una obsesión higiénica en torno a moscas en la comida (si se quedaran ahí y me dejaran en paz, sería muy feliz), pero sus zumbidos y cosquillas incesantes durante horas me vuelven loca; supongo que lo que de verdad me enfurece es lo «listillas» que son. *Sabes* que no puedes matarlas, pero tras cierto tiempo de persecución empiezas a propinarles manotazos frenéticos, y al hacerlo terminas haciéndote daño, pero ellas siguen igual que estaban y entonces te sientes aún más tonta que de costumbre. (Aquí tampoco hay muchas, ¡alabado sea Alá!). Personalmente, prefiero con creces los piojos, porque puedes capturarlos cada tanto y vengarte aplastándolos hasta matarlos... ¡Es muy satisfactorio!

Esta mañana he decidido arriesgarme y desayunar huevos, porque hace casi tres días de mi insolación. He comprado cuatro y los he cocido. Tres han resultado *muy* malos y de alguna manera han sofocado mi apetito por el cuarto, por lo que vuelto a las habas.

Hay tal disparidad de opiniones sobre el estado del puerto que he decidido subir una parte del camino por un atajo para investigarlo yo misma. A las siete y media de la mañana el tiempo era espléndido, con un sol cálido, una brisa fresca y el cielo despejado, como un buen día de mayo en Irlanda. Mi progreso ha sido lento, con numerosas pausas para que mi palpitante corazón descansara, porque la pendiente del atajo es, claro está, mucho más empinada que la del sendero, pero he disfrutado serpenteando y contemplando las preciosas flores silvestres de los bosques y escuchando el canto de los pájaros. Como no podía ser de otra manera, me he perdido y eran las dos de la tarde cuando he logrado salir a la pista apta para todoterrenos, a casi 4.000 metros, entre páramos pedregosos y estériles. A esta hora el cielo ya estaba cubierto, los truenos se estrellaban entre las cumbres y caía una ligera nevada. (¡Casi no me cabía en la cabeza que hace solo setenta y dos horas y a treinta y dos kilómetros de distancia hubiera sufrido una insolación!). No me he atrevido a subir más porque he sentido una ligera náusea (por la altitud o por el hambre, o por ambas), así que he bajado caminando los casi diez kilómetros de pista hasta aquí. Tres glaciares pequeños bloquean por completo la carretera, pero en este tramo será muy fácil negociarlos a pie. Probablemente más arriba haya más y más amplios. Ha sido una lástima no

haber inspeccionado los tres últimos kilómetros hasta la cumbre por miedo a sobrecargar mi maltrecho armazón. (Últimamente siento mucha lástima por mi propio cuerpo, aunque de una manera curiosamente distante e impersonal; me gustaría poder ofrecerle los alimentos que sin duda se ha ganado). Ahora me enfrento a la difícil cuestión de si quedarme un par de días más aquí y acostumbrarme antes de empujar a Roz cuesta arriba —bueno para el corazón— o si cruzar el puerto mañana y disfrutar de una comida decente al otro lado —bueno para el estómago—. Creo que va a ganar el estómago, porque estoy convencida de que otras cuarenta y ocho horas a base de habas crudas me debilitarían demasiado. (Esta tarde el reloj ha empezado a deslizárseme por la muñeca). Acabo de conseguir otros tres huevos, los únicos que había, y alrededor de una pinta de leche, pero los campesinos también pasan hambre, pendientes de la llegada atrasada de la caravana de camellos por el puerto. Compartirían hasta el último huevo conmigo y son muy reacios a aceptar dinero, lo que hace que la situación sea aún más incómoda. Por suerte, salvo en las incontables curvas cerradas, la pendiente del camino es tan solo del tres por ciento durante casi los diez primeros kilómetros. No entiendo por qué cuando una baja a paso ligero por una de estas pendientes la altitud no le afecta en absoluto, mientras que, subiendo muy despacio, se siente medio muerta. ¿Acaso no es caminar en sí mismo un esfuerzo?

Es increíble lo que saben hacer en este lugar con los troncos de pinos y las piedras. Los numerosos puentes que cruzan el *nullah* a lo largo de todo el camino desde Chilās se han construido únicamente con estos materiales. He pasado por debajo de uno para ver cómo estaban hechos, pero carezco de la capacidad suficiente para describir la técnica. Esto significa que el único coste sea la mano de obra, y está muy bien que sea así, ya que año tras año terminan siendo arrastrados.

La madera es una de las fuentes principales de liquidez en este lugar. Se tala en lo alto de las montañas, la bajan rodando hasta la pista, los hombres cargan con ella hasta el Indo, la lanzan al agua y años después la pescan cientos de kilómetros río abajo los contratistas que compraron los árboles y cuyos nombres se han tallado en ellos. El método de tala local es muy curioso: queman el tronco cerca de suelo hasta que es lo bastante delgado para cortarlo con sus pequeñas hachas caseras. Se precisa una gran habilidad para no *a)* prender fuego a todo el árbol o *b)* prender fuego a todo el bosque seco. Una vez talados, es fascinante ver a los niños pequeños que guían troncos gigantes por pronunciadas pendientes hasta la pista.

[8] En la India y Pakistán, el *tehsildar* es un funcionario fiscal que se encarga de obtener los impuestos de un *tehsil* (unidad local de división administrativa) en lo referente a la renta de la tierra. (*N. de la T.*).

13

Dos ruedas sobre nueve glaciares

De Babusar a Abbottabad

Basal, 21 de junio

Si lo que se busca es una combinación de belleza, peligro, emociones y esfuerzo (del tipo agradable), el día de hoy se impone con facilidad.

Mientras masticaba tranquilamente mi desayuno de habas y un *chapatti* —preparado con unas dos onzas de harina de maíz, para celebrar la ocasión—, ha aparecido un anciano un tanto incoherente pero muy amable para decirme que una caravana de ponis había salido de la aldea hacía unas tres horas en un intento desesperado por cruzar el puerto siguiendo el principio de, si la montaña no viene a Mahoma...; confiaban en recoger productos esenciales de la caravana de camellos que ya lleva diez días retenida en Butikundi. Al principio no acertaba a comprender por qué aquel anciano me explicaba todo aquello, pero ¡enseguida he captado el mensaje!

Roz y yo nos hemos puesto en marcha a las siete de la mañana (el mero hecho de no tener que levantarnos a las cuatro para ganarle terreno al sol recordaba a unas vacaciones) y he tardado casi dos horas y media en subir lentamente los casi diez kilómetros que ayer bajé en menos de hora y media. A lo largo de este tramo he visto varios grupos de nómadas; el humo de sus pequeñas hogueras despedía un olor que se extendía por aquel paisaje desolado y que, no se sabe cómo, resultaba acogedor; el canto persistente del cuco era igual de incongruente. Por lo demás, los únicos sonidos que rompían el inconfundible silencio de las alturas eran los silbidos de los nómadas que dirigían sus rebaños y la melodía despreocupada de los cencerros de las ovejas y las cabras.

He alcanzado el primer glaciar en buena forma, pero para entonces el sol estaba en lo alto y he advertido con cierta alarma que este gran banco de nieve derretida se había desplazado algunos kilómetros desde ayer. Sin embargo, el rastro nítido de los ponis me impulsaba hacia delante y pronto hemos estado sanas y salvas al otro lado. Ha sido entonces cuando me he percatado de la valiosa información que había compartido conmigo el anciano. He hecho una pausa para comer un poco de glaciar y me he acordado de mi último almuerzo de nieve en las montañas entre Yugoslavia y Bulgaria. Estaba muerta de hambre y, además de aplacar mi sed, he agradecido algo absurdamente la sensación de nieve sólida en la boca.

La pista se ha mantenido despejada durante otro kilómetro y medio, aunque semejaba el cauce de un río por la demoledora acción del deshielo. A esta altitud no crecen árboles y los pastizales rocosos, que en cuestión de semanas estarán tupidos con un verde intenso, exhibían un amarillo apagado después del largo invierno. Por delante se alzaba un glaciar gigante de más de tres kilómetros de ancho que se prolongaba hasta la cumbre. La pista desaparecía bajo él ochocientos metros más al oeste del punto donde atravesaba la cumbre y las huellas de cascos en la tierra reblandecida por la acción del deshielo me indicaban que los ponis se habían desviado para tomar una ruta de ascensión directa que evitaba las interminables curvas cerradas que sin duda ocultaba el glaciar.

Llegado este punto, me he parado para sopesar mis próximos pasos. Seguir más o menos la pista resultaría mucho menos agotador que tomar el atajo, pero podría ser mucho más peligroso para alguien ignorante de las idiosincrasias de los glaciares. Así que he decidido arrastrar a Roz por la ruta directa, sin sospechar que lo que parecía una subida de veinte minutos se iba a convertir en casi dos horas.

Las nubes se habían vuelto oscuras y estaban bajas, y un viento afilado enviaba de vez en cuando ráfagas de pequeños copos de nieve que se arremolinaban a mi alrededor. Esto me encantaba y he llevado la cabeza descubierta para disfrutar de la vehemencia del aire. Rodeada de altas cumbres que bloqueaban el valle que había debajo, he sentido una extraña alegría moviéndome sola entre ellas, con la caótica sinfonía del eco de los truenos como música de fondo.

Era lo más alto que había estado nunca y, cuando me paraba cada seis minutos para recuperar el aliento, mis latidos sonaban tan fuertes como un trueno. Esta sensación de asfixia me ha tenido en vilo hasta que he sido consciente de que el sentimiento ilusorio de acercarse repetidas veces a la muerte

no era más que la manera que tienen las montañas de burlarse de los novatos. Cuando estaba a mitad de camino, he puesto en cuestión la sabiduría de los ponis: su ruta cruzaba muchos afloramientos rocosos y cada vez que levantaba a Roz sobre una de estas barreras me desplomaba agotada. Allí donde la nieve era muy blanda, me hundía hasta las rodillas. En otras partes era tan dura que incluso los cascos de los ponis apenas habían dejado huella y solo conseguía mantenerme erguida clavando las botas de clavos especiales a cada paso, un proceso que me cansaba aún más. Después de cerca de hora y media de esta lucha, me hallaba en esa fase particular en la que una no termina de creerse que logrará alcanzar su objetivo y la conciencia mental se centra únicamente en la alegría de someter al cuerpo más allá de los límites de su resistencia natural (esto a algunos les resultará incomprensible, cuando no totalmente antinatural). Entonces, después de haber arrastrado a Roz cuesta arriba por otra pendiente salvaje y sobre otro montón de pedruscos, de repente hemos llegado a una planicie que medía aproximadamente sesenta y cinco hectáreas. Sentada en el lugar donde me había desplomado pasadas las rocas, y aún aferrada a Roz, he ido asimilando poco a poco la sorprendente hazaña de coronar el puerto de Babusar.

Lógicamente, me moría de ganas de fotografiar a Roz en este enclave histórico donde, debido a la enajenación mental de su propietaria, se había convertido en la primera bicicleta en cruzar el puerto de Babusar. Sin embargo, aunque he hecho tres intentos, dudo mucho que la luz fuera lo bastante fuerte para una cámara barata. Aun así, entre las nevadas intermitentes podía ver con claridad en dirección este y sur, donde el sol refulgía sobre los picos angulosos y las curvas impolutas y lisas de los glaciares que los unían.

Los truenos ya habían cesado y, apenas hubo amainado el viento, el silencio apabullante de las montañas me recordó a la quietud que se siente en una gran catedral gótica vacía al anochecer, un silencio que es bonito en sí mismo. Sin embargo, no podía permanecer más de media hora en la cima del puerto, porque aún faltaban cerca de veinticinco kilómetros para alcanzar la entrada del valle de Kaghan. Mi entusiasmo por llegar a lo más *alto* me había llevado a no plantearme demasiado en serio el *descenso*; es posible que sufriera una falta de vitaminas en el cerebro, porque había dado por hecho que, una vez alcanzada la cara sur, todos los peligros habrían quedado atrás, un delirio que se ha visto favorecido durante la primera etapa del descenso.

Desde la meseta se veía, a unos trescientos metros por debajo de donde me encontraba, un valle de un verde intenso que debía de medir trece kilómetros de largo y tres y pico de ancho, con un *nullah* de espuma blanca que discurría reluciente por su centro y una pista de tierra razonablemente asfaltada que

descendía con una cómoda pendiente a lo largo de la ladera de la montaña, donde la nieve era demasiado reciente como para llegar a cubrir medianamente el pedregal marrón. Al fondo del valle la pista atravesaba el *nullah* y era visible a lo largo de la base de las montañas opuestas antes de hacer una curva hasta perderse de vista a mitad del valle. A medida que bajábamos sin pedalear, pensaba en lo estupendo que era seguir aquella carretera, con todas las características que emocionan a un corazón errante.

Media hora después me ha tocado revisar esta opinión a marchas forzadas. La primera imperfección de la pista ha quedado de manifiesto en cuanto hemos llegamos al *nullah* y hemos descubierto que, donde tendría que levantarse un puente, solo había dos pilares que no sostenían nada. He mirado la corriente arriba y abajo haciendo suposiciones descabelladas. Los ponis no habían vuelto, por lo que habrían vadeado el *nullah* en algún momento. Pero ¿cuándo? Por desgracia, el terreno era tan firme y la orilla tan pedregosa que mi búsqueda perseverante de huellas no ha arrojado pista alguna. Entonces, mientras observaba patéticamente a mi alrededor con la débil esperanza de avistar a algún nómada, a unos veinte metros aguas arriba ha aparecido una solitaria vaca negra —a todos los efectos, como una vaquita kerry— que avanzaba con decisión por el prado hacia el torrente. No había más señal de vida en el valle, ni humana ni animal, y en retrospectiva me gusta creer que aquella vaca era mi ángel de la guarda, discretamente camuflado. Pero nada más verla no me he parado a especular sobre su naturaleza u origen. Era evidente que tendría sus buenas razones para vadear el *nullah* y nosotras íbamos a unirnos a ella. He pedaleado brusca y velozmente sobre la hierba hasta el lugar de la orilla a donde se dirigía la vaca. Una vez allí, he desatado a toda prisa la alforja, me la he atado en la cabeza con un poco de cuerda que, con muy buen juicio, había catalogado «para emergencias» y he estado lista para entrar en el agua.

Al llegar hasta nosotras, nuestra presencia no la ha sorprendido, ni tampoco se ha mostrado alarmada ni disgustada cuando le he pasado el brazo derecho por el cuello, fuertemente asida al tubo superior del cuadro de Roz con la mano izquierda, y he entrado con ella en el torbellino de agua helada. Me ha dado por pensar que, en función de la profundidad, podría llegar a encontrarme en una situación incómoda, pero lo cierto es que el agua en ningún momento ha superado el metro veinte de hondo, aunque su tremenda fuerza me habría desequilibrado si lo hubiera intentado yo sola. Mi amiga, sin embargo, estaba claramente acostumbrada a este papel y hemos cruzado sin problemas, a menos que la agonía de tener dos terceras partes del cuerpo sumergidas en nieve recién derretida cuente como dificultad. Después de aquella asociación tan breve como

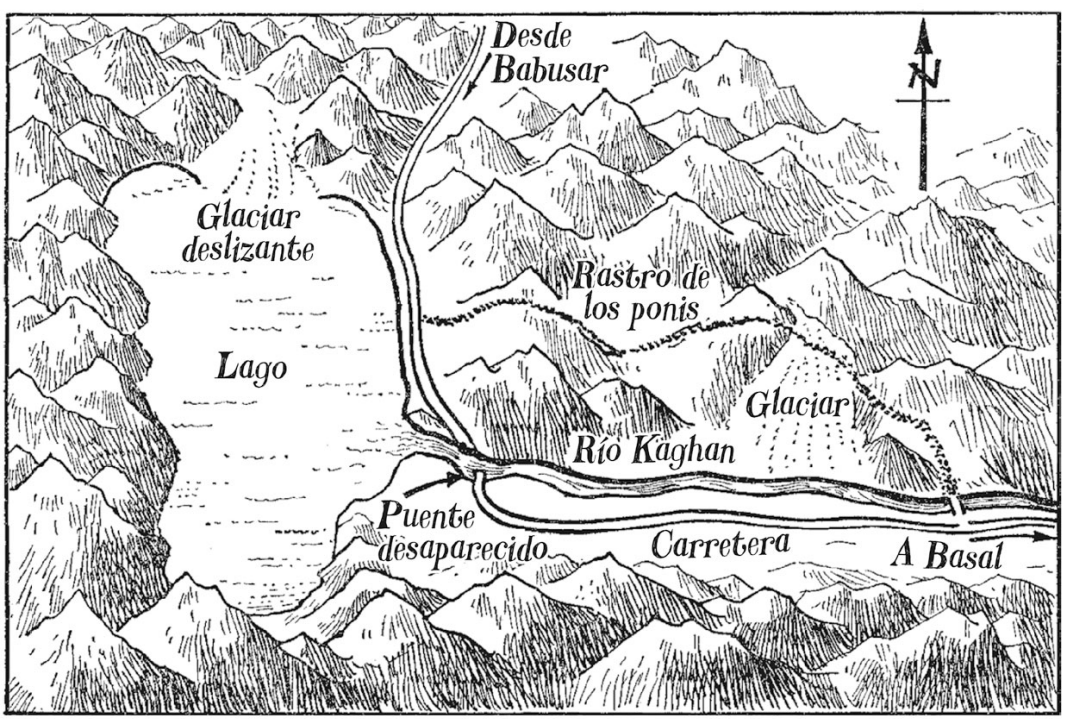
significativa, he sentido una cierta falta de civismo tras nuestra brusca despedida en la ribera opuesta, pero nuestros caminos tomaban direcciones diferentes y no tenía forma de expresarle mi gratitud. Solo puedo dejar constancia en este diario de mi agradecimiento a esta vaquita negra por su aparición de cuento de hadas.

Estaba casi paralizada por el frío (una cosa es tener la ropa empapada en el desierto y otra muy distinta aquí). Después de volver a colocar la alforja, tenía los dedos tan entumecidos que no he conseguido atarla y en su lugar he tenido que hacerlo con una cuerda antes de ponerme a pedalear por el mullido pasto hasta la carretera, a ochocientos metros de distancia. Desde aquí la pista subía de manera abrupta (lo que me ha parecido de un mal gusto terrible; después de haber completado toda la ascensión hasta la cumbre, podría haber tenido la decencia de ofrecer una bajada constante desde lo más alto). Este patrón se ha repetido a lo largo de los siguientes once kilómetros: subíamos, bajábamos o rodeábamos las laderas de las montañas, todas ellas de cúspides nevadas y asomadas a pastizales de un verde maravilloso donde crecían un sinfín de flores indescriptibles. Los tonos rosas, amarillos, rojos, azules, púrpuras, dorados y blancos a menudo eran tan densos que los prados parecían la alfombra de un gigante, con grandes dibujos circulares de colores entrelazados sobre un fondo verde. (¿No es curioso que las flores más elegantes crezcan allí donde hay menos gente para verlas?).

No obstante, a lo largo de este tramo de once kilómetros me han asaltado otras distracciones menos estéticas, y es que he tenido que cruzar once glaciares, la mayoría de unos cuarenta o cincuenta metros de ancho. Ocho de ellos eran «naturales», es decir, se ubicaban allí donde se habían formado en barrancos sobre arroyos, y los otros procedían de lo alto de las faldas de las montañas y se habían deslizado en los últimos días hasta sus posiciones actuales: eran los que más miedo me daban, porque era morbosamente consciente de que, llegado el momento, nada podría impedir que continuaran deslizándose mientras Roz y yo tratábamos de cruzarlos.

Una vez más, he seguido los pasos de aquellos ponis tres veces benditos (¡Que Alá se apiade de ellos!), pero desplazarse una misma junto con su bicicleta por masas escarpadas de nieve y hielo, donde un simple desliz podría ser fatal, es un proceso lento y no he logrado atravesar esos pocos kilómetros hasta las cuatro y media de la tarde. Los tres últimos trazaban una curva alrededor de un lago precioso de aproximadamente un kilómetro y medio de ancho con verdes montañas agrestes en el lado opuesto, cuyos barrancos relucían con los glaciares. El agua era transparente, pero verde oscura, y una de las imágenes más bonitas que he visto en mi vida ha sido el reflejo perfecto de la nieve blanca en esa inmóvil profundidad de verdor. En mi lado de la pendiente, entre la carretera y el

agua, yacía una rocalla natural formada por pequeños trozos de piedra gris entre los que crecían montones de flores azules y blancas. En varios puntos próximos al borde del agua había «icebergs»: las cimas de los glaciares que se habían deslizado dentro del lago, pero que aún no se habían derretido. La forma de este lago es la que aparece aquí debajo y fluye en un *nullah* (el nacimiento del río Kaghan, sobre el cual me explayaré más adelante). Mientras pedaleaba hacia el origen del *nullah*, se oía un ruido extraño y estruendoso a lo lejos. Antes de que me diera tiempo a reconocerlo, he percibido por el rabillo del ojo un movimiento y he sido testigo del momento exacto en que un glaciar desaparecía en el agua (donde señala la flecha en mi boceto). Minutos después, las ondas empezaban a lamer la orilla cerca de donde yo me encontraba, pero el sonido del impacto ha sido de lo más impresionante. Debía de ser un glaciar relativamente pequeño, porque no ha quedado nada por encima de la superficie del agua.



Minutos después he llegado al *nullah* y he desmontado de cualquier manera frente a la crisis principal del día: el puente que debía levantarse donde indico en el boceto había desaparecido, y esta vez no era cuestión de vadearlo, porque el agua fluía a unos seis metros por debajo de la carretera entre acantilados

verticales. (Aquí es cuando he empezado a sentir que el día ya había tenido suficientes emociones y esto ya era pasarse). He mirado a mi alrededor perpleja porque no había marca alguna de ponis, pero era inconcebible que hubieran superado este *impasse*, porque la carretera (me remito una vez más al boceto) estaba presidida por una montaña escarpada con grandes trozos de roca negra. Tras quedarme mirándolo un instante, de pronto, y a regañadientes, he caído en la cuenta de algo horrible: puesto que no había ni rastro de ponis, tenían que haber cruzado esta montaña, por muy descabellada que pudiera parecer aquella deducción. Entonces, con un agobio importante, he sido consciente de algo todavía más horrible: yo también debía cruzarla, y deprisa, porque eran las cuatro y media y solo quedaban tres horas de luz. (También sabía que no tardaría en desmayarme de hambre). Por tanto, tenía que volver a localizar el rastro de los ponis.

Para mi sorpresa, esto no ha sido nada difícil (¡a estas alturas esperaba que todo lo fuera!), pero una cosa es encontrarlo y otra muy distinta seguirlo. Durante los primeros metros con Roz a cuestas por esa pendiente entre aquellas rocas mis espinillas se han llevado tantos golpes que, si hubiera tenido fuerzas, habría llorado del dolor, y el guardabarros trasero de Roz, que había resultado gravemente herido al cruzar el último *nullah*, ahora estaba completamente destrozado. Era evidente que, por el bien de ambas, debíamos poner fin a aquel disparate y la única alternativa era colgarme a Roz al cuello. Dicho y hecho. Hemos continuado la ascensión, todavía sufriendo por la falta de oxígeno, sacando la cabeza por el ángulo que formaban el tubo superior y la cadena, aunque mi visión quedaba oscurecida por la rueda delantera. Mi condición debilitada hacía que lo ridículo de la situación me golpeara con especial dureza y, cada vez que paraba a descansar, desperdiciaba un aliento precioso riéndome casi sin fuerzas de mi propia chifladura.

Este tramo ha durado cerca de hora y media, de la cual media hora como mínimo ha consistido en descansar. Las huellas de cascos de los ponis se veían con claridad en la tierra húmeda entre las rocas, pues de lo contrario me habría extraviado al no saber qué dirección había tomado el *nullah*. Estaba empezando a desesperarme cuando, de repente, me he descubierto cruzando un prado llano libre de rocas donde el agua de las nieves derretidas me llegaba hasta los tobillos. Para entonces estaba tan agotada que apenas he advertido el precipicio que había al borde de este prado y he estado a punto de caerme a las rocas que había 450 metros más abajo. Una vez recuperada del susto, he mirado hacia abajo y he visto siete figuritas negras —tres ponis y cuatro hombres— en mitad de un inmenso glaciar junto al *nullah*. En un primer momento no he logrado entender cómo

habían bajado hasta allí ni los hombres ni los animales, hasta que he comprendido que debían de haber utilizado el glaciar, que se prolongaba unos seiscientos metros hacia arriba y cortaba en dos la «mordida» semicircular de la montaña, en cuya pared oeste yo me encontraba. Pero sigo sin entender cómo han logrado convencer a unos ponis, por muy de montaña que sean, para realizar ese descenso aterrador. Y, mientras observaba la escena que se desarrollaba a mis pies, he supuesto que los tres ponis debían de haber tenido ya más que suficiente y se negaban en redondo a cruzar el puente de nieve sobre el *nullah*. Personalmente, compartía su punto de vista.

Sin embargo, nuestro descenso ha resultado ser la parte más simple de todo el viaje. Al llegar al glaciar me he puesto a gritar para llamar la atención de los hombres y luego he empujado a Roz cuesta abajo desde el punto más empinado. Ha salido disparada hacia abajo a una velocidad que habría descompuesto a cualquier otra bicicleta de menor calidad, y se ha detenido gracias a las esterillas para dormir que los hombres han colocado en su camino. Después yo misma me he lanzado desde el punto menos empinado y he empezado a medio rodar y medio deslizarme ladera abajo: un avance doloroso, pero que por lo menos no requería ningún esfuerzo. Los hombres de los ponis habían oído hablar de la expedición que me había propuesto emprender y, cuando he llegado hasta ellos hecha un ovillo magullado y jadeante, me han recibido entre alegres vítores. Al líder, un anciano muy distinguido (a quien en Europa su hija no le permitiría salir fuera en un día lluvioso), casi se le saltaban lágrimas de alivio y ha ordenado a uno de sus hombres que cargara con Roz hasta el otro lado del *nullah*.

Estábamos a tan solo un kilómetro y medio de Basal y este puente de nieve parecía un colofón apropiado para un día como este. El glaciar derretido ya había cedido en dos lugares y los hombres de los ponis habían colocado dos tablones de madera —que transportaban a tal efecto— a lo largo de la grieta de entre metro y medio y dos metros. De pie en el borde se vislumbraba el torrente rugiente por debajo y, hablo solo por mí, me han entrado los siete males al darme cuenta de que en cualquier momento, tal vez ya mismo, otro pedazo del glaciar, posiblemente el que estaba bajo nuestros pies, podría desprenderse y desplomarse sobre el *nullah*. A esta sensación general de inseguridad había que añadir que los tres ponis se dedicaban a dar golpes secos sobre la nieve aplanada entre la grieta y la parte inferior de la pendiente, y me ha dado por pensar que ni aun queriendo habrían hecho más para favorecer su desintegración.

Sin embargo, la indiferencia de los hombres ante lo que yo consideraba un peligro extremo me ha tranquilizado (todavía no me había enterado de que seis lugareños se habían ahogado hacía poco en una situación parecida) y, después de

que Roz hubiera cruzado el *nullah*, me he quedado atrás para ayudarlos a convencer a los ponis para que se atrevieran a cruzar sobre los tablones. Los desdichados animales estaban muy agitados y asustados y no había forma de que cedieran. Entonces he tenido una idea brillante que, a pesar de su sencillez, no ha sido fácil de explicar mediante gestos: les he sugerido que, si el resto del grupo abandonábamos el lugar, tal vez los ponis, desconcertados, nos siguieran por voluntad propia. De modo que he trotado por los tablones con paso decidido, como si estuviera en el puente O'Connell de Dublín, y todos hemos trepado al otro lado del glaciar hasta la carretera y nos hemos marchado a toda prisa. Y, en efecto, los relinchos lastimosos han seguido nuestros pasos y enseguida hemos oído el estrépito de los cascos sobre los tablones y, en menos de cinco minutos, las nerviosas criaturas se han reincorporado al grupo. Este incidente ilustra perfectamente la poca perspicacia de estos hombres, que creen que a base de maldecir y patear a un caballo ya de por sí aterrorizado conseguirán que haga aquello que teme. ¡Por supuesto, a sus ojos «Begum Sahib» es un genio por haber sugerido lo evidente! De alguna forma, mi estratagema también era cruel —hacer creer a las pobres criaturas que íbamos a abandonarlas para siempre en un glaciar—, pero por lo menos era una crueldad a corto plazo. El resto de esta entrada tendrá que esperar hasta mañana, porque ahora estoy demasiado cansada para terminarla.

Butikundi, 22 de junio

Continúo la entrada de ayer: al salir de la estrecha garganta con el puente de nieve accedimos a la cabecera del famoso valle de Kaghan, que se extendía muy hermoso a la luz de la caída de la tarde. Todas estas montañas se elevan reverdecidas hacia cumbres de roca gris y en sus suaves pendientes pastan búfalos, muy graciosos tapados con pesadas mantas, y enormes rebaños de cabras. Basal es lo que nosotros llamaríamos una *townland*,[9] donde los miembros de las tribus acampan en verano cuando suben aquí con sus rebaños, y la aldea más cercana está a treinta kilómetros. Pero hay un «hotel» de temporada donde hacen parada las caravanas que cruzan el puerto. Consiste en un pequeño cobertizo que no es lo bastante alto como para que yo pueda estar de pie, y está construido de manera rudimentaria con pedruscos y techado con ramas de pino. Solo tiene dos muros, ¡así que os podéis imaginar cómo aúlla el viento frío a 4.267 metros! Su propietario, un joven miembro de una tribu, duerme fuera en una tienda hecha con piel de cabra y hay una hoguera de estiércol encendida en

un agujero en la tierra. Los brotes de hojas verdes de una maleza autóctona alfombran el suelo y el agua procede del joven río Kaghan, que discurre ensordecedor a dos metros de distancia. Admito que no suena demasiado lujoso, pero después del día que todos hemos pasado es como alojarse en el Ritz. Se encuentra a poco más de tres kilómetros de la cabecera del valle y he caminado hasta allí con la caravana de ponis.

Al llegar nos sentamos junto a la pequeña hoguera mientras preparaban té (yo estaba tan cansada que ni siquiera he hecho el amago de ponerme a escribir en el diario). Pero logré revivir después de cinco o seis tés fuertes como Sansón —muy dulces, servidos en tazas de hojalata— y me puse a escribir a la luz de una lámpara de aceite durante las dos horas que tardó en estar lista nuestra cena: lentejas y pan. El estiércol es un combustible excelente, como el buen pasto, pero cocinar para seis personas famélicas lleva su tiempo y los *chapattis* necesitaron lo que me parecieron semanas, porque se preparaban uno a uno por separado en una plancha plana sobre el fuego. (En Pakistán no abundan las panaderías y el pan suele ser casero). En cualquier caso, llevo suficiente tiempo en Oriente como para haber superado lo de impacientarme, así que disfruté de la acogedora paz del lugar al calor del fuego mientras fuera el cielo azul se teñía de verde frío hasta hacerse del todo negro y convertirse en un magnífico espectáculo de estrellas doradas. Lo único que rompía el silencio eran la corriente revuelta del río y la respiración profunda de los hombres de los ponis, que se quedaron dormidos mientras esperaban la comida.

Mientras cenábamos apareció un personaje extraordinario, sin duda algún tipo de jefe tribal, porque llevaba montones de pendientes, brazaletes de oro, fabulosos collares de plata y piedra y anillos en cada dedo. Medía casi dos metros, iba descalzo y nunca había visto un rostro tan ajado como el suyo, aunque caminaba erguido y vigoroso. La larga melena negra y la barba desentonaban con las arrugas, tenía unos ojos marrones penetrantes pero amables y unos dientes perfectos. No hace falta que mencione lo sucio que estaba y el olor a pocilga que emanaba, ¡incluso peor que los hombres de los ponis! Había venido a recibirlos por el hecho de ser los primeros que cruzaban el puerto este año, y los saludos y apretones de manos duraron mucho rato. Al principio me ignoró por completo, pero poco a poco se fue haciendo a la idea y nos hicimos bastante amigos. Tras su marcha, terminamos de cenar con más tazas de té fuerte; es el más maravilloso que he tomado nunca, a pesar de que podía ver al cocinero que avivaba el fuego de estiércol con las manos descubiertas al tiempo que amasaba *chapattis*. Después de dar caladas por turno a un narguile en la sobremesa, los hombres volvieron a quedarse dormidos y yo continué escribiendo hasta casi

medianoche, hora en que me acurruqué en mi esterilla, que el propietario alquilaba por un chelín y que, sorprendentemente, parecía libre de bichos. Me he despertado a las seis y media de la mañana con un dolor de oído terrible, porque ha hecho un frío intenso toda la noche y no podía dormir con la cabeza tapada por el olor de las sábanas. Hoy por la noche también me duele mucho la garganta y tengo mocos (algo inevitable después de lo mucho que me mojé y congelé ayer), pero es un pequeño precio a pagar por haber cruzado el puerto de Babusar.

Hemos salido de Basal a las siete y media de la mañana después de tomar té y *parathas* fritos en *ghee* fresco, y me lo he tomado con calma; tan solo hemos cubierto los treinta kilómetros que nos separaban de este pueblo. El valle de Kaghan es tan bonito que cada cien metros hay que parar y sentarse a mirar. (De cualquier forma, sentarme y mirar es lo único que hoy se me daba bien, porque tengo un dolor muscular espantoso en la espalda y en los hombros por haber cargado con Roz). El río Kaghan se ensancha de manera gradual y exhibe hermosos tonos verdes mientras fluye bajo el sol entre grandes pedruscos grises, estallando cada poco en violentas cascadas de espuma blanca. Durante los primeros nueve o diez kilómetros, la carretera subía y bajaba por verdes laderas y he tenido que cruzar tres glaciares más —uno peliagudo, dos fáciles— y cuatro desprendimientos rocosos que ha traído consigo el deshielo. Estos han presentado dificultades, porque todos se emplazaban en puntos elevados del camino que se asomaban sobre caídas espeluznantes. (No sabéis cómo mejora el «vértigo» de una en esta zona; hace seis meses me habrían dado escalofríos solo de pensar en pedalear sobre rocas sueltas y barro resbaladizo por encima de barrancos como estos). Volvían a apreciarse las huellas de cascos de la caravana, que había salido de Basal a las cinco, y, comparada con ayer, toda la región estaba densamente poblada con pastores nómadas, aunque no se veían hogares. He avistado dos águilas impresionantes y durante todo el día he oído el canto de la alondra. ¡Qué lugar tan maravilloso! Un valle de una belleza gloriosa y a la vez única —muy distinto a los valles del Ghorband, Gilgit o Indo—, con centelleantes cumbres nevadas y majestuosos abetos, con brillantes prados verdes que se extienden hasta la línea de nieve y glaciares relucientes en los barrancos, con cascadas que se precipitan y brillan por todas partes y flores silvestres que parecen joyas, con el murmullo del canto de los pájaros y el tenue y limpio aroma de alguna hierba desconocida.

Hemos llegado aquí a las cinco de la tarde y hemos descubierto que la aldea consistía en media decena de chozas de madera, además de una casa de té que provee a las caravanas. Al doblar una curva he visto por debajo, en una profunda hondonada entre las colinas, la caravana formada por cincuenta camellos

acampada junto a la casa de té, y a los hombres de los ponis abasteciéndose de productos esenciales. Y, mientras me dirigía hacia ellos, he reconocido los abrigos lanudos, los turbantes de colores vivos y los chalecos maravillosamente bordados de los camelleros; era evidente cuál era *su* tierra natal. He parado al primero y le preguntado: «¿Afganistán?». Ha respondido: «Sí, Bulola», y acto seguido le he dado un firme apretón de manos y he dicho: «Afganistán muy bien y Bulola muy bien» (Bulola es el pueblo vecino de Bamiyán). Él parecía igual de encantado con aquel encuentro que yo y nos hemos agarrado por los hombros y hemos ido a tomar té. Luego han aparecido otros quince afganos y les he explicado en qué partes de Afganistán había estado y hemos representado el ritual afgano de admirar muy serios las armas y cuchillos de unos y otros y me han dicho que debo programar mi regreso a Afganistán de manera que coincida con el cumpleaños del rey en octubre, cuando el *buzkashi*, el deporte nacional, se juega al máximo nivel en Kabul. De nuevo, como ya me ocurrió al entrar en Afganistán desde Persia, he advertido la considerable superioridad de estos hombres, tanto en fortaleza mental como física, comparados con los campesinos a los que he conocido en las últimas semanas. Con los afganos es posible mantener una conversación muy compleja mediante gestos y unas pocas palabras de pastún e inglés, lo captan todo rapidísimo.

Ahora estoy sentada fuera de una de sus tiendas escribiendo a la luz de la hoguera mientras preparan la cena, después de haber cabalgado con dos de ellos hasta una aldea siguiendo el afluente de un *nullah* para suministrar telas. El camino era un prado llano y jamás había pensado que un caballo pudiera ir tan rápido. ¡Qué sensación tan gloriosa la de galopar por el valle mientras el sol poniente iluminaba las nieves por delante y mi caballo, después de pasarse el día entero sin hacer nada, avanzaba a toda pastilla por el terso pasto! Menos mal que no he querido detenerlo, porque no creo que lo hubiera conseguido. Me han prometido un paseo en camello por la mañana.

Naran, 23 de junio

Después de una cena excelente a base de carne de cabra a la parrilla sobre un fuego de leña, lentejas y pan, he dormido como nunca, envuelta en pieles de oveja calentitas en un círculo de afganos alrededor de una hoguera que hemos mantenido encendida toda la noche. Me he despertado cuando el sol ha salido por encima de las cumbres de las montañas y nos ha dado en la cara: ¡imaginaos la belleza de despertarse y ver algo así! El verde brillante de la hierba mullida, el

verde oscuro de los altísimos pinos, el verde casi luminoso del río cercano, el azul pálido del cielo a primera hora y el blanco puro de los glaciares entre picos afilados y rocosos sobre pastos tersos y en pendiente. Me han dado el paseo en camello mientras hervía el agua para el desayuno, y ha resultado muy breve y penoso: 1) el camello se ha puesto de rodillas; 2) me he sentado en la montura; 3) el camello se ha levantado; 4) el camello ha dado un paso; 5) me he caído. Por suerte, eso era exactamente lo que el dueño del camello ha creído que pasaría y me ha agarrado antes de tocar el suelo, y tanto mejor, porque estamos hablando de camellos árabes de patas largas que miden entre dos metros y dos metros y medio. La variedad bactriana, más corta y robusta, es más común en el propio Afganistán. Una montura de camello es algo descabellado, parece un puf de madera haciendo equilibrio sobre la joroba. Estoy segura de que hay maneras de no caerse, pero mi pastún no me ha permitido entender las instrucciones del dueño.

Después del desayuno, dos hombres se disponían a ir de expedición de venta de tela a tres aldeas muy pequeñas en lo alto de las pendientes boscosas de una montaña y me han invitado a acompañarlos. Hemos usado mulas para los senderos sumamente empinados y rocosos del bosque. Luego, a las doce y cuarto, he dejado de mala gana a mis amigos, tras un almuerzo de tréboles, pan y pollo. He intentado regalarles unos cigarrillos, pero, por supuesto, se han negado rotundamente a aceptarlos.

Durante los últimos días, el tiempo ha seguido la misma pauta. Se mantiene muy soleado hasta las doce del mediodía, luego el cielo se llena rápidamente de nubes, baja la temperatura y algún que otro chubasco refresca el aire. Ha sido una gozada avanzar colina abajo sin pedalear esta tarde rodeadas de densos árboles verdes y un cielo gris en lo alto. Salvo por la altura de las montañas y la furia del río, podría estar en casa.

Hoy se ha producido un paréntesis divertido cuando he doblado una curva del camino y he visto a un grupo de cuatro personas sin ninguna duda inglesas que caminaba hacia mí. Mi asombro, nada irrisorio por cierto, no ha sido nada comparado con el suyo al ver a una europea andrajosa y maltrecha que avanzaba con una bicicleta desde el agreste norte. Ni la natural reserva inglesa ha resistido el impacto y se han detenido para desentrañar el misterio. Me han explicado que venían de Delhi y que estaban acampados a la orilla del Kaghan. Se han mostrado muy considerados y me han sugerido que hiciera una parada en su campamento y pidiera a los sirvientes que me dieran de comer. La señora Haddow me ha invitado a quedarme con ellos cuando llegue a Delhi, y con las mismas me ha facilitado su dirección y su número de teléfono. Cuanto más lejos viajas, más

conciencia tomas de la extraordinaria abundancia de generosidad y amabilidad que existe en el mundo.

Dieciséis kilómetros después he llegado a este pueblo, donde un todoterreno accede dos veces por semana, así que, muy a mi pesar, estaba de vuelta en la civilización (si es que puede llamarse civilización a veinte chozas de madera y un albergue del PWD sin ningún tipo de comodidades modernas). No había tenido intención de detenerme aquí, pero la carretera estaba cortada por un deslizamiento de tierra a varios kilómetros por delante y no había otra alternativa. Naran es uno de lugares de pesca más famosos de Pakistán, donde los entusiastas desafían lo que ellos consideran los horrores del albergue por amor a este deporte, y esta semana se hospeda aquí una familia de Karachi encantadora: marido, mujer y cinco hijos. Mientras conversaba con ellos esta noche, he vuelto a percatarme del que para mí es el rasgo más desconcertante de la vida pakistaní. He aquí un hombre instruido, inteligente y erudito por encima de la media, pero se gana la vida como viajante. Es increíble que alguien con tanto talento esté tan desperdiciado en un país donde escasean los buenos cerebros.

Kaghan, 24 de junio

La familia de Karachi y yo hemos partido hacia el «lago Azul» a las nueve de la mañana y lo hemos alcanzado a las once después de una ascensión gloriosa. (Hay una carretera apta para todoterrenos, pero implica muchos más kilómetros). Este lago parece ser un cráter volcánico, de kilómetro y medio de ancho y de largo, y refleja todas las cumbres nevadas que lo rodean por tres de sus lados. Al llegar, un cielo azul despejado se alzaba sobre el agua verde y el reflejo era perfecto. Pese a que los glaciares circundantes se están derritiendo en estos momentos, son lo suficientemente firmes como para que sea seguro caminar por ellos, así que hemos rodeado la orilla de lago. Luego se ha levantado una leve brisa, han aparecido algunas nubes y la belleza de los colores en el agua nos ha dejado a todos sin palabras. Justo cuando nos marchábamos, a la una, ha aparecido un grupo de jóvenes estudiantes de Forestales con litros de té en termos (que han sido muy bien recibidos). He pasado una hora charlando con ellos y he dejado que me fotografiasen como una de las «estampas extrañas» con las que se han topado en su excursión. (Si pudierais verme a estas alturas, apreciaríais el humor sutil que encierra esta descripción).

He vuelto a reunirme con Roz a las cuatro y media, después de un almuerzo tardío de pan y huevos cocidos. Es una lástima que la «recompensa» de rodar

valle abajo sin pedalear se esté viendo ensombrecida por el aumento de las temperaturas a cada kilómetro que pasa. Pero cada día me rodean diferentes bellezas: nunca había visto unas mariposas tan pequeñas como las de hoy. Son tan frágiles y tienen unos colores tan delicados que parecen flores silvestres cazadas al vuelo.

Al atardecer me he encontrado con otra caravana de camellos afgana y voy a quedarme a pasar aquí la noche. La hospitalidad de esta gente es realmente maravillosa. Me han visto pasar y me han hecho señas para que me detuviese y tomara pan y té con ellos. (Viajan con su propia harina y preparan un pan mucho más rico que los lugareños, y beber su té verde en los cuencos japoneses que me resultan tan familiares ha sido un cambio agradable respecto del brebaje local, que es exactamente como lo tomamos en Irlanda: fuerte y con leche). Están todos encantados con la reapertura de la frontera con Pakistán ¡y solo tenían palabras de elogio para su majestad imperial de Irán!

Kawai, 25 de junio

Anoche, los afganos y yo intercambiamos consejos domésticos: yo les aseguré que añadir tomillo a sus estofados de cabra o pollo les conferiría un sabor delicioso y ellos me explicaron que la corteza de nogal, ligeramente humedecida y usada después de cada comida, era mejor que cualquier cepillo y pasta de dientes. Me resulta extraordinario que jamás hayan utilizado tomillo silvestre para sus platos. El estofado de anoche les encantó y a mí me pasó lo mismo con la corteza de nogal, que produce un cosquilleo en las encías y deja los dientes de un blanco reluciente. Llevo meses preguntándome cómo consiguen tener unos dientes tan fantásticos, y esta debe de ser la explicación. Por muy sucios que puedan estar, son muy meticulosos a la hora de lavarse los dientes inmediatamente después de comer.

Hemos salido de Kaghan a las seis y media de la mañana y el tráfico nómada que subía por el valle en busca de los pastos de verano bloqueaba hasta tal punto la carretera que hemos tardado tres horas en cubrir casi diez kilómetros. Era todo cuesta abajo, pero pedalear era del todo impensable, solo podía empujar y abrirme camino entre las densas masas de búfalos, vacas, camellos, caballos, mulas, burros, cabras, ovejas, cabritos, corderos, hombres, mujeres y niños. Desde que crucé el puerto me he ido encontrando con estas caravanas a diario, pero hoy el traslado estaba en su máximo apogeo. Por suerte, todos los animales son criaturas muy viajadas y displicentes que parecen tomarse a Roz con filosofía.

Para mí era difícil, además de peligroso para los jinetes, cada vez que una bicicleta aparecía de repente por aquellos lares donde apenas saben lo que es una máquina y los caballos y las mulas se espantaban y se encabritaban hacia el borde de los precipicios. (¡Hoy he sido *yo* la que ha dado un respingo al ver mi primera máquina —un todoterreno—, desde que me fui de Chilās hace una semana!).

De un tiempo a esta parte, el Gobierno, que quiere plantar árboles jóvenes en los pastizales de alta montaña, ha propuesto a los kuchis su establecimiento permanente en el territorio del Punyab —que el Estado les cedería a tal efecto—, pero las tribus han sentido tal desconsuelo ante semejante perspectiva que el presidente Ayub ha ordenado abandonar la idea. Desde hace al menos tres mil años, y es probable que más, los antepasados de estos pueblos han recorrido este trayecto (subiendo en junio para bajar en octubre), y cualquier otra forma de vida les resultaría tan inhumana como enjaular a un tigre. En realidad, todos llevan una vida bastante acomodada según los estándares pakistaníes. Disponen de su propia carne, huevos, leche y mantequilla, así como prendas de vestir que les proporcionan sus cabras y ovejas. Para obtener suministros de harina, té, azúcar y sal hacen trueques con los animales que no les resultan necesarios. Las niñas mayores de dos años y las mujeres llevan una cantidad increíble de joyas de plata, algunas muy antiguas y todas muy bonitas. En estas largas caminatas las madres cargan con los bebés a la espalda ocultos en paños, los niños pequeños viajan a hombros de sus padres o sobre alguno de los animales y todo el que tiene más de cuatro años camina con paso firme, como un buen kuchi. A menudo las niñas pequeñas llevan pesadas cargas de ollas, sartenes y diversos enseres domésticos en la cabeza, y hay veces en las que niños pequeños se encargan ellos solos de guiar un rebaño de treinta o cuarenta animales. Los potros o terneros recién nacidos (excepto las crías de camello, que al parecer pueden valerse por sí mismas desde el primer momento) se atan a algún otro animal —que no sea su madre— o los hombres los transportan a hombros. Los cachorros, las gallinas y los pollos viajan a lomos de los búfalos. Cuando hay un alto, las aves de corral vuelan hasta el suelo, donde arañan y picotean mientras los humanos preparan té y los animales se comen su forraje, y, cuando se da la señal de reanudar la marcha, regresan volando a sus gallineros móviles. Cada tipo de animal tiene un cencerro que suena diferente y el resultado es bastante sinfónico.

Hoy ha hecho mucho más calor —realmente incómodo a mediodía—, aunque ahora la temperatura vuelve a ser agradable. Voy a parar en un albergue muy civilizado, ¡que se queda a las puertas de tener cuarto de baño!

Bach, 26 de junio

Vuelta al infierno, y eso que todavía estamos a 1.220 metros; miedo me dan las verdaderas planicies... Esta tarde me he despedido con tristeza del Kaghan, al que he visto nacer en aquel lago precioso a gran altura. Cuesta creer que este amplio caudal marrón sea el mismo río que cruzamos por aquel puente de nieve. Es toda una experiencia seguir un río durante tanto tiempo, desde el propio origen, e ir viéndolo crecer cada día.

A veinte kilómetros de Babbacot me he incorporado a la carretera que une Muzaffarabad y Abbottabad, por la que pedaleé hace justo cuatro semanas. ¡Menudo cambio! El paisaje que entonces era tan verde y encantador está ahora quemado, marrón y totalmente seco: ¡casi se le puede oír suspirando por un poco de lluvia! He dormido dos horas en un pinar, pero me he abstenido de fumar por miedo a que la más mínima chispa se metiera entre la yesca. Voy a pasar la noche en el Hospital de la Misión Presbiteriana Estadounidense que dirigen un amable misionero y su esposa.

Abbottabad, 27 de junio

Finalmente, he regresado a la civilización. He necesitado encerrarme casi dos horas en el baño para conseguir parecer una ciudadana normal y corriente en lugar de una mujer tribal, y mi anfitriona se ha llevado muy decidida mi camisa y mis pantalones y los ha introducido en la incineradora. Hacía tiempo que era imposible volver a dejarlos limpios por ningún medio conocido por la humanidad. Después del baño me he vestido con un traje pakistaní y me he dirigido al bazar para que me confeccionaran unos pantalones cortos a medida. He sufrido mucho esforzándome en no ofender a los musulmanes, pero el calor se ha vuelto tan extremo que van a tener que soportarme en pantalones cortos. He conseguido casi dos metros de la mejor tela caqui por cinco chelines y se la he llevado al sastre a las seis de la tarde. A las siete y media me han traído una prenda de elaboración profesional cuyo coste total ha sido de diez chelines. Es evidente que hace unos meses habría parecido recién salida de una vulgar postal si me hubiera atrevido a llevar pantalones cortos, pero después de haber perdido siete kilos en las últimas cuatro semanas, mi aspecto actual es relativamente elegante.

Por fin parece que el monzón comienza a dar señales de vida en esta zona. Esta noche he visto mi primera tormenta eléctrica y ha sido un espectáculo de tal belleza que no he despegado los ojos de ella ni un instante. Luego se ha puesto a

llover con tanta fuerza que nadie que no haya sido testigo de algo así podría llegar a imaginárselo. Pero dicen que no es más que una telonera, ¡no la de verdad! Roz ha ido al hospital para que le pongan un guardabarros nuevo y le revisen los frenos. Hoy casi no han servido para nada tras la terrible tensión de las últimas semanas.

---

[9] Es la división territorial más pequeña de la administración civil irlandesa, una parcela de tierra constituida como un municipio que forma parte de una pedanía. *(N. de la T.)*.

14

Recuperaciones en curso

De Abbottabad a Lahore

Abbottabad, 28 de junio

Me alojo con la misma familia que me acogió en mi anterior visita a esta ciudad. Como quizá recordéis, Farhat —una de las hermanas de mi anfitriona— es médica, y ha sido una suerte, porque me he levantado con disentería a las dos de la madrugada y me he pasado medio día tirada en la cama sintiéndome fatal y el otro medio entre sentada y tumbada. Este desarrollo de los acontecimientos no nos ha sorprendido ni a mí ni a nadie. La reciente combinación de comida sucia, moscas, insolación y agotamiento tenía que terminar pasándome factura. Solo puedo dar gracias al Señor por no haberme derrumbado antes de llegar a casa de esta familia maravillosa, donde todos son la amabilidad personificada y han tenido el buen juicio de dejarme hoy a solas para lidiar con mi desdicha en una *suite* privada en el ala de los invitados.

Mi anfitrión es uno de los hombres más ricos de la zona y hoy me regocijo sin pudor en el confort de su nuevo hogar palaciego en las afueras de la ciudad. No me abandona el tremendo problema ético de que semejante riqueza coexista con la pobreza que he compartido durante las últimas semanas (un tema que me ronda la cabeza y en ocasiones me altera e inquieta). Pero hace diez años me habría afectado mucho más y con mayor contundencia; ahora me parece que la prosperidad tal como se conoce actualmente en Occidente y la pobreza a escala oriental son igual de nocivas para el alma humana.

Esta mañana, Farhat me ha recetado sin ambages «hambre y comprimidos de sulfaguanidina», una fórmula tan satisfactoria que mis entrañas parecen haberse recompuesto y ahora veo con malos ojos la cláusula de no comer, porque en los

últimos días he abusado de esa medicina. Pero sin duda Farhat sabe mejor que yo lo que me conviene y me he resignado a cenar un plato de cuajada.

Hoy he reflexionado sobre los beneficios que concede el anonimato social de ser una viajera «en la naturaleza silvestre». Para los campesinos y los miembros de las tribus, uno no es más que un ser humano —extraño por fuera, pero básicamente uno de ellos— y le hacen partícipe de una aceptación y una hospitalidad espontáneas con aires de igualdad plena y sencilla. En cambio, qué profunda es la brecha entre los grupos de seres humanos en nuestra sociedad: id a un *pub* en Connemara, a un café en la Italia rural o incluso a una posada en la parte más remota de la España que aún se mantiene relativamente no corrompida y os parecerá imposible establecer una relación igual de *fluida*. Enseguida te ven como a un no campesino y, por tanto, alguien a quien envidiar, admirar o despreciar, o a quien es mejor no acercarse, según dicte el temperamento de cada uno. Es probable que en esos lugares los campesinos te traten con la mayor de las amabilidades, pero en el fondo estarás automáticamente aislado porque tienes (o así lo imaginan ellos) más dinero, más educación o «mejores» modales. Por eso aquí aprecio la oportunidad de poder compartir durante un tiempo la vida de la gente sin considerarme yo misma una intrusa ni que me lo consideren ellos. Sin embargo, también aprecio volver a conversar entre amigos que están en la misma sintonía que yo.

Abbottabad, 29 de junio

Hoy he paseado por la ciudad con la serenidad que corresponde a mi estado convaleciente. De hecho, me he sentido tan débil como un gatito y lo único para lo que he servido ha sido para sentarme y charlar, cosa que he hecho largo y tendido con los sacerdotes irlandeses que dirigen un colegio de chicos mayores en este lugar, con la enfermera irlandesa que acaba de llegar al colegio como matrona y que, muy amablemente, me ha regalado unas gafas de sol para reemplazar las que perdí mientras cruzaba el puerto de Babusar, y con una encantadora misionera protestante de Belfast y su equipo de ayudantes, que me han alimentado con buen criterio a la hora del almuerzo.

El cielo ha vuelto a despejarse después de la llegada en falso del monzón, pero la tormenta ha enfriado y refrescado el aire y, a mi regreso, a las seis de la tarde, he pasado un par de horas estupendas sentada en el césped bebiendo zumos de fruta helados.

Para esta familia, el sistema de la *purdah* se encuentra en un estado

fluctuante. Mi anfitriona y sus tres hermanas —jóvenes todas ellas— la observan en Abbottabad, pero es evidente que Farhat, que ha pasado algunos años en Inglaterra acompañada de su hermana menor, lleva una vida europea cuando desempeña su profesión en Lahore. La segunda hermana más joven también está casada y reside en Mansehra, donde me detuve a visitarla de camino a Bach el otro día. Su marido es comisionado adjunto y ella tiene una familia política muy agradable, con la que pasé una tarde deliciosa, aunque aquella noche no tuve tiempo de registrar mi visita en el diario. La joven pareja ha venido a cenar con nosotros esta noche y, al verlos juntos, ha vuelto a sorprenderme la alta proporción de matrimonios claramente felices que resultan de la tradición musulmana de las uniones concertadas.

Para mí, este aspecto de la vida social oriental ha sido el más difícil de comprender. Podría afirmarse que, aunque con una menor rigidez, es una costumbre que hasta hace poco prevalecía asimismo en nuestra propia sociedad. Pero, dado que las mujeres occidentales contemporáneas exigen libertad para elegir a sus propios maridos, me ha llevado mucho tiempo empezar a entender el punto de vista de las mujeres musulmanas. He mantenido largos debates sobre este asunto con un buen número de musulmanas cultas. Sus argumentos no han sido del todo convincentes, pero el ambiente de armonía que he experimentado en tantísimos de sus hogares me lleva a creer que sus matrimonios concertados tienen las mismas probabilidades de éxito que los que denominan, con una débil nota de curiosidad y desaprobación, «matrimonios por amor».

El alegato musulmán a favor de su sistema es simple. He preguntado a varias mujeres (formulando mi consulta con el máximo tacto posible) si no se sentían privadas de un derecho natural e inalienable cuando otra persona toma por ellas la que es la decisión más importante en la mayoría de las vidas de las mujeres. A lo que ellas respondían: «No. A nosotras nos corresponde elegir una pareja para nuestros hijos, no para nosotras». Y después cada una explicaba a su manera que, ante todo, consideraban que los jóvenes estaban mal preparados para asumir la responsabilidad de elegir una pareja para toda la vida. Por otro lado, los padres saben qué se necesita para que un matrimonio funcione y siga haciéndolo y, además, conocen a sus propios hijos, seguramente mejor de lo que se conocen ellos mismos con dieciséis o veinte años. Por tanto, es más probable que cuatro progenitores en franca deliberación consigan un emparejamiento más duradero y satisfactorio que dos jóvenes de sangre caliente a los que el sexo impide ver el bosque. Los acuerdos se centran en la idoneidad temperamental, social y económica, y dejan que el aspecto sexual se solucione más adelante, con la alegre suposición de que, en igualdad de condiciones, dos jóvenes sanos difícilmente

dejarán de disfrutar el uno del otro a nivel físico. En efecto, la mayoría de las mujeres con las que he hablado sobre este tema me han asegurado que el patrón de sus matrimonios había sido un crecimiento constante del amor y la comprensión por ambas partes. Personalmente, no puedo evitar pensar que se pierden lo mejor de la vida al no enamorarse sin imposiciones como hacemos los decadentes infieles, pero ahora comprendo el mecanismo psicológico de su sistema y puedo ver sus ventajas.

También he discutido esta cuestión con varios hombres, que han reiterado que de jóvenes les habría aterrado la responsabilidad de elegir esposa. Esta actitud antinatural (para nosotros) subraya el alcance de que nuestros procesos mentales y emocionales están condicionados por nuestro entorno. Pero, para una cierta categoría de hombres —los que han recibido una educación por encima de la media de su clase social específica—, una nueva amenaza se cierne sobre la felicidad doméstica. Entre las clases altas, los chicos y las chicas reciben una formación similar y, por tanto, la afinidad intelectual está fácilmente garantizada; pero aquellos hombres menos afortunados, que quizá sean los únicos miembros instruidos de sus familias, a menudo se descubren casados con mujeres que los aburren como compañeras de vida debido al gran abismo que separa sus horizontes mentales. He conocido a algunas de estas víctimas del progreso. Suelen estar empleados como funcionarios de menor rango en ciudades pequeñas donde la ausencia de una sociedad culta es casi total. Es inevitable que quieran aprovechar con trágica avidez la oportunidad de hablar con extranjeros, y a veces me pregunto si, a pesar de su inteligencia innata, no habrían sido más felices si hubieran tenido una educación pareja a la de sus conciudadanos y vecinos. La soledad mental es algo doloroso y, en mi opinión, resulta cruel que el Estado invite a un hombre a abrir una puerta para luego cerrársela en las narices destinándolo a una zona remota. Es evidente que alguien tiene que cubrir estos puestos, pero seguro que un hombre con una tradición educativa más larga y, por tanto, con una mayor cantidad recursos propios, se adaptaría mejor que un pobre diablo al que simplemente se le ha abierto un apetito por aprender después de disfrutar de unos cuantos años estudiantiles gracias a una beca.

Algo a tener en cuenta a la hora de conversar con hombres musulmanes angloparlantes es la franqueza sin tapujos con la que abordan las cuestiones sexuales. Así dicho, parece que me lo paso en grande hablando de pornografía con una serie de posibles amantes frustrados (y poniéndonos terriblemente freudianos, podría decirse que su propensión a hablar de sexo con las mujeres europeas es una sublimación de sus libidos encadenadas a la religión). Pero os aseguro que ninguna de estas conversaciones pretendía ser un preludio a la

seducción y lo curioso es que, en un contexto occidental, mantener una charla parecida con algún conocido podría considerarse embarazoso, cuando no ligeramente escandaloso, mientras que aquí se convierte sin mayores problemas en algo totalmente aséptico por la forma en que se trata. Todo esto me resulta tremendamente interesante. A pesar de nuestras grandes dosis de amoralidad, nueva moralidad o como queráis llamarlo, los occidentales seguimos viviendo demasiado aquejados por las obsesiones puritanas como para poder llamar a las cosas por su nombre sin necesidad de detenernos para que todos los demás se recuperen por dentro del impacto, lo que en este sentido nos hace parecer un tanto inmaduros en comparación con los musulmanes.

Esto me recuerda a un incidente que tuvo lugar en una cena en Afganistán en la que yo era la única mujer presente; por razones diplomáticas, dicho incidente fue omitido en la entrada del diario pertinente y no me había vuelto a acordar hasta ahora. Me habían sentado en el lugar de honor, donde trataba de digerir el plato de pilaf sin ofender a nadie cuando el invitado de mi derecha de pronto se giró hacia mí y me preguntó en un inglés más que bueno: «¿Alguna vez has visto a un hombre desnudo?». Tal vez exista una respuesta estándar para esta pregunta, pero yo la desconocía y solo acerté a decir, quitándole hierro al asunto y en mitad de un bocado de arroz: «Desde luego, estatuas griegas y todo eso». A continuación pude observar a mi vecino en silencio mientras daba vueltas en su cabeza a las ilimitadas interpretaciones del «y todo eso». Pero para mí fue un acercamiento a esta cuestión excepcional que no me habría gustado perderme, por muy chocante que me resultara su pregunta en aquel momento. Ser mujer y viajar sola en países musulmanes es, sin duda, una experiencia curiosa. Pasas la mayor parte del tiempo solamente en compañía de hombres que te tratan con respeto por el hecho de ser mujer, pero que al mismo tiempo te hablan de hombre a hombre, por lo que al final empiezas a sentirte en cierto modo hermafrodita.

Ahora son las dos menos veinte de la madrugada y llevo cinco minutos sentada con la luz apagada contemplando la extraña belleza de una nueva tormenta eléctrica, un espectáculo que seguro que debe de haber inspirado numerosas leyendas en estos países. Yo lo encuentro bastante sobrecogedor y casi podría creer que algún dios-demonio está detrás de todo esto y se dedica a regular tales alardes mientras amplias franjas de azul vibrante surcan el cielo oriental. Incluso después de volver a encender la lámpara sigo percibiendo levemente esa luminosidad.

Rawalpindi, 30 de junio

Esta mañana, Farhat ha dictado sentencia sobre mí, el ciclismo, la disentería y la insolación. Su rapapolvo ha concluido con instrucciones de desplazarme hasta aquí en autobús e ir a Lahore en tren. Ella también regresa hoy, en avión, a su hospital en Lahore y me ha invitado a hacer una parada allí. Entonces volverá a examinarme y se pronunciará sobre las actividades que puedo realizar. Hace tiempo esta situación me habría provocado una profunda amargura, pero en estos momentos nada me apetece menos que ir en bicicleta hasta Lahore. ¡Cómo han caídos los valientes!

El viaje hasta aquí ha resultado sumamente prosaico comparado con las expediciones en autobús en Afganistán. Un vehículo en buen estado que contenía su cuota legal de pasajeros ha salido puntual de Abbottabad y ha realizado el trayecto conforme a lo previsto, llegando a su debida hora a Pindi, las cuatro de la tarde. Era la tercera vez que recorría esta ruta y, pese a que estaba impaciente por hospedarme con la familia del general de división Ghawas y por reunirme de nuevo con los Aurang Zeb, que ya han bajado de Swat, me he dado cuenta de que ya no me siento como una viajera en Pakistán, sino como una ciudadana de adopción. En todas partes he hecho buenos amigos y, de entre todos los países que he recorrido hasta ahora, este se ha convertido en un verdadero hogar lejos de casa.

A mi lado en el autobús viajaba un joven exultante que volvía a su pueblo para celebrar el nacimiento de su primogénito. Me ha explicado que, como parte de las celebraciones, van a sacrificar dos fantásticos cabritos de color uniforme y piel sin mácula y que ofrecerían la carne a los pobres del pueblo. (Cuando nace una niña, solo se sacrifica un cabrito). Le he preguntado cuántos hijos le gustaría tener y, suspirando, ha dicho que no más de cuatro, pero que iba a ser muy difícil porque tanto él como su mujer tenían menos de veinte años y Alá no aprobaba el uso de anticonceptivos. Cada vez que el autobús se detenía, insistía en comprarme una bebida gaseosa helada; nunca pensé que llegaría el día en que engulliría con semejante avidez un brebaje como ese. Los 42,7 ºC a la sombra producen efectos secundarios inesperados.

Mis amigos de aquí me han brindado una gran «bienvenida de nuevo» y me he alegrado mucho de encontrar entre ellos al coronel Shah, a quien ya había visto en Peshawar, Baghdada y Swat. Como de costumbre, la tarde ha consistido en estar sentada en el césped cerca de los ventiladores eléctricos móviles, bebiendo zumos de fruta y charlando. La vida social en esta parte del mundo pone de relieve cuánto hemos perdido los occidentales el arte de la conversación.

Qué agradable es sentarse a hablar tranquilamente de los libros que una ha leído, la gente que ha conocido o los lugares que ha visitado en lugar de encender la tele o salir corriendo a ver un espectáculo. El intercambio individual de ideas con nuestro prójimo es, sin ninguna duda, más provechoso que una dependencia muda en lo que el cerebro de otra persona ha ideado para nuestro divertimento.

La injerencia de las tradiciones militares británicas en la forma de vida pastún ha sido más afortunada que la mayoría de estos experimentos, y esto tal vez se deba ante todo al cierto grado de afinidad que existe entre ambas tradiciones. Los oficiales del Ejército paquistaní que he conocido son, sin excepción, de lo mejorcito que una puede tener el privilegio de encontrar. Parecen haber desarrollado un código que engloba lo mejor de los dos mundos que los moldea. Será interesante ver si este código dura lo suficiente como para transmitirse con éxito a la próxima generación.

Rawalpindi, 1 de julio

Esta mañana, Naseem me ha telefoneado para invitarme a cenar en la residencia del presidente, donde Aurang Zeb y ella se hospedan siempre que van de visita a Pindi. Para celebrar la ocasión, incluso me he presentado en la principal peluquería de la ciudad y me he gastado cinco chelines en lugar del habitual chelín y seis peniques en un corte de pelo devastador que ha modificado tanto mi aspecto que cada vez que paso junto a un espejo me sobresalto. Después de la peluquería, mi anfitriona y sus hijas han disfrutado de lo que para ellas ha sido una tarde estupenda mientras me equipaban con la vestimenta adecuada para presentarme ante el presidente. Está claro que mi armario no responde a tales exigencias; en el momento de escribir esto consiste en los pantalones militares gastados de Aurang Zeb, mis pantalones cortos nuevos y dos camisas caquis. Es indudable que había que tomar medidas drásticas, pero, a medida que Begum Ghawas y sus hijas aparecían con una prenda tras otra, he empezado a preguntarme si era necesario que fueran tan drásticas... Pese a todo, el resultado final ha merecido la pena: ¡no me habríais reconocido! En realidad, el hogar presidencial es la esencia de la simplicidad, algo que ya había descubierto en mi anterior visita, pero el maratón sartorial de esta tarde ha merecido la pena solo por lo feliz que estaba la familia de verme vestida con su traje nacional.

A diferencia de los pakistaníes más ricos, el presidente Ayub no vive a lo grande. Su entorno doméstico se asemeja más al del oficial del Ejército medio, con un hogar cómodo y sencillamente amueblado donde se sirven buenos

alimentos, sin ser exóticos. Él mismo me ha impresionado como un ser sagaz, honesto, amable y, sobre todo, absolutamente sincero. No obstante, como muchos personajes fuertes que se enfrentan a una lucha sin cuartel contra el mal generalizado, posee una personalidad férrea que no facilita la cercanía y, dado que no estoy acostumbrada a tratar con jefes de Estado, esta noche he permanecido más callada de lo habitual.

Rawalpindi, 2 de julio

Aurang Zeb ha venido a buscarme después del desayuno y me ha llevado a un debate interesantísimo en la Asamblea Nacional, ¡donde he sido ascendida de la Tribuna de los Visitantes Distinguidos a la gloria solitaria en el palco presidencial! De nuevo, la completa libertad de expresión de la Asamblea me ha dejado boquiabierta. Sus miembros pueden atacar con la mayor de las franquezas al régimen en general y al presidente Ayub en particular, y eso es precisamente lo que muchos de ellos hacían hoy; creo que a cualquier estudiante de Políticas le fascinaría este escenario político, que exhibe una democracia en fase incipiente, antes de afianzarse y echar a andar.

Al analizar la Asamblea (que incluye a cuatro mujeres) me ha sorprendido la complejidad de intentar dirigir un país como Pakistán como una nación unida. Los miembros iban desde el casi comunismo, pasando por los musulmanes liberales, hasta el fanatismo ortodoxo de los mulás; desde los pastunes de piel blanca, pasando por los punyabíes de piel morena, hasta los bengalíes de piel negra; desde los príncipes herederos acaudalados, como Aurang Zeb, pasando por los profesionales medianamente acomodados, hasta los representantes sin recursos de los barrios bajos de la ciudad; desde hombres que hablaban un inglés de Oxford impecable, pasando por otros cuyas gramática y pronunciación eran cuestionables, hasta los que solo podían emplear un inglés *pidgin*. Y en el descanso de las once, mientras los miembros discutían tomando té o café, el restaurante era una amalgama de pastún, urdu, bengalí, punyabí e inglés. En teoría, el elemento unificador debería ser el islam, pero todos los años que Pakistán ha estado expuesta a la influencia occidental han conducido su religión a una crisis de reinterpretación, de ahí que tienda a alterar tanto como a unir, al tiempo que los ciudadanos particulares luchan por adaptarse a lo que creen que es mejor para el país o a defenderlo de cualquier posible cambio.

Después de tantas horas de feliz frescor en el edificio de la Asamblea recientemente climatizado, salir a la una y media a los 42,2 ºC a la sombra ha

sido una auténtica pesadilla. Aurang Zeb ha vuelto a llevarme a la residencia del presidente, donde Naseem, él y yo hemos almorzado juntos y donde me he echado una siesta de dos horas antes de que me trasladaran en un Chevrolet oficial con aire acondicionado a conocer a un periodista indio con quien había concertado una cita. ¡Pobre Roz! Con estas temperaturas, tengo que admitir que los Chevrolets con aire acondicionado son mucho más convenientes.

El punto muerto en el que se encuentra Cachemira es un follón desgarrador, y de alguna manera este tipo de embrollos lo son todavía más en nuestros días gracias a la nueva arma de los políticos: la comunicación de masas, que, en lugar de ofrecer a las heridas internacionales una oportunidad de curación, las infecta una y otra vez. El periodista indio con quien he hablado esta tarde era un ejemplo perfecto de lo terriblemente irresponsables que pueden llegar a ser los periodistas cuando solo les importa proporcionar al público lo que este quiere leer —o lo que sus dirigentes quieren que lean— y, por tanto, cuando ignoran por completo la verdad objetiva. Por supuesto, cierta parte de la prensa y la radio pakistaníes utilizan exactamente las mismas tácticas de tergiversación y engaño contra la India.

He cenado en casa de los Shahid Hamid, donde también estaban invitados los Aurang Zeb. Ha sido una velada estupenda, pero en todo momento me he sentido muy triste por dentro porque mañana me voy de Pindi y en un par de días saldré de Pakistán. A medianoche, Aurang Zeb me ha llevado a casa y he dicho *au revoir* (eso espero) a los mejores amigos que he hecho en el viaje.

Lahore, 3 de julio

¡Menudo nombre para una ciudad! Me alojo en las habitaciones de Farhat en el hospital Lady Willingdon, que está junto al ajetreado barrio rojo de la ciudad, así que ahora sé que solo necesita una «s» para que sea verdad.[10]

Los Ferrocarriles Pakistaníes deben de ser una organización benéfica, porque nos han llevado a Roz y a mí los 273 kilómetros desde Pindi en seis horas por tres chelines y dos peniques. El vagón de tercera clase era muy cómodo, con ventiladores y unos compañeros de viaje muy simpáticos que, como siempre, han insistido en comprarme tantas Pepsis que por poco no exploto. También han querido ofrecerme las pequeñas y atroces exquisiteces que se fríen y venden en todos los andenes; hace dos semanas, en Gilgit, lo habría dado todo por una de ellas, pero hoy el estómago me ha dado un vuelco con solo ver esas bolas grasientas. Así que me han presionado para tomar alguno de los dulces revenidos

que también pueden adquirirse en todas las paradas y, cuando me he seguido negando, se han quedado muy dolidos y uno de ellos ha ido a comprarme un pollo asado, para mi gran vergüenza. He intentado explicarles que no pretendía hacerme la interesante ni la *memsahib* frente a sus alimentos, asegurándoles que por lo general los he consumido sin problemas y que simplemente mis entrañas no eran tan democráticas como mis principios. Pero, como ninguno de ellos hablaba muy buen inglés, se les escapaban los entresijos de la situación y se limitaban a asentir y a sonreír y me decían que el pollo era muy bueno, y se han quedado felizmente sentados viéndome comer infelizmente lo que nunca soñarían con permitirse para sí mismos.

Con cada kilómetro que avanzábamos hacia el sur la temperatura iba en aumento, las moscas se multiplicaban, el polvo se espesaba en el aire y el paisaje llano se volvía más árido. Hemos llegado aquí a las tres de la tarde, la hora más intolerable del día, y en un primer momento me ha parecido una ciudad deprimente que parecía un vertedero, donde todo apestaba y hedía y no tenía ni punto de comparación con Peshawar ni con Pindi. En realidad, Lahore es, con diferencia, la más interesante de las tres desde un punto de vista arquitectónico e histórico, pero en estos momentos ya no me interesan las cosas más elevadas de la vida: meramente he registrado que hacía más calor incluso que en Pindi. Mi única alegría de camino al hospital desde la estación ha sido la fraseología de un joven al informarme de que encontraría el hospital ¡«en el trasero de la mezquita»! Cuando por fin he llegado, Farhat me ha recibido como es debido, pero sin explayarse, porque el personal de estos hospitales está sobrecargado de trabajo. He dormido hasta las ocho de la tarde (el sueño es la única forma eficaz de escapar a estos niveles de calor).

Lahore, 4 de julio

Un correo deliciosamente abultado que he recogido esta mañana me ha puesto de tan buen humor que Farhat cree que me debo de estar acostumbrando al calor. De camino al centro he pasado junto a un letrero de la RAC [Royal Automobile Club] que rezaba: «Londres, 10.254 kilómetros»; ¡qué ilusión conocer la posición exacta! Anoche decidí que hoy me portaría como una buena turista y visitaría alguna de las atracciones de esta ciudad, pero, después de pedalear dieciséis kilómetros para recoger el correo, solo quería tumbarme en mi *charpoy* bajo un ventilador, beber *lassi* y leer y releer mis cartas. Hacía demasiado calor incluso para empezar a responderlas. Cada vez que me incorporaba, el sudor me entraba

a raudales en los ojos y goteaba alegremente en mi bloc de notas.

Entonces, a eso de las nueve de la noche, Farhat me ha despertado de un letargo en absoluto molesto para invitarme a entrar en el quirófano, donde estaba a punto de practicar una cesárea. Ha sido un espectáculo muy pero que muy interesante y me he quedado muy sorprendida con la eficiencia clínica de su equipo de ayudantes, todas mujeres jóvenes de veintitantos recientemente emancipadas. (Como es natural, los ginecólogos varones no son populares en el mundo musulmán). Por lo general, solo administran anestesias raquídeas porque los hospitales de Pakistán no pueden permitirse nada más, pero la destreza de personas como Farhat compensa con creces la escasez de medicamentos y de equipos modernos. Mientras contemplaba la actuación, me he olvidado incluso del calor —a pesar de que la mascarilla y la bata lo intensificaban— y, cuando por fin ha aparecido una cabecita negra y han sacado al bebé, casi tenía ganas de vitorear. Era un niño saludable que ha rugido como un león en cuanto ha echado un vistazo a este mundo, una reacción que, dada la temperatura actual, encuentro muy comprensible.

---

[10] La autora hace un juego de palabras con el nombre del hospital: añadiendo una ese a «Lady», obtenemos «Lady's», que, seguido de la palabra «Willington», suena como «Lady's Willing Town», es decir, la ciudad de las señoras dispuestas, en clara referencia al barrio rojo. *(N. de la T.)*.

15

Bajarse del sillín

De Lahore a Delhi

Beas (India), 5 de julio

Supongo que cuando una ha salido de Irlanda para ir en bicicleta hasta la India, el día que finalmente cruza pedaleando esta última frontera debe ser señalado en rojo. Sin embargo, esta noche no soy consciente de ninguna sensación de triunfo, euforia, emoción ni nada que no sea tristeza por haber dejado Pakistán..., ¡aunque quizá recordéis que al cruzar el puerto de Jáiber estaba tan afectada por haberme despedido de Afganistán que no era capaz de sentir ningún entusiasmo por Pakistán! Ahora queda por ver si en unos meses la India tendrá un efecto similar; por alguna razón, lo dudo.

Anoche, Farhat me declaró apta para retomar la bicicleta, siempre y cuando no lo haga entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde, nunca me exceda pedaleando en un solo día, tome cantidades ingentes de sal y evite los curris con demasiado curri. Así, esta mañana nos hemos puesto en marcha a las cuatro y diez de la madrugada para alcanzar Amritsar antes del «toque de queda médico». El día era ya luminoso, los barrenderos se afanaban en las calles y había montones de ciclistas pululando, aunque muchos perezosos dormían todavía a pierna suelta en *charpoys* que llenaban las aceras (es una imagen muy curiosa ver a la mitad de la población de una ciudad durmiendo en público). A las cinco menos cuarto he pasado por una zona de cuarteles donde los atletas practicaban enérgicamente críquet, tenis y voleibol. Lahore es una ciudad tan inmensa que salir de ella me ha costado una hora de pedaleo frenético y no hemos llegado a la frontera hasta las seis y cuarto. Aquí apenas ha sido necesario efectuar ningún trámite, pero ya eran las siete y media cuando he terminado de beber el

consabido té y de charlar con tres oficiales de aduanas encantadores sobre los días felices que he pasado en su país. Entonces me he armado de valor para marcharme y he pronunciado por última vez «salam alaikum» (que la paz esté contigo); ¡estará muy mal por mi parte si me olvido y empleo este saludo al otro lado! Intento por todos los medios no tener prejuicios, pero es una verdad objetiva que mi recibimiento en el puesto de aduanas indio, aunque muy educado, ha sido notablemente frío y formal. Después de la calidez y aparente alegría con la que reciben a los extranjeros en todos los puestos de aduanas musulmanes por los que he pasado, este me ha dejado un tanto apagada.

El Punyab es el terreno más aburrido que he atravesado jamás en bicicleta. Mi única distracción de hoy ha sido la avifauna, a derecha e izquierda se veía una fascinante variedad de preciosos desconocidos. Los dos cambios más evidentes una vez cruzada la frontera han sido la elevada presencia de mujeres y la relativa desnudez de los hombres; el musulmán medio no soñaría ni con enseñar una rodilla, por lo que mi sorpresa ha sido poco menos que mayúscula al encontrarme de pronto rodeada de cientos de cuerpos en taparrabos.

A unos dieciséis kilómetros de la frontera he parado a fumar un cigarrillo y he empezado a aprender el abecé de viajar en la India. Estaba sentada bajo un árbol lleno de nidos de sastrecillos mientras observaba cómo pescaban las aves acuáticas en un estanque cuando ha aparecido un campesino hindú caminando por la carretera cargado con dos jarras lecheras de latón sobre los hombros. Le he sonreído y he dicho: «Nemuste», pero, en lugar de devolverme el saludo y pasar de largo a la manera musulmana, ha depositado las jarras en el suelo, ha venido hasta donde yo estaba, se ha sentado a mi lado y ha intentado apretarme el brazo mientras formulaba lo que claramente (incluso en punyabí) eran proposiciones indecentes. Consciente de que mi inglés no le diría nada, le he espetado lo que sentía: «¡Vete al infierno!». Y se ha ido (no al infierno, pero sí por la carretera). La consigna parece ser que una ha de frenar su amabilidad natural y abstenerse de saludar a los hindúes descarriados, aunque esto no hace que la vida resulte más agradable. Por suerte, este es el Estado sij, así que los tengo como etapa intermedia mientras me readapto. Muchos europeos y casi todos los musulmanes recelan con fuerza de los sijs por diversas razones, y me han advertido que me ande con ojo con ellos, pero hasta la fecha los he encontrado muy serviciales, corteses y amistosos.

Amritsar, a treinta y siete kilómetros de la frontera, es la ciudad más importante del «Imperio sij», pero por culpa del calor he pasado de largo sin explorarla. A mi vuelta el tiempo será más fresco y confío en cumplir con mi deber hacia el Templo Dorado. Unos cinco kilómetros después de Amritsar me

disponía a echarme la siesta bajo un árbol junto al camino cuando, de golpe, se ha levantado una tormenta de polvo. Podría sonar nefasto, pero en realidad ha sido un gran alivio, porque el viento huracanado soplaba del norte y era casi frío. Para aprovecharlo, he seguido pedaleando a través de torbellinos de polvo punzantes que reducían la visibilidad a unos escasos veinte metros, pero incluso esto me ha parecido un buen precio a pagar por el desplome repentino de las temperaturas. Gracias al viento hoy hemos cubierto 143 kilómetros y hemos llegado hasta este pueblo donde me hospedo con la familia del superintendente sij local de la Policía Armada del Punyab.

Los muchachos y adolescentes varones sijs resultan un pelín desconcertantes. Existe una regla religiosa que prohíbe cortar el pelo, y esto significa que sus largas melenas, a menudo atadas en moños altos con cintas de colores, sugieren un país casi exclusivamente poblado por chicas. Destaca el buen aspecto de esta raza, aunque no sea del todo agradable. A diferencia de los afganos, que son orgullosamente guapos y cuyo espíritu interior resalta unos rasgos ya de por sí impresionantes, el atractivo de los sijs es más convencional, como de estrella de cine. Se dice que en algunas mujeres occidentales provocan un efecto muy desafortunado, ¡pero reconozco que no concibo que lo que queda de mi virtud vaya a debilitarse aquí! Pese a todo, son una raza excelente, altos y fornidos, en contraste absoluto con sus vegetarianos vecinos hindúes. También son unos hombres de negocios muy astutos y unos prestamistas sin escrúpulos. Una de sus características raciales es una especie de genio mecánico innato; parece ser que la mayoría de los conductores de autobús y de camiones indios de cada uno de los estados son sijs.

De momento no he observado la extrema pobreza que cabría encontrar en la India, pero no hay que olvidar que el Punyab es el estado más próspero del país (en parte, por sus recursos naturales, pero también porque los sijs, en general, son más espabilados que los hindúes). Un miembro de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO, por sus siglas en inglés] que he conocido hoy me ha explicado que su labor en el Punyab es mucho más productiva que en ningún otro lugar de la India como resultado de una cooperación mayor y más inteligente por parte de los lugareños.

Sin embargo, si la pobreza de la India aún no me ha golpeado, sus olores, desde luego, sí. Un día de estos puedo perder el control de la situación y saldré despedida de Roz para vomitar a un lado de la carretera; tal vez esta sea una de las razones por las que he perdido por completo el apetito. Incluso después del recorrido en bicicleta de hoy, esta noche no he sido capaz ni de mirar la comida, aunque llevo sin probar bocado desde las cuatro de la mañana. Solo bebo y bebo

y bebo —*lassi* y sal y limón y sal y té y sal y zumo de mango y azúcar— un vaso tras otro.

Sirhind, 6 de julio

Hoy solo hemos cubierto noventa y tres kilómetros, pero aun así he estado a punto de desfallecer. A las once de la mañana me he refugiado en un bungaló *dak* para tomar té y echarme una siesta y, mientras esperaba el té, me he tumbado en el suelo de la sala debajo de un ventilador y me he quedado dormida. Al cabo de unos minutos me ha despertado un grito desgarrador: la mujer del *chowkidar* no está acostumbrada al espectáculo de ver europeos que dormitan en el suelo y ¡me ha confundido con un cadáver! Debo reconocer que no iba muy desencaminada. Este sol actúa sobre mí como un somnífero y hoy he sentido como si hubiera sufrido una sobredosis. Cuando pedaleas por una carretera llana, no te das cuenta de lo agotador que es, pero, cuando te detienes, empiezan los bostezos y solo quieres tumbarte allí donde estés y entrar en coma.

Os aseguro que el Punyab es lo más espantoso que ha ocurrido nunca. El paisaje es más plano que el de Bélgica, más superpoblado si cabe y lo único que lo ameniza son los miles de vacas, la mayoría en una fase de delgadez extrema horripilante. Me siento igual que durante la epidemia de mixomatosis en Irlanda, cuando siempre llevaba un martillo en la alforja y mataba montones de conejos a la semana. Pero no creo que sea muy prudente ir por las carreteras indias disparando al ganado. Soy partidaria de aceptar el enfoque religioso de los demás, pero no sabéis lo difícil que es ser paciente con este culto a la vaca. Hay que verla en acción para apreciar toda su brutalidad y estupidez, pero supongo que lo que nosotros describimos como crueldad hindú debiera llamarse más bien «insensibilidad hacia el sufrimiento físico» y no debería considerarse un criterio absoluto con el que calibrar el carácter nacional. La filosofía hindú no hace ningún intento discernible de alcanzar un equilibrio natural entre lo espiritual y lo material, algo que nosotros heredamos de manera consciente o inconsciente como parte de nuestra ética tradicional, y, para un pueblo alimentado con esta filosofía, el sufrimiento físico tanto del hombre como de los animales reviste una importancia mucho menor que para nosotros. Lo que a mí me interesa es qué viene antes, si la gallina hindú o el apático huevo (aunque, para los doctos, una especulación como esta pueda resultar ingenua). En otras palabras, ¿ha fomentado el hinduismo una aceptación resignada de todo tipo de privaciones materiales porque algún opio había que dar a las masas, o dejaron de aspirar

estas masas a un nivel de bienestar material razonable porque el hinduismo lo representaba como algo indigno del esfuerzo del hombre (o, en el caso de los intocables, como una imposibilidad dentro de su categoría)? Esto nos conduce al sistema de castas, del que lógicamente aún no tengo experiencia más allá de unas cuantas conversaciones breves que me han dado a entender que la inviabilidad de mantenerlo en una ciudad moderna lo está destruyendo en todas las sociedades urbanas, pero todavía prospera en las comunidades rurales, aunque es posible que con menor virulencia que antes.

Luego —para continuar con mi lista llena de prejuicios hacia las aberraciones punyabíes— está la comida. Una cosa son los curris y otra muy distinta son los platos locales, que solo saben a chile; incluso te meten la maldita cosa esa en la limonada si te despistas... por motivos supuestamente medicinales. (Esto, claro está, también es válido para el Punyab pakistaní, donde los desgraciados inmigrantes pastunes, como Farhat, no pueden ni tocar los platos regionales y tienen que prepararse su propia comida). Me resulta a todas luces imposible tragar el típico almuerzo de este lugar —aunque hoy estaba famélica y lo he intentado por todos los medios— por el intenso dolor abrasador en la boca y la garganta, aunque entre bocado y bocado bebas litros de agua fría. De manera inversa, siento lástima por los desafortunados inmigrantes indios en Europa o América, a los que nuestra comida no solo les resulta insípida, sino ciertamente nauseabunda.

Las pequeñas ciudades y pueblos a lo largo de mi ruta de hoy no eran más que conglomerados malolientes de construcciones sin personalidad —ni orientales ni occidentales— habitadas por gente que, en general, se ha mostrado poco amistosa, ha sido de escasa ayuda y cuya falta de inteligencia superaba incluso a la de los persas. Sin embargo, su hostilidad no tiene nada que ver con que me confundan con un viajero inglés. Ya he advertido una ausencia casi total de sentimiento antibritánico y deduzco que esto no responde a sus enseñanzas religiosas. Me han asegurado varias veces que el indio medio no alberga ningún resentimiento hacia Gran Bretaña por dos razones que, unidas, suenan hasta un poco cómicas. La primera razón es que Gran Bretaña ha hecho mucho bien a la India y la segunda es que su religión inculca la supresión del resentimiento. (Ahí lo dejo, para que lo resolváis por vuestra cuenta). Como irlandesa, me descubro sintiendo una mezcla de reacciones curiosa ante esta magnanimidad. Por un lado, la admiro y admito que no nos vendría mal contar con un poco más de ella en Irlanda, pero, por el otro, siendo heredera de una buena estirpe rebelde y por el hecho de *no* ser hindú, tiendo a despreciarla, con la firme convicción de que ningún bien que haya hecho un conquistador a un país puede compensar la

pérdida de la libertad nacional y de la dignidad que lleva asociada. Pero en el caso de la India es muy discutible si, en los siglos inmediatamente anteriores a la era británica, la libertad o la dignidad existían en el subcontinente. A propósito, casi todas las veces que tanto ayer como hoy algún indio me preguntaba mi nacionalidad y yo decía «irlandesa», me soltaban: «¡Ah! El país de De Valera. ¡Un gran hombre!».[11] A lo que yo sonreía de oreja a oreja y asentía: «Así es, un gran hombre». ¡Es agradable saber que al menos en un aspecto puedo estar en armonía con la mayoría de los indios! También es agradable hallarse en un país donde la palabra *Irlanda* transmite algo. En casi todos los lugares de mi ruta ha sido imposible convencer al ciudadano medio de que Irlanda no era una mala pronunciación por mi parte ni de Islandia ni de Holanda. Y el erudito ocasional que había oído hablar de ella añadía el alegre comentario: «Ah, sí, es parte de Gran Bretaña», ¡lo que era mil veces peor que ser una mala pronunciación de Holanda! Me he divertido mucho en distintos puntos del viaje pronunciando frases en irlandés para el disfrute de los lugareños, y mi pasaporte ha sido examinado más veces como ejemplo de escritura irlandesa que como documento oficial. A todo esto, me acabo de acordar de un detalle de interés filológico fascinante que he adquirido hace unas horas: contar hasta diez en hindi es tan parecido a contar hasta diez en irlandés que en menos de diez minutos ya lo tenía dominado.

Desde que cruzamos la frontera, nuestro camino ha estado flanqueado por mezquitas en ruinas, quemadas y bombardeadas en muchos casos, que constituyen un terrible monumento al salvajismo desbocado que prevaleció en esta zona durante la partición. Muchos de sus muros están ahora revestidos con sorna a base de anuncios de películas de burda sensualidad que ningún país musulmán permitiría dentro de sus fronteras. Otros de estos edificios que una vez fueron hermosos se han convertido en establos o cafés o, si son pequeños, en viviendas particulares; me recuerda al destino de algunas iglesias rusas. A lo largo y ancho de toda esta región he vuelto a ser consciente de la rabia impotente que sentí al atravesar en bicicleta los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial en el norte de Francia, donde el paso del tiempo aún no ha conseguido disipar el halo del desperdicio inútil de vidas humanas.

Tras haber dormido de doce del mediodía a cinco de la tarde, ¡ahora es medianoche y no tengo ni pizca de sueño, un panorama de lo más inoportuno! Es evidente que a partir de ahora lo que tengo hacer es rodar por la noche.

Nada más cruzar la frontera ayer y ver la cantidad de tractores operativos que hay por aquí, caí en la cuenta de que no había visto ninguno (salvo en aquel pueblo persa) desde que salí de Bulgaria. Se están haciendo espléndidos avances

en la reforestación de toda esta zona, donde miles de árboles jóvenes prosperan junto a la carretera. Por cierto, esta gran carretera nacional, que va de Peshawar a Calcuta pasando por Delhi, es la autopista más antigua de la India y fue construida por Akbar[12] hace cuatrocientos años. La superficie asfaltada está muy bien conservada, y más aún teniendo en cuenta el volumen de tráfico pesado que soporta, pero la calidad de la conducción es pésima y pedaleo a la espera constante de una muerte prematura. El número de ciclistas, tanto en Pakistán como aquí, es desmesurado: incluso los *rickshaws* son triciclos, con un pequeño carro cubierto con capacidad para dos personas en la parte de atrás. Una cosa que me humilla, como ciclista medianamente competente que soy, es la habilidad con la que los indios se las arreglan para pedalear por una calle densamente tupida con una carga de verdad pasmosa fijada tanto al ciclista como a la máquina. Lo que en Irlanda se consideraría una carga razonable para un burro, aquí lo es para un ciclista, y esto me lleva a plantearme la duda de si los indios son realmente tan debiluchos como parecen. Pero lo cierto es que fallecen en un porcentaje aterrador a los cuarenta y pico a consecuencia de enfermedades cardiacas. Me sigue llamando la atención ver mujeres montadas en bici por todas partes (y lo que es todavía más extraño: ver a maridos y mujeres que caminan juntos por la calle o que charlan sentados en una casa de comidas). Por supuesto, esta imagen será menos común en los estados hindúes, porque el hinduismo adoptó el sistema de la *purdah* cuando los musulmanes ostentaban el poder. Al principio no era más que un símbolo de estatus para emular a las damas de la corte real, pero, por lo que he sabido, ahora es una característica de la vida cotidiana en muchas comunidades rurales.

Como no llegue pronto el monzón, puedo volverme loca. Por muy desagradables que puedan ser las lluvias, no pueden ser peores que esto, o eso me gusta creer. Es importante tener pensamientos reconfortantes.

Nueva Delhi, 7 y 8 de julio

¡Este tiempo pone patas arriba la vida de una! Salimos de Sirhind a las cuatro y veinte de la mañana de ayer y, como el cielo estaba nublado, seguí hasta las once, y para entonces ya habíamos cubierto 96,5 kilómetros, con pausas frecuentes para beber té, porque, por muy nublado que esté, la similitud de este lugar con el infierno se mantiene intacta. En una de las casas de té un agente de policía muy joven y mentecato me ha confundido con una de las dos jóvenes inglesas que han desaparecido hace poco en la ruta que va de Delhi a Lahore.

Tal vez se deba a que el calor está agriando mi naturaleza dulce, pero cada día me gusta menos el Punyab. Según parece, la principal ocupación de los habitantes es estar en cuclillas junto a una boñiga de vaca fresca a la espera de que el sol la seque hasta que sea posible recogerla y amasarla para darle forma y utilizarla como combustible cuando esté del todo seca. Soy consciente de que esta imagen debería llenarme de lástima y compasión, pero, de alguna manera, en mi estado de ánimo actual simplemente añade un toque final de miseria al conjunto de la escena.

Dormí en un bungaló *dak* de once y media a cinco de la tarde, hora a la que retomé la marcha tras tomar la decisión de aprovecharme de la luna llena y viajar de noche. El tráfico demente mantuvo mis nervios a flor de piel en todo momento porque la mitad de la población empleaba mis mismas tácticas. Ahora ya sé por qué la parte de arriba de todos los autobuses indios va llena de bicicletas, como si fueran puercoespines: de día, los propietarios se dirigen a algún lugar en autobús y regresan pedaleando de noche. Ahora bien, este hábito nacional de desplazamientos nocturnos significa que las casas de comidas y de té abren a todas horas, así que pude repostar siempre que lo necesitaba. La calidad del té indio es extraordinariamente pobre, porque el mejor lo exportan y, como de todas formas yo soy adicta al té chino, solo sirve para introducir el azúcar en el sistema. Pero ni siquiera así goza de mucho éxito, porque en el Punyab el azúcar es un bien escaso (y en otros estados está rigurosamente racionado debido a una escasez artificial que se atribuye, por un lado, a diversas artimañas políticas y, por otro, a la exportación de azúcar a América para no depender de los suministros cubanos). El resultado es un derivado de la caña de azúcar con un gusto horrible que se utiliza en muchas casas de té.

En una de las pausas ha ocurrido un suceso extraño: ¡un camionero me ha ofrecido veintiocho libras en rupias por mi reloj! Es posible que intentara estafarme con billetes falsos, pero es más probable que se tratara de una oferta genuina, porque aquí los productos de importación son muy caros. Si el reloj no hubiera sido de mi padre, habría estado tentada de negociar, y todavía es posible que venda (ilegalmente) mi cámara, y es que todas las fotografías que he hecho hasta la fecha no valen nada.

Por cierto, he olvidado mencionar que en Amritsar, dos horas después de cruzar la frontera, le robaron la luz a Roz. Sin contar aquellos cigarrillos en Persia, este fue el primer hurto desde que salí de Irlanda. Y ayer me desaparecieron cinco sellos de una rupia de la mesa del salón mientras estaba en el aseo.

El recorrido de anoche fue, sin lugar a dudas, el que más he disfrutado desde

que dejamos el valle de Kaghan. La brillante luz de la luna transformaba la llanura en algo precioso. A las cinco y media de la madrugada habíamos cubierto los 167 kilómetros hasta Delhi, con un promedio constante de veinticuatro kilómetros por hora por una carretera plana, y ya era bastante de día cuando entramos en la ciudad. Supuse que no era la hora más apropiada para presentarme en el hogar de los Haddow —aunque, conociéndolos como lo hago ahora, no tengo ninguna duda de que habrían asumido sin más mi inoportuna llegada—, así que me he acurrucado en la acera fuera de la antigua estación ferroviaria de Delhi y he dormido una hora, con la cabeza y los hombros apoyados sobre la rueda trasera de Roz, entre una multitud de indios aletargados.

Hemos debido de perdernos en algún punto de las afueras, porque tendríamos que haber entrado directamente en Nueva Delhi y al despertar me ha costado horrores encontrar mi destino en Janpath, un misterioso bulevar que estoy convencida de que se prolonga en dieciséis direcciones diferentes, aunque los Haddow me han asegurado que sigue una línea recta. Pero el caso es que una y otra vez me encontraba en sectores incorrectos, y en el transcurso de mis desorganizadas peregrinaciones he visto suficiente Nueva Delhi como para saber que me va a gustar, a pesar de la inevitable sensación de ser una ciudad «mestiza».

Los Haddow, que viven aquí desde hace treinta años y se describen a sí mismos como uno de los monumentos antiguos de Delhi, son la antítesis perfecta de la imagen convencional que se tiene de los británicos en la India. El señor Haddow es dentista y, habiendo echado raíces, decidieron quedarse aquí después de la partición y aceptaron su nuevo estatus con un más que loable respeto hacia la India como nación, pero sin efectuar ningún intento descabellado de perder su propia identidad nacional. Es sorprendente el reducido número de representantes de la antigua casta dominante británica que han tenido la elegancia de adaptarse al cambio de circunstancias.

Nueva Delhi, 9 y 10 de julio

Parece que últimamente he desarrollado la costumbre de entrar como invitada en casa de la gente para transformarme al día siguiente en una inválida. Ayer por la mañana me desperté con una sensación un poco rara, pero, aun así, antes de comer me dirigí al nuevo enclave diplomático, en parte por negocios y en parte para ver la proliferación de curiosidades arquitectónicas modernas. A pesar de mi alergia a gran parte de la arquitectura moderna, tengo que admitir que algunos

de estos edificios son un placer para la vista. A petición del Gobierno indio, la mayoría de las misiones diplomáticas de Delhi han construido o están construyendo nuevas embajadas en una zona especial asignada a tal efecto, y no he podido evitar preguntarme si su atractivo general no obedecerá en parte a la ausencia de otros edificios más antiguos en las proximidades. A menudo, el propio conflicto que presenta la yuxtaposición de las estructuras viejas con las nuevas es lo que entumece la apreciación del diseño contemporáneo. Pero también me preguntaba si era realmente necesario destinar unas sumas de dinero tan extravagantes en esas suntuosas embajadas en un país tan pobre como la India. Por parte sobre todo de los países socialistas, esto parece una aquiescencia irracional al violento contraste actual entre ricos y pobres.

A mediodía, de vuelta en bicicleta a casa de los Haddow, de pronto sufrí el ataque de dolor abdominal más intenso de toda mi vida y por la tarde me empezó la fiebre. Sin embargo, gracias a los buenos cuidados de la señora Haddow, a medianoche ya había desaparecido, el dolor de vientre también se había calmado y he dormido muy bien. Pero hoy mi fiebre ha ido variando y me he quedado en reposo, por lo que no tengo nada que decir: un día en la cama en Nueva Delhi es como un día en la cama en cualquier otra parte.

Más tarde. Esta noche he estado debatiendo mis planes de futuro con la señora Haddow y hemos coincidido en que atravesar las llanuras en bicicleta queda descartado de aquí a noviembre. ¡El espíritu a la verdad está dispuesto, *mas*...![13] Así que mañana, con la ayuda de la señora Haddow, buscaré algún tipo de voluntariado en la India que me permita ser feliz hasta que Roz y yo podamos volver a ponernos en marcha.

---

[11] Éamon de Valera (1882-1975) fue matemático, profesor y una de las figuras políticas dominantes en la Irlanda de su tiempo, llegando a ocupar en varias ocasiones los puestos de primer ministro y presidente del país. Fue un importante líder en la independencia de Irlanda del Reino Unido y en la oposición al Tratado Anglo-Irlandés que desató la guerra civil irlandesa. (*N. de la T.)*.

[12] Abu'l-Fath Jalal-ud-din Muhammad Akbar (1542-1605), conocido como Akbar o Akbar el Grande, fue el tercer emperador mogol de la India desde 1556 hasta 1605. (*N. de la T.)*.

[13] San Mateo 26:41.

Equipo

Ropa al inicio del viaje

1 chaleco de lana
1 calzón de lana hasta los tobillos
1 pantalón de gabardina
1 pantalón impermeable
2 jerséis gruesos
1 camisa de viyela
1 cazadora de gabardina
1 gorro pasamontañas de lana
1 gorro de esquí
1 par de guantes de cuero forrados de piel

Muda

1 chaleco de lana
1 calzón de lana hasta los tobillos
1 camisa de viyela

Artículos de aseo

1 pastilla de jabón
1 toalla de cara
1 toalla de manos
1 cepillo de dientes
1 tubo de pasta dentífrica

Material médico

3 botes de crema repelente para insectos
100 pastillas de cloro (para purificar el agua)
28 gramos de permanganato de potasio (contra las picaduras de serpiente)
12 cápsulas de acromicina
1 caja de Elastoplast
100 aspirinas
100 comprimidos de Paludrin (contra la malaria)
6 botes de crema de protección solar

Libros

La invención de la India, Nehru
Poemas, William Blake (edición de Penguin)

Para imprevistos

Pistola automática del calibre 25
4 cartuchos de munición
6 cuadernos
4 mapas
1 capa de agua
1 cuchillo de acampada
1 termo de viaje
1 taza
Pasaporte
1 riñonera
300 libras esterlinas en cheques de viaje

Recambios para Roz

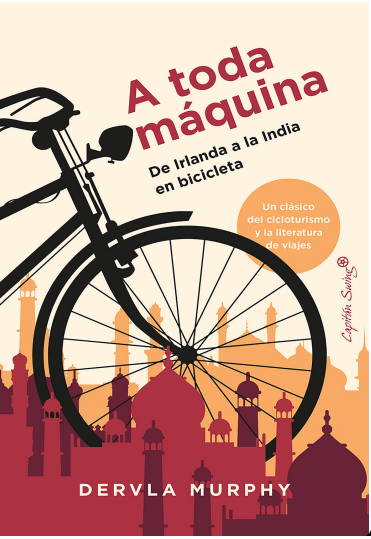
1 cubierta
1 cámara
1 pila para la luz
4 eslabones de cadena
1 cable de freno
3 kits de reparación de pinchazos
1 acople de hinchador

Gastos totales desde el 14 de enero al 8 de julio de 1963 = 64 libras, 7 chelines, 10 peniques.

Índice

Portada
A toda máquina
Prólogo
Introducción al viaje. De Dunkerque a Teherán
01. El visado esquivo. Teherán
02. La hospitalidad de la policía. De Teherán a la frontera afgana
03. Viajes obligatorios en autobús. De Herat a Kabul
04. Un culatazo desafortunado. De Kabul a Bamiyan
05. Las peculiaridades de los camiones afganos. De Bamiyán a Puli Khumri
06. Una pausa médica. De Puli Khumri a Jalalabad
07. Un desencanto. De Jalalabad a Peshawar
08. Bienvenida al Waliahad. De Peshawar a Saidu Sharif
09. Sudando la gota gorda en Swat. De Saidu Sharif a Rawalpindi
10. Cruzando los Himalayas al límite. De Rawalpindi a Gulapur
11. Cambio de sillín. De Gulapur a Sher Quila Rakaposhi
12. Duelo con el sol. De Sher Quila Rakaposhi a Babusar
13. Dos ruedas sobre nueve glaciares. De Babusar a Abbottabad
14. Recuperaciones en curso. De Abbottabad a Lahore
15. Bajarse del sillín. De Lahore a Delhi
El equipo
Sobre este libro
Sobre Dervla Murphy
Créditos

A toda máquina



A toda máquina es la inspiradora historia real del viaje de Dervla Murphy en 1963 de Irlanda a la India en una bicicleta Armstrong Cadet, y de las pruebas, paisajes y culturas que encontró por el camino.

En 1963, Murphy emprendió su primer viaje de larga distancia en bicicleta, un periplo autónomo de Irlanda a la India. Llevando una pistola junto a su equipación y rodando a bordo de su bicicleta Armstrong Cadet (llamada Rozinante en alusión al corcel de Don Quijote, y siempre conocida como Roz), atravesó Europa durante uno de los peores inviernos de los últimos años.

La ruta la lleva a través de los valles y puertos de montaña nevados de Europa y la India hasta los abrasadores desiertos de Afganistán y Pakistán, donde el metal de su bicicleta, Rozinante, se vuelve demasiado caliente para tocarlo. Viaja sola, sin lujos, durmiendo en el suelo de las casas de té o sobre mantas al aire libre, vulnerable a los animales salvajes, los insectos y los ladrones. Sin embargo, a menudo es recibida con generosidad y amabilidad, y comparte muchos encuentros significativos con los lugareños. Su retrato ofrece una visión fascinante de las singulares comunidades de Oriente Medio a principios de los años sesenta. Este cautivador relato, el primero de Murphy, es un hechizo que atrapa al lector hasta la última página.

"Sus libros nos recuerdan que la mayoría de la gente es fundamentalmente buena"- Rebecca Nicholson, *The Guardian*.

"Este es un libro que es imposible terminar sin exclamar: "¡Qué mujer!". Pero no la llames valiente"- Felicity Cloake, *The Times*

Dervia Murphy. 'Cicloturista irlandesa y autora de libros de viajes de aventura, que escribió durante más de 50 años. es conocida sobre todo por su libro de 1965 *A todo gas: De Irlanda a la India en bicicleta*, sobre un viaje en bicicleta por Europa, Irán, Afganistán, Pakistán y la India. Después trabajó como voluntaria ayudando a refugiados tibetanos en India y Nepal y recorriendo Etiopía a lomos de una mula. Murphy dejó de escribir sobre viajes tras el nacimiento de su hija, y luego escribió sobre sus viajes con Rachel por India, Pakistán, Sudamérica, Madagascar y Camerún. Más tarde escribió sobre sus viajes en solitario por Rumanía, África, Laos, los estados de la antigua Yugoslavia y Siberia. En 2005 visitó Cuba con su hija y sus tres nietas. Viajaba normalmente sola, sin lujos y dependiendo de la hospitalidad de la gente del lugar. Fue antiglobalización y crítica con la OTAN, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio. Se pronunció contra la energía nuclear y el cambio climático. En 2019 recibió el Premio Ness de la Royal Geographical Society "por la popularización de la geografía a través de la literatura de viajes".

Título original: *Full Tilt: Ireland to India with a Bicycle* (1965)

© Del libro: Dervla Murphy
© De la traducción: Lucía Barahona
Edición en ebook: junio de 2024

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12838-86-2

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Álvaro Villa
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.